

«Tan hermosa e inolvidable como la nieve en una noche
de invierno.» PEOPLE

AUTORA DE *EL RUISEÑOR*

K R I S T I N
H A N N A H

*Jardín de
invierno*



DEBOLSILLO

KRISTIN HANNAH

Jardín de invierno

Traducción de
Inés Beláustegui Trías

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN

me**gustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A mi marido, Benjamin, como siempre;

a mi madre (ojalá hubiese escuchado más
historias
de tu vida cuando tuve la oportunidad);

a mi padre y a Debbie (gracias por el viaje
de toda una vida
y por unos recuerdos que perdurarán aún
más allá); y

a mi querido Tucker (qué orgullosa estoy
de ti.

Y tu aventura no ha hecho más que

empezar)

No soy yo esa, es otra quien sufre.
No lo resistiría yo. Que velos negros
cubran lo sucedido, que retiren
los faroles...
Noche.

ANNA AJMÁTOVA, EXTRAÍDO DE
POEMS OF AKHMATOVA,
traducción inglesa de STANLEY
KUNITZ, con MAX HAYWARD[1]

Prólogo

1972

En las riberas del poderoso río Columbia, en esta estación en la que todo está cubierto de hielo y se vuelve visible hasta el más leve aliento, la huerta que llamaban Belye Nochi estaba en silencio. Los manzanos durmientes, con las raíces robustas enroscadas en lo

profundo del suelo frío, fértil, llegaban hasta más allá de donde alcanzaba la vista. A medida que la temperatura se desplomaba y que la tierra y el cielo perdían el color, el paisaje blanqueado causaba una especie de ceguera de invierno: un día se volvía indistinguible del siguiente. Todo se congelaba, se tornaba frágil.

En ningún otro lugar se notaban tanto el frío y la quietud como en la casa de Meredith Whitson. Tenía doce años y había descubierto ya los espacios vacíos que se formaban entre las personas. Anhelaba que su familia fuese como las que veía en la tele, donde todo parecía perfecto y la gente se llevaba bien.

Nadie, ni siquiera su querido padre, entendía lo sola que se sentía con frecuencia entre esas cuatro paredes. Lo invisible.

Pero al día siguiente por la noche todo eso cambiaría.

Se le había ocurrido un plan genial. Había escrito una obra basándose en uno de los cuentos de su madre, e iba a representarla en la fiesta de Navidad. Era justo la clase de historia que sucedería en un capítulo de *Mamá y sus increíbles hijos*.

—¿Y por qué no puedo ser yo la protagonista? —gimoteó Nina. Era la décima vez que se lo preguntaba, como

mínimo, desde que Meredith había terminado el texto de la obra.

Meredith se giró, sentada en su silla, y miró desde arriba a su hermana de nueve años, que estaba en cuclillas en el suelo del cuarto que compartían, pintando un castillo de color verde menta en una sábana vieja.

Meredith se mordió el labio inferior y trató de no fruncir el ceño. El castillo era un sinsentido, no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Tenemos que volver a hablar de eso, Nina?

—Pero ¿por qué no puedo ser la campesina que se casa con el príncipe?

—Ya sabes por qué. Jeff hará de

príncipe y tiene trece años. Parecerías una tonta a su lado.

Nina dejó el pincel dentro de la lata de sopa vacía y apoyó el peso del cuerpo sobre los talones. Con su pelo corto negro, sus brillantes ojos verdes y la tez blanca, era la viva imagen de un duendecillo.

—¿Puedo hacer de la campesina el año que viene?

—¡Pues claro que sí! —Meredith sonrió de oreja a oreja. Le encantaba pensar que a lo mejor estaba inaugurando una tradición familiar. Todos sus amigos tenían tradiciones, pero ellos, los Whitson, no; nunca habían sido como los demás. A su casa

no iba una riada de parientes a pasar las vacaciones, ni tomaban pavo el día de Acción de Gracias ni jamón cocido por Pascua, no acostumbraban a rezar siempre las mismas oraciones. Caramba, ni siquiera sabían con certeza cuántos años tenía su madre.

Eso era porque su madre era rusa y no tenía a nadie en el país. O al menos eso decía su padre. Su madre no decía mucho sobre sí misma.

El sonido de unos nudillos en la puerta sorprendió a Meredith. Y justo levantó la cara cuando Jeff Cooper y su propio padre entraban en la habitación.

Meredith se sintió como uno de esos globos alargados que se van inflando

poco a poco y que a cada soplido van adoptando una forma nueva. Y en ese caso el aliento que inflaba el globo era Jeffrey Cooper. Habían sido muy amigos desde cuarto, pero en los últimos tiempos estar con él le producía una sensación rara. Emocionante. A veces, cuando la miraba, casi se le cortaba la respiración.

—Llegas justo a tiempo para el ensayo.

Él le dedicó una de esas sonrisas tuyas que le paraban el corazón.

—No les digas nada a Joey y a los chicos. Se iban a reír de lo lindo a mi costa.

—Sobre esto del ensayo... —dijo su

padre avanzando unos pasos. Todavía llevaba puesta la ropa de trabajo: el típico traje de chaqueta amplia y pantalones de pata de elefante, tan de moda en los años setenta, en este caso de color marrón con pespuntos naranjas. Sorprendentemente, no había asomo de sonrisa ni debajo del poblado bigote negro ni en su mirada—. ¿Esta es la obra que vais a hacer?

Meredith se levantó de la silla.

—¿Crees que le gustará?

Nina se puso de pie. Su carita con forma de corazón lucía una expresión inusitadamente solemne.

—Eso. ¿Le gustará a ella?

Los tres se miraron, separados por el

castillo verde al estilo de Picasso y los disfraces extendidos encima de la cama. Sin decir una palabra, solo mirándose, la verdad que se transmitieron fue que Anya Whitson era una mujer fría. (El poco o mucho afecto que tenía se dirigía a su marido. A sus hijas les llegaba bien poquito. Cuando eran más pequeñas, su padre había tratado de fingir que no pasaba nada, de desviar su atención como un prestidigitador hipnotizándolas con el brillo de su cariño. Pero como sucede siempre con las ilusiones, la verdad acabó por aflorar.)

Por eso, todos entendieron qué estaba queriendo preguntar Meredith.

—No lo sé, Meredoodle —respondió

su padre, echando mano de la cajetilla de tabaco que llevaba en el bolsillo—. Las historias de tu madre...

—A mí me encanta cuando nos las cuenta —replicó Meredith.

—Solo habla de verdad con nosotras cuando nos las cuenta —añadió Nina.

Su padre encendió un cigarrillo y se las quedó mirando entre la voluta de humo gris, entornados los ojos.

—Ya —dijo, echando el humo—. Pero...

Meredith se acercó a él, con cuidado de no pisar el mural pintado. Entendía sus dudas: ninguno de los tres sabía a ciencia cierta qué hacía que su madre estallase. Sin embargo, esa vez Meredith

estaba segura de la respuesta. Si había algo que le encantara a su madre, era ese cuento acerca de una campesina imprudente que osaba enamorarse de un príncipe.

—Solo dura diez minutos, papá. Lo he calculado. Les encantará a todos.

—Adelante, entonces —dijo él finalmente.

Ella sintió una oleada de orgullo y esperanza. Para variar, ya no tendría que pasarse la fiesta leyendo en algún rincón en penumbra del salón o fregando platos en la cocina. Sería el centro de atención de su madre. Esta obra demostraría que Meredith había escuchado todas y cada una de las valiosas palabras que su

madre había dicho en su vida, incluso las pronunciadas en voz baja, en la oscuridad, durante el rato del cuento antes de dormir.

A lo largo de la hora siguiente, Meredith dirigió a su elenco desde el principio de la obra hasta el final. En realidad, solo Jeff necesitaba ayuda. Nina y ella llevaban escuchando el cuento durante años.

Después, una vez terminado el ensayo y habiéndose marchado cada cual por su lado, Meredith continuó trabajando. Elaboró un cartel que decía: única función: gran obra teatral para las fiestas, y debajo escribió la lista de los tres nombres. Retocó el decorado

pintado (iba a ser imposible arreglar aquel desaguizado, pues Nina siempre se salía de la raya) y a continuación fue a colocarlo en el salón. Cuando tuvo listo el escenario, se dedicó a pegar lentejuelas en la falda de tul de bailarina, transformada en el vestido de princesa que llevaría al final de la obra. Eran casi las dos de la madrugada cuando se fue a la cama, pero incluso a esas horas de la noche estaba tan entusiasmada que tardó mucho en dormirse.

El día siguiente se le hizo eterno. Pero, finalmente, a las seis en punto empezaron a llegar los invitados. No era un público muy numeroso, solo la gente

de siempre: hombres y mujeres que trabajaban en la huerta, sus familias, un puñado de vecinos y la única pariente viva de su padre, su hermana Dora.

Meredith se sentó en lo alto de las escaleras para observar el recibidor desde arriba mientras daba golpecitos con el pie en el escalón, sin poder contenerse, preguntándose cuándo podría pasar a la acción.

Justo en el momento en que se disponía a levantarse, oyó un estrépito.

«Oh, no.» Se puso de pie de un brinco y bajó corriendo las escaleras. Pero era demasiado tarde.

Nina estaba en la cocina y se había puesto a dar golpes con una cuchara

metálica en una cazuela, al tiempo que gritaba:

—¡La función va a empezar!

No había nadie como Nina para acaparar protagonismo.

Los invitados, entre los que se oyó alguna que otra risa, fueron pasando de la cocina al salón, donde el mural del castillo colgaba de una pantalla de cine con baño de aluminio montada al lado de la gran chimenea. A la derecha había un árbol de Navidad enorme, decorado con luces de la droguería y con los adornos que Nina y Meredith habían ido elaborando a lo largo de los años. Delante del mural estaba su «escenario»: un puentecito apoyado en

el suelo de madera noble y una farola hecha con cartón, con una linterna en lo alto sujeta con cinta aislante.

Meredith atenuó las luces del salón, encendió la linterna y se escondió detrás del decorado pintado, donde aguardaban, preparados y vestidos con sus disfraces, Nina y Jeff.

La intimidad que permitía el telón de fondo era mínima. Con solo ladearse un poco, podría ver a muchos de los invitados y ellos podrían verla a ella. Aun así, conseguía crear una sensación de separación. Cuando se hizo el silencio, Meredith respiró hondo y comenzó la narración que con tanto esfuerzo había redactado: «Se llama

Vera y es una campesina pobre, una niña cualquiera. Vive en un reino mágico llamado el Reino de las Nieves, pero su amado mundo se muere. Un mal ha llegado a estas tierras, recorre las calles empedradas en carruajes oscuros que envía un caballero negro y malvado que quiere destruirlo todo».

Meredith hizo su aparición saliendo al escenario con cuidado de no pisarse las varias capas largas que componían su falda. Miró entonces por encima de los invitados y vio a su madre al fondo del salón, que de alguna manera parecía estar sola incluso rodeada de tanta gente, con su bello rostro difuminado

por el humo de los cigarrillos. Por una vez, miraba directamente a Meredith.

—Ven, hermana —dijo Meredith alzando la voz, y se dirigió hacia la farola—. No dejaremos que este frío nos detenga.

Nina salió de detrás de la tela. Llevaba un camisón raído, un pañuelo en la cabeza y se retorció las manos mientras levantaba la mirada hacia Meredith.

—¿Crees que es el Caballero Negro? —chilló, lo cual provocó la carcajada del público—. ¿Es por culpa de su magia negra por lo que hace tanto frío?

—No. No. Lo que a mí me hiela la sangre es la desaparición de nuestro

padre. ¿Cuándo regresará? —Meredith se apoyó el dorso de la mano en la frente y lanzó un suspiro dramático—. Estos días los carruajes están por doquier. El Caballero Negro está ganando poder... la gente se vuelve de humo delante de nuestras narices...

—Mira —dijo Nina señalando hacia el castillo pintado—. El príncipe... —añadió, esta vez con reverencia.

Jeff se plantó en el lugar del pequeño escenario que le correspondía. Vestido con su chaqueta azul y sus vaqueros, con una corona dorada barata sobre sus cabellos de color pajizo, estaba tan guapo que a Meredith se le quedó la mente en blanco durante unos segundos.

Sabía que él estaba incómodo y pasando vergüenza (sus mejillas coloradas no dejaban lugar a dudas), y aun así allí estaba, demostrando lo buen amigo que era. Y le sonreía como si de verdad fuese una princesa.

Le tendió dos rosas de seda y dijo a Meredith con voz quebrada:

—Tengo dos rosas para ti.

Ella le tocó la mano, pero antes de que pudiera decir su frase se oyó un fuerte estallido.

Meredith se giró y vio a su madre de pie en el centro del grupo de personas que formaba el público. Estaba inmóvil, pálida, los ojos azules echando chispas. De su mano goteaba sangre. Había roto

su copa de cóctel y Meredith pudo ver, incluso desde tan lejos, que tenía un trozo de cristal clavado en la palma de la mano.

—Basta —dijo su madre secamente—. Tamaña diversión para una fiesta.

Los invitados se quedaron sin saber qué hacer; unos se levantaron, otros permanecieron sentados. Todos enmudecieron.

El padre se acercó a la madre, la rodeó con un brazo y la estrechó hacia sí. O lo intentó, porque ella no se movía, ni siquiera para él.

—No debí contaros nunca esos cuentos absurdos —dijo su madre, con su acento ruso aún más marcado por el

enojo—. Olvidé lo románticas y cabeza huecas que pueden ser las niñas.

Meredith se sentía tan humillada que no era capaz de moverse.

Vio que su padre guiaba a su madre hacia la cocina, donde lo más probable es que la llevase directamente al fregadero y se pusiese a lavarle la mano. Los invitados se marcharon como si aquello fuese el *Titanic* y estuviesen corriendo a por los botes salvavidas situados al otro lado de la entrada.

Solo Jeff miró a Meredith, y ella se dio cuenta de lo azorado que estaba por ella. El chico empezó a andar hacia su amiga, todavía con las dos rosas en alto.

—Meredith...

Ella salió corriendo, empujándolo a un lado. Cuando llegó al final del pasillo, se detuvo en seco en un rincón oscuro y se quedó allí, quieta, con la respiración entrecortada y las lágrimas escociéndole en los ojos. Desde allí oyó la voz de su padre, que seguía en la cocina, tratando de aplacar a su enfurecida esposa. Un minuto después percibió el chasquido de una puerta al cerrarse y comprendió que Jeff se había marchado a su casa.

—¿Qué has hecho? —preguntó Nina en voz baja, apareciendo a su vera.

—Quién sabe —respondió Meredith secándose los ojos—. Es una zorra.

—Eso es una palabrota.

Meredith detectó el temblor en la voz de Nina y se dio cuenta de que su hermana estaba haciendo denodados esfuerzos por no romper a llorar. Se inclinó hacia ella y la cogió de la mano.

—¿Qué hacemos? ¿Deberíamos ir a disculparnos?

Meredith no pudo evitar pensar en la última vez en que había encolerizado a su madre y le había pedido disculpas.

—Le va a dar igual. Créeme.

—Entonces ¿qué hacemos?

Meredith intentó sentirse tan madura como se había sentido esa mañana, pero su confianza había desaparecido. Sabía lo que iba a pasar: que su padre tranquilizaría a su madre y luego subiría

a la habitación de ellas y les haría reír y las abrazaría con sus brazos grandes y fuertes, y les diría que su madre las quería de verdad. Cuando terminase de decir ocurrencias graciosas y de contarles historias, Meredith querría creerlo desesperadamente. Una vez más.

—Solo sé lo que voy a hacer yo — dijo. Y cruzó el recibidor en dirección a la cocina hasta ver el costado de su madre, apenas el vestido ceñido de terciopelo negro, un brazo pálido y sus cabellos blanquísimos—. No volveré a escuchar ninguno más de sus estúpidos cuentos de hadas.

No sabemos decirnos adiós,
y vagamos hombro con hombro.

Ya empieza a oscurecer,
tú estás pensativo y yo callo.

ANNA AJMÁTOVA, EXTRAÍDO DE
POEMS OF AKHMATOVA,
traducción inglesa de STANLEY
KUNITZ, con MAX HAYWARD[2]

Uno

2000

¿Así se sentía una cuando cumplía cuarenta años? ¿En serio? A lo largo del año anterior Meredith había pasado de señorita a señora. Tal cual, sin transición. Peor aún, su cutis había empezado a perder elasticidad. Había plieguecitos donde antes la piel había

estado lisa. Tenía el cuello más lleno, de eso no cabía duda. Todavía no se le había cubierto de canas la cabeza; eso era lo único que la salvaba. Sus cabellos castaños, cortados en una formal media melena capeada, por los hombros, seguían siendo una mata densa y lustrosa. Pero los ojos la delataban. Tenía una mirada cansada. Y no solo a las seis de la mañana.

Se apartó del espejo y se quitó la vieja camiseta de manga corta, se puso unos pantalones negros de chándal, calcetines cortos de deporte y una camiseta negra de manga larga. Luego, se recogió el pelo en una coleta, salió del cuarto de baño y entró en su

dormitorio, a oscuras, donde los suaves ronquidos de su marido casi le hicieron sentir ganas de volver a meterse en la cama. En otros tiempos, ni lo habría dudado y se habría acurrucado a su lado.

Salió del dormitorio, cerrando la puerta con sigilo, y se fue por el pasillo en dirección a las escaleras.

Iluminada por la luz tenue de un par de lamparitas de noche del año catapum, cruzó por delante de las puertas cerradas de los cuartos de sus hijas. Ya no eran unas niñas. Jillian tenía diecinueve años, cursaba segundo en la Universidad de California en Los Ángeles y soñaba con ser médico, y Maddy, la chiquitina de Meredith, tenía

dieciocho y estaba en primero en Vanderbilt. Sin ellas, esta casa (y la vida de Meredith) estaba más vacía y en silencio de lo que había imaginado. Se había dedicado durante casi veinte años a ser la clase de madre que ella no había tenido, y había dado resultado. Ella y sus hijas se habían convertido en amigas íntimas. Su ausencia la dejaba con un sentimiento de ir a la deriva, casi como si no tuviese un objetivo en la vida. Sabía que era una tontería. Tenía mil cosas que hacer. Simplemente, echaba de menos a las niñas.

Siguió adelante. Últimamente eso parecía ser la mejor manera de sobrellevar la situación.

Una vez abajo, hizo un alto en el salón tan solo para enchufar las luces del árbol de Navidad y fue al recibidor, donde los perros saltaron de alegría, lanzándole lametazos y meneando la cola.

—Luke, Leia, no se salta —riñó a los huskies, y les acarició las orejas mientras los llevaba hacia la puerta de atrás. Cuando abrió, entró una bocanada de aire frío. La noche anterior había vuelto a nevar y, aunque esa mañana de mediados de diciembre aún era de noche, distinguió la perlada palidez de la carretera y el campo. Su aliento se transformaba en volutas vaporosas.

Cuando los tres estuvieron fuera, en

marcha, eran las seis y diez y el cielo estaba teñido de una tonalidad entre gris y morado oscuro.

Justo a tiempo.

Meredith corría despacio primero, para aclimatarse al frío. Como hacía todas las mañanas de entre semana, fue por la pista de grava que salía de la casa y que pasaba por delante de la casa de sus padres, hasta la vieja carretera de un solo carril que subía un kilómetro y medio la colina. Desde allí, continuó por la curva que bajaba al campo de golf y regresó. Seis kilómetros. Era una rutina que rara vez se saltaba. En el fondo, no tenía opción. Todo en Meredith era grande por naturaleza: era

alta, de espalda ancha, caderas curvilíneas y pies grandes. Hasta sus rasgos faciales parecían un poco demasiado grandes para su rostro ovalado de tez blanca: tenía una boca grande, al estilo de Julia Roberts, ojos marrones grandes, cejas pobladas y mucho pelo. Solo a fuerza de hacer ejercicio con regularidad, de vigilar lo que comía y usar buenos productos capilares y unas pinzas de tamaño industrial, conseguía mantener un buen aspecto.

Al entrar de nuevo en su carretera, el sol del amanecer iluminó las montañas y tiñó de lavanda y rosa sus cimas nevadas.

A ambos lados, miles de manzanos pelados, raquíticos, asomaban entre el campo nevado como puntadas marrones en una tela blanca. Aquella fértil quebrada había pertenecido a su familia desde hacía cincuenta años y allí, en el centro de la heredad, alta y altiva, se erigía la casa que había sido el hogar en el que había crecido. Belye Nochi. Hasta en la tenue luz del alba se veía como un pegote absurdo y ostentoso fuera de lugar.

Meredith siguió corriendo colina arriba, cada vez más rápido, hasta que casi se quedó sin aliento y notó una punzada en un lado.

Se detuvo delante del porche

delantero de su casa, mientras el valle se llenaba de la luz dorada y brillante. Dio de comer a los perros y, a continuación, subió las escaleras a toda prisa. Entró en el cuarto de baño justo cuando Jeff salía. Solo llevaba puesta una toalla y sus cabellos rubios entrecanos todavía goteaban. Se hizo a un lado para dejarla pasar y ella hizo lo mismo. Ninguno de los dos dijo nada.

A las siete y veinte Meredith estaba secándose el pelo, y a y media, justo a tiempo, estaba vestida para salir a trabajar, con unos vaqueros negros y una blusa verde entallada. Un poco de delineador de ojos, un toque de colorete

y rímel, una capa de pintalabios, y estuvo lista para salir.

Abajo, encontró a Jeff sentado a la mesa de la cocina, en su silla de siempre, leyendo el *New York Times*. Los perros dormían a sus pies.

Fue a la cafetera y se sirvió una taza.

—¿Te pongo otra?

—No, gracias —dijo él sin levantar la vista.

Meredith añadió leche de soja a su café y, removiendo bien, observó cómo cambiaba de color. Se le pasó por la cabeza que en los últimos tiempos Jeff y ella solo hablaban a distancia, como dos desconocidos (o una pareja desencantada) y únicamente sobre las

hijas. Quiso recordar la última vez que habían hecho el amor pero no lo consiguió.

Tal vez era lo normal. Seguro que era lo normal. Cuando dos personas llevan casadas tanto tiempo como ellos, era impepinable que hubiese rachas en blanco. Aun así, a veces le daba pena recordar lo apasionados que habían sido antes. En su primera cita, ella tenía catorce años (habían ido juntos a ver *El jovencito Frankenstein*, que seguía siendo una de sus películas favoritas) y, a decir verdad, aquella había sido la última vez que había mirado realmente a otro chico. Al pensarlo ahora, le chocaba, pues aunque no se tenía por

una romántica, lo cierto era que se había enamorado prácticamente a primera vista. Jeff había formado parte de ella desde que tenía uso de razón.

Se habían casado pronto (demasiado pronto, en realidad) y ella lo había seguido a la Universidad de Seattle, donde estuvo trabajando en bares llenos de humo durante los turnos de noche y los días festivos para pagarse la matrícula. En aquel abarrotado pisito del distrito universitario había sido feliz. Después, estando los dos ya en sus respectivos últimos cursos, ella se quedó embarazada. Al principio estaba aterrada. Le daba miedo ser como su madre y que la maternidad resultase un

horror. Pero para su hondo alivio, descubrió que era todo lo contrario de su madre. Quizá el hecho de ser tan joven la había ayudado en ese sentido. Bien sabía Dios que su madre no era joven cuando tuvo a Meredith.

Jeff movió la cabeza. Fue un gesto minúsculo, apenas podía decirse que hubiese sido un movimiento propiamente dicho, pero ella lo había visto. Siempre había estado sintonizada con él, y en los últimos tiempos daba la sensación de que sus decepciones mutuas produjesen un sonido, como un silbido agudísimo que solo ella pudiera captar.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Nada.

—No has meneado la cabeza por nada. ¿Qué pasa?

—Que acabo de hacerte una pregunta.

—No te he oído. Házmela otra vez.

—Da igual.

—Vale. —Cogió su taza de café y se fue con ella al comedor.

Era algo que había hecho un centenar de veces. Pero justo en ese preciso instante, cuando pasaba por debajo de la anticuada lámpara de techo con su inútil ramita de muérdago de plástico, su imagen mental cambió.

Se vio a sí misma como si se observase desde lejos: una mujer de cuarenta años con una taza de café en la mano, mirando dos sillas vacías de la

mesa, y al marido que seguía allí. Entonces, se preguntó fugazmente qué otra vida habría podido vivir esa mujer. ¿Y si no hubiese vuelto a casa para dirigir la explotación agrícola y criar a sus niñas? ¿Y si no se hubiese casado tan joven? ¿En qué clase de mujer se habría convertido?

Aquel pensamiento desapareció de pronto como una pompa de jabón y volvió a su realidad.

—¿Estarás en casa para la cena?

—Siempre estoy, ¿no?

—A las siete —dijo ella.

—Desde luego —replicó él, pasando la página—. Fijemos una hora.

A las ocho de la mañana Meredith estaba sentada ante su mesa de despacho. Como de costumbre, era la primera en llegar y fue encendiendo luces a medida que recorría el espacio dividido en cubículos de la segunda planta del almacén. Pasó por delante del despacho de su padre, vacío en esos momentos, y se detuvo solo lo necesario para lanzar una ojeada a las placas de la puerta. Trece eran las veces que había resultado elegido Mejor Agricultor del Año y todavía la competencia acudía a él a pedirle consejo. Poco importaba que se pasase por la oficina solo de tanto en tanto, o que llevase diez años

semijubilado. Seguía siendo la imagen del manzanal Belye Nochi, el pionero de las Golden Delicious a comienzos de los años sesenta, de las Granny Smith en los setenta y abanderado de las Braeburn y de las Fuji en los noventa. Sus programas de almacenamiento en frío habían supuesto una revolución para el sector y gracias a ellos era posible exportar las mejores manzanas a todos los mercados del mundo.

Sin ninguna duda, ella había también desempeñado un papel en el crecimiento y el éxito de la empresa. Con ella como gerente, el almacén de conservación en frío se había diversificado y en estos momentos una buena parte del negocio

se dedicaba al almacenamiento de fruta de otras marcas. Ella había transformado el viejo puesto de manzanas de carretera en una tienda de regalos en la que se vendían cientos de artículos hechos a mano por artesanos de la zona, exquisiteces típicas y recuerdos de Belye Nochi. En esa época del año, las vacaciones, cuando llegaban trenes de turistas a Leavenworth para asistir a la mundialmente famosa ceremonia de encendido de los árboles, más de uno y más de dos se dejaban caer por la tienda de regalos.

Lo primero que hizo fue levantar el teléfono para llamar a su hija pequeña. En Tennessee acababan de dar las diez.

—¿Sí? —dijo Maddy con malas pulgas.

—Buenos días —la saludó alegremente Meredith—. Parece que alguien se ha quedado dormida.

—Oh. Mamá. Hola. Anoche me quedé levantada hasta las tantas. Empollando.

—Madison Elizabeth. —Meredith no necesitó decir nada más para dejar claro lo que pensaba. Maddy suspiró.

—Bueno, vale. Era una fiesta de la asociación Lambda Chi.

—Sé lo divertido que es todo eso y cuánto quieres vivir a tope cada momento de la universidad, pero tienes el primer examen final la semana que viene. El martes por la mañana, ¿cierto?

—Cierto.

—Tienes que aprender a encontrar un equilibrio entre los estudios y la juerga. Así que saca tu culito inmaculado de la cama y vete a clase. Saber estar de juerga toda la noche y aun así levantarte a tu hora es un arte que te servirá para la vida.

—No se va a terminar el mundo por que me salte una clase de español.

—Madison.

Maddy se rio.

—Vale, vale. Me levanto. Español para Principiantes, allá voy. *Hasta la vista... bei-bi.*

Meredith sonrió.

—Te llamo el jueves para que me

cuentas cómo te ha ido la presentación. Y llama a tu hermana. Está de los nervios con su examen de química orgánica.

—Que sí, mamá. Te quiero.

—Yo también te quiero, princesa.

Meredith colgó el teléfono sintiéndose mejor. Pasó las siguientes tres horas metida de lleno en su trabajo. Estaba relejendo el último informe de cultivos cuando sonó el interfono.

—¿Meredith? Tu padre por la línea 1.

—Gracias, Daisy. —Recuperó la llamada—. Hola, papá.

—Tu madre y yo queríamos saber si podrías venir a casa a comer con nosotros hoy.

—Papá, estoy hasta arriba de trabajo...

—Anda, mujer...

Meredith nunca había sido capaz de decir no a su padre.

—Está bien. Pero a la una tengo que estar aquí otra vez.

—Estupendo —respondió él, y su hija detectó la sonrisa en su voz.

Colgó y volvió a concentrarse en el trabajo. Últimamente, con la producción en aumento y la demanda en descenso, y los costes disparados tanto de las exportaciones como del transporte, muchas veces pasaba los días apagando fuegos y aquel no era una excepción. A eso del mediodía, un dolor de cabeza de

grado bajo provocado por el estrés se le había colado en el hueco de la base del cráneo y había empezado a protestar. Pese a ello, sonrió a sus empleados al salir de la oficina y al cruzar el almacén de frío.

En menos de diez minutos estaba aparcando delante del garaje de la casa de sus padres.

La casa parecía sacada de algún cuento tradicional ruso, con su galería doble con forma de torrecilla y sus intrincados adornos calados, sobre todo en esa época del año, en la que el alero y las barandillas destellaban con las luces de Navidad. Ese día el tiempo gris del invierno mostraba apagado el tejado

de cobre martillado, pero los días de sol brillaba como si estuviera hecho de oro líquido. Esta casa, rodeada de elegantes y altos álamos y erigida en una suave loma desde la que se divisaba todo el valle, era tan famosa que a menudo los turistas se paraban a fotografiarla.

Nadie como su madre para construir algo tan absurdamente fuera de lugar. Una dacha (o casa de verano) rusa en mitad de Western Washington. Hasta el nombre del manzanal era ridículo: Belye Nochi.

Eso mismo: Noches Blancas. Cuando aquí las noches eran negras como el alquitrán.

Pero, en fin, qué más le daba a su

madre lo que había alrededor. Ella se salía con la suya y punto. Cualquiera cosa que Anya Whitson deseara, su marido se la daba, y por lo visto había querido tener un castillo de cuento y una huerta de árboles frutales con un impronunciable nombre ruso.

Meredith llamó con los nudillos y entró. En la cocina no había nadie; una olla grande borboteaba en un fogón.

En el salón, la luz entraba a raudales por los ventanales de la galería semicircular de doble planta que presidía el lado norte de la estancia: la famosa torrecilla de Belye Nochi. El suelo de madera relucía gracias a la cera dorada que su madre se empeñaba

en aplicar a pesar de que dejaba los suelos convertidos en una pista de patinaje si osabas andar por ellos en calcetines. Una chimenea inmensa de piedra dominaba la pared del centro, y apiñados a su alrededor había un conjunto de sofás y sillones antiguos, tapizados con telas suntuosas. Encima de la chimenea destacaba un cuadro al óleo de una troika rusa —un trineo de estilo romántico tirado por tres caballos enjaezados a juego— que cruzaba un campo nevado. Puro *Doctor Zhivago*. A su izquierda se veía un popurrí de fotos de iglesias rusas, debajo del cual estaba el «Rincón Sagrado» de su madre, compuesto por una mesa cargada de

iconos antiguos y una vela encendida todo el año.

Encontró a su padre al fondo del salón, echado junto al profusamente decorado árbol de Navidad, en su sitio predilecto: tumbado en los cojines forrados con lana de angora de color burdeos de la otomana, leyendo. Tenía los cabellos, o lo que le quedaba de ellos a los ochenta y cinco años, revueltos alrededor de la cabeza rosada, formando volutas blancas. Haber pasado demasiadas décadas al sol le había dejado la piel cubierta de manchas y arrugas, y sus ojos parecían los de un basset hound incluso cuando sonreía. Pero aquella expresión tristonosa no

engañaba a nadie. Todo el mundo quería a Evan Whitson. Era imposible no quererlo.

Al verla aparecer se le iluminó la cara. Le tendió una mano para estrechar la suya con fuerza y a continuación la soltó.

—Tu madre se va a llevar una alegría cuando te vea.

Meredith sonrió. Era el mismo juego al que llevaban años jugando. Su padre fingía que su madre sentía amor por Meredith y Meredith le seguía el rollo.

—Qué bien. ¿Está arriba?

—Esta mañana no he sido capaz de sacarla del jardín.

A Meredith no la sorprendió.

—Voy a buscarla.

Dejó a su padre en el salón y cruzó la cocina hasta el comedor de invitados. A través de las puerta-ventanas vio un tramo amplio de terreno nevado y a lo lejos divisó hectáreas de manzanos en estado durmiente. Más cerca, debajo de las ramas cubiertas de carámbanos de un magnolio con medio siglo de edad, había un jardincito rectangular delimitado por una valla antigua de hierro forjado. Una enredadera parda se enroscaba en la ornamentada puerta de la verja; en cuanto llegase el verano, aquella verja se transformaría en una profusión de hojas verdes y flores

blancas. En estos momentos brillaba cubierta de escarcha.

Y allí estaba su octogenaria madre, envuelta en varias mantas, sentada en el banco negro de su denominado jardín de invierno. Empezó a nevar ligeramente, de modo que los diminutos copos difuminaron la estampa y la convirtieron en un cuadro impresionista cuyos elementos parecían tan etéreos que sería imposible tocarlos. El jardín, con sus arbustos esculpidos y su pila para pájaros cubiertos totalmente de nieve, parecía un lugar onírico y extraño. Y en medio de todo eso, inmóvil, perfectamente integrada en la escena,

estaba su madre, sentada con las manos entrelazadas con fuerza en el regazo.

De niña, toda esa soledad inherente a su madre le había dado miedo. Pero al ir haciéndose mayor, había empezado a avergonzarla, primero, y a irritarla después. Una mujer hecha y derecha como su madre no pintaba nada sentada a solas en pleno frío. Su madre se defendía diciendo que era a causa de su mala vista, pero Meredith no se lo creía. Era cierto que los ojos de su madre no procesaban los colores, que solo veía en blanco, negro y matices de gris, pero a Meredith nunca, ni siquiera de pequeña, le pareció que aquello fuese motivo para

quedarse mirando fijamente al frente, a nada en particular.

Abrió la puerta y salió al aire frío. Las botas se le hundieron hasta los tobillos en el grueso manto de nieve; las pisadas crujieron aquí y allá, donde el suelo estaba cubierto de tramos congelados, y más de una vez estuvo en un tris de pegarse un resbalón.

—No deberías estar aquí fuera, mamá —dijo cuando estuvo cerca—. Vas a pillar una neumonía.

—Hace falta más frío para causarme a mí una neumonía. Debe de haber unos grados bajo cero, nada más.

Meredith puso cara de desmayo. Era

el típico comentario absurdo de su madre.

—Solo dispongo de una hora para el almuerzo, así que más valdrá que vayas entrando. —Ella misma se estremeció, sus palabras sonaron cortantes en medio de la suavidad de la leve nevada, y lamentó no haber redondeado un poco más las vocales, no haber atemperado el tono de voz. ¿Qué tenía su madre que siempre sacaba lo peor de sí?—. ¿Sabías que me había invitado a comer?

—Claro que sí —respondió su madre. Pero Meredith detectó que mentía.

Su madre se incorporó con un solo movimiento fluido, como una diosa de la Antigüedad acostumbrada a ser objeto

de devoción y veneración. Tenía una cara llamativamente lisa, sin arrugas, un cutis inmaculado, casi translúcido. Poseía ese tipo de estructura ósea que era la envidia de otras mujeres. Pero lo que definía su belleza eran sus ojos. Unos ojos profundos, bordeados por unas pestañas oscuras, de un increíble color aguamarina con motitas doradas. Meredith estaba convencida de que cualquiera que hubiese visto esos ojos no los olvidaría nunca. Qué irónico que unos ojos con una tonalidad tan asombrosa fuesen incapaces de distinguir los colores.

Meredith se cogió de su madre por el codo y fue alejándola del banco. Solo

entonces, cuando estaban caminando, reparó en que no se había puesto nada en las manos y que las tenía azuladas.

—Santo Dios. Tienes las manos azules. Con este frío, deberías haberte puesto guantes...

—Qué sabrás tú de frío.

—Lo que tú digas, mamá. —Meredith apremió sin palabras a su madre para que subiese los escalones y regresase al calor de la casa—. A lo mejor deberías darte un baño para entrar en calor.

—No quiero entrar en calor, gracias. Estamos a 14 de diciembre.

—Muy bien —replicó Meredith, y se quedó observando a su madre mientras esta se dirigía tiritando hacia el fogón

para remover el guiso. La raída manta de lana gris cayó al suelo formando un montón a su alrededor.

Meredith puso la mesa y durante unos preciados instantes hubo ruido en la cocina, un amago de relación al menos.

—Mis chicas —dijo su padre, entrando en la cocina. Estaba pálido y menguado. Los hombros, antaño anchos, habían quedado reducidos a nada a causa de la pérdida de peso. El hombre se acercó a ellas y apoyó sendas manos en un hombro de cada mujer para arrimar a Meredith y a su madre—. Me encanta cuando comemos juntos.

Su madre sonrió apretando los labios.

—A mí también —dijo con esa forma

suya de hablar con mucho acento y troceando las palabras.

—Y a mí —se sumó Meredith.

—Bien. Bien. —Su padre movió la cabeza en gesto afirmativo y se dirigió a la mesa.

Su madre llevó una bandeja de rebanadas de pan de maíz y queso feta, todavía tibias, bien untadas de mantequilla ya derretida, puso una en cada plato y a continuación llevó los cuencos con el guiso.

—Esta mañana he dado una vuelta por la huerta —dijo el padre.

Meredith asintió y se sentó a su lado.

—Imagino que habrás visto la parte del fondo del Campo A.

—Sí. Esa ladera lleva un tiempo dándonos problemas.

—Tengo a Ed y a Amanda ocupándose del tema. No te preocupes por la cosecha.

—No estaba preocupado, la verdad. Estaba pensando en otra cosa.

Ella sorbió su sopa; estaba cremosa, deliciosa. Albóndigas caseras de cordero en un sabroso caldo de azafrán con fideos de huevo con una textura sedosa. Si no ponía muchísimo cuidado, acabaría comiéndose todo el plato y esa tarde tendría que correr otros dos kilómetros.

—¿Ah, sí?

—Quiero cambiar ese campo a uvas.

Meredith hundió lentamente la cuchara.

—¿Uvas?

—La Golden Delicious ha dejado de ser nuestra mejor manzana. —Antes de que le diese tiempo a decir nada, él levantó la mano para interrumpirla—. Ya lo sé, ya lo sé: levantamos este lugar con la Golden Delicious. Pero las cosas cambian. Diantre, Meredith, estamos casi en 2001 y el vino es lo que tira ahora. Pienso que podríamos elaborar vino de hielo y cosechar a últimos, como poco.

—¿En los tiempos que corren, papá? Los mercados asiáticos se están poniendo duros y transportar nuestra

fruta nos está costando una fortuna. La competencia aumenta. Demonios, nuestros beneficios bajaron un 12 por ciento el año pasado y este año no pinta mejor. Nos estamos manteniendo apenas.

—Deberías escuchar a tu padre —dijo su madre.

—Ay, mamá, por favor. Ni siquiera has puesto un pie en el almacén desde que modernizamos el sistema de refrigeración. ¿Y cuándo fue la última vez que echaste un vistazo a uno de los balances de fin de ejercicio?

—Basta —dijo su padre, suspirando—. No pretendía provocar una discusión.

Meredith se levantó.

—Tengo que volver a la oficina.

Meredith llevó su cuenco al fregadero, donde lo lavó. Luego, vertió lo que quedaba de sopa en un táper, lo metió en el atestadísimo frigorífico y fregó también la olla. Chocó con el escurrerplatos con un sonido metálico que pareció estrepitoso en medio del silencio de la cocina.

—Estaba riquísimo, mamá. Gracias.

—Se despidió rápidamente y salió por la puerta. Se puso el abrigo en el recibidor y estaba ya en el porche, aspirando el aire gélido y cortante, cuando su padre apareció por detrás.

—Ya sabes cómo se pone en

diciembre y enero. Los inviernos le sientan mal.

—Lo sé.

La estrechó hacia sí y la abrazó con fuerza.

—Las dos tenéis que esforzaros más.

Meredith no pudo evitar sentirse dolida. Llevaba toda la vida oyéndole decir eso; por una vez, deseó que dijese que quien tenía que esforzarse más era su madre.

—Descuida —respondió, poniendo así el broche de oro al cuento de hadas como hacía siempre. Y era cierto que se iba a esforzar. Se esforzaba siempre, pero ella y su madre nunca llegarían a sintonizar. Habían pasado demasiadas

cosas entre ellas—. Te quiero, papá — dijo, y le dio un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero, Meredoodle. —Sonrió—. Y piensa en las uvas. A lo mejor todavía puedo meterme a vinicultor antes de morirme.

Odiaba esa clase de chistes.

—Muy gracioso. —Dio media vuelta, se montó en el todoterreno ligero y encendió el motor. Trazó un semicírculo marcha atrás para salir. Por entre la capa de encaje de nieve que cubría el parabrisas, vio a sus padres al otro lado de la ventana del salón. Su padre abrazó a su madre y la besó. Se pusieron a bailar, con movimientos inseguros, aunque probablemente no sonaba

ninguna música en la casa. Su padre no necesitaba música, siempre decía que llevaba canciones de amor en el corazón.

Meredith se alejó para no seguir mirando aquella escena íntima, pero el recuerdo de lo que acababa de ver siguió en su cabeza. A lo largo del resto de la jornada, mientras analizaba diferentes aspectos de la empresa, mientras buscaba la manera de maximizar los beneficios, mientras asistía a interminables reuniones de gestión y planificación, se sorprendió más de una vez recordando lo enamorados que le habían parecido sus padres.

La verdad era que ella nunca había podido comprender cómo una mujer era capaz de adorar apasionadamente a su marido, a la vez que despreciaba a sus hijas. No, no era eso. Su madre no despreciaba a Meredith y a Nina. Simplemente no le importaban lo más mínimo.

—¿Meredith?

Levantó la vista de golpe. Había estado tan ensimismada que por un instante había olvidado dónde estaba. Sentada delante de su escritorio. Leyendo un informe sobre parásitos.

—Oh. Daisy. Disculpa. Supongo que no te he oído llamar.

—Me marchó a casa.

—¿Ya es tan tarde? —Meredith echó una ojeada al reloj de pared. Eran las 6.37—. Mierda. Digo, caramba. Llego tarde.

Daisy se rio.

—Siempre estás llegando tarde.

Meredith se puso a organizar sus papeles en montones perfectos.

—Conduzca con cuidado, señorita Daisy —era un chiste viejo, pero las dos sonrieron—, y acuérdate de que mañana a las nueve estará aquí Josh, de la Comisión de la Manzana, para una reunión. Necesitaremos donuts y café.

—Hecho. Hasta mañana.

Meredith dejó listo el escritorio para

la mañana siguiente y también se marchó.

Ahora sí que nevaba en serio. La nieve le emborronaba la visión a través del parabrisas. Aunque las escobillas iban a toda velocidad, seguía costando ver. Cada par de faros de coche que se le acercaban la cegaba. Pese a conocerse aquella carretera como la palma de su mano, ralentizó y se pegó al arcén. Le recordó la primera y última vez que había intentado enseñar a Maddy a conducir con nieve. Aquel recuerdo le arrancó una sonrisa. «Es nieve, mamá. No hielo. No hace falta que vaya tan despacio. Podría llegar antes a casa andando.»

Así era Maddy. Siempre con prisas.

Una vez en casa, Meredith cerró la puerta dando un portazo al entrar y corrió a la cocina. Una rápida mirada al reloj de pared bastó para saber que llegaba tarde. Otra vez.

Dejó el bolso en la encimera.

—¿Jeff?

—Estoy aquí.

Siguió el sonido de su voz hasta el salón. Su marido estaba en el bar que habían instalado a finales de los ochenta, sirviéndose una copa.

—Perdona el retraso. La nevada...

—Vale —dijo él, interrumpiéndola. Los dos sabían que ella había salido tarde—. ¿Quieres tomar algo?

—Claro. Vino blanco. —Lo miró sin saber ni siquiera qué sentía. Él seguía tan atractivo como siempre, con su pelo rubio oscuro que solo ahora comenzaba a aclararse en las sienes, y su mandíbula cuadrada, fuerte, los ojos de color gris como el acero, que siempre parecían sonreír. No hacía deporte y comía un montón, y aun así tenía un cuerpo de esos nervudos, fibrosos, que parecían no envejecer nunca. Iba vestido con su estilo habitual: unos Levi's gastados y una camiseta vieja de manga corta de Pearl Jam.

Le tendió una copa de vino.

—¿Qué tal tu día?

—Papá quiere cultivar uvas. Y mamá

estaba en el jardín de invierno otra vez. Va a coger una neumonía.

—Tu madre es más fría que cualquier campo nevado.

Por un momento ella notó los años que los unían, todas las conexiones que el tiempo había creado entre los dos. Él se había formado una opinión de su madre hacía más de veinte años y nada de lo vivido había servido para cambiarla.

—Amén. —Apoyó la espalda contra la pared. De golpe y porrazo, fue consciente de la loca/caótica/apresurada agenda de su día a día (y de la semana, y de todo el mes) y cerró los ojos.

—Hoy he escrito un capítulo entero.

Es cortito. Solo ocupará unas siete páginas, pero me parece que es bueno. Te he sacado una copia. ¿Meredith? ¿Mere?

Abrió los ojos y se lo encontró mirándola. Una arruguita de ceño le hendía la piel en el centro de la frente, y ella no supo si le había dicho algo importante. Intentó recordarlo pero no pudo.

—Perdona. Ha sido un día largo.

—Últimamente tienes muchos.

No habría sabido decir si había un dejo de reproche en su voz o tan solo pura sinceridad.

—Ya sabes cómo es el invierno.

—Y la primavera. Y el verano.

Duda despejada: era reproche. Hacía solo un año le habría preguntado qué les estaba pasando. Ella le habría contado lo perdida que se sentía en las insulsas menudencias de su vida diaria, o cuánto echaba de menos a las niñas. Pero en los últimos tiempos esa clase de confianza se le había vuelto imposible. No estaba segura de cómo había llegado a pasar, ni de cuándo, pero daba la sensación de que entre ambos estaba formándose un abismo como una mancha de tinta que lo ensuciara todo.

—Es verdad, supongo.

—Me voy al despacho —dijo él de pronto, y estiró el brazo para coger la

chaqueta que había dejado en el respaldo de la silla.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

No supo si de verdad se lo estaba preguntando. ¿Esperaba que lo detuviese, que le diese un motivo para quedarse, o de verdad quería irse? No estaba segura y realmente en esos momentos le daba lo mismo. Le sentaría de miedo darse un baño caliente, tomarse una copa de vino y no tener que pensar qué decir durante la cena. Incluso mejor no tener que hacer cena.

—Por nada.

—Vale —dijo él, y le dio un beso en la mejilla—. Eso mismo pensaba yo.

Dos

Habían hecho falta dos semanas de ardua marcha por la jungla para encontrar la pieza. Los bichos les habían indicado el sitio. Y el olor a muerte.

Nina se quedó quieta al lado del guía que la había llevado. Durante un instante terrible lo vivió todo intensamente: las moscas que zumbaban en el claro, los gusanos que en algunas partes volvían blanco el sangriento cuerpo muerto del animal, la quietud de la jungla africana,

que delataba la presencia cercana de los depredadores y carroñeros, observándolos.

Entonces empezó a compartimentar la escena, a verla como fotógrafa. Sacó el fotómetro e hizo una comprobación rápida. Luego escogió una de las tres cámaras que llevaba colgadas del cuello y enfocó el cuerpo destrozado y sanguinolento del gorila de montaña.

Clic.

Fue rodeando el cadáver, enfocando, sacando fotos. Cambiando de cámara, ajustando lentes, comprobando la luz. La adrenalina surtió su efecto. Cuando hacía fotos era cuando de verdad se sentía viva. Su mirada era su gran don.

Eso, y su capacidad para distanciarse de lo que ocurría a su alrededor. Imposible lo uno sin lo otro. Para ser una gran fotógrafa, antes que sentir tenías que ver.

Hizo un alto, lo justo para ponerse un poco más de Vicks debajo de la nariz, y a continuación se acercó en cuclillas para enfocar el cuello cercenado. Desde algún lugar le llegó el sonido de alguien vomitando; seguramente el joven periodista que la había acompañado. En esos momentos no podía preocuparse por eso.

Clic. Clic.

A los cazadores furtivos solo les interesaban la cabeza, las manos y los pies. Lo que daba dinero. En la

biblioteca de algún cabrón millonario, en algún lugar de este mundo, una mano de gorila servía de cenicero.

Clic. Clic.

A lo largo de la hora siguiente Nina no paró de encuadrar, disparar, cambiar de cámara o de objetivo todas las veces que hizo falta, además de guardar cada carrete usado en su estuche, etiquetándolo antes de meterlo en alguno de los bolsillos de su chaleco. Cuando finalmente cayó la tarde, iniciaron la sofocante, larga y resbaladiza caminata de regreso por el corazón de la jungla. El aire se electrizaba cargado de todos los sonidos de la naturaleza, insectos, aves, monos, y el cielo estaba del color

de la sangre fresca. Un sol como una mandarina jugaba al escondite entre los árboles. Si durante el ascenso todos habían ido charlando, el descenso se hizo en silencio, solemne. Para Nina el rato inmediatamente posterior era siempre el peor. A veces le costaba olvidar lo que había visto. Con frecuencia en mitad de la noche las imágenes reaparecían en forma de pesadilla y la despertaban de su sueño profundo. Más a menudo de lo que hubiese querido reconocer, se despertaba con la cara mojada por las lágrimas.

Al pie de la montaña el grupo llegó al pequeño puesto avanzado que hacía las

veces de pueblo en esa remota región de Ruanda. Una vez allí, se montaron en el jeep y viajaron durante unas cuantas horas hasta el centro de conservación, donde hicieron más preguntas y donde ella tomó más fotos.

—¿Señorita Nina?

Estaba al lado de la puerta del centro, limpiando una lente, cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre de pila. Dejó la cámara a un lado y, al levantar la mirada, vio junto a ella al jefe de los guías del centro. Sonrió todo lo cordialmente que pudo, teniendo en cuenta lo cansada que estaba.

—Hola, señor Dimonsu.

—Siento molestarla cuando están

pasando tantas cosas, pero olvidamos transmitirle un *importa* mensaje telefónico. Era de la señorita Sylvie. Dice que le digamos que la llame.

—Gracias.

Nina sacó de su bolso el voluminoso teléfono vía satélite y se llevó todo el equipo al claro que quedaba en el centro del campamento. La brújula enseguida le proporcionó las coordenadas del satélite. Desplegó la antena parabólica del teléfono, la colocó en el suelo y apuntó a 60 grados al nordeste. A continuación, enchufó el teléfono a la parabólica y lo encendió. La pantallita naranja de LCD parpadeó hasta estabilizarse, lo cual quería decir que el

terminal estaba listo para usar, y le informó de la potencia de la señal. Esperó a que fuese buena e hizo la llamada.

—Ey, Sylvie —dijo cuando su editora respondió—. Hoy he conseguido las fotos de la escabechina. Dame unos... ¿diez días? y te las mando.

—Te doy seis. Estamos pensando en la portada.

«La portada.» Sus dos palabras favoritas. A algunas mujeres les gustaban los brillantes; a ella, la portada de la revista *Time*. O de *National Geographic*. No le hacía ascos a ninguna de las dos. En realidad, acariciaba la esperanza de conseguir

algún día la portada y unas dieciséis páginas para su reportaje gráfico sobre las «Mujeres guerreras de todo el mundo». Su acariciado proyecto. En cuanto terminase (cuando quiera que fuese, por todos los demonios), lo mandarí­a como trabajo de freelance.

—Las tendrás. Y después he quedado con Danny en Namibia.

—Qué suerte tienes. Folla por mí. Pero estate lista para retomar el trabajo el viernes que viene. En Sierra Leona está volviendo a aumentar la violencia. Las negociaciones de paz se van a ir al traste. Te quiero allí antes de las Navidades.

—Ya sabes cómo soy —respondió

Nina—. Lista para volar sin casi aviso previo.

—No te llamaré salvo que estalle alguna nueva guerra. Te lo prometo —añadió Sylvie—. Anda, vete a retozar mientras yo intento recordar cómo era.

Unos días después Nina estaba en Namibia, montada en un Land Rover de alquiler, con Danny al volante.

Eran solo las siete de la mañana y el deslumbrante sol de diciembre ya calentaba. A la una del mediodía la temperatura rondaría los 46 grados centígrados, y fácilmente podría subir más. La carretera, si es que podía

llamarse así, era en realidad un río de densa arena gris rojiza que succionaba los neumáticos del vehículo y los escoraba a un lado y otro. Nina iba aferrada al asa de la puerta, sentada muy recta mientras trataba de hacer que el cuerpo absorbiese los impactos, meciéndolo conforme a los zarandeos.

Con la otra mano estabilizaba la cámara que llevaba colgada del cuello, para que la correa no se le clavase en la carne. Había envuelto el aparato y el objetivo con una camiseta, un medio no muy profesional de combatir el polvo, pero que en todos los años que llevaba en África había resultado el mejor apañío entre la protección y el uso. Allí,

en ocasiones, solo se disponía de un instante para empuñar la cámara y sacar una foto. No había tiempo para liarse con correas y fundas.

Contempló el paisaje, desolado y abrasador. A medida que pasaban las horas, alejándolos cada vez más de cualquier asomo de civilización e internándolos en una de las últimas regiones verdaderamente salvajes del sur de África, vio más manadas de animales famélicos, paradas al lado de lechos fluviales secos. En medio de ese calor propio del verano, caían de rodillas y morían allí mismo mientras esperaban la llegada de las lluvias. Por

todas partes había huesos blanqueándose al sol.

—¿Estás segura de que quieres encontrar a los himba? —preguntó Danny, lanzándole una sonrisa forzada, cuando el coche dio un tumbo a un lado y casi acaban incrustados en la arena. Tenía la cara tan cubierta de polvo, que sus dientes blancos y sus ojos azules parecían increíblemente brillantes. También llevaba embadurnado el pelo negro, largo hasta los hombros, y la camisa—. No hemos tenido una semana para los dos solos desde hace meses.

La supuesta carretera se volvió transitable nuevamente y ella levantó la cámara y se quedó mirándolo con

atención a través del visor. Lo enfocó, ampliando un poquito el foco, y lo vio con la nitidez con que lo habría visto si se hubiese tratado de un desconocido: un guapo irlandés de treinta y nueve años con los pómulos marcados y una nariz que se había roto más de una vez. «Peleas de bar cuando era chaval», decía siempre. Y justo entonces, mientras él miraba al frente, concentrado en la carretera, distinguió unas arruguitas que se le formaban al fruncir la boca. Estaba preocupado por si había seguido unas indicaciones erróneas que los habían metido por una carretera equivocada. Pero nunca diría nada semejante. Era corresponsal de guerra y

estaba habituado a vivir «en la mierda», como le gustaba decir; habituado a seguir la pista de un artículo hasta el infierno y marcha atrás. Aunque ni siquiera fuese un artículo suyo.

Le hizo la foto.

Él le dedicó una sonrisa radiante y ella le sacó otra.

—La próxima vez que quieras hacer fotos a mujeres, te sugiero que se las hagas a las camareras de la barra de alguna piscina.

Ella se rio y volvió a apoyar la cámara en el regazo y a tapar la lente con su protector.

—Te debo una.

—Desde luego que me la debes,

amor, y me la voy a cobrar, no te quepa duda.

Nina se recostó en el incómodo asiento ajado y trató de no cerrar los ojos, pero estaba agotada. Después de dos semanas siguiendo el rastro de los cazadores furtivos por la jungla, precedidas por cuatro semanas en Angola viendo a la gente matándose entre sí, estaba molida a más no poder.

A pesar de todo, le encantaba aquello. No hubiese querido estar en ningún otro lugar del mundo ni hacer ninguna otra cosa. Encontrar «la foto» era como montar en una atracción de feria, un viaje espoleado por la adrenalina del que no se cansaba nunca, por muchos

sacrificios que tuviese que hacer por el camino. Lo había sabido hacía dieciséis años, cuando a los veintiuno, con su licenciatura en periodismo debajo del brazo y una cámara de segunda mano en la mochila, había salido en busca de su destino.

Durante un tiempo había aceptado toda clase de empleos en los que hiciera falta un fotógrafo, pero en 1985 había llegado su gran oportunidad. En Live Aid, el concierto organizado para recaudar fondos para la lucha contra el hambre, había conocido a Sylvie Porter, a la sazón editora novel en *Time*, y Sylvie había mostrado a Nina un mundo diferente. De la noche a la mañana,

estaba viajando a Etiopía. Y lo que vio allí le cambió la vida.

Casi de forma inmediata, sus imágenes dejaron de ser solo imágenes y empezaron también a contar historias. En 1989, cuando el tifón *Gay* azotó Tailandia, dejando a más de cien mil personas sin hogar, la fotografía de Nina de una mujer metida en el agua hasta el pecho, acarreando a su bebé berreante por encima de la cabeza, había sido premiada con el privilegio de ocupar la portada de la revista *Time*. Hacía dos años había ganado el Pulitzer por su cobertura de la hambruna en Sudán.

Pero su carrera profesional no había sido un camino de rosas precisamente.

A semejanza de la tribu de los himba de esa región, había tenido que hacerse nómada. Los colchones mullidos, las sábanas limpias y el agua corriente eran lujos sin los cuales había aprendido a vivir.

—Mira. Allí —dijo Danny, señalando algo.

En un primer momento lo único que vio fue un cielo naranja y rojo, lleno de polvo. Daba la sensación de que el mundo estuviera achicharrado. Olía a humo. Gradualmente, las siluetas de la cresta de tierra se materializaron en unos seres humanos delgados que, erguidos, observaban desde lo alto el

sucio Land Rover y sus aún más sucios ocupantes.

—¿Son ellos? —preguntó él.

—Deben de ser.

Él asintió en silencio y salvó los últimos metros que los separaban de la cresta, detuvo el vehículo en la curva del lecho seco de un río y se apeó.

La tribu himba se retiró un poco, sin dejar de observarlos.

Danny caminó hacia ellos despacio, sabiendo que el jefe se presentaría por sí mismo. Nina fue detrás de él.

Cuando llegaron a la cabaña del anciano, se detuvieron. El fuego sagrado ardía delante de la choza, liberando un hilo de humo al cielo, ahora cárdeno.

Los dos se inclinaron con movimientos lentos, asegurándose de no pasar por delante del fuego. Se habría considerado una falta de respeto.

El jefe se les acercó y entre los tres negociaron, en un suajili titubeante, la sesión de fotos a cambio de dinero y agua. Nina había llevado casi sesenta litros con el fin de intercambiarlos. Para un pueblo que hacía kilómetros a pie para conseguir un poco de agua era un regalo impresionante, y de pronto Nina y Danny fueron recibidos como viejos amigos. Los niños se apiñaron a su alrededor y, riendo y brincando todos a la vez, rodearon a Nina. Los himba se los llevaron a Danny y a ella al interior

del poblado, donde les dieron de comer las tradicionales gachas de maíz con leche agria y toda la tribu los agasajó. Más tarde, cuando la noche se puso azul con la luz de la luna, los llevaron a una choza redonda de barro, llamada rondavel, donde se acostaron juntos en una estera hecha de hierba y hojas entretejidas. El aire olía dulce, a maíz asado y tierra seca.

Nina rodó de costado para quedarse mirando a Danny. Aunque en la tenue luz azulada su cara parecía joven, él, igual que ella, tenía unos ojos viejos. Gajes del oficio. Habían presenciado demasiadas atrocidades. Pero eso era lo que los había unido. Lo que tenían en

común. Un anhelo de verlo todo, por atroz que fuese, un anhelo de conocerlo todo.

Se habían conocido en una choza abandonada del Congo, durante la primera guerra. Los dos se habían metido en la choza para resguardarse del peor momento de la lucha, ella para recargar la cámara y él para vendarse una herida del hombro.

«Tiene mala pinta», había dicho ella. «¿Quieres que lo haga yo?»

Él levantó la cara hacia ella. «Tanto rezar ha debido de dar resultado. El Señor me ha enviado a mi propio ángel.»

Desde entonces habían estado juntos

en todas partes. En Sudán, Zimbabue, Afganistán, Congo, Ruanda, Nepal, Bosnia. Los dos se habían hecho expertos en África, pero allá donde estallase la noticia era probable encontrarlos. Ambos tenían piso en Londres, que servía para poco más que acumular publicidad impresa, mensajes y polvo. Muchas veces sus intereses los llevaban a zonas calientes distintas: él a guerras civiles, ella a tragedias humanitarias, y entonces pasaban meses sin verse, lo cual a Nina le parecía estupendo. Así el sexo era mejor aún.

—El mes que viene cumplo cuarenta años —dijo él en voz baja.

Le encantaba su acento. Hasta la frase

más simple sonaba provocadora y sexi cuando él la decía.

—No sufras, las veinteañeras siguen derritiéndose a tu paso. Es por esa imagen que das de haber estado en un grupo rockero.

—Era de punk rock, amor.

Ella se arrimó un poco más y lo besó en el cuello, al tiempo que deslizaba la mano por su pecho desnudo. El cuerpo de él respondió tan presto como había esperado y al cabo de pocos segundos la había desnudado y estaban haciendo lo que siempre habían hecho mejor.

Después, Danny la estrechó hacia sí.

—¿Cómo es posible que podamos

hablar de cualquier cosa, menos de nosotros?

—¿Quién estaba hablando de nosotros?

—Decía que casi tengo cuarenta tacos.

—Ah, ¿y se supone que tengo que interpretarlo como un tema de conversación? Yo tengo treinta y siete.

—¿Y qué pasa si te echo de menos cuando te vayas?

—Sabes cómo soy, Danny. Te lo dije desde el primer momento.

—Hace más de cuatro años, por el amor de Dios. Supongo que en el mundo todo cambia excepto tú.

—Exacto. —Se giró para ponerse de

espaldas a él y acopló su cuerpo al suyo. Siempre se había sentido segura en sus brazos, incluso estando rodeados de disparos y aunque la noche estuviera llena de gritos. Esa noche, en cambio, solo se oía el chisporroteo de una fogata, fuera de la choza, y el zumbido y el canto de los insectos en la oscuridad.

Ella se apartó ligerísimamente, pero él la ciñó con los brazos para impedirsele.

—No te estoy pidiendo nada —le susurró al oído.

«Sí me lo estás pidiendo —pensó ella con los ojos cerrados. Una angustia desconocida se le instaló en la boca del

estómago—. Lo que pasa es que aún no lo sabes.»

En una cresta de tierra situada por encima de la aldea improvisada, Nina aguardaba en cuclillas en el inestable borde de tierra de un río seco. Los muslos le ardían por el esfuerzo de permanecer quieta. Eran las seis de la mañana y el cielo estaba teñido de una mezcla fabulosa de azul aguamarina y naranja; el sol ganaba fuerza.

Abajo, una mujer himba atravesaba el poblado con una pesada olla puesta en equilibrio encima de la coronilla y con un bebé colocado en su pecho, dentro de

un canguro de colores vivos. Nina levantó la cámara fotográfica hasta su ojo y acercó el zoom del teleobjetivo hasta que vio con nitidez. La joven, al igual que todas las mujeres de aquella tribu africana nómada, llevaba el torso desnudo y vestía una peluda falda de piel de cabra. La enorme gargantilla de conchas, transmitida de madres a hijas de generación en generación, una valiosa posesión, anunciaba al mundo que era una mujer casada, como también lo indicaba su peinado. Iba cubierta de la cabeza a los pies con una pasta hecha de polvo de almagre y manteca, para protegerse del sol inclemente, de manera que la tez de esa joven madre era del

color de los ladrillos viejos. Los tobillos, considerados la parte del cuerpo más íntima, iban ocultos bajo una hilera de finas pulseras de metal que tintineaban al andar.

La mujer, ajena a Nina, se detuvo un momento en la orilla del río y contempló la cicatriz del terreno por donde debería estar corriendo el agua. El semblante se le endureció, y se tornó desesperado cuando con una mano acarició al niño que llevaba en los brazos. Era una mirada que Nina había visto en mujeres de todo el mundo, en especial en épocas de guerra y destrucción. De miedo visceral por el futuro del hijo. No había adónde ir en busca de agua.

Nina capturó su sentir en la película fotográfica y siguió disparando hasta que la mujer reemprendió el camino para regresar a su choza redonda de barro, donde se sentó en un corro de mujeres. Juntas, conversando, empezaron a desmenuzar almagre aplastándolo contra unas piedras planas, e iban recogiendo el residuo arenoso en unos cuencos de calabaza.

Nina le puso la tapa a la lente, se levantó y estiró las piernas doloridas. Esa mañana había hecho cientos de fotos, pero no necesitaba revisarlas para saber que «la foto» era la de la mujer en la orilla.

Mentalmente, recortó, encuadró,

imprimió y colgó la imagen entre las mejores que había obtenido. Algún día sus retratos mostrarían al mundo lo fuertes y poderosas que podían ser las mujeres, así como el coste personal de esa fortaleza.

Sacó el carrete, anotó los datos en su canuto, se lo guardó y volvió a cargar la cámara. Luego cruzó a pie el poblado, sonriendo a la gente, repartiendo los caramelos, las cintas, las pulseras que siempre llevaba encima. Sacó otra magnífica foto de cuatro mujeres himba que salían de la sauna de humo y hierbas, su particular método para asearse en una tierra desprovista de agua. En la imagen, las mujeres iban

riendo cogidas de las manos. Una imagen que capturaba la conexión femenina universal.

Oyó a Danny a su espalda, acercándose.

—Eh, hola.

Ella se apoyó en él. Se sentía contenta con las fotos.

—Me encanta su manera de estar con sus hijos, incluso cuando el panorama es tan poco halagüeño. Solo lloro al ver su cara cuando están con sus bebés. ¿Cómo es posible, después de todo lo que hemos visto?

—De modo que son madres lo que persigues. Creía que eran guerreras.

Nina arrugó la frente. Nunca se lo

había planteado de ese modo y el comentario la dejó confusa.

—No siempre madres. Mujeres que luchan por algo. Que triunfan frente a la adversidad.

Él sonrió.

—Eres una romántica, a fin de cuentas.

Ella se rio.

—Correcto.

—¿Estás lista para partir?

—Creo que tengo lo que necesitaba, sí.

—¿Quiere eso decir que podemos irnos, a tirarnos una semana tumbados al borde de una piscina?

—No pienso hacer otra cosa. —

Guardó el equipo fotográfico y fue recogiendo todos sus bártulos mientras Danny hablaba con el anciano de la aldea y pagaba a la tribu por las fotos. Ella colocó el teléfono vía satélite en el suelo del desierto, desplegó las alas plateadas y fue moviéndolo hasta que captó una señal.

Tal como imaginaba, las oficinas de la revista estaban cerradas, por lo que dejó un mensaje para su editora con la promesa de volver a llamarla desde el hotel Chobe River Lodge de Zambia. Después, Danny y ella volvieron a subirse en el viejo Land Rover desvencijado, atravesaron el paisaje lunar del Kaokoveld y saltaron a un

avión con rumbo al sur. Al anochecer estaban en el Chobe River Lodge, en su terraza privada, contemplando la puesta de sol en la orilla de enfrente, con una manada de elefantes delante. Les estaban sirviendo unos gin-tonics mientras a un centenar de metros de distancia los leones cazaban entre la alta hierba.

Con un biquini que había conocido tiempos mejores, Nina se estiró en la lujosa *chaise-longue* de dos plazas y cerró los ojos. La noche olía a agua turbia, hierba seca y barro cocido por el sol hasta quedar convertido en piedra. Por primera vez en semanas, sus cabellos negros con corte pixie estaban

limpios y no había ni rastro de tierra rojiza debajo de sus uñas. Lujo total.

Oyó los pasos de Danny desde la habitación hacia la terraza. Antes de cada paso hacía una pausa casi imperceptible, una pequeñísima atención para con su pierna derecha, que había recibido un balazo en Angola. Él fingía que no le molestaba, a la gente le decía que no le dolía, pero Nina sabía de las pastillas que tomaba y que a veces no conseguía encontrar una postura cómoda para dormir. Cuando le daba un masaje, dedicaba un esfuerzo especial a aquella pierna, aunque él nunca se lo pedía y ella no reconociese que lo había hecho.

—Aquí tienes —dijo, depositando

dos vasos en la mesa de teca, al lado de ella.

Cuando se lo agradeció con una inclinación de la cabeza, vio varias cosas a la vez: uno de los vasos no era de gin-tonic; en vez de eso, se había tomado de golpe un chupito de tequila tan enorme que prácticamente era un vaso y se había olvidado de ponerle sal. Y lo peor de todo era que no sonreía.

Ella se incorporó para sentarse.

—¿Qué pasa?

—A lo mejor deberías tomar un trago antes.

Cuando un irlandés te decía que te tomases un trago antes, es que eran malas noticias.

Se sentó con ella en el diván. Nina se hizo a un lado para dejarle sitio.

Habían salido las estrellas y a la pálida luz plateada ella distinguió sus facciones cinceladas, las mejillas hundidas, los ojos azules, los cabellos ensortijados. Se dio cuenta en ese instante, viéndolo tan triste, de cuánto se reía y sonreía, incluso en medio del calor infernal, del polvo que se pegaba a la garganta o de los disparos de armas de fuego. Siempre era capaz de sonreír.

Pero ahora no.

Le tendió un sobrecito amarillo.

—Telegrama.

—¿Lo has leído?

—Claro que no. Pero no pueden ser

buenas noticias, no me digas que no.

Todos los periodistas, productores y reporteros gráficos del mundo sabían qué implicaban los telegramas. Era el medio que utilizaban las familias para comunicar una mala noticia, incluso en la era de los teléfonos vía satélite e internet. Le temblaron las manos al coger el sobre. Lo primero que pensó, al ver que lo remitía Sylvie, fue un «gracias a Dios». Pero la sensación de alivio se esfumó en cuanto empezó a leer.

NINA.

TU PADRE HA SUFRIDO UN ATAQUE
AL CORAZÓN.

MEREDITH DICE QUE PINTA MAL.

Levantó la cara para mirar a Danny.

—Es mi padre... Tengo que irme inmediatamente.

—Imposible, amor mío —dijo él con delicadeza—. El primer vuelo no sale hasta las seis. Voy a sacar billete para dos a Seattle desde Johannesburgo. ¿Desde allí lo mejor es ir por carretera?

—¿Para dos?

—Sí. Quiero estar contigo para apoyarte, Nina. ¿Es tan terrible?

No supo qué responder, qué decir. Nunca le había salido de forma natural buscar el apoyo o el consuelo de los demás. Lo último que deseaba era otorgarle a otra persona el poder de

hacerle daño. La autoprotección era lo único que había aprendido de su madre. Por eso hizo lo que hacía siempre en momentos como ese: extendió la mano para desabrocharle los botones de los pantalones.

—Llévame a la cama, Daniel Flynn. Sácame de esta noche.

«Interminable» fue la palabra que le vino a la mente para describir la espera, pero eso solo sirvió para que Meredith pensase a continuación en la palabra «terminal», lo cual a su vez la llevó a «muerte», lo que hizo surgir todas las emociones que estaba tratando de

reprimir. Su mecanismo habitual de aguante, el mantenerse ocupada, no le estaba dando resultado en esos momentos. Y lo había intentado. Se había empapado de información sobre seguros, había indagado acerca de ataques al corazón y supervivencia, y había elaborado una lista de los mejores cardiólogos del país. En cuanto soltaba el bolígrafo o apartaba la vista de la pantalla, la pena volvía a inundarla como un torrente. Las lágrimas le presionaban incesantemente por detrás de los párpados. Sin embargo, por lo pronto, había impedido que rodaran por su cara. Llorar habría sido una derrota y ella se negaba a claudicar.

Se cruzó de brazos fuertemente, clavando la mirada en los peces multicolores del acuario de la sala de espera. A veces, si tenía suerte, alguno de ellos realmente atrapaba su atención y durante un nanosegundo se olvidaba de que su padre podría estar en sus últimas horas.

Notó que Jeff se le acercaba por la espalda. Aunque no había oído pisadas por la moqueta, sabía que estaba allí.

—Mere —dijo en voz baja, apoyando las manos en los hombros de ella. Sabía lo que quería: que se apoyase en él, que se dejase sostener. Una parte de sí también quería eso, de hecho, anhelaba ese consuelo, pero la parte mayor, la que

se aferraba a la esperanza y al aquí y ahora, no se atrevía a relajarse. En brazos de él podría derrumbarse, ¿y de qué serviría eso?

—Deja que te abrace —le dijo al oído.

Ella negó con la cabeza. ¿Cómo era posible que no lo entendiese?

Se preocupaba por su padre de un modo que la consumía. Era como tener un puñal clavado en el pecho, desgarrándole hueso y músculo; la afilada punta apuntándole el corazón. Un mal movimiento y el tierno órgano quedaría perforado.

Oyó que él suspiraba, detrás. La soltó.

—¿Has localizado a tu hermana?

—He dejado mensajes en todos los sitios que he podido. Ya conoces a Nina. Estará aquí cuando esté aquí. —Volvió a mirar la hora en el reloj de pared—. ¿Por qué está tardando tanto ese médico de las narices? Debería estar dándonos el parte. Dentro de diez minutos llamo al jefe del departamento.

Jeff empezó a decir algo (lo cierto era que ella apenas escuchaba, tenía el corazón tan desbocado que no lograba oír gran cosa por encima de los latidos), pero antes de que pudiera terminar, la puerta de la sala de espera se abrió y apareció el doctor Watanabe. En un

segundo, Meredith, su madre y Jeff se juntaron y fueron hacia el médico.

—¿Cómo está? —preguntó su madre con una voz que se oyó en toda la sala. ¿Cómo podía estar tan fuerte en semejantes circunstancias? Tan solo el tono pesado de su acento delataba que estaba alterada. Por lo demás, se la veía tan serena como siempre.

El doctor Watanabe sonrió fugaz y levemente, y dijo:

—Mal. Ha sufrido un segundo ataque cuando lo llevábamos a quirófano. Pudimos resucitarlo, pero está muy débil.

—¿Qué pueden hacer? —preguntó Meredith.

—¿Hacer? —repitió el doctor Watanabe, arrugando el entrecejo. La compasión de su mirada era terrible—. Nada. Tiene demasiado dañado el corazón. Ahora solo aguardar... y esperar que logre llegar a la mañana.

Jeff deslizó el brazo alrededor de la cintura de Meredith.

—Pueden verlo si quieren. Está en la Unidad de Cuidados Coronarios. Pero de uno en uno, ¿entendido? —dijo el doctor Watanabe, cogiendo a la madre por el codo.

«Los detalles —pensó Meredith mientras veía alejarse a su madre por el pasillo—. Concéntrate en los detalles. Encuentra la forma de arreglar esto.»

Pero no podía.

Los recuerdos se agolpaban en la zona periférica de su visión, esperando que los invitara a acercarse. Vio a su padre en la tribuna del pabellón de deportes durante las competiciones de gimnasia del instituto, animándola con una efusividad que la avergonzaba, o en su boda, llorando sin disimulo mientras la llevaba por el pasillo de la iglesia. Hacía solo una semana le había dicho en un aparte: «Vamos a tomarnos unas cañas, Meredoodle, tú y yo solos, como en los viejos tiempos».

Y ella se lo había quitado de encima diciéndole que ya lo harían, pronto...

¿De verdad había sido tan importante

llevar unas prendas a la tintorería?

—Supongo que deberíamos llamar a las niñas —dijo Jeff—. Que cojan un avión.

Al oírlo, Meredith sintió que algo se le rompía por dentro, y aunque se daba cuenta de que era irracional, odió a Jeff por decir eso. Él ya había tirado la toalla.

—¿Mere? —La acercó para abrazarla y la retuvo así—. Te quiero —susurró.

Ella permaneció en sus brazos todo lo que pudo resistir y entonces se zafó delicadamente. Sin decir nada, sin mirarlo siquiera, siguió el mismo camino que su madre, sintiéndose sola, peligrosamente sola, presa de la más

pura soledad mientras atravesaba la austera y ajetreada Unidad de Cuidados Coronarios. De su campo de visión entraban y salían personas con ropa de personal sanitario, pero ella solo tenía ojos para su padre.

Estaba en una cama estrecha rodeado de tubos, vías intravenosas y aparatos. Su madre velaba a su lado. Incluso en esos momentos, cuando a su marido solo le quedaba un hilo de vida, ella parecía extrañamente —casi desafiantemente— serena. Su postura era impecable, y si en sus manos había un temblor hubiera hecho falta un sismólogo para detectarlo.

Meredith se secó los ojos,

inconsciente hasta ese instante de que se le habían saltado las lágrimas. Se quedó todo el tiempo que pudo. El médico había dicho que pasasen de uno en uno y Meredith no era persona de saltarse las normas. Pero al final no pudo más. Se acercó a él y se detuvo al pie de la cama. El runrún de las máquinas parecía absurdamente ruidoso.

—¿Cómo está?

Su madre dio un suspiro hondo y se marchó. Meredith sabía que se dirigiría a alguna ventana, en alguna parte, para quedarse mirando fijamente la noche nevada, a solas.

Normalmente le daba rabia lo sola que le gustaba estar a su madre, pero en

esos momentos le daba igual y, para variar, no la juzgó con demasiada dureza. Cada cual se desmoronaba —y se mantenía de una pieza— a su manera.

Tendió un brazo hacia abajo para tocar la mano de su padre.

—Ey, papá —susurró, mientras intentaba sonreír lo mejor que pudo—. Soy yo, tu Meredoodle. Estoy aquí, y te quiero. Dime algo, papá.

Por toda respuesta, el viento dio unos golpecitos en el vidrio mientras la nieve se arremolinaba y danzaba bajo la luz del exterior.

Tres

Nina, rodeada del trasiego confuso del aeropuerto de Johannesburgo, levantó la cara hacia Danny. Sabía que quería ir con ella, pero no terminaba de entender por qué. En esos momentos no podía dar nada de sí, ni a él ni a nadie. Solo necesitaba marcharse, largarse, estar en casa.

—Necesito hacer esto yo sola.

Se daba cuenta de que lo había herido.

—Por supuesto —dijo él.

—Perdóname.

Él se pasó una mano, de un moreno intenso, por los largos, revueltos cabellos negros y la miró desde arriba con una intensidad que la hizo tomar aire y contener la respiración. Aquella mirada la traspasó, le llegó al alma. Él le tendió los brazos lentamente y la estrechó como si no hubiera nadie alrededor, dos enamorados con todo el tiempo del mundo. Y la reivindicó como suya con un beso profundo e íntimo, casi animal. Ella notó que se le aceleraba el pulso y las mejillas se le encendían, aun cuando no tenía sentido esa reacción. Era una mujer hecha y derecha, no una

virgen asustada, y lo último que se le pasaba por la cabeza era follar.

—Recuérdalo, mi amor —dijo él, separándose pero sin desviar la mirada de ella.

Fue un beso que casi suavizó su dolor durante un momento fugaz, que casi alivió su carga. Estuvo a punto de decir algo, a punto de cambiar de opinión, pero antes de poder dar siquiera con el principio de una palabra, él se alejó, le dio la espalda y se marchó. Se quedó inmóvil durante un minuto, casi petrificada; entonces, recogió la mochila del suelo, a sus pies, y echó a andar.

Treinta y cuatro horas después, estacionaba el vehículo de alquiler en el

aparcamiento oscuro y cubierto de una capa de nieve del hospital y corría adentro rezando (como llevaba haciendo durante todas las horas del vuelo transatlántico) por que no fuese demasiado tarde.

En la sala de espera de la tercera planta se encontró a su hermana plantada como un centinela junto a un acuario disparatadamente alegre lleno de peces tropicales. Nina frenó en seco, trastabillando. De repente le dio miedo hablar. Meredith y ella siempre habían afrontado las cosas de manera diferente. Ya de niñas. Nina se había caído muchas veces y se había vuelto a levantar; Meredith se había movido con

precaución y rara vez había perdido el equilibrio. Nina se había roto huesos, Meredith los conservaba de una pieza.

Nina necesitaba eso ahora, necesitaba que su hermana la contuviese para no romperse en pedazos.

—¿Mere? —dijo en voz baja.

Meredith se volvió hacia ella. Ni los metros de sala de espera que había entre las dos, ni esas horrorosas luces fluorescentes del techo, impidieron a Nina reconocer lo cansada, exhausta, que estaba su hermana. La melena castaña de Meredith, habitualmente peinada de forma impecable, estaba hecha una pena. No llevaba maquillaje y, sin él, parecía que sus ojos castaños

eran demasiado grandes para su rostro blanco, y tenía descolorida la boca desproporcionada.

—Estás aquí —dijo moviéndose al frente. Y abrazó a Nina.

Al deshacer el abrazo, Nina se quedó como vacilante, con la respiración algo entrecortada.

—¿Cómo está?

—Mal. Ha sufrido un segundo infarto. En un primer momento iban a intentar operarlo... pero ahora dicen que no saldría con vida. Que tiene el corazón demasiado dañado. El doctor Watanabe no cree que pase de este fin de semana. Pero tampoco pensaron que pasaría de la primera noche.

Nina cerró los ojos por el dolor que le causaba aquello. Gracias a Dios que había llegado a tiempo para verlo.

Pero ¿cómo podría perderlo? Él era su tierra firme, su estrella polar. La única persona que siempre esperaba que volviese a casa.

Poco a poco fue abriendo los ojos para mirar de nuevo a su hermana.

—¿Y mamá?

Meredith se hizo a un lado.

Allí estaba: una señora guapa de cabellos blancos sentada en un sillón tapizado de mala calidad. Nina no necesitó acercarse para ver lo controlada que estaba, lo contenida. Daba miedo. Su madre no se había

levantado para dar la bienvenida a casa a su hija menor, ni siquiera había mirado hacia ella. Mantenía la vista fija al frente; era como si sus escalofriantes ojos azules reluciesen en la palidez de su cutis. Estaba haciendo punto, como de costumbre. Debían de tener unos trescientos jerséis y mantas, perfectamente doblados y apilados en el desván.

—¿Cómo está? —preguntó Nina.

Meredith se encogió de hombros y Nina supo lo que quería decir ese gesto. ¿Quién sabía nada de su madre? Era como una extraterrestre para ellas, una criatura indescifrable, y Dios era testigo

de que lo habían intentado. Sobre todo Meredith.

Hasta la noche de la función navideña, hacía tantos años ya, Meredith había seguido a su madre como un perrillo faldero, siempre ansiando que la viese. Después de aquella velada humillante, su hermana se había replegado y había mantenido las distancias. En todos los años transcurridos desde entonces las cosas no habían cambiado. Ni se habían dulcificado tampoco. Si acaso, la brecha entre ambas se había agrandado. Nina lo había gestionado de otra manera. Había renunciado antes que su hermana a toda esperanza de establecer un vínculo

estrecho y había optado por aceptar la soledad de su madre. En muchos aspectos, su madre y ella se parecían. No necesitaban de nadie. Solo a su padre.

Nina movió levemente la cabeza en gesto afirmativo hacia su hermana y cruzó la sala. Una vez junto a su madre, se puso de rodillas. Un sentimiento de nostalgia que le resultaba desconocido la pilló desprevenida. Quería que le dijese que su padre se pondría bien.

—Hola, mamá —dijo—. He venido lo más aprisa que he podido.

—Qué bien.

Detectó en la voz de su madre una minúscula fisura y esa tenue debilidad

las conectó. No se atrevió a tocar la muñeca, fina y pálida, de su madre. Bajo la blanca piel se veían las venas azules, gruesas, y a su lado los dedos bronceados de Nina resultaban casi ridículamente vibrantes. Tal vez era su madre quien necesitaba consuelo, para variar.

—Es fuerte y quiere vivir.

Su madre volvió la cara para mirarla, desde arriba, tan despacio como si fuese un robot al que se le estuvieran acabando las pilas. A Nina le impactó lo vieja y agotada que se la veía, y aun así lo fuerte que parecía. Debería haber sido una combinación imposible, pero su madre había sido siempre una mujer

de contradicciones. Por un lado, se había angustiado muchísimo con la idea de que las niñas saliesen del jardín, y a la vez casi no les prestaba atención cuando estaban dentro de la casa; afirmaba que no había ningún Dios, aun cuando decoraba su Rincón Sagrado y tenía siempre su velita encendida; tomaba solo la cantidad necesaria de comida para que el cuerpo le funcionase, y a la vez quería que sus hijas tragasen más de lo que podían aguantar.

—¿Crees que eso es lo que importa?

A Nina le chocó la ferocidad de la voz de su madre.

—Creo que tenemos que creer que se

recuperará.

—Está en la habitación 434. Ha estado preguntando por ti.

Nina respiró hondo y abrió la puerta de la habitación de su padre.

Estaba todo en silencio, salvo por el sonido mecánico de los aparatos. Se acercó a él lentamente, procurando no llorar.

Se lo veía menudo, un hombretón que había menguado hasta caber en la cama de un niño.

—Nina. —Su voz era tan suave y susurrante que le costó reconocerla. Estaba tan pálido que daba miedo.

Ella se obligó a sonreír y cruzó los dedos para que la mueca pareciera sincera. Su padre era un hombre que valoraba la risa y la alegría. Sabía que le dolería verla sufrir.

—Hola, papito. —Se le escapó aquel apelativo de niña pequeña; no lo había dicho desde hacía años.

Él lo sabía. Lo sabía y sonrió. Fue una versión deslucida y cansada de su sonrisa. Nina se inclinó para limpiarle la baba del labio.

—Te quiero, papito.

—Quiero... —dijo con la respiración entrecortada— irme... a casa.

Nina tuvo que acercarse mucho para

oír sus palabras, pronunciadas con un hilo de voz.

—No puedes irte todavía a casa, papá. Aquí te están cuidado muy bien.

Él estiró el brazo para agarrarle la mano y se la retuvo con fuerza.

—Morir... en casa.

Esta vez no logró contener las lágrimas. Notó que le rodaban por las mejillas y vio que se posaban cual diminutos pétalos grises en la sábana blanca.

—No...

Él levantó la vista. Seguía costándole respirar. Nina vio que los ojos se le apagaban y que su empeño cedía, y eso

le dolió más que las palabras que había escuchado.

—No va a ser fácil —le dijo—. Ya sabes que a Meredith le gusta que todo esté en su sitio. Querrá que te quedes aquí.

La sonrisa que le dirigió fue tan triste y desmadejada que le partió el alma.

—Tú... odias lo fácil.

—Sí —dijo ella con voz queda, y comprendió con una punzada que, sin él en este mundo, ya nadie la conocería tan bien como él.

Él cerró los ojos y soltó el aire poco a poco. Nina pensó de pronto que lo había perdido, que sencillamente se le había escapado de las manos para

sumirse en las tinieblas. Pero esa vez las máquinas la tranquilizaron. Su padre seguía respirando.

Se hundió en la butaca que había al lado de la cama. Sabía por qué le había pedido a ella ese favor. Su madre podía hacerlo también, por supuesto que sí; podría forzar su traslado a casa. Pero Meredith odiaría a su madre. Su padre se había pasado la vida entera tratando de crear amor donde no lo había: entre su esposa y sus hijas, y ni siquiera en estas circunstancias iba a darse por vencido. Lo único que podía hacer era traspasarle a ella esa necesidad y esperar que pudiese cumplir su deseo. Se acordó de cuando la llamaba su

transgresora, su fierabrás, y lo orgulloso que se sentía de su valentía a la hora de saltar al campo de batalla.

Por descontado que haría lo que le había pedido. Puede que fuese lo último que le pidiese.

Esa noche, una vez dispuesto todo lo necesario para que a su padre le diesen el alta hospitalaria, Nina salió a por su coche de alquiler. Se pasó un buen rato sentada dentro, a solas en el aparcamiento a oscuras, para intentar sacudirse de encima la pelea que había tenido con Meredith a cuenta del traslado de su padre. Había ganado

Nina, pero no había resultado fácil. Finalmente, con un suspiro de cansancio, arrancó el motor y salió del área del hospital. La nieve dibujaba arabescos en el parabrisas, que desaparecían y volvían a aparecer a cada pasada de las escobillas del limpia. Aun con semejante mala visibilidad, cuando vio aparecer Belye Nochi tuvo que contener la respiración.

La casa estaba tan hermosa y resultaba tan fuera de lugar como siempre en su valle nevado, medio oculta en un pliegue del terreno entre el río y los montes. Las luces de Navidad la embellecían todavía más, envolviéndola casi en un halo de magia.

Siempre le había recordado los cuentos de hadas que les habían contado de pequeñas, llenos de peligrosos conjuros, apuestos príncipes y leones de piedra. En resumen, le recordaban a su madre.

Cuando subió al porche, se quitó a pisotones la nieve de las botas de montaña y abrió la puerta. Abrigos y botas abarrotaban la entrada. Las encimeras de la cocina eran un camposanto de tazas de café y platos vacíos. La lámpara de techo arrancaba destellos al preciado samovar de latón de su madre.

Encontró a Meredith en el salón,

completamente sola, con la mirada fija en las llamas de la chimenea.

Nina se dio cuenta de lo frágil que era su hermana en ese preciso instante. Su ojo de fotógrafa registró cada pequeño detalle: las manos temblorosas, la mirada cansada, la espalda rígida.

Se inclinó hacia ella y le dio un abrazo.

—¿Qué va a ser de nosotras sin él?
—murmuró Meredith, aferrándose a ella.

—Pues que perderemos algo —fue lo único que se le ocurrió.

Meredith se enjugó las lágrimas, irguiéndose súbitamente, apartándose de

su hermana como si acabara de darse cuenta de que había mostrado debilidad.

—Voy a quedarme esta noche. Por si mamá necesita algo.

—Yo cuidaré de ella.

—¿Tú?

—Sí. Nos apañaremos. Tú vete a acostarte como una vampiresa con ese maridito tuyo tan sexi.

Meredith arrugó la frente, como si fuese imposible plantearse siquiera la sola idea del placer.

—¿Estás segura de que os vais a apañar?

—Segura.

—Vale. Volveré temprano para

preparar las cosas para papá. Acuérdate de que lo traerán a la una.

—Me acuerdo —dijo Nina, mientras acompañaba a Meredith hasta la entrada. Tan pronto como su hermana se hubo marchado, recogió su mochila y los bolsos de las cámaras de encima de la mesa de la cocina y enfiló la empinada y angosta escalera que subía al piso de arriba. Pasó por delante de la habitación de sus padres, camino del cuarto que Meredith y ella habían compartido. Si bien a simple vista parecía que todo era simétrico, las dos camas idénticas, los dos escritorios a juego, las dos cómodas blancas, una mirada más atenta descubría que allí habían vivido dos

niñas muy diferentes entre sí y adivinaría los caminos divergentes que habrían de tomar en la vida. Ya de niñas habían tenido poco que ver. Lo último que Nina realmente recordaba que habían hecho juntas era la obra de teatro.

Ese día su madre había cambiado y Meredith también. Fiel a su palabra, su hermana no había vuelto a escuchar ningún cuento contado por su madre. Pero había sido una promesa fácil de cumplir, ya que su madre no volvió a contarles cuentos nunca más. Eso fue lo que Nina más había echado de menos. Le encantaban esos cuentos de hadas. El Árbol Blanco, la Doncella de la Nieve,

la cascada encantada, la campesina y el príncipe. De esos momentos en que se iban a dormir, cuando lograban convencer a su madre para que les contase un cuento, cosa que solo sucedió en pocas ocasiones, Nina recordaba su propio embeleso al escuchar la voz de su madre y la paz que sentía al reconocer las historias. Eran todos cuentos que se guardaban en el recuerdo y que cada vez se repetían exactamente igual, incluso sin tener un libro en el que leerlos. Su madre les había explicado que la habilidad para contar historias era una tradición rusa.

Después de la obra de teatro, Nina había tratado de reparar la grieta

provocada por el enfado de su madre y los sentimientos heridos de Meredith, lo mismo que su padre. Por supuesto, no había servido de nada y Nina lo comprendió con solo once años. A esas alturas, Nina se había sentido dolida tantas veces que ella misma también se había replegado.

Salió del cuarto y cerró la puerta.

Al llegar a la habitación de sus padres, se detuvo y llamó con los nudillos.

—¿Mamá? ¿Tienes hambre?

No hubo respuesta.

Volvió a llamar.

—¿Mamá?

Más silencio.

Abrió la puerta y entró. La habitación estaba limpia como una patena, espartana en lo tocante a decoración. Una cama doble tamaño extragrande, una cómoda antigua, uno de esos baúles rusos antiguos y una estantería llena a rebosar de novelitas encuadernadas con tapa dura, del club del libro del que era socia su madre.

Lo único que faltaba era precisamente ella.

Con la frente arrugada, Nina bajó de nuevo, llamando a su madre a voces. Estaba empezando a sentir pánico cuando casualmente miró al exterior.

Allí estaba, sentada en su banco del jardín de invierno, mirándose las manos.

Las bombillitas blancas de Navidad, enroscadas en la valla de hierro forjado, hacían que el jardín pareciese una caja mágica en medio de toda esa noche. Alrededor de su madre caían suaves los copos de nieve, de forma que todo lo material parecía una ilusión. Nina se dirigió al recibidor para coger unas botas de nieve y un abrigo. Se puso las prendas a toda prisa y, una vez fuera, trató de hacer caso omiso de los puntos ardientes que le dejaban los copos de nieve al posarse en sus mejillas y labios. Por eso mismo era por lo que trabajaba en regiones ecuatoriales.

—¿Mamá? —dijo acercándose—. No deberías estar aquí fuera. Hace frío.

—Esto no es frío.

Nina notó el agotamiento en la voz de su madre, lo cual le recordó lo cansada que estaba ella misma, y lo duro que había sido aquel día, y lo horroroso que sería el siguiente. Por eso, Nina se sentó al lado de su madre.

Ninguna de las dos dijo nada durante un rato que se hizo eterno. Al final, su madre dijo:

—Tu padre opina que su muerte me va a superar.

—¿Y vas a poder con ello? — preguntó Nina sin más.

—Te asombraría lo que es capaz de soportar el corazón humano.

Nina había visto en todos los rincones

del mundo la verdad que encerraban esas palabras. Lo irónico del caso era que justo de eso trataban sus fotografías de mujeres guerreras.

—Eso no significa que el dolor no sea insoportable. En Kosovo, durante los combates, hablé con...

—No me hables de tu trabajo. Son conversaciones que tienes con tu padre. La guerra no me interesa.

A Nina no le dolió aquello. O por lo menos eso se dijo a sí misma. Sabía que no servía de nada tratar de llegar a su madre.

—Perdona. Solo era un tema de conversación.

—Pues déjalo. —Su madre se agachó

un poco para tocar la columna de cobre que se erigía en medio de la maraña de hojas y ramas pardas, muertas, de la enredadera. Aquí y allá asomaban por entre la nieve bayas rojas de acebo, enmarcadas por las brillantes hojas verdes. Su madre, desde luego, era incapaz de distinguir aquellos colores. Ese defecto de nacimiento le impedía ver la verdadera belleza de su jardín. Meredith no había podido entender nunca por qué una mujer que veía el mundo en blanco y negro se preocupaba tanto por las flores, pero Nina conocía bien el poder de las imágenes en blanco y negro. En ocasiones los objetos

revelaban su auténtica naturaleza cuando se los despojaba de su colorido.

—Vamos, mamá —dijo Nina—. Haré algo de cenar para las dos.

—Tú no cocinas.

—¿Y de quién es la culpa? —replicó Nina de manera automática—. Se supone que las madres tienen que enseñar a las hijas a cocinar.

—Vale, vale. Es culpa mía. Todo es culpa mía. —Su madre se levantó, cogió su labor de punto y se marchó.

Cuatro

Los perros saludaron a Meredith como si hubiese estado diez años fuera. Ella les rascó las orejas con nulo entusiasmo y entró directamente en la casa, donde fue encendiendo las luces conforme avanzaba desde la cocina hasta el salón.

—¿Jeff? —lo llamó.

La respuesta fue el silencio.

Ante eso, hizo exactamente lo que no quería hacer: se preparó un ron (bien cargado) con Coca-Cola Light y salió al

porche. Allí se sentó en el asiento blanco de dos plazas y se quedó mirando el valle iluminado por la luna. Con esa luz, la finca de manzanos tenía un aspecto casi siniestro, con todas esas ramas desnudas, retorcidas, saliendo por el lecho sucio de nieve.

Estiró un brazo a la izquierda para coger de su sitio —un cesto— la vieja manta de lana y se envolvió en ella. No sabía cómo iba a sobrevivir a esa pena, cómo aceptar lo que iba a suceder.

Sin su padre, Meredith tenía miedo de acabar como uno de esos manzanos durmientes: desnuda, vulnerable, expuesta. Quería creer que no estaría sola con su pena, pero ¿quién estaría a

su lado? ¿Nina? ¿Jeff? ¿Sus hijas? ¿Su madre?

Eso era lo más tronchante de todo. Que su madre nunca había estado a su lado. Y que ahora iban a quedarse las dos solas, conectadas a través de la fina hebra del amor a un difunto, y poco más.

A su espalda la puerta chirrió.

—¿Mere? ¿Qué estás haciendo aquí? Está helando. He estado esperándote.

—Necesitaba estar sola. —Vio que esa respuesta le hacía daño, y quiso retirarla, deshacerla, pero era un esfuerzo superior a sus fuerzas—. No quería decir eso.

—No, sí querías decirlo.

Meredith se levantó tan deprisa que la

manta se le cayó de los hombros y acabó hecha un montón arrugado en el asiento. Con una sonrisa forzada en la cara, se ladeó para pasar por delante de él y entrar en la casa.

En el salón se sentó en uno de los recios sillones de cuero de al lado de la chimenea, dando gracias porque él hubiese encendido el fuego. De pronto estaba helada. Los dedos apretaron con fuerza el vaso y dio un trago largo a su bebida. Hasta que él apareció a su lado y la miró desde arriba, no se dio cuenta de que debería haberse sentado en el sofá para que él hubiese podido sentarse a su lado.

Jeff se preparó una copa y se sentó

frente al hogar, en el suelo. Se lo veía cansado. Y decepcionado también.

—Pensé que querías hablarlo —dijo en voz baja.

—Dios, no.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—Se está muriendo, Jeff. Ya está, lo he dicho. Estamos hablando. Ya me siento mucho mejor.

—Joder, Mere.

Ella lo miró. Sabía que estaba comportándose como una cabrona y que además estaba siendo injusta con él, pero no podía evitarlo. Solo quería estar sola, acurrucarse en algún rincón oscuro en el que poder hacer como si esto no estuviese pasando. Se le desgarraba el

corazón. ¿Cómo era posible que su marido no pudiera verlo, o que pensase que podía de alguna manera sostenerlo en sus manos para que no se le rompiese del todo?

—¿Qué quieres de mí, Jeff? No sé manejar esto.

Entonces él se movió hacia ella y la levantó del sillón. Los cubitos de hielo tintinearón en su vaso, estaba temblando, ¿por qué no se había dado cuenta ella misma?, y le quitó la bebida de las manos para depositarla en la mesa, al lado del sillón.

—He hablado hoy con Evan.

—Lo sé.

—Está preocupado.

—Pues claro que está preocupado. Está... —No podía repetirlo de viva voz.

—Muriéndose —dijo Jeff en voz baja—. Pero eso no es lo que lo angustia. Está preocupado por ti, por Nina, por vuestra madre y por mí. Le da miedo que sin él su familia se desintegre.

—Eso es absurdo —dijo ella. Pero la falta de ímpetu de su propia voz la delató.

—¿Sí?

Al sentir el roce de sus labios en los suyos recordó cuánto lo había amado en tiempos, cuánto deseaba amarlo ahora. Deseaba rodearlo con sus brazos y

agarrarse a él. Pero tenía tanto frío. Estaba como anestesiada.

Él la abrazó como no la había abrazado desde hacía años, como si fuera a romperse en pedazos si ella lo soltaba, y la besó en la oreja y le susurró:

—Abrázame.

Meredith estuvo a punto de resquebrajarse en ese momento, de derrumbarse. Intentó levantar los brazos pero no pudo.

Jeff se apartó, la soltó. Se la quedó mirando largo rato, tanto que ella se preguntó qué era lo que estaba viendo.

Por un momento pareció que iba a

decir algo, pero al final solo dio media vuelta y se fue.

Qué podía decirse, siendo sinceros.

Su padre se moría. Nada podía cambiar eso. Las palabras eran como las moneditas pequeñas, que se pierden por los rincones y las rendijas y no merecen el esfuerzo de intentar recuperarlas.

Nina había pasado un montón de tiempo en compañía de personas heridas o moribundas, actuando como testigo de su drama, poniendo de manifiesto el dolor del mundo a través del sufrimiento de una persona. Además, se le daba bien, de alguna manera era capaz de estar

plenamente en el instante presente y a la vez lo bastante desapegada para registrarlo. Pero, por terrible que a menudo hubiese sido, su sitio a la vera de improvisadas camas de hospital observando a personas con unas heridas atroces, todo lo que había vivido hasta entonces palidecía en comparación con ese momento en que ella misma sufría. Ese día en que su padre volvió a casa desde el hospital no pudo tomar distancia, no pudo meter en una caja su dolor y echar el candado.

Estaba en la habitación de sus padres, al lado del ventanal que daba al jardín de invierno y, más allá, a la huerta de manzanos. El cielo estaba de un azul

intenso, límpido. Un pálido sol de invierno brillaba en él y su aliento templado derretía la costra de la nieve amarillenta. De los canalones caían gotas que sin duda estarían dejando tachonada la nieve que cubría la barandilla del porche, justo debajo.

Se llevó la cámara a los ojos y enfocó a Meredith, que miraba a su padre tratando de sonreír; Nina capturó la fragilidad del semblante de su hermana, la tristeza de su mirada. A continuación enfocó a su madre, que aguardaba de pie al lado de la cama, majestuosa como una Lauren Bacall, fría como una Barbara Stanwyck.

Su padre estaba tumbado en la enorme

cama, con unas almohadas blanquísimas y cubierto por varias capas de mantas. Estaba delgado, viejo, apagándose. Pestañeaba despacio, los párpados moteados le caían por delante de los ojos como banderas a media asta, para volver a levantarlos otra vez. A través del visor, Nina vio sus ojos castaños, legañosos, fijos en ella. El impacto que le causó esa mirada tan directa la sorprendió.

—Nada de cámaras —dijo. Era una voz cascada, cansada, no era su voz en absoluto. Por alguna razón, esa pérdida, el haber perdido el sonido mismo de él, fue lo peor de todo. Ella entendía por qué lo había dicho. La conocía bien y

sabía por qué en esos momentos la cámara era importante para ella.

Nina bajó lentamente el aparato y de repente se sintió desnuda y vulnerable. Sin esa fina capa de la lente de vidrio, estaba aquí en vez de allá, frente a su padre moribundo. Se acercó un poco a la cama y se quedó al lado de Meredith. Su madre estaba en el otro lado. Todos estaban muy juntos.

—Vuelvo enseguida —dijo su madre.

Su padre asintió en dirección a ella. La mirada que se cruzaron sus padres fue una mirada tan íntima que Nina casi se sintió como una intrusa.

En cuanto su madre se fue, su padre levantó la mirada hacia Meredith.

—Sé que estás asustada —dijo en voz baja.

—No hace falta que hablemos de esto —repuso Meredith.

—Salvo si tú quieres hablar —intervino Nina, y se agachó para cogerle de la mano—. Supongo que tienes miedo, papá... de morir.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Meredith, dando unos pasos hacia atrás, apartándose de la cama.

Nina no quería contárselo a su hermana, o no en esos momentos, pero durante años había vivido al lado de la muerte. Sabía que unos morían en paz y otros enrabiados, desesperados. Por duro que le resultase contemplar la

muerte de su padre, deseaba ayudarlo. Le apartó los blancos cabellos de la frente cubierta de manchas de la vejez, y recordó de pronto su rostro de más joven, cuando tenía la cara bronceada de trabajar en su plantación de árboles. Todo menos la frente, que siempre estaba blanca por los sombreros que usaba.

—Vuestra madre... —era obvio que le costaba hablar—. Se hundirá sin mí...

—Yo me ocuparé de ella, papá. Te lo prometo —dijo Meredith con la voz quebrada—. Lo sabes.

—No podrá pasar por esto otra vez... —dijo su padre—. Ayudadla. Prometédmelo. —Cerró los ojos y dejó

escapar un suspiro de agotamiento. Su respiración se volvió trabajosa.

—¿No podrá pasar otra vez por esto?
—preguntó Nina.

—¿Quién eres, Barbara Walters? —le espetó Meredith—. Cállate. Déjalo que duerma.

—Pero ha dicho...

—Ha dicho que cuidemos de mamá. Como si tuviera que pedírnoslo. — Meredith ocupó la atención con las mantas y le ahuecó las almohadas. Se movía como una enfermera supercompetente. Nina comprendió que su hermana estaba tan asustada que necesitaba distraerse con algo. Y sabía que a continuación saldría huyendo.

—Quédate —dijo Nina—. Tenemos que hablar...

—No puedo —respondió Meredith—. El negocio no se para solo porque yo quiera. Volveré dentro de una hora.

Y se fue.

Instintivamente, Nina cogió su cámara y se puso a hacer fotos, no para enseñárselas a nadie, solo para ella. Al mirarlo desde arriba, enfocando la cámara en su rostro blanco, las lágrimas que había estado conteniendo a duras penas transformaron a su padre en una mancha borrosa, gris y blanca, en medio de aquella inmensa cama con dosel de madera. Le entraron ganas de decir: «Papá, te quiero», pero aquellas

palabras poseían unos ganchos que no dejaban que se soltasen.

En silencio, salió de la habitación y cerró la puerta tras ella. Se cruzó con su madre en el pasillo, y por un instante, cuando sus miradas llenas de dolor se encontraron, Nina le tendió una mano.

Su madre se apartó de ella bruscamente, se metió en el dormitorio y cerró la puerta.

Ahí lo tenía. Su infancia entera repetida en un pasillo exageradamente silencioso. Y lo peor de todo era que Nina ya sabía que era inútil.

Que su madre no era una mujer a la que acercarse para tenderle la mano.

Esa noche, Meredith y Jeff recogieron a las chicas en la estación. Fue una vuelta a casa sin alharacas, plagada de miradas entristecidas y de silencios, para nada como hubiese debido ser.

—¿Cómo está el abuelo? —preguntó Jillian cuando estuvieron dentro del coche los cuatro, todo en silencio alrededor.

Meredith tuvo la intención de mentir pero era demasiado tarde para protegerlas.

—Mal —respondió en voz baja—. Pero se alegrará de veros.

A Maddy se le llenaron los ojos de lágrimas. No podía ser de otro modo; su

hija pequeña siempre había sido la sentimental. Nadie se reía más fuerte ni lloraba más desconsoladamente que Maddy.

—¿Podemos verlo esta noche?

—Claro que sí, mi vida. Nos está esperando. Y vuestra tía Nina ha venido también.

Maddy sonrió al enterarse, pero no fue su sonrisa auténtica, sino una versión zarrapastrosa.

—Qué guay.

Por alguna razón, con todo lo que tenía encima, aquel «Qué guay» quedó, apagado, fue lo que más dolió a Meredith. Esas dos palabras, dichas así, contenían el cambio que estaba a punto

de producirse, la pena que reconfiguraría su familia. Maddy y Jillian querían a Nina con locura. Generalmente, la trataban como a una estrella del rock.

Pero de momento solo hubo ese «Qué guay» susurrado.

—A lo mejor deberíamos ver a otro especialista —dijo Jillian. Su tono de voz era suave y sereno y en él Meredith detectó el eco de la médico en que algún día se convertiría. Seria y formal, así era Jillian.

—Pues ya ha visto a unos cuantos médicos buenos —dijo Jeff. Aguardó un momento, dejó que sus palabras calaran y a continuación arrancó el coche.

En circunstancias normales, habrían charlado por el camino, se habrían reído, se habrían contado anécdotas, y ya en casa se habrían sentado todos a la mesa de la cocina para echar una partida de Corazones o en el salón para ver juntos una peli.

Pero esa noche permanecieron callados en el coche. Las chicas intentaron iniciar alguna conversación, contaron historias aburridas sobre sus clases, sobre las normas de la asociación de alumnas e incluso sobre el tiempo, pero a sus palabras les costó elevarse por encima del manto de tristeza que invadía el interior del coche.

Cuando llegaron a Belye Nochi entraron en la casa y subieron por la estrecha escalera. Una vez arriba, Meredith se volvió hacia ellas y a punto estuvo de advertirlas de que el abuelo no se encontraba bien. Pero era lo que habría hecho una madre con sus hijas pequeñas. Por eso, prefirió abrir la puerta después de mover levemente la cabeza abajo y arriba y entró en la habitación seguida por ellas.

—Hola, papá. Mira quién ha venido a verte.

Nina estaba sentada en el escalón de piedra de la chimenea, de espaldas a un brillante fuego anaranjado. Al verlas entrar, se puso de pie.

—Estas no pueden ser mis sobrinas —dijo, pero su habitual risa estentórea no hizo acto de presencia.

Se acercó a las chicas y las abrazó con fuerza. Después, saludó también con un abrazo a su cuñado.

—Vuestro abuelo os ha estado esperando —dijo la abuela, que se levantó entonces de su mecedora, al lado de la ventana—. Yo también.

Meredith quiso saber si era la única que notaba la diferencia en la forma de hablar de su madre cuando se dirigía a las chicas.

Siempre había sido así. Su madre era tan afectuosa con sus nietas, como fría con sus propias hijas. Era algo, esa

preferencia evidente por Jillian y Maddy, que a Meredith le había dolido durante años; pero había acabado sintiendo agradecimiento por que su madre hiciese que las chicas se sintiesen queridas.

Las nietas abrazaron a su abuela una después de otra y a continuación se volvieron para mirar la gran cama con dosel.

Tumbado en ella, inmóvil, estaba su abuelo, con la cara llamativamente pálida y un amago de sonrisa.

—Mis nietas —dijo en voz baja.

Meredith vio cuánto las afectaba verlo así. Él había sido para ellas, toda

su vida, como uno de los manzanos de su finca: recio y fiable.

Jillian fue la primera en inclinarse para darle un beso.

—Hola, abuelo.

A Maddy se le humedecieron los ojos. Alargó el brazo para cogerse de la mano de su hermana. Cuando abrió la boca para hablar, no le salieron las palabras.

Su abuelo alzó una mano temblorosa, con la piel cubierta de manchas, y la apoyó en la mejilla de su nieta.

—No llores, princesa.

Maddy se enjugó las lágrimas y asintió.

El abuelo intentó sentarse. Meredith se acercó a su lado para ayudarlo.

Ahucó y recolocó las almohadas para que apoyase la espalda.

Él tosió con fuerza y dijo:

—Estamos todos aquí. —Entonces, miró a su mujer—. Es hora, Anya.

—No —respondió ella con serenidad.

—Me lo prometiste —dijo él.

Meredith notó que algo revoloteaba en círculos por la habitación, como una rosca de humo. Miró a Nina, que movió afirmativamente la cabeza. Así pues, también ella lo notaba.

—Ahora —dijo su padre con una terquedad como Meredith no había oído nunca en él.

Su madre se replegó como bajo el

peso de aquella orden y se sentó sin más, hundida, en la mecedora.

A Meredith apenas le había dado tiempo a procesar aquella asombrosa capitulación, cuando su padre tomó de nuevo la palabra.

—Vuestra madre ha accedido a contarnos uno de sus cuentos. Después de todos estos años. Como hacía antes.

Miró a su mujer, y su sonrisa era tan amorosa que a Meredith se le partió el corazón.

—«La campesina y el príncipe», creo. Siempre fue mi cuento favorito.

—No —dijo Meredith, o tal vez solo lo pensó. Se apartó de la cama dando un paso.

Nina cruzó la habitación y se sentó en el suelo a los pies de su madre, exactamente como había hecho años atrás. Como habían hecho las dos hermanas.

—Ven, Mad —dijo Nina dando unas palmaditas en el suelo—. Siéntate a mi lado.

Jeff fue el siguiente en moverse. Escogió el sillón grande de al lado de la chimenea y Jillian se acurrucó junto a él. La única que faltaba por acomodarse era Meredith, que estaba como si no pudiese mover las piernas. Llevaba décadas diciéndose que los cuentos de hadas de su madre no significaban nada, y ahora tenía que admitir que no era cierto. Que

le había encantado escuchar aquellas historias y que, sin querer, mientras las narraba había sentido amor hacia su madre. Esa era la verdad de por qué Meredith había dejado de escucharlas. Porque le dolía demasiado.

—Siéntate... Meredoodle —dijo su padre dulcemente, y al oír que la llamaba por su apodo notó que sus defensas cedían. Cruzó la habitación tiesa como un palo y fue a sentarse en la alfombra oriental, lo más lejos posible de su madre.

Ella estaba sentada muy quieta en la mecedora, con las nudosas manos apoyadas en el regazo, juntas, con las puntas de los dedos hacia arriba.

—La niña se llama Vera y es una campesina muy pobre. Una niña cualquiera. Pero eso ella no lo sabe, por supuesto. Nadie tan joven puede saber algo así. Tiene quince años y vive en el Reino de la Nieve, un país encantado que en estos momentos se pudre por dentro. El mal ha llegado al reino; es un caballero oscuro, que está furioso y quiere destruirlo todo.

Meredith notó un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero. De pronto recordó cómo habían sido las cosas antaño: su madre aparecía en el cuarto de las niñas por la noche para contarles historias fabulosas de leones de piedra, árboles de hielo y grullas que se comían

la luz de las estrellas. Siempre a oscuras. Su voz era mágica en esos momentos, lo mismo que ahora. Una voz que las unía durante un rato. Pero por la mañana esos lazos desaparecían y jamás se hablaba de los cuentos.

—Se mueve este caballero como un virus, y cuando los aldeanos empiezan a entender la verdad ya es tarde. La infección ya se ha producido. La nieve del invierno se tiñe de un negro amoratado horrible, a los charcos de las calles les salen tentáculos y arrastran a los caminantes desprevenidos al estiércol, los árboles riñen entre sí y dejan de dar frutos. Los bondadosos aldeanos no pueden hacer nada para

detener este mal. Aman su reino y son de ese tipo de personas que

agachan la cabeza para evitar el peligro. Vera no puede entender esto. ¿Cómo va a poder, a su edad? Ella solo sabe que el Reino de la Nieve forma parte de ella, lo mismo que las plantas de sus pies y las palmas de sus manos. Esa noche, por alguna razón que desconoce, se despierta de madrugada y sale de la cama sin hacer ruido, para no despertar a su hermana. Va hasta la ventana de su habitación y la abre de par en par. Desde allí alcanza a ver el puente. Es junio, cuando todo huele a

flores y la noche misma es tan breve como el aleteo de una mariposa, y sin poder evitarlo se pone a pensar en el futuro esplendoroso que la aguarda.

Es la época de las noches blancas, cuando el cielo, en el momento en que más oscuro está, se tiñe de un morado regio, intenso, salpicado de estrellas. En esos meses las calles nunca descansan. Los aldeanos se reúnen a todas horas en el exterior, los enamorados cruzan el puente. Los cortesanos se van de los cafetines a altas horas, borrachos de aguamiel y de sol.

Pero mientras la niña está aspirando el aire de la noche de estío, oye a sus

padres discutir en la habitación de al lado. Vera sabe que no debería aguzar el oído, pero no se resiste. Se acerca de puntillas a la puerta de la alcoba y la abre apenas una rendijita. Su madre está al lado de la chimenea encendida, retorciéndose las manos, mirando al padre.

—Petyr, no puedes seguir haciendo estas cosas. Es demasiado arriesgado. El poder del Caballero Negro es cada vez mayor. Cada noche, al parecer, nos enteramos de que más campesinos se han convertido en humo.

—No puedes pedirme eso.

—Te lo pido. Escribe lo que te dice el Caballero Negro. Son solo palabras.

—¿Solo palabras?

—Petyr —dice su madre ahora llorando, y eso asusta a Vera, que nunca había oído llorar a su madre—, tengo miedo por ti. —Y entonces, en voz más baja aún, añade—: Tengo miedo de ti.

Él la estrecha entre sus brazos.

—Me ando con cuidado, siempre.

Vera cierra la puerta, confundida por lo que acaba de oír. No comprende todo, o tal vez ni siquiera una parte, pero sabe que su fuerte madre está asustada y eso es algo nuevo para ella.

Pero su padre jamás permitirá que les pase nada malo...

Se propone preguntarle a su madre

acerca de la discusión al día siguiente, pero cuando se despierta brilla el sol y se olvida de todo. Al contrario, sale corriendo de la casa.

Su amado reino está en plena floración, igual que ella en la flor de la vida. ¿Cómo puede nada ser malo cuando brilla el sol?

Está tan contenta que ni siquiera se enfada por tener que llevar a su hermana al parque.

—¡Mira, Vera! ¡Mira lo que hago! — la llama Olga, que tiene doce años. La niña se lanza a hacer piruetas por el suelo.

—Qué bonito —dice Vera a su hermana, pero a decir verdad casi no la

está mirando. Se recuesta en el respaldo del banco y levanta la barbilla al sol, con los ojos cerrados. Después del largo y frío invierno, sentir el calor en la cara es una maravilla.

—Dos rosas traigo para ti.

Vera abre los ojos lentamente y descubre ante sí al chico más guapo que ha visto en su vida.

Es el príncipe Aleksandr. Todas las niñas conocen su cara.

Va vestido con unas prendas confeccionadas a la perfección, decoradas con cuentas de oro. Detrás de él hay un carruaje blanco deslumbrante, tirado por cuatro

caballos también blancos. Y en su mano, dos rosas.

Ella responde diciendo el siguiente verso del poema, agradecida por que su padre la haya obligado a leer tanto.

—Eres joven para saber poesía — dice él, y ella nota que está impresionado—. ¿Quién eres?

Ella yergue la espalda, esperando que él repare en sus senos jóvenes.

—Verónika. Y no soy tan joven.

—¿De verdad? Apostaría a que tu padre no te dejaría pasear conmigo.

—No necesito el permiso de nadie para salir, alteza —miente ella, y nota que las mejillas se le ponen coloradas.

Él se ríe, y su risa es como una

cascada de música.

—Bueno, Verónika, pues entonces te veré esta noche. A las once. ¿Dónde te veré?

A las once. Se supone que a esa hora tiene que estar ya en la cama. Pero no puede decírselo. A lo mejor puede fingir que se encuentra mal, y poner unas mantas en su lugar, debajo de las sábanas, y salir por la ventana. Y va a necesitar algún tipo de magia para encontrar un vestido digno de un príncipe. Porque él no querrá salir a pasear con una campesina pobre vestida con ropas de lino gastado. A lo mejor puede escabullirse hasta el pantano de Alaki, donde las brujas

venden amor por el precio de un dedo. Pensando así, su mirada se dirige rauda a su hermana, que se ha fijado en el príncipe y viene hacia ellos.

—En el Puente Encantado —dice.

—Creo que me vas a dejar plantado.

Olga está ya cerca y la llama a voces.

—No. De verdad, iré. —Mira a Olga y se angustia—. No le dejaré plantado. Váyase, príncipe Aleksandr. Lo veré a esa hora.

—Llámame Sasha —dice él.

Y así, tal cual, ella se enamora de este joven tan poco apropiado para ella. Tan por encima de su rango. Y que, además, es un peligro para su

familia. Se mira las manos, blancas y delgadas, y ve los callos que se le han formado de lavar ropa frotándola contra piedras ásperas, y se pregunta qué dedo daría por amor... y cuántos necesitará dar hasta conseguir que el príncipe le corresponda.

Pero esas preguntas no tienen respuesta y no tienen importancia, al menos no para Vera, porque el amor ha nacido ya. Ella y su apuesto príncipe se escapan juntos, se enamoran y se casan, y viven felices a partir de entonces.

Su madre se levantó.

—Fin.

—Anya —dijo su padre en tono cortante—. Hemos acordado que...

—Ya no más. —Su madre sonrió fugazmente a sus nietas y salió de la habitación.

Siendo sincera, para Meredith era un alivio. El cuento había vuelto a absorberla, en contra de su intención.

—Vamos, niñas. Vuestro abuelo necesita descansar.

—No huyas —le dijo su padre.

—No estoy huyendo. Son casi las diez, papá. Las niñas han viajado el día entero. Están agotadas. Volveremos mañana temprano. —Se acercó a la cama y se inclinó para darle un beso en

la mejilla, cubierta de barba crecida—. Duerme, ¿vale?

Él apoyó la mano en la cara de ella y se quedó mirándola fijamente con la seca palma en su mejilla.

—¿Has escuchado?

—Claro que sí.

—Tienes que escucharla. Es tu madre.

Le entraron ganas de decir que no tenía tiempo para cuentos de hadas y que no resultaba sencillo escuchar a una mujer que rara vez hablaba. Pero en vez de eso sonrió.

—De acuerdo, papá. Te quiero.

Él retiró lentamente la mano.

—Yo también a ti, Meredoodle.

Los cuentos de hadas formaban parte desde siempre de los mejores recuerdos de infancia de Nina y, aunque hacía lustros que no escuchaba contar ninguno, los recordaba bien.

Pero ¿por qué su padre los recuperaba ahora? No podía ser que no supiese que la cosa acabaría mal. Meredith y su madre no habían podido salir más aprisa del dormitorio.

Se acercó a su lado. Estaban ellos solos. Detrás de ella el fuego chisporroteó y un tronco se derrumbó y se deshizo en pedazos de color negro anaranjado.

—Me encanta oír su voz —dijo él.

Nina comprendió de repente. Su padre había recurrido al único mecanismo conocido capaz de hacer que su madre hablase.

—Querías reunirnos.

Su padre suspiró, un sonido tan leve como el roce del papel de seda, y después dio la impresión de palidecer todavía más.

—¿Sabes en qué piensa un hombre... en estos momentos?

Ella le cogió la mano.

—¿En qué?

—En los errores.

—Tú no has cometido muchos.

—Ella trató de hablar con vosotras. Hasta aquella espantosa función de

teatro... No debería haberla dejado esconderse. Está tan destrozada y la quiero tanto...

Nina se inclinó y le dio un beso en la frente.

—No pasa nada, papá. No te preocupes.

Él agarró con fuerza su mano y movió los ojos castaños, llorosos, hacia arriba para mirarla desde el lecho.

—Sí pasa —dijo. La boca le temblaba, la voz era tan débil que a ella le costaba oírlo—. Os necesita... y vosotras a ella. Prométemelo.

—¿Que te prometa el qué?

—Cuando yo ya no esté. Conocedla.

—¿Cómo? —Ambos sabían que era

imposible acercarse a su madre—. Lo he intentado. Y ella se niega a hablar con nosotras. Lo sabes perfectamente.

—Que os cuente el cuento de la campesina y el príncipe otra vez. — Dicho esto, cerró los ojos otra vez y su respiración se volvió silbante—. Pero entero.

—Entiendo lo que pretendes, papá. Sus historias servían para reunirnos. Durante un tiempo hasta llegaba a pensar... Pero me equivocaba. Ella no...

—Inténtalo, ¿sí? Nunca lo habéis oído entero.

—Pero...

—Prométemelo.

Ella le acarició un lado de la cara. Sintió la barba áspera, pinchuda, que no se había afeitado desde hacía unos días, y notó el rastro húmedo de las lágrimas. Veía que estaba casi dormido. Esa tarde, y probablemente esa conversación, le habían costado un gran esfuerzo y de nuevo volvía a sumirse en el sueño, entre las almohadas. Siempre había querido que sus hijas y su mujer se quisieran. Tanto lo ansiaba que estaba tratando de creer que un agradable rato de cuentos haría que pasara.

—Está bien, papá...

—Te quiero —susurró. Las palabras le salieron tan trabadas que solo

resultaron descifrables gracias a la familiaridad de la expresión.

—Yo también a ti. —Nina se inclinó para besarlo de nuevo en la frente y lo arropó hasta el mentón. Apagó la lámpara de la mesilla de noche, se pasó la correa de la cámara por el cuello y salió.

Antes de bajar, respiró hondo para serenarse. Encontró a su madre en la cocina, de pie delante de la encimera, troceando unas remolachas y unas cebollas amarillas. Una cazuela gigantesca de *borscht* bullía a fuego lento en el fogón.

Cómo no. En los momentos peliagudos, a Meredith le daba por las

tareas domésticas, a Nina por las fotos y a su madre por la cocina. Lo único que las mujeres Whitson no hacían nunca era hablar.

—Hola —dijo Nina apoyándose en el quicio de la puerta.

Su madre se volvió despacio para mirarla. Llevaba los blancos cabellos recogidos en un moño bajo de bailarina, que le despejaba por completo el rostro anguloso. En contraste con la piel blanquísima, sus ojos azul glacial adquirirían una intensidad que resultaba chocante en una mujer de su edad. Aun así, había en su semblante una fragilidad que Nina no recordaba haber visto antes y esa debilidad nueva le insufló coraje.

—Siempre me encantaron tus cuentos —le dijo.

Su madre se secó las manos con el delantal.

—Los cuentos de hadas son para niños.

—A papá le gustan mucho. Una vez me dijo que le contabas un cuento cada Nochebuena. A lo mejor podías contarme uno mañana. Me encantaría escuchar el resto de la historia de la campesina y el príncipe.

—Se está muriendo —dijo su madre—. Es un poco tarde para cuentos infantiles, diría yo.

Nina supo entonces que no podría cumplir su palabra, por mucho que lo

intentara. Sencillamente, era imposible llegar a conocer a su madre. Siempre lo había sido.

Cinco

Meredith apartó las sábanas y salió de la cama. Cogió la bata colgada en la puerta del cuarto de baño y se cepilló los dientes procurando no mirarse en el espejo. Las superficies reflectantes no iban a ser sus mejores aliadas ese día.

Nada más salir de su habitación, oyó ruidos: los perros que saltaban, ladrando, en la planta de abajo y un televisor encendido en alguna parte. Meredith sonrió. Por primera vez desde

hacía meses, su casa parecía un hogar otra vez.

Encontró a Jillian en la cocina, poniendo la mesa. Los perros estaban en posición, aguardando las sobras del desayuno.

—Papá me ha dicho que te dejase dormir —dijo Jillian.

—Gracias —respondió Meredith—. ¿Y tu hermana?

—En la cama aún.

Jeff le tendió a Meredith una taza de café.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Una mala noche —dijo ella, y lo miró por encima del borde de la taza. El

cuento infantil le había despertado muchos sentimientos antiguos y eso, unido a la preocupación por el estado de debilidad de su padre, había provocado que no hubiese podido descansar—. ¿No te he dejado dormir?

—No.

Recordó que antes dormían muy juntos. En los últimos tiempos dormían lo suficientemente separados como para que la noche agitada de uno no le afectase al otro.

—¿Mamá? —dijo Jillian mientras distribuía las servilletas con parsimonia—. ¿Podemos ir a ver otra vez al abuelo y a la baba esta mañana?

Meredith alargó un brazo por delante

de Jeff para llegar al plato lleno de tostadas apiladas, untadas de mantequilla, que había en la encimera. Mientras despegaba una esquinita de una de ellas, dijo:

—Voy a acercarme ahora. ¿Por qué no venís todos después de desayunar?

Jeff asintió.

—Sacaremos a pasear a los perros y bajaremos enseguida.

Ella movió afirmativamente la cabeza y se llevó el café arriba, donde se cambió la bata y el pijama por unos vaqueros cómodos y un jersey de ochos de cuello vuelto. Se despidió con un rápido adiós y salió de la casa a toda prisa.

Hacía un día sorprendentemente soleado. Mientras recorría a pie los cuatrocientos metros que bajaban en pendiente en dirección a la casa de sus padres, su aliento iba formando volutas de vaho. Había estado soñando con su padre toda la noche. Quizá había estado despierta en realidad y lo que le había dado vueltas sin parar en la cabeza habían sido los recuerdos. O a lo mejor habían sido las dos cosas. Lo único de lo que no tenía duda era de que necesitaba sentarse a su lado, que él le contase anécdotas de su vida, para poder atesorar esas historias y poder transmitir las a su vez algún día. Se habían olvidado de eso, de transmitir las

historias de la familia, de poner fotos en álbumes, ese tipo de cosas. Sabían algo de la familia de su padre de Oklahoma y de que la Gran Depresión los había arruinado. Sabían que él se había alistado en el ejército y había conocido a su madre estando de servicio. Pero eso era prácticamente todo. La mayoría de las anécdotas de su familia comenzaban con Belye Nochi, y Meredith, al igual que muchos niños, había vivido más preocupada por su propia vida que por la de su padre.

Pero ahora necesitaba corregir ese error. Y quería también disculparse por haberse marchado tan deprisa después de la narración del cuento. Sabía que

eso había herido los sentimientos de su padre y no podía soportarlo. Esa mañana le daría un beso y le diría cuánto lo quería y que lo sentía mucho. Si tan importante era para él, escucharía todos y cada uno de los estúpidos cuentos que su madre tuviese que contarle.

Al llegar a la puerta de la casa, llamó con los nudillos una vez y entró.

—¿Mamá? —llamó alzando la voz, y cerró la puerta. Al instante notó que no habían hecho café—. Qué detallazo, Nina —murmuró.

Encendió la cafetera y subió. Llamó con los nudillos en la puerta cerrada del dormitorio de sus padres.

—Ey, hola, he venido. ¿Estáis ahí? —
Nadie respondió, por lo que abrió la
puerta y se encontró a sus padres
acurrucados juntos en la cama.

—Buenos días. Estoy haciendo café,
abajo, y he conectado el samovar. —Fue
hacia las ventanas y descorrió las
pesadas cortinas—. Dijo el médico que
papá debería intentar comer algo. ¿Qué
te parecen huevos escalfados y unas
tostadas?

El sol entró a raudales por los
inmensos ventanales en saliente e
iluminó un largo tramo del suelo de
madera de roble, de tono miel, hasta la
ornamentada cama de estilo europeo
oriental que ocupaba el lugar destacado

de la alcoba. Al igual que en casi toda la casa, en esa habitación había pocos toques de color. Solo el blanco de la cama y los tonos oscuros de los muebles de madera. Hasta el sillón y la otomana del rincón estaban tapizados con damasco de color blanco nieve. Su madre se había encargado de la decoración y, como no distinguía colores, tendía a no usarlos. Las únicas obras de arte de las paredes eran las fotografías más famosas de Nina, todas en blanco y negro, con marcos de nogal negro.

Se volvió y miró otra vez a sus padres. Estaban tumbados muy juntos, sobre el costado izquierdo, él mirando

hacia la cómoda y su madre pegada completamente a la espalda de él y rodeándolo con los brazos. Le susurraba algo; Meredith tardó unos segundos en darse cuenta de que le estaba hablando en ruso.

—¿Mamá? —dijo Meredith, arrugando la frente. A pesar de todo su rusismo, su madre nunca hablaba ese idioma en la casa.

—Estoy intentando que entre en calor. Está helado. —Su madre frotó vigorosamente los brazos de su padre, los costados—. Está helado.

Meredith se quedó de piedra. Pensó que había vivido momentos dolorosos

en su vida. Pero no. No hasta ese instante.

Su padre estaba demasiado quieto, con el pelo revuelto, la boca torcida, los ojos cerrados. Su expresión era apacible, como si simplemente estuviese durmiendo más de la cuenta. Pero un tono azulado claro bordeaba sus labios, casi no se veía pero ella, que había mirado tantas veces su cara, vio que el hombre al que tanto quería ya no estaba allí. Su tez era de un color gris horrible. Ya nunca más le tendería las manos para estrecharla en un abrazo de oso y susurrarle al oído «Te quiero, Meredoodle». Al pensarlo, se le

aflojaron las rodillas. Solo por pura fuerza de voluntad se mantuvo de pie.

Se acercó a la cama, le tocó la mejilla palidísima.

Estaba frío.

Su madre emitió un sonido de sollozo y frotó con más ahínco su hombro y sus brazos.

—Te he guardado pan. Despierta.

Meredith nunca había oído hablar a su madre con esa desesperación. A decir verdad, nunca había oído hablar así a nadie, pero lo entendió: era el sonido que hacían las personas cuando el suelo desaparece bajo sus pies y caen al vacío.

A pesar de que lo último en lo que

quería pensar era en lo que debería haber dicho a su padre, el pensamiento estaba ahí, un recordatorio velado de la noche anterior, de pie a su lado, susurrándole ponzoña. ¿Le había dicho que lo quería?

Sintió el aguijón de las lágrimas. Pero era consciente de que no podía venirse abajo en ese momento. Si cedía al llanto, estaría perdida. Ansió intensa, desesperadamente, que las cosas fueran de otro modo, solo por esa vez, que pudiese ser la hija, que su madre la cogiese en sus brazos, pero no iba a ser así. Se acercó al teléfono y marcó el número de emergencias.

—Mi padre ha fallecido —dijo en

voz baja hacia el receptor del aparato. Cuando hubo facilitado todos los datos requeridos, volvió a la cama y tocó a su madre en el hombro—. Mamá, ha muerto.

Su madre levantó la cara hacia ella con los ojos desorbitados.

—Está tan frío —dijo con voz lastimera y asustada, casi como una niña pequeña—. Siempre mueren fríos...

—¿Mamá?

Su madre se apartó de su marido y se lo quedó mirando sin comprender.

—Vamos a necesitar el trineo.

Meredith ayudó a su madre a levantarse.

—Mamá, voy a hacerte un té.

Podemos tomarlo mientras... se lo llevan.

—¿Has encontrado quien se lo lleve?
¿Cuánto nos va a costar?

—No te preocupes por eso, mamá. Venga. Vamos abajo. —Cogió a su madre del brazo. Por primera vez en su vida se sentía la más fuerte de las dos.

—Él es mi hogar —dijo su madre, negando con la cabeza—. ¿Cómo voy a vivir sin él?

—Estaremos todos aquí contigo, mamá —dijo Meredith, enjugándose sus propias lágrimas. Era un consuelo vano que no hizo nada por apaciguar el dolor que sentía en el pecho. Su madre tenía razón. Él era el hogar, el corazón mismo

de cada uno de ellos. ¿Cómo soportarían la vida sin él?

Nina había estado en el campo de manzanos desde antes de que saliera el sol, intentando no pensar mientras hacía fotos. Durante un rato le había dado resultado. Aquellos árboles con sus ramas desnudas, que los carámbanos habían transformado en cristalinas obras de arte, la habían hechizado. Con el telón de fondo del cielo del amanecer, de color mandarina y rosa, eran fabulosos. A su padre le encantarían esas fotografías de sus queridos árboles.

Ese día haría una cosa que debería

haber hecho hacía decenios: ampliaría una serie de instantáneas dedicadas a los manzanos y las enmarcaría. Cada uno de esos árboles representaba la obra de una vida entera y su padre disfrutaría contemplando el vivo recordatorio de todo lo que había conseguido. Tal vez incluso podría buscar en las fotos de la familia (aunque no había muchas) viejas fotos de la finca.

Tapó la lente de la cámara, giró un poco y ante sí vio Belye Nochi con su tejado picudo de fuego cobrizo bajo la luz nueva. Todavía era demasiado temprano para llevarle un café a su padre, y bien sabía Dios que su madre no iba a querer sentarse con su hija

menor en la cocina. Por tanto, Nina guardó su equipo fotográfico y se fue dando un paseo hasta la casa de su hermana. Como había arrancado desde un punto muy al final de la huerta, cuando llegó a la carretera estaba literalmente sin resuello.

No podía creer que su hermana corriese a diario semejante distancia.

Cuando llegó a la vieja granja, se le escapó una sonrisa. Cada palmo de la casa estaba decorado con adornos de Navidad. El pobre Jeff debía de tirarse meses montando la iluminación.

No era de extrañar. A Meredith estas fiestas siempre le habían gustado mucho.

Nina llamó a la puerta con los

nudillos y abrió.

Los perros aparecieron de inmediato para saludarla entusiasmados.

—¡Tía Nina! —Maddy llegó corriendo y le dio un fuerte abrazo. El reencuentro de la noche anterior había sido demasiado comedido para las dos.

—Hola, Mad —dijo Nina sonriendo—. Niña, me cuesta reconocerte. Estás guapísima.

—¿Y qué era antes, un monstruo de feria? —bromeó Maddy.

—Total y absoluto. —Nina sonrió de oreja a oreja. Su sobrina la cogió de la mano y la llevó a la cocina, donde estaba Jeff leyendo el *New York Times*

en la mesa mientras Jillian preparaba tortitas.

Nina se detuvo unos instantes a observar la escena. La velada anterior había sido tan artificial, el dormitorio en penumbra, el cuento infantil, toda esa pena no expresada en palabras, que Nina no había tenido tiempo de ver a sus sobrinas de verdad. Ahora las miraba. Maddy era una jovencita, desgarrada como un potrillo aún, con su melena larga asilvestrada y sus cejas anchas y la boca enorme, pero Jillian estaba hecha una mujer, seria y compuesta. Resultaba fácil imaginarse ya a Jillian como médico. Había una línea invisible, recta e indudable, que separaba a la niña

rubia y regordeta que se había pasado los veranos cazando bichos para estudiarlos en sus tarros de cristal de la señorita que trajinaba en los fogones. Y Maddy seguía siendo el vivo retrato de Meredith a esa edad, pero más optimista de lo que la propia Meredith se había permitido en toda su vida.

Curiosamente, al ver a sus sobrinas tan mayores ya, Nina notó el paso de los años en ella misma. Por primera vez en la vida se le pasó por la cabeza la idea de que le faltaba poco para llegar al ecuador de su existencia. Que ya no era una chiquilla. Por supuesto, tendría que haberse parado a pensarlo bastante antes, pero cuando una vivía sola y

hacía lo que le daba la gana cuando le daba la gana, de alguna manera era como si el tiempo no pasase.

—Hola, tía Neens —dijo Jillian, y sacó de la plancha la última tortita.

Nina abrazó a Jillian. Cogió la taza de café que le ofrecía y se puso al lado de Jeff, de pie.

—¿Y Meredith? —le preguntó al tiempo que le apretaba suavemente el hombro con la otra mano.

Él dejó el periódico en la mesa.

—Ha bajado a ver a vuestro padre. Hará unos veinte minutos.

Nina miró a su cuñado.

—¿Cómo lo lleva?

—No me lo preguntes a mí —

respondió él.

—¿Qué quieres decir?

Antes de que le diera tiempo a responder, Maddy se acercó a ella.

—¿Quieres tortitas, tía Nina?

—No, gracias, preciosa. Más vale que baje a casa de los abuelos. Vuestra madre me va a matar por no haber hecho café.

Una sonrisa estiró la ancha boca de Maddy.

—Desde luego. Nosotros vamos dentro de media hora.

Nina dio un beso a las niñas, le dijo adiós a Jeff y bajó por la carretera.

De vuelta en la casa, colgó el abrigo que había tomado prestado en el

perchero de la entrada y llamó a su hermana a voces. El aroma a café recién hecho la llevó hasta la cocina.

Su hermana estaba delante del fregadero con la cabeza agachada, viendo correr el agua del grifo.

—¿No me vas a echar la bronca por no haber hecho el café?

—No.

Algo en su forma de decirlo hizo que Nina se parase. Lanzó una mirada atrás, a las escaleras.

—¿Está despierto?

Meredith se volvió lentamente. Con solo ver su mirada Nina entendió. El mundo se escoró hacia un lado.

—Ha fallecido —dijo Meredith.

Nina contuvo la respiración. Un dolor como nunca había conocido igual se condensó en su pecho, en el corazón quizá. De pronto cruzó por su mente un recuerdo absurdo. Tendría ella ocho o nueve años; era como un chico, con su pelo negro, corto, e iba siguiendo a su padre por el campo de manzanos, deseando poder estar en cualquier sitio menos allí. Entonces se dio un trompazo; había tropezado con algo y salió volando. «Buen viaje, Neener Beaner — había dicho él—. Escribe cuando aterrices.» Riendo aún, la cogió en brazos y la aupó para que se sentase en sus hombros enormes, y la llevó así hasta casa.

Dio unos pasos hacia delante, con la vista nublada por las lágrimas, y se abrazó a su hermana que le tendía los brazos. Cuando cerró los ojos, él estaba a su lado, en la cocina, con ellas. «¿Te acuerdas de cuando nos enseñó a volar la cometa en Ocean Shores?» Pero, igual que el otro, era un recuerdo estúpido, no el mejor ni mucho menos, pero era el que le había venido a la mente y el que le arrancaba lágrimas. ¿Le había dicho todo la noche anterior? ¿Le había dicho cuantísimo lo amaba, le había explicado suficientemente por qué ella estaba lejos de casa tanto tiempo?

—No recuerdo si le dije que lo quería
—comentó Meredith.

Nina se separó y miró la cara enrojecida e hinchada de su fuerte hermana, sus ojos llenos de lágrimas.

—Se lo dijiste. Yo te oí. Y, además, él lo sabía. Lo sabía.

Meredith asintió y se enjugó las lágrimas.

—Van a venir a... llevárselo dentro de un rato.

Nina vio que su hermana recobraba la compostura.

—¿Y mamá?

—Está arriba con papá. No he podido separarla de él.

Se cruzaron una mirada que lo decía todo.

—Voy a intentarlo yo —dijo Nina—.

Y después... ¿qué?

—Pues nos ponemos a organizar las cosas. A hacer llamadas.

Pensar en ello, en ver la vida de su padre convertida en los detalles de una defunción, era casi más de lo que Nina podía soportar. Pero no le quedaba otra. Dijo a su hermana que enseguida volvía, y salió de la cocina. Cada paso que daba le costaba un esfuerzo. Cuando llegó a la planta de arriba, estaba llorando otra vez. Suavemente, quedamente, con un flujo constante.

Llamó a la puerta y esperó. Al oír solo silencio, giró el picaporte y entró.

Para su sorpresa, no había nadie salvo su padre, tumbado en la cama con

el embozo tan remetido a la altura de la barbilla que parecía una capa de nieve recién caída sobre su cuerpo.

Le tocó la cara, apartó de sus ojos cerrados un mechón de níveos cabellos y se inclinó para besarle la frente. Le impactó lo fría que tenía la piel, y entonces le vino a la mente un pensamiento: «Nunca más volverá a sonreírme».

Hizo una respiración profunda y se irguió. Se quedó mirándolo de pie, un buen rato, memorizando cada detalle.

—Adiós, papito —dijo en voz baja. Había más palabras, por supuesto, cientos de ellas, y sabía que las diría más adelante: de noche, cuando se

sintiera sola, desconectada, lejos de casa.

Se apartó de la cama (tuvo que obligarse a hacerlo, obligarse a moverse, a separarse cuando aún estaba a tiempo, antes de derrumbarse del todo) y levantó el teléfono para llamar a Danny. Pero colgó antes de haber oído siquiera un tono de llamada. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo podrían las palabras aminorar un dolor como ese? Por el rabillo del ojo percibió un movimiento difuso en el jardín, un borrón negro que se desplazaba por la extensión blanca.

Fue a la ventana.

Allí fuera estaba su madre, en mitad

de la nieve, caminando trabajosamente en dirección al invernadero.

Nina bajó deprisa y volvió a enfundarse en el abrigo prestado y en las botas húmedas. Luego cruzó el porche, pasando por delante de la ventana de la cocina. Vio a Meredith dentro, hablando por teléfono, la cara como de tiza, los labios temblorosos. Nina ni siquiera se dio cuenta de si su hermana la vio pasar.

Bajó los escalones laterales y salió al grueso manto de nieve de la esquina de la casa. Unos pasos más allá encontró el rastro de huellas de su madre y continuó por él.

Al llegar al invernadero, se detuvo el

tiempo justo para reunir valor y a continuación abrió la puerta.

Su madre llevaba puesto el camisón largo de batista y unas botas de nieve. Estaba de rodillas en la tierra, sacando unas patatitas diminutas, amontonándolas.

—¿Mamá?

Nina la llamó dos veces más, sin respuesta; al final, con voz firme, dijo:

—Anyá.

Y se acercó a ella.

Su madre detuvo lo que estaba haciendo y miró a su espalda. Llevaba suelta la melena blanca, despeinada, enmarcándole la cara pálida.

—Aquí tenemos patatas. Comer le irá

bien. Nina se arrodilló en la tierra al lado de su madre. Se asustó al verla de esa guisa, pero extrañamente también la tranquilizó. Por una vez en la vida, sentían lo mismo.

—Ey, mamá —dijo, poniéndole una mano en el hombro.

Su madre se la quedó mirando y frunció lentamente el ceño. La confusión nublaba esos ojos azules brillantes. Meneó la cabeza y emitió un sonido como un hipido. Lágrimas nuevas le vidriaron los ojos y la confusión desapareció.

—Las patatas no van a servir de nada.

—No —dijo Nina en voz baja.

—Ha muerto. Evan ha muerto.

—Vamos —dijo Nina cogiéndola por el codo para ayudarla a levantarse del suelo. Salieron juntas del invernadero al jardín nevado—. Entremos en casa.

Su madre no hizo caso y se fue andando por la nieve, que la cubría casi hasta la rodilla, con el pelo y el camisón ondulando detrás por la leve brisa. Acabó sentándose en el banco negro de su jardín.

«Cómo no.»

Nina fue detrás de ella. Se desabotonó el abrigo, se lo quitó y se lo echó a su madre por los delgados hombros.

Temblando, Nina dio unos pasitos atrás y se sentó. Creía entender por qué

a su madre le gustaba tanto ese jardín: porque era contenido y ordenado. En la inmensidad de la finca de manzanos, ese cuadradito inspiraba seguridad. El único toque de color del jardín, sin contar las hojas del verano y del otoño, correspondía a una columna de cobre, de líneas puras y con unas inscripciones decorativas que la hacían más llamativa aún, sobre la cual descansaba una pila de mármol blanco que al llegar la primavera se llenaba de flores blancas colgantes.

—No quiero que lo entierren —dijo su madre—. No en una tierra que se congela. Esparciremos sus cenizas.

Nina detectó de nuevo en la voz de su

madre su conocida frialdad acerada y casi se olvidó de la chispa de locura que había presenciado hacía un instante. Por lo menos la mujer del invernadero sentía algo. Esta otra, su madre, lo tenía todo bajo control otra vez. Nina estaba deseando apoyarse en ella y decirle en un susurro: «Mami, lo voy a echar de menos», como tal vez habría hecho de pequeña. Pero ciertos hábitos estaban tan arraigados desde la infancia que no había forma de romper con ellos, ni siquiera pasados treinta años.

—Vale, mamá —dijo finalmente. Al ratito se levantó—. Me voy adentro. Meredith necesitará ayuda. No te quedes aquí fuera demasiado rato.

—¿Por qué no? —repuso su madre, con la mirada fija en la columna de cobre.

—Vas a pillar una neumonía.

—¿Crees que podría morir de frío? No soy una mujer con suerte.

Nina puso una mano en el hombro de su madre, notó que se estremecía al sentir el contacto. Por absurdo que fuera, ese estremecimiento hirió los sentimientos de Nina. Incluso en un momento como ese, con la muerte de su padre entre las dos, su madre solo quería estar sola.

Regresó a la casa y se encontró a Meredith todavía en la cocina haciendo gestiones por teléfono. Al verla entrar,

Meredith colgó el aparato y se volvió hacia ella.

La mirada que se cruzaron contenía la constatación de quiénes eran ahora. Eran tres: su madre, Meredith y ella. Desde ese momento en adelante, en vez del círculo que él había creado, serían un triángulo compuesto por tres puntos distanciados. Solo de pensarlo le entraron ganas de salir corriendo al aeropuerto.

—Pásame una lista de números. Te ayudaré con las llamadas.

Más de cuatrocientas personas llenaron la pequeña iglesia para despedir a Evan

Whitson. Varias docenas acudieron después a Belye Nochi a presentar sus respetos y alzar una copa. A juzgar por la cantidad de platos que Meredith fregó, se alzaron muchas. Como cabía esperar, Nina actuó como una anfitriona maravillosa que bebió sin reparos y que escuchó generosamente a los demás hablar de su padre; su madre se movió entre la gente con la cabeza alta y apenas se detuvo a conversar más allá de unos instantes; y Meredith se encargó de las tareas pesadas. Organizó y dispuso toda la comida que llevó la gente; cuidó de que hubiese suficiente cantidad de servilletas, platos, utensilios y copas a mano, además de hielo; y

fregó platos casi sin cesar. No cabía duda de que se dedicó a lo que se dedicaba siempre cuando estaba estresada: a esconderse detrás de los infinitos detalles de la organización de un evento y a las tareas domésticas. Pero en el fondo era porque aún no estaba preparada para mezclarse con los amigos y vecinos, para escuchar los recuerdos que tenían de su padre. Su dolor era demasiado nuevo, demasiado frágil para que lo sobasen manos achispadas.

Estaba con los brazos hasta los codos en una pila de agua jabonosa cuando, alrededor de la medianoche, Jeff fue a buscarla a la cocina. La tomó entre sus

brazos y la estrechó contra sí. Fue como volver a casa después de un viaje largo, y las lágrimas que había estado conteniendo durante los últimos días, y durante el desgarrador funeral de unas horas antes, manaron como un torrente. Él la sostuvo y, mientras la tenía así, le acarició los cabellos como si fuese una niña y le dijo una y otra vez la gran mentira: «Todo irá bien». Cuando ya no le quedó nada dentro, se separó de él sintiendo que le temblaba todo el cuerpo y trató de sonreír.

—Supongo que he estado conteniendo todo eso.

—Es lo que sueles hacer.

—Lo dices como si fuese algo malo.

¿Es que tenía que derrumbarme?

—A lo mejor sí.

Meredith negó con la cabeza. Cuando él decía ese tipo de cosas, no hacía sino sentirse aún más distanciada. Le parecía que la veía como una especie de jarrón que pudiera romperse y volver a pegarse como si tal cosa, pero ella sabía que si pasaba lo peor, si se hacía añicos como el cristal, algunos fragmentos se perderían para siempre.

—Yo he pasado por eso —dijo él—. Tú me ayudaste cuando murieron mis padres. Deja que te ayude yo ahora.

—Estoy bien. De verdad. Ya me derrumbaré más adelante.

—Meredith...

—No sigas. —No pretendía decirlo de un modo tan cortante, y se dio perfecta cuenta de que había herido sus sentimientos. Pero ella misma pendía de un hilo. No tenía fuerzas para preocuparse por nadie más—. Es decir, no te preocupes por eso. Voy a quedarme a organizar todo esto. Las niñas están cansadas, ¿por qué no te las llevas a casa?

—Bien —dijo él, pero sus ojos lucieron una expresión de cautela que le resultó nueva.

Cuando se hubo marchado todo el mundo, Meredith se quedó un momento en la cocina, recogida y limpia, y casi inmediatamente lamentó no haber

elegido la otra opción. Qué difícil le habría resultado decir: «Claro, Jeff, llévame a casa y sostenme».

Echó la bayeta encima de la superficie de trabajo y abandonó el escondite que era la cocina de su madre.

Encontró a Nina en el salón, a solas, delante de un retrato de grandes dimensiones de su padre, puesto sobre un caballete. Vestida con sus pantalones arrugados de color caqui y un jersey negro, con su pelito corto, negro y revuelto, parecía más una quinceañera lista para su primer safari que una fotógrafa de fama mundial.

Pero Meredith distinguió la pena en los ojos verde botella de su hermana.

Era como cuando un vaso se llena demasiado y el agua se derrama por los bordes. Y sabía que Nina era como ella: ninguna de las dos podía expresar ese dolor, ni siquiera sentirlo realmente tan a fondo como debieran. Sintió pena por las dos, y por la mujer que, tendida arriba en su cama vacía, experimentaba esa misma pérdida. Deseó que pudiesen reunirse las tres, y con ello disipar en parte ese dolor si lo compartían. Pero ellas no eran así. Dejó la copa de vino en una mesa y fue con Nina, la hermana pequeña que en el pasado le suplicaba que recordase los cuentos infantiles de su madre y se los contase en la oscuridad cuando no podía dormirse.

—Nos tenemos la una a la otra —dijo Meredith.

—Sí —concedió Nina. Pero las miradas de las dos mujeres las delataban. Ambas sabían que eso no bastaba.

Esa noche, estando ya Meredith en su casa, arropada en la cama, al lado de su marido, se le ocurrió pensar que se había equivocado de plano y los remordimientos no la dejaron conciliar el sueño. Había hecho mal en asistir al acto posterior al funeral de su padre como si hubiese sido la responsable de un catering en vez de una hija. Le habían dado tanto miedo sus propios sentimientos, que los había guardado

bien y los había escondido en un rincón. Pero, con eso, se había perdido el evento en sí. A diferencia de Nina, ella no había escuchado las historias que los amigos de su padre habían contado.

Hacia las tres de la madrugada se levantó y bajó al porche, donde estuvo envuelta en una manta mirando el vaho de su aliento, a medio palmo de su cara. Pero no hacía frío suficiente para entumecer su dolor.

Durante los tres días siguientes, Nina trató de formar realmente parte de esa familia. Pero fracasaba a cada intento. Sin su padre, las tres mujeres eran como

piezas sueltas de un juego de mesa, sin un objetivo común ni manual de instrucciones. Su madre se pasaba el día en la cama, mirando al frente o tejiendo. No quería bajar a comer y Meredith era la única que conseguía convencerla para que se duchase.

Nina siempre se había sentido un poco inútil al lado de la supercompetencia de su hermana, pero nunca había sido tan evidente como ahora. Meredith era como la señora Pac-Man, no había nada que la detuviera, venga a cumplir con su lista de tareas domésticas una tras otra. No se sabe cómo, y era imposible de comprender, había vuelto a la oficina al día siguiente

del funeral, por lo que dirigía la explotación de árboles frutales y los almacenes, cuidaba de su familia y todavía se las componía para pasarse por Belye Nochi tres veces al día como mínimo para microgestionar las tareas de Nina.

Nada de lo que Nina hacía estaba bien, Meredith tenía que volver a hacerlo todo de nuevo. Pasar la aspiradora, lavar los platos, hacer la colada. Todo. Nina habría rechistado pero, sinceramente, le importaba un bledo, y además Meredith se movía de acá para allá como un pájaro asustado, aleteando sin parar, piando. Y su cara era de susto también, como si estuviese

al borde de un precipicio, a punto de saltar.

Pero Nina podía con todo eso.

Lo que la estaba consumiendo era la pena.

En los momentos más inesperados pensaba «Ya no está», y le dolía tanto que se le cortaba la respiración o daba un traspié o se le caía un vaso. (Meredith se alegró una barbaridad.)

Tenía que salir de allí como fuese. No había más vueltas que darle. No estaba ayudando a nadie, y menos aún a sí misma.

En cuanto se le ocurrió la idea, ya no pudo librarse de ella. Durante todo ese día había estado tratando de disuadirse

de lo contrario, de decirse que no podía huir, desde luego no estando tan próximas las Navidades. Pero a las tres de la tarde en punto subió a su cuarto, cerró la puerta y telefoneó a Sylvie a Nueva York.

—Hola, Sylvie —dijo cuando su editora respondió.

—Hola, Nina. He estado pensando en ti. ¿Qué tal está tu padre?

—Ha fallecido. —Trató de no reaccionar a la frase, pero le costó esfuerzo. Fue a la ventana de su cuarto de la infancia y se quedó mirando la nevada. Era solo primera hora de la tarde y ya estaba oscureciendo.

—Oh, Nina. Lo siento mucho.

—Sí, lo sé. —Todo el mundo lo sentía mucho. ¿Qué otra cosa se podía decir?—. Necesito volver a trabajar.

Siguió un silencio.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Estás segura? Estos momentos ya no volverán nunca más.

—Hazme caso, Sylvie, lo último que deseo es que vuelvan.

—Está bien. Deja que haga unas comprobaciones. Sé que necesito a alguien en Sierra Leona.

—Una zona en guerra me viene de perlas —respondió Nina.

—Lo tuyo no es normal. Lo sabes, ¿no?

—Sí —dijo ella—. Lo sé.

Estuvieron hablando un ratito. Cuando colgó, se sintió mejor (y peor) y bajó a la cocina, donde encontró a Meredith fregando los platos. «Cómo no.»

Nina cogió un trapo de felpa.

—Yo iba a hacer eso, ¿sabías?

—Son los platos sucios de la comida y de la cena de ayer, Nina. Exactamente ¿cuándo pensabas fregarlos?

—Oye, oye, para el carro. Solo son platos sucios, no...

—No gente que se muere de hambre. Ya lo sé. Lo pillo. Tú haces cosas que de verdad son importantes. Yo solo dirijo la empresa de la familia y cuido a

nuestros padres y voy detrás limpiando lo que deja mi hermana la importante.

—No quería decir eso.

Meredith se volvió hacia ella.

—Claro que no.

Nina se sintió taladrada por aquella mirada, como si todos sus defectos hubiesen quedado expuestos.

—Estoy aquí, ¿no?

—No. En realidad no. —Meredith cogió el detergente y se puso a frotar el fregadero de loza blanca con el estropajo.

Nina se acercó a ella.

—Lo siento —fue lo único que se le ocurrió.

Meredith se volvió para mirarla otra

vez a la cara. Se secó la frente con el dorso de la mano y se dejó un rastro de espuma.

—¿Cuánto te vas a quedar?

—No mucho. La situación de Sierra Leona...

—Ahórratelo. Sales huyendo. — Meredith finalmente sonrió—. Demonios, yo haría lo mismo si pudiera.

Nina se sentía tan mal consigo misma como siempre. Era verdad que estaba huyendo, de su madre gélida como un bloque de hielo, de esa casa demasiado vacía, de su crispada y competente hermana, y de los recuerdos que pervivían allí. Quizá de eso más que de ninguna otra cosa. Aunque le

preocupaba el precio que su hermana tendría que pagar por su egoísmo, así como el no cumplir la promesa que le había hecho a su padre, que Dios la amparase, pero no le preocupaba tanto como para quedarse.

—¿Y qué vamos a hacer con sus cenizas?

—Quiere que las esparzamos el día del cumpleaños de él, en mayo. Cuando la tierra no esté congelada.

—Volveré entonces.

—¿Dos veces en un año? —dijo Meredith.

Nina la miró.

—Menudo año.

Por un momento pareció que Meredith

iba a derrumbarse, a soltar las riendas y echarse a llorar, y Nina sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas a ella también.

Entonces Meredith dijo:

—No te vayas sin despedirte de las niñas. Ya sabes cómo te adoran.

—Descuida.

Meredith movió escuetamente la cabeza en señal de afirmación y se enjugó las lágrimas.

—Tengo que estar en el despacho dentro de una hora. Pasaré el aspirador antes de irme.

Nina quiso decirle que lo pasaría ella, como un último esfuerzo que estaba dispuesta a hacer, pero ahora que había

decidido irse, era como un purasangre en la línea de salida. Quería correr.

—Subo a recoger mis cosas.

Esa noche, cuando las escasas pertenencias de Nina estaban guardadas en su mochila y metidas en el coche de alquiler, fue finalmente a buscar a su madre.

La encontró envuelta en mantas, sentada delante de la chimenea encendida.

—Te vas, entonces —dijo sin mirarla.

—Ha llamado mi editora. Me necesitan para un reportaje. Es horrible lo que está pasando en Sierra Leona. —

Se sentó delante del fuego; se estremeció en la cercanía del calor repentino de las llamas—. Alguien tiene que mostrar al mundo lo que está ocurriendo allí. Está muriendo gente. Es una tragedia.

—¿Tú piensas que tus fotografías pueden hacer eso?

Nina notó la pulla de aquella pregunta, y la ofensa.

—La guerra es una cosa terrible, mamá. Lo fácil es quedarse aquí en tu casa preciosa y segura y juzgar mi trabajo. Si hubieses visto lo que yo he visto, tendrías otra opinión. Lo que yo hago sí puede marcar la diferencia. No

te puedes imaginar cómo sufre alguna gente en este mundo, y si nadie lo ve...

—Esparciremos las cenizas de tu padre el día de su cumpleaños. Contigo o sin ti.

—Muy bien —dijo Nina en tono neutro, al tiempo que pensaba: «Papá sí que me entendía», y volvía a sentir todo aquel dolor.

—Entonces, adiós. Y que pases una feliz Navidad.

Nina se marchó de Belye Nochi estando así las cosas. Al salir al porche se detuvo unos segundos a contemplar el valle y la nevada. Su ojo avezado captó cada detalle, lo catalogó y lo almacenó en el recuerdo. Al cabo de treinta y

nueve horas, iba a ser lluvia cargada de tierra lo que le lloviese encima y barro lo que se enredase alrededor de sus botas, y las imágenes de ese lugar se desleerían igual que se blanquean los huesos bajo un sol inclemente, hasta que en muy poco tiempo palidecerían tanto que se volverían invisibles. Su familia, y sobre todo su madre, quedaría convertida en un conjunto de seres difusos en el recuerdo a quienes Nina podría amar... a distancia.

Seis

A lo largo de las semanas que siguieron a la muerte de su padre, Meredith conservó la entereza solo a fuerza de empeño. De empeño y de un calendario tan intenso y cargado de quehaceres como el de un recluta en un campamento de entrenamiento de la Marina.

La pena se había convertido en su compañera. Notaba su presencia a todas horas como una sombra a su lado. Pese a que anhelaba darse en cuerpo y alma a

esa oscuridad, sabía que si se volvía hacia ella apenas una sola vez, sería el fin.

Por eso, no paró quieta. No paró de hacer cosas.

Las fiestas de Navidad y Año Nuevo habían sido un desastre, por supuesto, y su insistencia en seguir lo que marcaba la tradición no había ayudado. La cena con pavo y todo lo demás solo había puesto aún más de manifiesto que había una silla vacía en la mesa.

Y Jeff que no lo entendía. No dejaba de decirle que le vendría bien llorar de una vez. Como si un puñado de lágrimas pudiese ayudarla.

Era absurdo. Estaba segura de que

llorar no iba a servir de nada porque lloraba en sueños. Noche sí y noche también, se despertaba con la cara mojada por las lágrimas, y no le ayudaba lo más mínimo. De hecho, era todo lo contrario. Expresar la pena no ayudaba. Solo reprimiéndola podría atravesar la mala época que vivía.

Así pues, siguió poniendo buena cara en su trabajo y yendo de una tarea a la siguiente con desesperado afán. Y no fue sino después de que las chicas hubiesen vuelto a sus respectivas universidades cuando se dio cuenta de lo agotada que la había dejado tener que fingir que no pasaba nada. Por supuesto, también había contribuido el no haber dormido

ni una noche seguida desde el día del funeral, y que a Jeff y a ella se les hubiesen terminado los temas de conversación.

Ella había intentado explicarle lo fría que se sentía, lo anestesiada, pero él se empeñaba en no entender. Seguía diciendo que debía «sacarlo». Ni idea de lo que eso quería decir.

De todos modos, no estaba esforzándose mucho en hablar con él, eso era cierto. En ocasiones pasaban días enteros en los que apenas hacían otra cosa que saludarse con un leve movimiento de la cabeza al cruzarse. Tenía que esforzarse más, desde luego.

Enjuagó la taza de café, la puso en el

escurreplatos y fue al despacho de la planta baja que él usaba para escribir. Llamó delicadamente con los nudillos y abrió la puerta.

Jeff estaba sentado delante de su escritorio, el mismo que habían comprado juntos hacía por lo menos diez años, nombrado como su «espacio de escritor» y bautizado fornicando encima.

«Algún día serás famoso. El nuevo Raymond Chandler.»

Sonrió al recordarlo, aun cuando la entristecía pensar que en algún punto del camino sus sueños se habían desligado y habían seguido sendas diferentes.

—¿Qué tal va el libro? —le preguntó,

apoyándose en el marco de la puerta.

—Caramba. Hacía semanas que no me preguntabas.

—¿En serio?

—En serio.

Meredith arrugó la frente. Siempre le había gustado mucho la manera de escribir de su marido. Al principio de su matrimonio, cuando él trabajaba de esforzado periodista, ella leía hasta la última coma de lo que escribía. Incluso hacía unos años, en la época en que probó suerte escribiendo ficción, ella fue su primera y mejor crítica. Por lo menos eso aseguraba él. Aquel libro no se vendió a ningún editor, pero ella creía en él desde lo más hondo de su

corazón. Y se alegraba de que finalmente hubiese empezado a escribir otro. ¿Se lo había dicho?

—Perdóname, Jeff —dijo—. Últimamente he sido un desastre. ¿Me dejas que lea lo que llevas escrito?

—Claro que sí.

Vio qué fácil era hacerlo sonreír y sintió una punzada de culpabilidad. Le dieron ganas de inclinarse y besarlo. Antes era tan sencillo como respirar, pero ahora se le hacía extrañamente fuera de lugar y no encontró el valor para acercarse a él. En su mente, agregó leer el libro de Jeff a su lista de tareas.

Él se reclinó en el respaldo de la silla. La sonrisa que le dedicó fue un

buen intento; gracias a los veinte años que llevaban casados, pudo ver el poso de vulnerabilidad que llevaba.

—Salgamos a cenar y al cine. Te vendrá bien un descanso.

—Igual mañana. Esta noche tengo que pagar las facturas de mamá.

—Haces de la noche día.

A Meredith le daba mucha rabia cuando él decía ese tipo de frases estúpidas. ¿Qué se suponía que debía dejar de hacer, concretamente? ¿Dejar de trabajar? ¿De preocuparse de su madre? ¿Las tareas domésticas?

—Solo hace unas semanas. Afloja un poco.

—Solo si tú aflojas también un poco.

No tenía ni remota idea de qué quería decir y en ese preciso instante se la traía al fresco.

—Tengo que irme. Nos vemos esta noche. —Se inclinó para darle una palmada en el hombro y se fue. Llevó a los perros a la zona vallada del jardín. Luego cogió el coche para ir a casa de sus padres.

A la casa de su madre.

Al caer en su error sintió una punzada de dolor que enseguida apartó de sí.

Una vez en la casa, cerró la puerta al pasar y llamó a su madre.

Nadie respondió, cosa que no era ninguna sorpresa.

Encontró a su madre en el comedor de

invitados, que rara vez utilizaban. Estaba murmurando en ruso. Encima de la mesa, extendidas delante de ella, estaban todas las joyas que su padre le había regalado a lo largo de los años, así como el ornamentado joyero que en su día había sido un regalo de Navidad de sus hijas.

Meredith vio los estragos que la pena había causado en el hermoso rostro de su madre: el dolor le había chupado las mejillas, haciendo que los huesos pareciesen más prominentes; le había absorbido el color de la piel hasta el punto de que su cutis casi hacía juego con su pelo. Solamente los ojos, de un llamativo azul en contraste con toda

aquella palidez, guardaban algún parecido con quien había sido hacía un mes.

—Hola, mamá —dijo Meredith mientras se acercaba a ella—. ¿Qué haces?

—Tenemos estas joyas. Y la mariposa está en alguna parte.

—¿Te vas a arreglar por algún motivo?

Su madre levantó la cara bruscamente. Fue entonces, cuando se cruzaron las miradas, cuando Meredith vio la confusión que velaba aquellos ojos de color azul eléctrico.

—Podemos venderlas.

—Mamá, no necesitamos vender tus

joyas.

—Pronto dejarán de dar dinero. Ya lo verás.

Meredith se inclinó y recogió con las dos manos un puñado de piezas de bisutería. Ninguna tenía realmente valor, los regalos de su padre siempre habían tenido más valor sentimental que monetario.

—No te preocupes por las facturas, mamá. Yo te las pagaré.

—¿Tú?

Meredith respondió que sí con la cabeza y ayudó a su madre a ponerse de pie. Le sorprendió lo fácilmente que accedía a dejarse ayudar, y la llevó al piso de arriba sin que se opusiera.

—¿Está a buen recaudo la mariposa?
Meredith asintió.

—Todo está a buen recaudo, mamá —
respondió, y la ayudó a meterse en la
cama.

—Gracias a Dios —dijo su madre
dando un suspiro. Cerró los ojos.

Meredith se quedó un buen rato allí,
de pie, mirando a su madre dormida. Al
final, alargó un brazo para tocarle la
frente (no estaba caliente) y le apartó
con delicadeza un mechón de los ojos.

Cuando estuvo segura de que su
madre ya dormía profundamente, bajó y
telefoneó a la oficina.

Daisy respondió enseguida.

—Despacho de Meredith Whitson

Cooper.

—Hola, Daisy —dijo Meredith, todavía con el ceño fruncido—. Hoy trabajaré desde Belye Nochi. Mi madre está haciendo cosas raras.

—El dolor por la pérdida de un ser querido puede causar ese efecto.

—Sí —admitió Meredith, pensando en las lágrimas que le empapaban siempre la cara cuando se despertaba. El día anterior había estado tan agotada que sin querer había echado zumo de naranja en el café, en vez de leche de soja. Y se había tomado la mitad de la taza sin ni siquiera darse cuenta—. Es verdad.

Si en aquel entonces Meredith había estado haciendo de la noche día, a finales de enero estaba ya en las últimas. Sabía que a Jeff se le estaba acabando la paciencia con ella, que incluso se estaba enfadando. Una y otra vez le decía que contratase a alguien para que la ayudase a cuidar de su madre, o bien que le dejase a él ayudarla o, peor aún, que reservase algún rato para los dos. ¿Cómo iba a conseguir algo así, con la avalancha de tareas que tenía encima? Intentó encontrar una doncella para su madre pero resultó desastroso; la pobre señora estuvo trabajando una semana en Belye Nochi y se largó sin previo aviso

diciendo que no podía soportar que la madre de Meredith la observara constantemente y le dijese que dejase de toquetearlo todo.

En definitiva, con Nina Dios sabía dónde y su madre cada vez más rara y más fría, a Meredith no le quedó más remedio que tomar las riendas. Le había prometido a su padre que cuidaría de su madre y no pensaba faltar a su palabra. Por tanto, continuó sin parar, ocupándose de todo lo que era preciso hacer. Y mientras siguiera así, podría contener su pena.

Las rutinas diarias se convirtieron en su tabla de salvación.

Cada mañana se levantaba temprano,

salía a correr sus seis kilómetros, preparaba el desayuno para ella y su marido y se iba a trabajar. A las ocho en punto ya estaba en la mesa de su despacho. A mediodía regresaba a Belye Nochi para ver cómo estaba su madre, pagar facturas, limpiar un poco. Luego regresaba a la oficina hasta las seis, hacía la compra de camino a casa, pasaba por casa de su madre hasta las siete o las ocho, y a las ocho y media, si su madre no estaba demasiado rara, volvía a casa y cenaba cualquier cosa con Jeff. Luego, a eso de las nueve, se quedaba dormida en el sofá, todas las noches sin falta, y se despertaba a las tres de la madrugada. Lo único bueno de

esa rutina disparatada era que podía llamar temprano a Maddy gracias a la diferencia horaria. A veces solo con oír la voz de sus hijas tenía energía para todo el día.

En estos momentos eran casi las doce del mediodía y ya estaba cansada. Pulsó el botón del interfono y dijo:

—Daisy, me voy a casa a comer. Volveré dentro de una hora. ¿Puedes pasarle a Hector los informes de intención de compra y recordarle a Ed que me pase esa información sobre las uvas?

La puerta del despacho se abrió.

—Me tienes preocupada —dijo Daisy, y cerró al entrar.

A Meredith la conmovió.

—Gracias, Daisy, pero estoy bien.

—Trabajas demasiado. A él no le gustaría.

—Lo sé, Daisy. Gracias.

Meredith siguió con la mirada a Daisy mientras esta salía del despacho y entonces recogió su bolso y las llaves.

Afuera estaba nevando otra vez. El aparcamiento era un caos de barro y nieve medio derretida, lo mismo que las carreteras.

Condujo despacio hasta la casa de su madre, aparcó el coche y entró. En el recibidor, se quitó el abrigo y lo colgó, y luego llamó a su madre a voces.

—Mamá, estoy aquí.

No hubo respuesta.

Rebuscó en el frigorífico y halló los *pierogi* que había dejado descongelando la noche anterior y un táper con lentejas guisadas. Metió los *pierogi* en el microondas para calentarlos un poco. Y cuando se disponía a subir las escaleras, le pareció ver un bulto oscuro en el jardín de invierno.

Estaba empezando a ser contumacia...

Cogió el abrigo y caminó trabajosamente bajo la nevada en dirección al jardín.

—Mamá —dijo, y captó la nota de exasperación de su voz pero fue incapaz de atemperarla—. Tienes que dejar de hacer esto. Vamos adentro. Voy a

prepararte unos *pierogi* y un plato de cuchara.

—¿Con el cinturón?

Meredith meneó la cabeza. ¿Qué demonios quería decir eso?

—Vamos. —Ayudó a su madre a levantarse (otra vez iba descalza, estaba morada de frío) y la llevó a la cocina, donde la envolvió bien con una gran manta y la sentó a la mesa—. ¿Te encuentras bien?

—No soy yo quien debería preocuparte, Olga —respondió su madre—. Ve a ver a nuestro león.

—Soy yo, Meredith.

—Meredith —dijo ella como tratando

de desentrañar el significado de ese nombre.

Meredith arrugó la frente. Vio que su madre estaba tan confundida que decía cosas sin sentido. Eso no era solo dolor por la muerte de un ser querido. Había algo más que no estaba bien.

—Vamos, mamá. Creo que debemos ir a ver al doctor Burns.

—¿Qué tenemos para negociar a cambio?

Meredith suspiró de nuevo y sacó del microondas el plato con los *pierogi*. Pasó a un plato más frío los dorados pastelitos rellenos de cordero y lo puso delante de su madre.

—Está caliente. Ten cuidado. Voy a

por tu ropa y a llamar al médico. Quédate aquí. ¿Entendido?

Subió a coger algo de ropa y mientras estaba arriba telefoneó a Daisy para decirle que pidiese una cita urgente con el doctor Burns. Luego bajó con la ropa y ayudó a su madre a levantarse.

—¿Te los has comido todos? —dijo Meredith, sorprendida—. Bien. —Le puso a su madre un jersey y la ayudó con los calcetines y las botas de nieve—. Ponte el abrigo. Voy a arrancar el coche para que esté caliente.

Cuando volvió a la casa, su madre estaba en el recibidor abotonándose mal el abrigo.

—Espera, mamá. —Meredith se lo

desabrochó y se lo volvió a abrochar. Casi había terminado cuando se dio cuenta de que el abrigo estaba caliente.

Metió las manos en los bolsillos y allí estaban los *pierogi*, todavía templados, envueltos en papel de cocina grasiento. «Pero ¿qué narices...?»

—Son para Anya —dijo su madre.

—Ya sé que son tuyos —replicó Meredith, frunciendo las cejas—. Te los dejaré aquí, ¿vale? —añadió, y los puso en el cuenco de cerámica de la consola de la entrada—. Vamos, mamá.

Llevó a su madre hasta el 4x4 y la ayudó a subir al vehículo.

—Recuéstate en el respaldo, mamá. Duerme un poco. Debes de estar

agotada. —Inició el trayecto a la ciudad. Aparcó en uno de los estacionamientos en batería de delante del edificio de ladrillo que era la sede del Grupo Médico de Cashmere.

Dentro, sentada a la mesa de la entrada, estaba Georgia Edwards, tan vivaracha y guapa como en sus tiempos de animadora del equipo deportivo del instituto de Cashmere.

—Hola, Mere —la saludó, sonriendo.

—Hola, Georgia. ¿Te ha llamado Daisy para pedirnos cita para mi madre?

—Ya sabes cómo es Jim, haría cualquier cosa por la familia Whitson. Llévala a Reconocimiento A.

Al ir acercándose a la sala de

examen, su madre se dio cuenta de repente de dónde estaban.

—Esto es ridículo —dijo, y dio un tirón para soltarse.

—Ponte como te dé la gana, pero vamos a ver al médico —le advirtió Meredith.

Su madre se irguió, levantó la barbilla y se fue en dirección a la primera consulta de reconocimiento médico con pasitos briosos. Una vez allí, se adueñó de la única silla que había.

Meredith pasó detrás y cerró la puerta.

Al poco rato entró en la consulta el doctor James Burns, sonriendo. Calvo

como una bola de billar y con sus amables ojos grises, a Meredith le recordó a su padre. Habían jugado juntos al golf durante años, y el padre de Jim había sido uno de los mejores amigos del suyo. Saludó a Meredith con un fuerte abrazo; aquel gesto condensaba su pena compartida y un callado «Yo también lo echo de menos».

—Bueno —dijo al separarse—. ¿Cómo se encuentra hoy, Anya?

—Me encuentro bien, James. Gracias. Meredith está de los nervios. Ya sabe.

—¿Le importa si la reconozco? —preguntó él.

—Por supuesto que no me importa —

respondió su madre—. Pero es innecesario.

Jim llevó a cabo una exploración ordinaria en busca de síntomas de gripe. Cuando hubo terminado, escribió unas notas en el historial de ella y dijo:

—¿Qué día es hoy, Anya?

—Hoy es 31 de enero de 2001 —respondió ella, la mirada firme y despejada—. Miércoles. Tenemos nuevo presidente. George Bush hijo. Y Olympia es la capital del estado.

Jim guardó silencio unos segundos.

—¿Cómo está, Anya? De verdad.

—Me late el corazón. Respiro. Me acuesto y me levanto.

—A lo mejor debería ver a alguien —

dijo él con delicadeza.

—¿A quién?

—A un médico que la ayude a hablar de su pérdida.

—La muerte no es algo de lo que hablar. Ustedes los americanos se creen que las palabras cambian algo. Y no.

Él asintió.

—Mi hija necesita ayuda, quizá.

—Está bien —dijo, y anotó algo más en el historial—. ¿Quiere salir a esperar fuera mientras yo hablo con ella?

Su madre salió inmediatamente de la consulta.

—No sé qué es pero no está bien —explicó Meredith tan pronto como estuvieron a solas—. Muchas veces está

confusa. No duerme apenas. Hoy se ha guardado la comida del almuerzo en los bolsillos y ha hablado de sí misma en tercera persona. Está todo el rato preocupada por un león, y me ha llamado Olga. Creo que está mezclando los cuentos infantiles con la vida real. Anoche la oí recitando para sí uno de esos cuentos... como si se lo estuviera contando a mi padre. Sabes que el invierno siempre la ha afectado mucho, pero esto ya pasa de castaño oscuro. Hay algo que no está bien. ¿Podría ser que tuviera alzhéimer?

—Por lo que veo, de la cabeza está bien, Meredith.

—Pero...

—Está haciendo su duelo. Dale tiempo.

—Pero...

—Algo así no se puede digerir con normalidad. Estuvieron casados cincuenta años y ahora se ha quedado sola. Escúchala nada más, si puedes. Habla con ella. Y que no pase demasiado tiempo sola.

—Créeme, Jim, mi madre está sola tanto si estoy con ella como si no.

—Entonces, estad solas juntas.

—Sí —dijo Meredith—. Bien. Gracias por atendernos, Jim. Debo llevarla a casa para volver a la oficina. Tengo una reunión a las dos y cuarto.

—A lo mejor deberías intentar bajar

el ritmo. Si quieres, te puedo recetar somníferos.

Meredith deseó que le hubiesen pagado diez pavos por cada vez que alguien le había dado ese consejo, sobre todo su marido. En esos momentos estaría en una playa de México gracias a ese dinero.

—Descuida, Jim —repuso—. Me detendré a oler el perfume de los rosales.

Un día de calor abrasador, más de un mes después de haberse marchado del estado de Washington, Nina se encontraba rodeada de un mar de

refugiados desesperados y famélicos. Hasta donde le alcanzaba la vista, todo eran tiendas de campaña sucias, medio caídas, delante de las cuales se apiñaba la gente. Estaban en una situación crítica, muchos habían llegado sangrando, con balazos, muchas mujeres habían sido violadas, pero llamaba la atención su estoicismo. Sufrían el azote del polvo y de las altas temperaturas, hacían varios kilómetros a pie en busca de un cubo de agua, esperaban durante horas para recibir su ración de arroz de la Cruz Roja, y aun así había niños jugando en la arena y de tanto en tanto se oía alguna risa en mitad del llanto.

Nina estaba tan sucia, tan cansada y

tan hambrienta como la gente que la rodeaba. Llevaba ya dos semanas en ese campamento. Antes había pasado por Sierra Leona, donde había tenido que ocultarse y vivir a escondidas para evitar las balas o que la violasen a ella también.

Se agachó en cuclillas en la tierra roja, reseca y sucia. El zumbido del campamento resultaba abrumador, una mezcla de insectos, voces humanas y generadores a lo lejos. A su izquierda una bandera médica hecha jirones ondeaba en lo alto de una tienda militar. Cientos de heridos hacían cola pacientemente para ser atendidos.

Delante de ella había un hombre

negro, viejo y arrugado, tumbado en brazos de su mujer, despatarrado, con el cuerpo metido hasta la mitad en una tienda. Hacía poco que había perdido una pierna y el muñón sangriento mojaba de rojo la manta que le habían puesto para envolverse. Su mujer llevaba horas con él, levantándole la cabeza, pese a que a ella misma debía de dolerle todo el cuerpo descarnado. Iba vertiéndole valiosas gotas de agua en la boca.

Nina puso la tapa de la lente a la cámara y se levantó. Entonces, oteando el campamento, experimentó una sensación de agotamiento que le era desconocida. Por primera vez en su vida

profesional la tragedia de aquella situación le resultó casi insoportable. No era que allí las cosas estuviesen peor que en los otros lugares en los que había estado. No se trataba de eso. La situación era la misma. La que había cambiado era ella. Allá donde iba, llevaba su carga de pena y dolor, y su peso ya no la dejaba compartimentar la realidad.

La gente solía pensar que la finalidad de su trabajo era estar en un lugar, como si simplemente se tratase de enfocar y disparar. Pero en realidad sus fotografías eran una prolongación de sí misma, de lo que pensaba, de lo que sentía. Para captar en la película

fotográfica el dolor infinito de las tragedias humanas era necesaria una concentración absoluta. Era preciso estar presente al cien por cien, en el instante. Pero tenía que ser el instante de esas personas.

Abrió su mochila y sacó el teléfono vía satélite. Se alejó hasta donde se atrevió, hacia el este, montó el equipo en el suelo, colocó la parabólica y llamó a Danny.

Al oír su voz, sintió que se le distendía algo dentro del pecho.

—Danny —dijo a voces para que pudiera oírla a través de las interferencias.

—Nina, mi amor. Pensé que te habías

olvidado de mí. ¿Dónde estás?

A ella se le encogió el corazón al oírlo.

—En Guinea. ¿Tú?

—En Zambia.

—Estoy cansada —dijo, y ella misma se sorprendió. No recordaba haber dicho nunca esas palabras, al menos mientras estaba trabajando.

—Puedo plantarme en la isla de Mnemba el miércoles.

Aguas azules. Arena blanca. Hielo. Sexo.

—Me has convencido.

Desconectó la llamada y volvió a guardar el teléfono. Luego, con la bolsa colgada del hombro, regresó al

campamento. Había llegado otra hilera de camiones de la Cruz Roja y ya estaba en marcha el guirigay del reparto de alimentos. Ella se hizo a un lado para dejar pasar a un par de mujeres que cargaban con una caja de suministros y luego pasó por delante de la tienda en la que había estado haciendo las fotos.

El hombre de los vendajes ensangrentados había fallecido. La mujer seguía sentada detrás de él, acunándolo en sus brazos, cantándole.

Nina se detuvo y sacó una foto, pero esta vez la lente no la protegió y cuando bajó la cámara se dio cuenta de que estaba llorando.

Desde el cómodo asiento trasero de un todoterreno ligero, con el aire acondicionado puesto, Nina iba mirando por la ventanilla el paisaje de Zanzíbar. Las callejas estrechas, zigzagueantes, estaban atestadas de gente: mujeres tapadas con el velo y la vestimenta tradicional musulmana, escolares de uniforme azul y blanco, grupitos de hombres. En la orilla de la carretera los vendedores ambulantes trataban de vender lo que podían, desde fruta y verdura hasta zapatillas de deporte o camisetas de manga corta prácticamente sin estrenar. En la jungla, más allá de la carretera, las mujeres, la mayoría con un

bebé en la espalda o cogido en brazos, recogían clavo; la especia se ponía a secar al sol en los lados de la carretera, formando manchas de color canela.

Cuando el taxi abandonó finalmente la carretera principal para meterse por la pista de tierra que llevaba a la costa, Nina se agarró al asa de la puerta para salvar el pellejo. En esa zona la tierra era puro coral, al igual que la isla entera, y en cualquier momento podía estallar un neumático. Aminoraron la velocidad. De ese modo pasaron rozando poblados levantados en mitad de la nada: el ganado guardado en corrales improvisados, las mujeres ataviadas con velos y vestidos de

colores vistosos, recogiendo palitos y ramas, los niños bombeando entre todos para sacar agua del pozo. Las chozas eran pequeñas, oscuras, y estaban hechas de lo que hubiese a mano, palos, barro, pedazos de coral, y todo estaba cubierto del rojo de la tierra.

Al final de la pista, la playa era un hervidero. Cabeceaban en el agua botes de madera, mientras los hombres se ocupaban de las redes, extendidas en la arena. Por toda la zona merodeaban chavales harapientos con la esperanza de ver llegar algún turista que les ofreciera posar para fotos a cambio de dólares americanos.

En cuanto se subió en la lancha

motora, blanca y estilizada, se dio cuenta de lo tensa que había estado. El nudo que tenía en la nuca se le deshizo. Notó el aire del mar en la cara sucia y sacudiéndole los cabellos apelmazados, a medida que surcaban a toda velocidad la lisa superficie marina. Entonces, llenándose los pulmones con ese aire salado, pensó que tenía mucha suerte en esta vida, incluso con la pena que llevaba dentro. Ella podía dejar atrás los lugares atroces y cambiar su futuro con solo una llamada telefónica y un billete de avión.

La isla, Mnemba, era un pequeño atolón del archipiélago de Zanzíbar. Cuando llegó, el gerente de la isla,

Zoltan, la estaba esperando con una copa de vino blanco y un trapo húmedo y fresquito. Al ver a Nina, su rostro moreno de hermosas facciones se iluminó con una sonrisa amplia.

—Me alegro de verla de nuevo.

Ella saltó de la lancha al agua templada, con cuidado de llevar bien por encima de la cabeza el bolso del equipo fotográfico.

—Gracias, Zoltan. Me alegro de estar aquí. —Tomó la copa de vino—. ¿Está Danny?

—Se aloja en la número 7.

Ella se colgó el bolso y la mochila en un hombro y avanzó hasta la orilla. La arena era tan blanca como el coral del

que se había formado, y el agua tenía una increíble tonalidad aguamarina. Casi la misma que el color de los ojos de su madre.

En la isla había nueve *bandas* privadas, unas cabañas sin puertas, con el techo de paja, cada una oculta entre la tupida vegetación. Los huéspedes solamente se veían, o veían a los empleados, a la hora de las comidas en la cabaña restaurante, o al atardecer, momento en que se montaban cócteles en una mesa, en la playa, delante de cada *banda*.

Nina vio el discreto cartel con un número 7 junto a unas tumbonas de la orilla y siguió por el camino de arena

hasta la *banda*. Una pareja de miniantílopes, pequeños como dos conejos, con sus cuernos afilados como picahielos, cruzó el sendero dando saltitos y desapareció.

Vio a Danny antes que él a ella. Estaba sentado en uno de esos sillones de bambú, con los pies descalzos apoyados en una mesa auxiliar, tomando una cerveza a sorbitos, leyendo. Al llegar, se apoyó en la barandilla de madera.

—Esa cerveza no es exactamente la cosa más bella del lugar, pero casi.

Danny dejó a un lado el libro y se levantó. Estaba guapo hasta con esos pantalones cortos caquis raídos y

lamidos de tanto lavado, hasta con la melena negra que pedía a gritos un buen corte, y la mandíbula oscurecida por la barba de varios días. La estrechó entre sus brazos y la besó hasta que ella lo empujó para separarlo, riéndose.

—Estoy hecha un asco —dijo.

—Es lo que más me gusta de ti —respondió él, y le besó la mugrienta palma de la mano.

—Necesito una ducha —dijo ella, desabrochándose la camisa. Él la cogió de la mano y la llevó, cruzando por el dormitorio, por la pasarela de madera hasta el cuarto de baño y la ducha exterior. Una vez bajo el chorro de agua caliente, Nina fue quitándose el

sujetador, los pantalones cortos y las braguitas, echando a un lado cada prenda empapada. Danny la lavó con gestos que eran auténticos preliminares, y cuando todavía tenía el cuerpo cubierto de jabón deslizándose por su piel mojada, le tendió los brazos y le bastó con solo tocarlo. Él la cogió en brazos y la llevó al dormitorio.

Después, cuando tanto él como ella recuperaron el aliento, se quedaron entrelazados en la cama protegida con mosquitera.

—Qué pasada —dijo ella con la cabeza apoyada en el hueco del brazo de él—. Se me olvida lo bien que se nos da esto.

—Se nos dan bien muchas cosas.

—Desde luego. Pero en esto somos buenos de verdad.

Siguió un silencio, y ella supo que él estaba a punto de decir lo que no quería oír.

—He tenido que enterarme por Sylvie de que tu padre ha fallecido.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Llamarte y echarme a llorar? ¿Contarte que estaba en las últimas?

Él rodó sobre un costado y tiró de ella hasta que quedaron los dos mirándose frente a frente. Luego bajó la mano por la espalda de ella y la dejó apoyada en la curva de su cadera.

—Soy de Dublín, ¿recuerdas? Sé lo

que es perder a un ser querido, Nina. Y sé que es algo que se le queda a uno dentro como el sulfato de las pilas, y que te va quemando las entrañas. Y sé lo que es huir de eso. Tú no eres la única que ha venido a África, ¿verdad?

—¿Qué quieres de mí, Danny? ¿Qué?

—Háblame de tu padre.

Ella se lo quedó mirando. Se sentía acorralada. Quería darle lo que quería, pero no era capaz. Sus sentimientos, su pérdida, eran tan intensos que si se permitía sentirlos a fondo, nunca encontraría el camino de regreso.

—No sé cómo. Él era... mi sol, supongo.

—Te amo así —dijo él en voz baja.

Nina deseó que aquello la hiciese sentir mejor, pero no. Sabía lo que era el amor desigual, lo que era sentirse destrozado por dentro cuando uno estaba más enamorado que el otro. ¿No había visto a veces esa clase de sufrimiento en la mirada de su padre cuando miraba a su madre? Estaba segura de que sí. Y cuando has visto esa clase de dolor, ya no lo olvidas. Si alguna vez Danny la mirase de esa manera, le partiría el alma. Y eso sucedería. Tarde o temprano Danny entendería que, aunque ella hubiese querido mucho a su padre, se parecía más a su madre.

—¿No podemos simplemente...?

—De momento —respondió él. Pero

ella sabía que la cosa no acabaría ahí.

La idea de perderlo le causó una angustia extraña. Por eso, hizo lo que hacía siempre que sus sentimientos eran demasiado agudos para tolerarlos: deslizó las manos por el pecho desnudo de él hacia la línea de vello que le bajaba desde el ombligo y de ahí continuó bajando, y cuando lo tocó y sintió lo duro que estaba por ella, supo que seguía siendo suyo.

De momento.

*El cielo está negro como boca de lobo,
preñado de nubes. Una gaviota
solitaria sobrevuela en círculos,*

luchando contra el viento y graznando. Ella es pequeña, lleva su largo pelo castaño recogido en dos coletas; tiene las piernas huesudas. Va corriendo detrás de él. Delante de ella, una cometa rebota en la arena y da vueltas; antes de que pueda alcanzarla, la cometa salta y se le escapa.

—Papito —le grita, a sabiendas de que está demasiado lejos. No la oye—. Estoy aquí detrás...

Meredith se despertó aterrada. Se sentó en la cama y miró a su alrededor, aun sabiendo que no estaría ahí. Que era de nuevo un sueño.

Todavía cansada y molida después de otra noche agitada, moviéndose de un

lado para otro en la cama, se levantó con cuidado de no despertar a Jeff. Se acercó a la ventana y se quedó mirando la oscuridad. Aún no despuntaba el alba. Cruzó los brazos con fuerza, tratando de sujetarse a sí misma para no romperse. En los últimos tiempos tenía la sensación de que se le estuviesen escapando trozos de alma, desconchándose de su ser como una desagradable versión de lepra espiritual.

—Mere, vuelve a la cama.

No se dio la vuelta.

—Perdona. No era mi intención despertarte.

—¿Por qué hoy no te quedas hasta

tarde en la cama?

Sonaba bien. Le hacía pensar en la posibilidad de quedarse escondida en sus brazos, debajo de la manta, y dormir y dormir mientras los relojes seguían corriendo sin ella.

—Ojalá pudiera —dijo, pensando ya en las tareas que tenía que hacer esa mañana. Ya que se había levantado, podía ponerse manos a la obra con los impuestos del trimestre. La semana siguiente tenía reunión con el gestor y le hacía falta prepararse.

Jeff se levantó y se acercó a ella por la espalda. Meredith vio en la ventana oscura el reflejo plateado de sus caras.

—Cuidas de todo y de todos, Mere.

¿Quién te cuida a ti?

Ella se volvió hacia él, dejó que la ciñese entre los brazos.

—Tú me cuidas.

—¿Yo? —replicó él, brusco—. Solo soy una tarea más en tu lista.

En otros tiempos, el año anterior quizá, le habría dicho que era injusto con ella, habría reñido con él por ese motivo. Pero en esos momentos estaba demasiado falta de fuerzas para molestarse.

—Ahora no, Jeff —fue lo único que se le ocurrió decir—. No puedo mantener esta conversación.

—Sé lo que estás sufriendo...

—Claro que estoy sufriendo. Mi

padre ha muerto.

—No es solo eso. Estás abarcando demasiado —dijo en voz baja—. Sigues empeñada en que tu madre te dedique atención, como cuando...

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que pase de ella? O a lo mejor debería dejar mi trabajo, ¿es eso?

—Contrata a alguien. Le importa un pito que vayas a verla. Ya sé que duele, nena, pero es que nunca le ha importado.

—No puedo. No me dejará que lo haga. Además, se lo prometí a papá.

—¿Y qué pasa si ella te destroza? ¿Era eso lo que quería tu padre? ¿Acaso te mira siquiera alguna vez?

Sabía que estaba en lo cierto. En

momentos así deseaba no haber estado tantos años con él, que no hubiese presenciado tantas cosas. Pero él había estado la noche de la función, y otras noches como esa, y sabía cómo era su corazón y cuánto dolor llegaba a acumular a veces.

—Ni siquiera tiene que ver con ella. Lo sabes bien. Tiene que ver conmigo. Con quién soy. Soy incapaz de dejar el tema... De dejarla a ella.

—A tu padre le preocupaba eso, ¿te acuerdas? Tenía miedo de que nuestra familia se rompiera cuando él ya no estuviera, y tenía razón. Nos estamos rompiendo. Tú te estás rompiendo y no dejas que nadie te ayude.

—El doctor Burns dice que mamá volverá a estar bien dentro de poco. En cuanto se ponga bien, te prometo que contrataré a alguien para que vaya a limpiarle la casa y a pagarle las facturas, ¿vale?

—¿Me lo prometes?

Lo besó en los labios levemente. Se había terminado. De momento.

—Volveré para el desayuno, ¿vale? Haré unas tortillas para los dos y prepararé algo de fruta. Solos tú y yo.

Se soltó de sus brazos y fue al cuarto de baño. Cuando estaba cerrando la puerta, le pareció oír que le decía algo. Captó la palabra «preocupado» y cerró la puerta.

Se puso la ropa de deporte en el dormitorio, sin encender ninguna luz. Luego, abajo, conectó la cafetera, fue a por los perros y salió a la oscuridad y el frío de principios de febrero.

Corrió con más ahínco que nunca, desesperada por aclarar la mente. El dolor físico era infinitamente más fácil de sobrellevar que el dolor del corazón. A su lado, los perros daban algún ladrido y jugueteaban el uno con el otro, y de tanto en tanto echaban a correr hacia el grueso manto de nieve de los bordes de la carretera, pero siempre volvían. Cuando llegó hasta el campo de golf y comenzó el trayecto de regreso, el amanecer había dorado el valle. No

nevaba desde hacía dos semanas y la capa superior de la nieve, iluminada por la pálida luz del sol, parecía una corteza brillante.

Giró para meterse en Belye Nochi y ya en el porche de la casa de su madre dio de comer a los perros. Era uno de los cambios que Meredith había introducido en su agenda diaria. Hacía siempre dos cosas a la vez, por lo menos. Dentro, se quitó las zapatillas de deporte y fue a la cocina, encendió el samovar y subió las escaleras. Tenía aún la cara colorada y estaba todavía jadeante cuando abrió la puerta del cuarto de su madre.

Y se encontró la cama vacía.

—Mierda.

Meredith salió al jardín de invierno y se sentó al lado de su madre, que llevaba puesto el vestido de encaje que su padre le había regalado por Navidad el año anterior, con una manta azul de angora echada por los hombros. Le sangraba el labio inferior, se lo había mordido. Tenía los pies enfundados en unas medias, grises de humedad y marrones de tierra.

Meredith reunió valor para tenderle una mano. Con ella, tapó la mano fría, muy fría, de su madre. Pero no encontró palabras para acompañar el gesto de cercanía.

—Vamos, mamá, tienes que comer un

poco.

—Comí ayer.

—Lo sé. Vamos. —Tomó la mano de su madre y la ayudó a levantarse. Después de haber estado sentada demasiado tiempo en ese banco metálico, fue irguiéndose despacio, a trompicones y crujidos.

Apenas estuvo totalmente levantada, su madre se soltó de Meredith y se fue por el camino de losas en dirección a la casa.

Meredith la dejó ir delante.

Fue tras ella hasta la cocina, donde telefoneó a Jeff para decirle que al final no podría ir a desayunar con él.

—Mamá estaba otra vez en el jardín

—le explicó—. Creo que será mejor que hoy trabaje desde aquí.

—Menuda sorpresa.

—Anda, Jeff. No seas injusto conmigo...

Él colgó.

Dolida al oír el tono telefónico de línea libre, optó por llamar a Jillian. Al instante y con toda facilidad, se metieron en las conversaciones de rutina: los estudios, Los Ángeles y el tiempo. Meredith escuchaba muy asombrada a su hija mayor. Tal como venía sucediendo en los últimos tiempos y cada vez con más frecuencia, quien le hablaba era una joven segura de sí misma que le contaba cosas sobre química, biología, libros de

medicina, y Meredith hubiera querido que alguien le explicara cómo había pasado, cómo había sido que sus hijas se habían hecho mayores y ahora tenían otra vida. Hacía nada que Jillie era una niña gordita con ortodoncia capaz de pasarse la tarde mirando un brote en un manzano, esperando a ver la flor. «Ya no queda nada, mami. Está a punto de salir la flor. ¿Voy a avisar al abuelo?»

Y enseñar a conducir a Jillian había sido cosa de diez minutos. «Mamá, he leído los manuales. No hace falta que aprietes las mandíbulas. Confía en mí.»

—Te quiero, Jillie —dijo Meredith. Pero se dio cuenta, demasiado tarde, de que acababa de interrumpir a su hija. Le

había estado contando no sabía qué sobre enzimas. O quizá fuese sobre el ébola. Meredith se rio; pillada con el santo en el cielo—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Te estoy matando de aburrimiento con mis cosas, ¿verdad?

—Solo era una cabezadita.

Jillian se rio.

—Tranquila, mamá. Además, tengo que colgar ya. Te quiero.

—Yo también a ti, bichito.

Cuando Meredith colgó, se sentía mejor. Completa otra vez. Hablar con sus hijas era siempre la mejor receta contra el bajón. Salvo, claro está,

cuando esas mismas conversaciones eran las que lo provocaban...

Pasó el resto del día trabajando desde la mesa de la cocina de casa de su madre; además de pagar impuestos y leerse informes de cultivos y supervisar los costes del almacén, logró convencer a su madre para que comiese, pagó sus recibos pendientes y le puso una lavadora.

Finalmente, a las ocho de la noche, fregados los platos de la cena y recogida la comida, se fue al salón.

Su madre estaba sentada en el sillón predilecto de su padre, tejiendo. A su lado, una lámpara encendida la iluminaba con luz suave y confería a su

rostro una dulzura que era ilusoria. A su izquierda, el cirio encendido en el altar del Rincón Sagrado chisporroteaba y escupía espirales de humo al techo.

Tenía los ojos cerrados, incluso mientras sus dedos movían las agujas de tejer. La sombra alargada de las pestañas se proyectaba en sus mejillas blancas, lo que le daba un aire triste y espectral.

—Es hora de acostarse, mamá —dijo Meredith haciendo esfuerzos por disimular la impaciencia y el cansancio. Dio al interruptor de la luz para encender la lámpara de techo y el ambiente recogido del salón desapareció de golpe.

—Mi horario lo puedo gestionar yo solita —replicó su madre.

Y así dio comienzo el trabajo interminable de acostarla arriba, en su cuarto. Discutieron por todo: el cepillado de dientes, el cambio de ropa, las medias.

Y justo pasadas las nueve, Meredith dejó finalmente acostada a su madre en la cama. La arropó hasta la barbilla, como en tiempos había hecho con Jillian y Maddy.

—Que duermas bien —le dijo—. Sueña con papá.

—Soñar duele —respondió su madre en voz baja.

Meredith no supo qué contestar.

—Entonces, sueña con tu jardín. Los crocos florecerán dentro de poco.

—¿Son comestibles?

Era lo que venía pasando últimamente: su madre estaba lúcida, presente tras sus ojos azules, y de pronto su mente se iba a otro lugar.

Meredith quería creer que era la pena lo que estaba provocando esos cambios en su madre, toda esa confusión. Si era la pena, en algún momento se le pasaría.

Pero cada día ocurría lo mismo, y cada vez que su madre parecía desconectarse del mundo o que este la sumía en la confusión, Meredith perdía un poco más de fe en el diagnóstico del doctor Burns. Le preocupaba que fuese

alzhéimer en vez de pena. ¿De qué otro modo, si no, podía explicar la obsesión repentina de su madre con los zapatos de piel y los kilos de mantequilla, que Meredith se encontraba escondidos en cualquier rincón, y con el león del cuento de hadas del que en ocasiones oía hablar a su madre sin entender nada?

Meredith apoyó de nuevo la mano en su no-madre para tranquilizarla como si fuese una chiquilla asustada.

—Descuida, mamá. Tenemos comida de sobra abajo.

—Voy a dormir un momentito y luego subiré al tejado.

—Nada de subir al tejado —dijo Meredith con voz cansada.

Su madre dio un suspiro y cerró los ojos. Se quedó dormida enseguida.

Meredith dio una vuelta por la habitación para recoger las mantas y prendas que su madre había dejado tiradas.

Luego bajó a poner otra lavadora, con la intención de que las prendas estuviesen listas para guardar al día siguiente cuando volviese por la mañana. Entonces, terminó de preparar las dos cajas que iba a enviar a Jillian y Maddy.

Habían dado las diez cuando acabó.

De vuelta en su casa, encontró a Jeff en su despacho, trabajando en su libro.

—Hola —lo saludó, entrando.

Él no se volvió.

—Hola.

—¿Qué tal va el libro?

—Genial.

—Aún no lo he leído.

—Ya. —Se volvió hacia ella.

La mirada que le dirigió era una expresión que conocía bien, un gesto de profunda decepción, y de pronto se vio a sí misma, a Jeff y toda esa escena como si lo observase desde la distancia. Y esa perspectiva nueva lo cambió todo.

—Jeff, ¿estamos mal?

Percibió que su pregunta le producía cierto alivio, que llevaba tiempo esperando que se la hiciese.

—Sí.

—Oh. —Se dio cuenta de que había vuelto a decepcionarlo, de que él quería hablar de esos problemas que ella había desenterrado de pronto y con los que había tropezado. Pero no supo qué decir. Con toda sinceridad, eso era lo último que necesitaba en esos momentos. Su madre estaba cruzando la frontera de la locura y su marido estaba convencido de que no estaban bien.

A sabiendas de que cometía un error pero incapaz de corregirlo, se fue de su despacho (y del gesto de tristeza y decepción) y subió al dormitorio que tantos años habían compartido. Se quitó la ropa, excepto las braguitas, se puso una camiseta vieja de manga corta y se

metió en la cama. Los dos somníferos que se tomó hubieran debido ayudar, pero no fue así, y después, cuando él se acostó con sigilo a su lado, tuvo la certeza de que él sabía que estaba despierta.

Rodó de costado y, arrimándose a él por la espalda, le susurró:

—Buenas noches.

No bastaba con eso, no era nada en absoluto, y ambos lo sabían. La conversación que necesitaban tener seguía esperando como una nube de tormenta que estuviese acumulando masa a lo lejos.

Siete

A mediados de febrero el verde era el color de la rebeldía. De la noche a la mañana florecían los crocos y las campanillas de invierno, todos blancos, con sus tallitos finos, aterciopelados, abriéndose paso por el manto blanco brillante de nieve.

Cada día, Meredith se hacía el firme propósito de hablar con Jeff sobre los problemas que atravesaba su matrimonio, pero siempre que hacía

intención, ocurría algo que desviaba el rumbo. Además, en realidad no quería hablar de ello. En el fondo, no. Ya tenía bastante con la creciente confusión mental y el comportamiento extraño de su madre, como para añadir más leña al fuego. Tal vez los recién casados no entiendan que se puede hacer oídos sordos a los conflictos conyugales, pero cualquier mujer con veinte años de matrimonio a las espaldas sabía que si ninguno de los dos sacaba el tema, se podía pasar por alto prácticamente cualquier cosa.

Día a día y pasito a paso, una iba tirando. Lo mismo que un alcohólico no alarga el brazo para coger la primera

copa, un matrimonio podía simplemente no decir la frase que daría pie a determinada conversación.

Pero estaba siempre ahí, flotando en el aire como el humo de los fumadores, un carcinógeno inesperado. Y ese día Meredith por fin había decidido iniciarla.

Se marchó pronto de la oficina, a las cinco en punto, y en el trayecto a casa dejó pendientes los recados que tendría que haber hecho. La ropa del tinte podría recogerse más adelante y no pasaba nada porque un día no fuese a la compra. Fue derecha a casa de su madre y aparcó delante.

Como cabía esperar, la encontró en el

jardín de invierno, con dos camisones puestos y envuelta en una manta.

Meredith se abrochó el abrigo mientras se dirigía allí. Cuando estuvo cerca, oyó la cantilena suave, melódica de su voz, que decía algo sobre un león hambriento.

Otra vez el cuento infantil. Su madre estaba fuera de la casa, a solas, contándole historias al hombre al que amaba.

—Hola, mamá —dijo Meredith, atreviéndose a apoyar la mano en el hombro de su madre. Había aprendido recientemente que en momentos así podía tocar a su madre; en ocasiones, incluso, el contacto de Meredith podía

servir para reducir el estado de confusión—. Hace frío aquí fuera. Y dentro de nada se hará de noche.

—No dejes que Anya vaya sola. Está asustada.

Meredith soltó un suspiro. Estaba a punto de decir algo, cuando reparó en un elemento nuevo del jardín. Había una columna de cobre, nueva y reluciente, al lado de la vieja que ya estaba cubierta de cardenillo.

—Mamá, ¿cuándo has encargado eso?

—Ojalá tuviera caramelos para darle. Le encantan los caramelos.

Meredith ayudó a su madre a levantarse. Juntas volvieron a la cocina, caliente e iluminada, y allí le preparó

una taza de té y recalentó un cuenco de guiso para ella.

Su madre se acurrucó en la silla, delante de la mesa, tiritando casi sin control. Y no fue sino después de que Meredith le diese una rebanada de pan, bien untada de mantequilla y miel, cuando ella finalmente levantó la cabeza.

—A tu padre le encanta el pan con miel.

Meredith, al oírlo, sintió una tristeza sorprendente. Su padre había sido alérgico a la miel y, de alguna manera, el hecho de que a su madre se le hubiese olvidado un dato tan concreto era peor

que los momentos de confusión anteriores.

—Ojalá pudiera hablar de él contigo —dijo, más a sí misma que a su madre. Últimamente Meredith necesitaba a su padre más que nunca. Él habría sido la persona con quien habría podido hablar de sus problemas conyugales. Se la habría llevado a dar un paseo por la huerta, cogiéndola de la mano, y le habría dicho lo que necesitaba oír—. Él me diría lo que tengo que hacer.

—Tú sabes lo que tienes que hacer —dijo su madre mientras arrancaba un trozo de pan y se lo guardaba en el bolsillo—. Diles que los quieres. Eso es lo que importa. Y dales la mariposa.

Fue, quizá, el momento de mayor soledad de la vida de Meredith.

—Está bien, mamá. Gracias.

Mientras su madre terminaba de comer, ella se mantuvo ocupada trajinando en la cocina. Después, la ayudó a subir a su habitación y le cepilló los dientes, como había hecho con sus hijas cuando eran pequeñas, e, igual que ellas, su madre hizo lo que se le decía. Pero cuando Meredith empezó a desvestirla, se desató la batalla habitual.

—Venga, mamá, tienes que prepararte para dormir. Estos camisones están sucios. Voy a cogerte uno limpio.

—No.

Por una vez, Meredith no pudo más, estaba demasiado cansada para pelear. Por eso, cedió y dejó que su madre se acostase con uno de los camisones sucios.

Cuando salió, esperó detrás de la puerta hasta que su madre se durmió y empezó a roncar suavemente. Bajó y se marchó, cerrando la puerta con llave hasta el día siguiente.

Una vez en el coche, mientras iba conduciendo de vuelta a casa, recordó lo que le había dicho su madre.

«Tú sabes lo que tienes que hacer.»

«Diles que los quieres.»

Puede que esas palabras hubiesen estado mezcladas en un batiburrillo sin

sentido, pero no por ello dejaban de ser un buen consejo.

¿Cuándo había sido la última vez que le había dicho a Jeff esas dos valiosas palabras? Antes se lo decían continuamente, pero ya no.

Si había que iniciar reparaciones, y entablar cierta conversación, esas dos palabras tendrían que ser el principio.

Una vez en casa, llamó a Jeff pero no obtuvo respuesta.

No había vuelto aún. Ella tendría margen para prepararse.

Sonriendo ante la idea, subió a darse una ducha. Hasta que extendió el brazo para coger la maquinilla no se dio cuenta de que hacía siglos que no se

depilaba. ¿Cómo era posible que se hubiese abandonado tanto?

Se secó, se onduló el pelo y se maquilló. Entonces se puso un pijama de seda que no utilizaba desde hacía años. Descalza, oliendo a crema corporal de gardenias, descorchó una botella de champán. Se sirvió una copa y fue al salón, donde encendió la chimenea y se sentó a esperar a su marido.

Recostada en los mullidos almohadones del sofá, apoyó los pies en la mesa de centro y cerró los ojos tratando de pensar en qué otras cosas le diría, en las palabras que él necesitaba escuchar de su boca.

La despertaron los ladridos de los

perros que, corriendo por el pasillo, se tropezaban y caían uno sobre el otro en su ansia por llegar a la puerta.

Cuando Jeff entró en la casa, los perros lo rodearon; las colas golpeaban con fuerza en el suelo de madera, en su denodado esfuerzo por darle la bienvenida sin saltar hacia él.

—Hola —dijo Meredith cuando él entró en el salón.

—Hola, Mere —respondió él sin levantar la mirada de Leia, a la que estaba rascando las orejas.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó —. Podemos... ya sabes... Hablar.

—Pues tengo un dolor de cabeza

bestial. Creo que me voy a dar una ducha y me voy a la cama directamente.

Meredith sabía que podía recordarle que necesitaban hablar y él cambiaría inmediatamente de planes. Se sentaría con ella en el sofá y juntos empezarían eso que tanto miedo le daba a ella.

Probablemente debía forzar la cosa. Pero, de todos modos, no estaba segura de querer escuchar lo que él iba a decir. Además, ¿qué importaba un día más? Saltaba a la vista que estaba molido, y ella conocía de sobra la sensación. Podría demostrarle más adelante cuánto lo amaba.

—Por supuesto —dijo—. La verdad es que yo también estoy cansada.

Subieron juntos a dormir y ella se acurrucó a su lado en la cama. Por primera vez desde hacía meses, durmió profundamente y sin soñar nada.

A las seis menos cuarto la despertó el teléfono. Lo primero que pensó fue: «Le ha pasado algo a alguien». Se sentó rápidamente en la cama, con el corazón desbocado.

Agarró el teléfono y dijo:

—¿Hola?

—¿Meredith? Soy Ed. Perdona que te moleste tan temprano.

Ella encendió la lámpara de la mesilla de noche. Articuló en silencio la palabra «Trabajo» mirando a Jeff y se

recostó apoyando la espalda en el cabecero.

—¿Qué hay, Ed?

—Pues verás, tu madre está en la parte de atrás de la finca. En el Campo A. Está... ejem... está arrastrando aquel trineo viejo que teníais.

—Mierda. Detenla. Voy enseguida. —Meredith retiró con ímpetu la ropa de cama, salió disparada y, corriendo por toda la habitación, buscó qué ponerse.

—Pero ¿qué narices...? —dijo Jeff incorporándose.

—Mi madre de ochenta y pico años ha salido a jugar con el trineo. Pero no, yo no tengo razón. No tiene alzhéimer. Solo está pasando el duelo.

—Sí, claro.

—Se lo dije a Jim. —Encontró un chándal en el suelo del armario y comenzó a vestirse—. En el último mes la ha visto tres veces y las tres veces ella está tan racional como un juez. Él dice que es cosa del duelo. Y ella solo se hace la loca cuando está conmigo.

—Necesita que la vea un profesional.

Meredith cogió el bolso de la descalzadora que tenían al pie de la cama y salió corriendo sin despedirse.

En primavera el silencio se había instalado entre los dos. Ambos sabían que no estaban bien, se notaba que lo

sabían en cada mirada, en cada roce evitado, en cada sonrisa forzada. Pero ni él ni ella sacaban el tema. Trabajaban de sol a sol, se daban un beso de buenas noches y al amanecer cada cual se iba por su lado. Los lapsos de confusión de la madre de Meredith habían ido remitiendo últimamente, hasta el punto de que había empezado a albergar la esperanza de que el doctor Burns tuviese razón y finalmente estuviese recuperándose.

Meredith cerró el libro de contabilidad que tenía encima del escritorio y guardó el portaminas en el cajón. A continuación, pulsó el interfono.

—Me voy a casa a comer, Daisy. Tengo que estar aquí otra vez dentro de una hora.

—Oído, Meredith.

Cogió su parka con capucha y bajó al coche.

Hacía un día precioso, que le subió el ánimo. Estaban a finales de marzo y la semana anterior un frente cálido había atravesado el valle empujando a un lado al viejo don Invierno. El sol había dejado su huella indeleble en el paisaje: por las cunetas bajaban surcos de agua azul hielo, y de los manzanos que comenzaban a despertar caían brillantes gotitas de agua que dibujaban filigranas

en los últimos tramos de nieve medio deshecha.

Viró por el camino de coches de la casa de su madre, aparcó y llegó andando a la cancela. A su derecha un hombre vestido con un mono de trabajo estaba comprobando los braseros antimoho, de color rojo. Lo saludó agitando una mano y se tapó la boca y la nariz para atravesar la humareda.

Dentro de la casa, llamó a su madre mientras se quitaba el abrigo.

—Mamá, estoy aquí.

Al llegar a la cocina, se detuvo en seco.

Su madre estaba de pie en la encimera

con una hoja de papel de periódico y un rollo de cinta adhesiva.

—¡Mamá! ¿Qué demonios estás haciendo? Bájate de ahí. —Meredith corrió hacia ella, las manos tendidas para ayudarla a bajar—. Ven. Cógete de mi mano.

Su madre tenía la cara blanca como una sábana y los cabellos revueltos. Llevaba puestas cuatro capas como mínimo de prendas desparejadas, pero nada en los pies. Detrás, en un fogón, algo bullía a fuego fuerte, saltando y silbando.

—Tengo que ir al banco —dijo su madre—. Tenemos que cuidar de nuestro

dinero mientras podamos. No tenemos mucho con lo que comerciar.

—Mamá... te sangran las manos. ¿Qué has hecho?

Su madre lanzó una mirada al comedor.

Meredith se dirigió hacia allí, andando despacio, pasando junto a la encimera con el samovar apagado y el frutero vacío. El gran óleo del atardecer en el río Neva estaba descolgado, apoyado de pie en la mesa. El papel de la pared estaba desgarrado a tiras enormes. Por las paredes blancas se veían manchas oscuras aquí y allá. ¿Sangre seca? ¿Tanto ahínco había puesto su madre que se había levantado

la piel de las yemas de los dedos? En una ensaladera en el centro de la mesa había metidas tiras desgarradas de papel de pared, como si de un extraño arreglo floral marchito se tratara.

La cazuela hirviendo seguía derramando agua, a su espalda, lanzando silbidos y chisporroteos. Meredith corrió al fogón y lo apagó. En ese momento vio que la cazuela estaba llena de agua hirviendo y tiras de papel de pared.

—Por todos los santos, ¿qué...?

—Vamos a pasar hambre —dijo su madre.

Meredith fue con ella. Con cuidado, le cogió las manos ensangrentadas.

—Ven, mamá. Vamos a que te laves esas manos, ¿vale?

Su madre parecía no oírla apenas. Seguía murmurando algo del dinero del banco y que quería ir a recogerlo, pero dejaba que Meredith la llevase arriba, al cuarto de baño, donde tenían el botiquín casero. Meredith sentó a su madre en la tapa de la taza y entonces se arrodilló delante de ella para limpiarle y vendarle las manos. Vio que tenía varios cortes limpios, tajadas, en las yemas de los dedos. Esas lesiones no podía habérselas hecho arañando como loca la pared. Eran cortes. Tajadas.

—¿Qué ha pasado, mamá?

Su madre no paraba de mirar

alrededor.

—Hay humo. Oí un disparo.

—Son los braseros. Lo sabes. Y lo más seguro es que fuese el motor de la camioneta de Melvin, petardeando. Ha venido a comprobar que todos los braseros estuvieran encendidos.

—¿Qué braseros? —Su madre arrugó la frente.

Cuando Meredith terminó de limpiar y vendar a su madre, la acostó y la tapó con la colcha. Fue en ese momento cuando se fijó en el cúter manchado de sangre que había en la mesilla de noche. Su madre se había hecho adrede esos cortes.

«Dios mío.»

Meredith esperó a que su madre cerrara los ojos. Luego bajó y se quedó un rato contemplando el estropicio: el papel de pared hirviendo, las paredes destrozadas, el extrañísimo arreglo floral. Le entró miedo. Salió al porche justo cuando Melvin se marchaba con su furgoneta. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no gritar a pleno pulmón.

En lugar de gritar, sacó el móvil del bolsillo y llamó a Jeff a su oficina.

—Hola, Mere. ¿Qué hay? Estaba casi listo para...

—Jeff, te necesito —dijo en voz baja, con la sensación de estar derrumbándose. Se había esforzado

tanto en hacerlo todo bien, en cumplir la promesa que le hizo a su padre, pero de alguna manera había fallado. Y no sabía cómo enfrentarse sola a todo eso.

—¿Qué pasa?

—Mamá ha perdido la cabeza esta vez. ¿Puedes venir?

—Tardo diez minutos.

—Gracias.

A continuación telefoneó al doctor Burns para decirle que necesitaba que acudiese de inmediato. Y no vaciló en emplear la palabra «emergencia». Sin duda la situación reunía los requisitos, a su modo de ver.

En cuanto el médico dijo que iría, Meredith cortó la llamada y marcó el

número de Nina. No tenía ni idea de la hora que sería en Botsuana o Zimbabue, o dondequiera que estuviese su hermana en esos momentos, y tampoco le importaba. Solo sabía que cuando Nina descolgase, le diría: «No puedo hacerlo sola».

Pero Nina no contestaba. En lugar de ella, su voz grabada, con tono alegre y desenfadado, le dijo: «¡Hola! Gracias por llamar. Sabe Dios por dónde andaré ahora, pero deja tu mensaje y te llamaré en cuanto pueda. *Ahsanté san*».

Piii.

Meredith cortó sin dejar ningún mensaje.

¿Para qué?

Se quedó quieta con el teléfono en la mano, mirando sin pestañear el humo que iba disipándose poco a poco. Le escoció en los ojos, pero casi no importaba. De todos modos ya estaba llorando. Ni siquiera recordaba cuándo había empezado a llorar. Y, por una vez, le dio igual.

Fiel a su palabra, Jeff apareció al cabo de menos de diez minutos. Salió del coche y fue con ella. Una vez hubo subido los escalones del porche, abrió los brazos y ella, andando hacia él, se envolvió en ellos para que su abrazo impidiese que se rompiera en pedazos.

—¿Qué ha hecho? —preguntó él finalmente.

Antes de que le diera tiempo a responder, se oyó un fuerte estrépito en la cocina.

Meredith dio media vuelta y entró corriendo en la casa.

Encontró a su madre caída en el suelo del comedor, con una tira de papel de la pared fuertemente agarrada con una mano y cogiéndose un tobillo con la otra. Junto a ella había una silla volcada de lado. Debía de haberse caído de esta.

Meredith se le acercó a toda prisa y se agachó. Comprobó el estado del tobillo, que ya se le estaba hinchando.

—Jeff, ayúdame a llevarla al salón. La echaremos en la otomana.

Jeff se acuclilló.

—Hola, Anya —dijo con una voz tan dulce que a Meredith le recordó lo maravilloso que era como padre, la facilidad con la que lograba secarles las lágrimas a sus hijas y hacerlas reír. Era un hombre muy bueno; después de todo lo que le había hecho su madre a lo largo de los años, y de la montaña de silencio que ella misma le había regalado a cambio, él seguía ingeniándose para preocuparse por ella—. Voy a llevarte al salón, ¿vale?

—¿Tú quién eres? —preguntó su madre, sondeando sus ojos grises.

—Soy tu príncipe, ¿no te acuerdas?

Su madre se calmó al instante.

—¿Qué me has traído?

Jeff le sonrió.

—Dos rosas —contestó, cogiéndola ya en brazos. La llevó al salón y la tumbó en la cama turca.

—Toma, mamá —le dijo Meredith—. Te he traído una bolsa de hielo. Te la voy a poner en el tobillo, ¿de acuerdo? Apoya el pie en este cojín.

—Gracias, Olga.

Meredith movió la cabeza en gesto afirmativo y Jeff se la llevó a la cocina.

—¿Se ha caído de la silla? —preguntó él, y lanzó una ojeada al comedor destrozado.

—Diría que sí.

—Madre mía.

—Sí. —Se lo quedó mirando sin

saber muy bien qué decir.

Oyó que llegaba el coche del doctor Burns y la sensación de alivio la impulsó a moverse.

El médico entró en la casa con cara de bastante agobio, y un bocadillo a medio comer en una mano.

—Hola, hola —los saludó al entrar—. ¿Qué ha pasado?

—Que mi madre ha estado arrancando el papel de la pared y se ha caído de una silla. Un tobillo se le está poniendo como un globo —explicó Meredith.

El doctor Burns bajó levemente la barbilla en señal de haber comprendido y dejó el bocadillo en la consola de la entrada.

—¿Dónde está?

Pero cuando entraron en el salón, su madre estaba sentada recta, haciendo punto, exactamente igual que si fuese una tarde normal y corriente en lugar del día en que había querido cocinar papel pintado y hacerse cortes en los dedos.

—Anya —dijo Jim acercándose a ella—. ¿Qué ha pasado aquí?

La madre de Meredith le dedicó una de sus sonrisas deslumbrantes. Sus ojos azules estaban totalmente despejados.

—Estaba cambiando la decoración del salón y me caí. Qué tonta estoy.

—¿Cambiando la decoración? ¿Y por qué ahora?

Ella se encogió de hombros.

—Así somos las mujeres. Vete a saber.

—¿Me deja echar un vistazo a su tobillo?

—Pues claro.

Él examinó delicadamente el tobillo de la madre de Meredith y lo envolvió con un vendaje elástico.

—Este dolor no es nada —dijo ella.

—¿Y qué les ha pasado a sus manos? —preguntó el médico, examinando ya las yemas de sus dedos—. Da la impresión de que se ha hecho usted estos cortes a propósito.

—Qué tontería. Estaba cambiando la decoración. Ya se lo he dicho.

El doctor Burns observó con atención

su cara unos minutos más y a continuación sonrió con dulzura.

—Vamos. Deje que Jeff y yo la ayudemos a subir a su habitación.

—Por supuesto.

—Meredith, quédate aquí.

—Encantada —replicó ella y, nerviosa, los siguió con la mirada mientras ellos subían las escaleras y desaparecían de su vista.

Después, se puso a andar de un lado para otro con impaciencia, mordiéndose el dedo pulgar hasta que le sangró.

Cuando Jeff y el doctor Burns bajaron de nuevo, miró al médico.

—¿Y bien?

—Se ha hecho un esguince en el

tobillo. Se le curará si no lo apoya.

—No me refería a eso, y lo sabes —
repuso Meredith—. Has visto cómo
tiene los dedos. Y encontré un cúter al
lado de su cama. Creo que se lo ha
hecho adrede. Tiene que tener alzhéimer.
O una especie de demencia, en cualquier
caso. ¿Qué hacemos?

Jim asintió despacio, obviamente
poniendo en orden sus ideas.

—Hay un sitio en Wenatchee en el que
la aceptarían durante un mes o mes y
medio. Podemos decirle que es para la
rehabilitación del tobillo. El seguro lo
cubriría y a su edad cualquier lesión
tarda en curar. No es una solución
definitiva, pero le dará tiempo, y os lo

dará a vosotros, para poder entender lo que ha pasado. Puede que le siente bien pasar una temporada lejos de Belye Nochi y de los recuerdos de esta casa.

Meredith se estremeció.

—¿Te refieres a una residencia?

—A nadie le gustan las residencias —reconoció el doctor—. Pero a veces es la mejor opción. Además, no olvides que es una solución temporal.

—¿Le dices tú que va a ingresar allí porque necesita rehabilitación? —planteó Jeff, y a Meredith le dieron ganas de darle un beso. Él se daba perfecta cuenta de que para ella era una decisión muy difícil.

—Por supuesto.

Meredith respiró hondo. Sabía que iba a reproducir una y otra vez este momento, y seguramente no se lo perdonaría nunca. Sabía que su padre jamás habría tomado esta medida, ni habría querido que la tomase ella. Pero no podía negar que la ayudaría mucho.

«Duerme en el jardín... Arranca el papel de la pared... Se cae de las sillas... ¿Qué será lo siguiente?»

—Señor, ayúdame —dijo en voz baja. Se sentía sola, aun teniendo a Jeff justo a su lado. Nunca había imaginado de qué manera tan honda podía una simple decisión separarte de los demás—. Está bien.

Esa noche Meredith no pegó ojo. Tumbada en la cama, oía los minutos digitales metamorfoseándose unos en otros.

La decisión que había tomado le parecía un error de cabo a rabo. Una decisión egoísta. Y es que, a fin de cuentas, eso era lo que había sido: su decisión.

Se quedó en la cama todo lo que pudo, intentando relajarse; a las dos en punto renunció y se levantó.

Estuvo dando vueltas por la planta baja de la casa, a oscuras, en silencio, buscando algo que la ayudase a dormir o algo en lo que ocupar la mente mientras

estaba desvelada: la televisión, un libro, una infusión...

Entonces vio el teléfono y supo exactamente lo que necesitaba: la complicidad de Nina. Si Nina estaba de acuerdo con lo de la residencia de ancianos, Meredith cargaría solo con la mitad de la culpa.

Marcó el número del móvil internacional de su hermana y se sentó en el sofá.

—¿Hola? —dijo una voz con mucho acento. Acento irlandés, pensó. O escocés.

—¿Hola? Estoy llamando a Nina Whitson. ¿No es este número?

—Sí. Es su teléfono. ¿Con quién

hablo?

—Con Meredith Cooper. Soy la hermana de Nina.

—Ah, magnífico. Yo soy Daniel Flynn. Imagino que habrás oído hablar de mí.

—No.

—Pues menudo chasco, ¿verdad? Soy un... buen amigo de tu hermana.

—¿Desde cuándo eres un buen amigo suyo, Daniel Flynn?

Su carcajada era estentórea, atronadora. Y sexi.

—Daniel era mi viejo, que además era un capullo de mucho cuidado. Llámame Danny.

—Me he dado cuenta de que no has

respondido mi pregunta, Danny.

—Cuatro años y medio. Por ahí le anda.

—¿Y nunca te ha mencionado ni te ha traído a casa?

—Una lástima, no me digas. Bueno, ha sido la caña hablar contigo, Meredith, pero tu hermana me está matando con la mirada, así que mejor le paso a ella el teléfono.

Cuando Meredith le dijo adiós, oyó un sonido como de frufú, como si Danny y Nina estuvieran peleando por el móvil.

Nina respondió un tanto sin resuello, riéndose.

—Hola, Mere. ¿Qué hay? ¿Qué tal

mamá?

—Pues, mira, Neens, por eso te llamaba. No está bien. Últimamente se le va la cabeza. La mitad de las veces me llama Olga y se pone a recitar el dichoso cuento como si significase algo.

—¿Y qué dice el doctor Burns?

—Según él, es el proceso normal de duelo, pero...

—Gracias a Dios. No me gustaría que acabase como la tía Dora, encerrada en aquella residencia patética, comiendo gelatina pasada y viendo concursos en la tele.

Meredith se estremeció.

—Se ha caído y se ha hecho un esguince en el tobillo. Menos mal que

estaba con ella y la he podido ayudar.
Pero no puedo estar siempre.

—Eres una santa, Mere. En serio.

—No, para nada.

—Eso mismo me respondió la madre Teresa.

—Yo no soy ninguna madre Teresa, Nina.

—Sí que lo eres. Tu manera de cuidar de mamá y de dirigir la huerta. Papá estaría orgulloso.

—No digas eso —replicó a media voz, incapaz de hablar con más energía. Lamentó haberla telefoneado.

—Oye, Mere. En estos momentos no puedo hablar. Nos has pillado saliendo. ¿Tienes que decirme algo gordo?

Era el momento: o le soltaba la verdad a bocajarro y se exponía a que la juzgase (santa Mere encerraba a mamá en una residencia) o se lo callaba. ¿Qué pasaría si Nina se oponía? Meredith no se había parado a pensar en esa posibilidad, pero en ese instante no le cupo duda. Nina no la secundaría y eso no haría sino empeorar las cosas. No iba a poder soportar que Nina la llamase egoísta.

—No, nada gordo. Puedo apañármelas.

—Estupendo. Volveré para el cumple de papá, no te olvides.

—Vale —dijo Meredith; se le

revolvieron las tripas—. Nos vemos entonces.

—Adiós —se despidió Nina, y la conversación se interrumpió.

Meredith colgó el teléfono. Suspiró, apagó las lámparas y subió otra vez a su dormitorio, donde se metió sigilosamente en la cama con su marido.

«...encerrada en aquella residencia patética...»

«Santa Mere»

Se quedó tumbada un buen rato con los ojos abiertos, en la oscuridad, tratando de no recordar aquellas lamentables visitas de hacía siglos a la tía Dora.

Estaba segura de no haber dormido

nada, pero a las siete la alarma del reloj la despertó con un sobresalto.

Jeff estaba de pie al lado de la cama con una taza de café.

—¿Estás bien?

Le entraron ganas de responder que no, de gritar que no, puede que hasta de echarse a llorar. Pero ¿de qué serviría? Y lo peor de todo era que Jeff lo sabía; la estaba mirando otra vez con su mirada triste, con esa mirada que decía: «Estoy aquí, esperando a que me necesites». Si le contaba la verdad, la cogería de la mano y la besaría y le diría que estaba haciendo lo que tenía que hacer. Y entonces ya sí que se vendría abajo.

—Estoy bien.

—Imaginé que dirías eso —respondió él, y se apartó—. Tenemos que salir dentro de una hora. Tengo una cita a las nueve.

Ella asintió en silencio y se apartó el pelo de la cara con la mano.

—Vale.

A lo largo de la hora siguiente Meredith estuvo arreglándose como cualquier otro día, pero cuando se sentó al volante de su gran todoterreno ligero, se le terminó de pronto la capacidad de fingir. La cruda realidad de su decisión la arrasó por dentro, helándole el corazón.

Jeff arrancó el motor de su furgoneta, estacionada delante de ella, y fueron

juntos, cada uno en su vehículo, a Belye Nochi.

Encontraron a su madre en el salón, de pie delante de su Rincón Sagrado. Se había puesto un vestido largo de tubo, de lana negra, y un pañuelo blanco de seda alrededor del cuello; se las había compuesto para dar imagen de elegancia y fortaleza a la vez. Tenía la espalda muy recta, los hombros rígidos. Se había recogido la melena blanquísima. Cuando se volvió para mirar a Meredith, no había ni rastro de confusión en sus ojos azul glacial.

Toda la resolución de Meredith se esfumó y en su lugar afloró la duda.

—Quiero que trasladen el Rincón

Sagrado a mi nueva habitación —dijo su madre—. Y que no se apague el cirio. —Extendió los brazos para coger las muletas que le había llevado el doctor Burns. Se las colocó debidamente debajo de los brazos y fue ayudándose con ellas para acercarse poco a poco a Meredith y Jeff, cojeando.

—Necesitas ayuda —dijo Meredith mientras su madre se acercaba—. No puedo estar aquí a todas horas.

No hubo la menor indicación de que su madre la había oído, ni de que le importase. Pasó por delante de su hija, cojeando, y se dirigió a la entrada.

—Mi bolso está en la cocina.

Meredith debería haber sabido que no

tenía sentido esperar la absolución de su madre. Bien sabía que de ella nunca recibiría lo que necesitaba. Y probablemente eso menos aún. Se fue directa a la cocina, pasando por delante de su madre sin decir nada.

¿De dónde había salido ese bolso? La noche anterior Meredith le había preparado la maleta roja grande. Se agachó para abrir ese otro bolso.

Su madre lo había llenado hasta los topes con mantequilla y cinturones de piel.

Ocho

Nina se despertó al oír los disparos.

Justo al lado de su ventana se incrustaron varios balazos y las enclenques paredes de su habitación de hotel temblaron. Del techo cayó una lluvia de polvo de yeso y paja. En algún lugar estalló el vidrio de una ventana y una mujer gritó. Nina salió de la cama y fue gateando hasta la ventana.

Por la calle llena de cascotes estaban pasando unos carros de combate. A los

lados iban andando hombres uniformados, chiquillos en realidad, que disparaban sus metralletas y se reían viendo a la gente correr a resguardarse.

Se dio la vuelta para quedar de espaldas a la rugosa pared, y se dejó caer deslizándose hasta terminar sentada directamente en el suelo cubierto de polvo. Una rata cruzó a la carrera el suelo de madera y se coló debajo de su pseudoarmario.

Dios, qué harta estaba.

Era finales de abril. Hacía un mes había estado en Sudán con Danny, pero a ella le parecía que hacía siglos.

Le sonó el móvil.

Gateó por el suelo cubierto de tierra y

polvo y se sentó apoyando la espalda en un lado de la cama. Palpando encima de la mesilla, dio con el teléfono tamaño chequera y abrió la tapa.

—¿Diga?

—¿Nina? ¿Eres tú? No te oigo casi.

—Son tiros. Hola, Sylvie, ¿qué hay?

—No vamos a utilizar tus fotos — anunció Sylvie—. Sin paños calientes: no tienen la calidad necesaria.

No podía creer lo que acababa de oír.

—Mierda. No me lo dirás en serio. Tengo más calidad cualquier día chungo que la mayoría de los gilipollas con los que trabajas.

—Estas fotos son peores que un día chungo, niña. ¿Qué pasa?

Nina se apartó el pelo de los ojos. Hacía semanas que no se cortaba el pelo, y lo tenía tan sucio que cuando se lo apartó, se quedó fijo en su nueva posición. Y no había agua corriente en su hotel, en toda la manzana, desde hacía días. Desde que los combates se habían recrudecido.

—No lo sé, Sylvie —respondió finalmente.

—No deberías haber vuelto a trabajar tan pronto. Sé cuánto querías a tu padre. ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte?

—Que me dices la portada es una cosa que siempre sube la moral.

El silencio de Sylvie lo decía todo.

—Nina, una zona en guerra no es lugar para vivir un duelo. Tal vez tu audacia ha desaparecido porque en el fondo tienes que estar en otra parte.

—Ya, en fin...

—Buena suerte, Nina. De corazón.

—Gracias —dijo ella, y colgó.

Paseó la mirada por aquella habitación oscura y sucia, mientras notaba en la columna la vibración de los disparos de ametralladora. Estaba harta de todo eso. Agotada. No podía sorprenderle que sus últimas fotografías fuesen malas. Estaba demasiado cansada para concentrarse y cuando al fin conciliaba el sueño, se despertaba invariablemente soñando con su padre.

En los últimos tiempos la atormentaban sus últimas palabras, la promesa que le había pedido. A lo mejor eso era lo que le pasaba. A lo mejor por eso no lograba concentrarse.

No había sabido cumplir su palabra.

Era lógico que se le hubiese ido la chispa. La magia.

Se la había dejado en Belye Nochi, en las manos de una mujer a quien había prometido conocer de verdad.

La primera semana de mayo, solo unos días antes de lo que tenía previsto, a las siete y unos segundos de la mañana Nina entró en el valle de Wenatchee en coche.

El perfil irregular de la sierra de Cascade estaba cubierto aún de nieve, pero todo lo demás estaba vestido de primavera.

En Belye Nochi la huerta entera de manzanos estaba en flor. La inmensa extensión lucía presumida su miríada de flores nuevas. Mientras se acercaba por la carretera, imaginó a su padre allí, paseándose orgulloso entre las hileras de árboles con una niña pequeña de cabellos negros andando a su lado, preguntándole cosas sin parar. «¿Ya están listas, papá? Tengo hambre.»

«Estarán listas cuando estén listas, Neener Beaner. A veces hay que tener paciencia.»

Ella había madurado junto a esos árboles, y por el camino había aprendido que no tenía paciencia y que las labores del campo no la interesaban, que la obra de toda una vida que había creado su padre no sería nunca para ella.

Entró en la pista de acceso y detuvo el coche delante del garaje.

Había mucha actividad en la huerta, llena de trabajadores que se afanaban ante los árboles, comprobando la presencia de bichos o de moho o de lo que fuese.

Nina se colgó al hombro la bolsa del equipo fotográfico y se dirigió a la casa. El jardín estaba de un verde brillante,

tan luminoso que casi dolía mirarlo. A lo largo de la línea de la valla y a ambos lados del camino crecían macizos de flores blancas.

Al llegar a la puerta, no se molestó en llamar.

—¿Mamá? —voceó. Encendió la luz del recibidor y se quitó las botas.

Nadie respondió.

Entró en la cocina.

La casa olía a cerrado, a vacía. Arriba todo estaba igual de silencioso y vacío que abajo.

Nina se resistió a desilusionarse. Era consciente de que cuando había decidido dar esta sorpresa a su madre y a Meredith se la estaba jugando.

Salió de nuevo y se montó en el coche alquilado para subir a casa de su hermana. En la bifurcación, vio que una furgoneta venía de frente.

Se echó hacia la cuneta y esperó.

La furgoneta también ralentizó y acabó parando a su lado. Era Jeff, que bajó la ventanilla.

—Hola, Neens. Qué sorpresa.

—Ya sabes cómo soy, Jeff. De acá para allá como el viento. ¿Y mamá?

Jeff echó un vistazo por el retrovisor por si venía algún coche.

—¿Jeff? ¿Qué pasa?

—¿No te lo dijo Meredith?

—¿El qué?

Finalmente la miró.

—No tenía alternativa.

—Jeff —dijo Nina con tono seco—. No sé de qué narices me estás hablando. ¿Dónde está mi madre?

—En Parkview.

—¿La residencia de ancianos? ¿Te estás quedando conmigo?

—No saques conclusiones antes de tiempo, Nina. Meredith pensó que...

Nina pisó el acelerador, dio la vuelta a toda velocidad por la tierra y se marchó. Al cabo de menos de veinte minutos entraba por el camino de grava de la residencia y estacionaba el coche. Cogió del asiento del acompañante la pesada bolsa de lona con el equipo

fotográfico y cruzó a pisotones el aparcamiento para entrar en el edificio.

La recepción era un espacio con una decoración tan alegre que resultaba insultante, y tanta luz le parecía obscena. Una infinidad de tubos fluorescentes como luciérnagas recorrían todo el techo beis. La sala de espera quedaba a la izquierda; las sillas eran rojas, azules y amarillas y había un viejo televisor de la marca RCA. Justo delante de ella había un escritorio enorme, y sentada detrás de él una mujer con una permanente de rizos muy pequeños hablaba animadamente por teléfono mientras tamborileaba en el tablero de madera con sus uñas pintadas a lunares.

—Es que, no me digas que no, Margene, se ha puesto como un tonel...

—Disculpe —dijo Nina, conteniéndose—. Quería saber el número de habitación de Anya Whitson. Soy su hija.

La recepcionista interrumpió la conversación telefónica el tiempo justo para decir: «Habitación 146, a la izquierda», y prosiguió.

Nina enfiló el ancho pasillo. A los lados había sendas hileras de puertas cerradas, y las que estaban abiertas dejaban ver unas habitaciones pequeñas, parecidas a las de los hospitales, ocupadas por viejos tumbados en camas individuales. Le vino el recuerdo de

cuando su tía Dora había estado allí. La habían visitado todos los fines de semana y su padre había aborrecido cada minuto que pasaban en aquel lugar. «La muerte a plazos», decía.

¿Cómo había podido Meredith hacer algo así? ¿Y cómo había osado no decírselo?

Cuando llegó a la altura de la habitación 146 estaba hecha una furia. Era una sensación agradable, la primera vez que le bullía la sangre desde la muerte de su padre. Llamó secamente con los nudillos.

—Pase —respondió una voz. Y Nina abrió la puerta.

Su madre estaba sentada en un sillón

abatible nada atrayente, tapizado con tela de cuadros escoceses. Estaba despeinada y había combinado unas prendas imposibles. Pero le brillaban los ojos. Al ver entrar a Nina, levantó la cara.

—¿Por qué cojones estás aquí? — preguntó Nina.

—Esa lengua, Nina —dijo su madre.

—Deberías estar en casa.

—¿Tú crees? ¿Sin tu padre?

Le había recordado ese detalle con dulzura, como dejando caer una gota de ácido. Nina se acercó a ella andando como un muñeco, al tiempo que notaba que su madre la miraba fijamente. Y vio que habían montado allí su Rincón

Sagrado, encima de una vieja cómoda de madera de roble.

La puerta se abrió, a su espalda, y en la pequeña habitación entró su hermana con una bolsa grande repleta de fiambreras.

—Nina —dijo, cortada. Estaba impecable, como de costumbre, con su media melena castaña cortada con un estilo clásico, las puntas hacia dentro. Llevaba unos pantalones negros de pinzas y una blusa rosa remetida en la cintura. A pesar de haberse maquillado con pericia su cutis blanco, se notaba que estaba cansada. Además, había adelgazado mucho.

Nina se encaró con ella.

—¿Cómo has podido hacer esto? ¿Era más fácil dejarla aquí?

—El tobillo se le...

—¿A quién coño le importa que su tobillo nada? Sabes perfectamente que papá se habría opuesto —repuso Nina con tono cortante.

—¿Cómo te atreves? —respondió Meredith, sonrojándose del enfado—. Soy yo la única que...

—Basta —ordenó su madre entre dientes—. Pero ¿qué os pasa a vosotras dos?

—Es idiota —respondió Meredith. Ignorando completamente a Nina, fue a la mesa y depositó encima la bolsa de supermercado—. Mamá, te he traído

pierogi de repollo y *okroshka*. Y de parte de Tabitha unas lanas nuevas. Están al fondo de la bolsa, con un patrón que dice que te podría gustar. Vuelvo luego, después de trabajar. Como siempre.

Su madre asintió pero no dijo nada.

Meredith se marchó sin añadir nada más, cerrando la puerta con firmeza al salir.

Nina vaciló unos instantes y se fue detrás de ella. Ya en el pasillo, vio que Meredith se alejaba a toda prisa, los tacones repiqueteando en el suelo de linóleo.

—¡Meredith!

Su hermana le dedicó un gesto de

desprecio y siguió andando.

Nina volvió a entrar en la patética habitacioncita con sus dos camas iguales, su sillón espantoso y su cómoda desportillada. Tan solo los iconos rusos y el cirio daban alguna pista acerca de la señora que la ocupaba. La mujer de quien su padre pensaba que era tan frágil... y a la que había amado.

—Venga, mamá. Te largas de este sitio de mierda. Te llevo a casa.

—¿Tú?

—Sí —respondió Nina con firmeza—. Yo.

—Menuda zorra. ¿Cómo ha podido

soltarme esas barbaridades? Sobre todo delante de mamá. —Meredith estaba en el despachito atestado de cosas desde el que su marido supervisaba el pulso urbano del periódico. Aunque no era que hubiese mucha urbe, ni mucho pulso, para el caso. La pila de folios que tenía al lado del ordenador le recordó a Meredith que había estado empleándose a fondo con su novela. Esa que aún no había encontrado tiempo de leer.

Siguió caminando de un lado a otro, mordiéndose el dedo pulgar hasta que se hizo daño.

—Deberías haberle dicho la verdad. Te lo dije.

—No es momento de «telodijes».

—Pero hablaste con ella dos o tres veces, ¿no?, desde que ingresaste a tu madre en Parkview, ¿verdad? Es natural que Nina se haya cabreado. Tú también te habrías puesto así. —Se recostó en el respaldo de su silla—. Deja que pase tiempo con ella. Mañana por la noche se habrá enterado de por qué tomaste la decisión que tomaste. Tu madre armará una buena y Nina se deshará en disculpas contigo.

Meredith se detuvo.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. No metiste a tu madre en ese sitio porque te resultase difícil cuidar de ella, aunque lo fue. La llevaste para que no le pasase nada. Acuérdate.

—Sí —dijo ella, y deseó estar más convencida—. Pero en la residencia ha estado mejor. Lo ha dicho hasta Jim. No ha vuelto a salir descalza a la nieve, ni a arrancar el papel de las paredes, ni a hacerse cortes en los dedos. Las cosas divertidas se las guardaba para mí.

—Entonces a lo mejor está en condiciones de volver a casa —dijo él. Pero Meredith se daba cuenta de que su marido había dejado de prestar atención. O bien tenía otra cosa en la cabeza o bien ya había oído decir lo mismo demasiadas veces. Probablemente se tratara de esto último; a lo largo de todo ese mes ella había pasado demasiado tiempo preocupándose por su madre y

Jeff había tenido que prestarle oídos. De hecho, no recordaba haberle hablado de nada más que de eso.

—Tengo que salir pitando —dijo él—. Tengo una entrevista dentro de veinte minutos.

—Ah. Vale.

Se dejó acompañar por él hasta la salida de las abarrotadas y mugrientas oficinas del periódico y, luego, hasta el coche. Se sentó al volante y arrancó el motor.

Y no fue hasta que estuvo sentada delante de su mesa, revisando el informe de poda de los responsables del manzanar, cuando cayó en la cuenta de

que Jeff no le había dado un beso al despedirse.

Mientras conducía su coche alquilado, camino de Belye Nochi, Nina miró de reojo a su madre; iba sentada en el asiento del acompañante, haciendo punto.

Estaban en territorio desconocido en esos momentos. El hecho de encontrarse juntas, solas, implicaba una especie de comunión. Sin embargo, tal vínculo no había existido nunca hasta entonces y Nina no estaba realmente segura de que la mera cercanía pudiese dar lugar a una forma de relacionarse.

—Tendría que haberme quedado —le dijo—. Para estar segura de que estabas bien.

—No hubiese esperado eso de ti —repuso su madre.

Nina no supo si era un desaire, con énfasis en las dos últimas palabras, o una simple observación de un hecho objetivo.

—Aun así... —Se quedó sin saber cómo seguir. De nuevo era una niña pequeña, pululando alrededor de la órbita de su madre, esperando algo, una mirada, un leve gesto de la cabeza, gratitud, pena. Cualquier cosa menos el ruidito incesante de esas agujas de tejer.

Una vez llegaron a la casa, mientras

Nina la miraba su madre recogió la labor, asió la bolsa de iconos de su Rincón Sagrado y abrió la puerta del coche. Entonces cruzó el césped con porte de reina, subió por el camino de losas y entró en la casa, cerrando la puerta a su espalda.

—Gracias por sacarme del presidio, Nina —murmuró ella, y negó con la cabeza.

Cuando entró con el equipaje, el Rincón Sagrado ya estaba montado de nuevo, con el cirio encendido. Y de su madre no había ni rastro.

Nina subió por las escaleras tirando de la maleta. Arriba, se detuvo un momento delante de la puerta abierta del

dormitorio de su madre y, aguzando el oído, oyó el tintineo de las agujas y una voz suave y cantarina; su madre estaba o hablando consigo misma o por teléfono.

En cualquier caso, parecía que lo prefiriese a hablar con su hija. Nina dejó la maleta de su madre en el suelo y a continuación llevó su mochila y el equipo de fotografía a su antiguo cuarto. Después de eso bajó y se tumbó en la otomana favorita de su padre, amontonó los cojines para formar un respaldo para la cabeza y encendió el televisor.

Se durmió en cuestión de segundos. Fue el sueño más reparador y vacío de imágenes que había tenido desde hacía

meses y cuando se despertó estaba como nueva, lista para comerse el mundo.

Subió y llamó a la puerta de su madre.

—¿Mamá?

—Pasa.

Nina abrió la puerta y se encontró a su madre sentada en la mecedora, al lado de la ventana, tejiendo.

—Hola, mamá. ¿Tienes hambre?

—Anoche tenía y esta mañana otra vez. Pero hice unos bocadillos. Meredith me ha dicho que no use los fogones.

—¿He estado durmiendo todo el día? Mierda. Prométeme que no se lo dirás a Meredith.

Su madre le dirigió una mirada

acerada.

—Yo no hago promesas a niños. —
Dicho lo cual, reanudó la labor.

Nina salió del dormitorio principal y fue a darse una ducha larga y caliente de esas que solo podía darse en Estados Unidos. Después, pese a vestirse otra vez con sus viejos y arrugados pantalones de color caqui, se sentía humana.

Abajo, estuvo dando vueltas por la cocina, intentando averiguar qué podía hacer de almuerzo.

El congelador estaba abarrotado de recipientes con comida, todos etiquetados y con la fecha de envasado escrita con tinta negra. Su madre

siempre había cocinado para un batallón en vez de para una familia y en casa de los Whitson no se tiraba nada a la basura. Todo se guardaba debidamente, se le ponía la fecha y se congelaba para utilizarse en otro momento. Se acercó a la ventana y al mirar a lo lejos divisó el manzanar en flor.

Fue corriendo a por la bolsa de las cámaras, escogió una y salió de la casa. Enseguida se perdió en las mil y una opciones que el lugar le ofrecía. Hizo fotos de todo, de los árboles, de las flores, de los braseros, y con cada chasquido del obturador pensaba en su padre y en lo que le gustaba esa época del año. Cuando terminó, tapó la lente y

regresó andando tranquilamente; por el camino pasó por delante del jardín de invierno de su madre.

En ese día sorprendentemente soleado, el jardincito era un estallido de flores sostenidas en el aire por tallos y hojas verdes, exuberantes. Debía de estar también en flor alguna planta que desprendía un perfume muy dulce, que se mezclaba con el olor fecundo de la tierra fértil. Nina se sentó en el banco de hierro forjado. Siempre había pensado en ese jardín como el dominio exclusivo de su madre, pero en esos momentos, con los manzanos floridos rodeándola por todas partes, sintió la presencia de

su padre tan claramente como si estuviese sentado a su lado.

Levantó de nuevo la cámara y comenzó a hacer fotos: un par de hormigas en una hoja verde, una flor de magnolio inmaculada, nacarada, la columna de cobre que había ocupado desde siempre el lugar destacado de aquel jardín, con su pátina azul verdosa...

Nina bajó la cámara.

Había dos columnas. La nueva era de cobre brillante, reluciente, y tenía una elegante voluta acuñada alrededor.

Se acercó la cámara al ojo nuevamente y enfocó la columna nueva.

En la mitad superior tenía adornos grabados. Volutas. Hojas, hiedra, flores.

Y la letra *E*.

Se volvió un poco para mirar la otra columna. Apartó las enredaderas y las flores y observó con atención las volutas.

Había visto esos adornos miles de veces, pero por primera vez en su vida se paraba a mirarlos de cerca. Eran letras cirílicas entrelazadas con la franja de arabescos. Una *A* y otro símbolo que parecía la letra *P*, un círculo que podría ser una *O* y algo que parecía una araña. Había otras más que no reconoció.

Estaba a punto de alargar el brazo

para tocarla cuando recordó que había puesto agua a hervir.

—Mierda. —Nina agarró la cámara y corrió a la casa.

Nueve

Meredith ideó un plan y lo aplicó a pies juntillas. Había decidido que dos tardes y una noche con su madre sería tiempo suficiente para que Nina comprendiese la decisión respecto del geriátrico. Sí, era cierto que en las semanas anteriores su madre había mejorado, pero Meredith no creía ni por asomo que estuviese lo bastante bien aún para cuidarse por sí misma.

Y era importante, crucial incluso, que

Nina entendiese la situación. Meredith no deseaba cargar ella sola con la decisión durante más tiempo. Su madre había pasado casi seis semanas en la residencia geriátrica y su tobillo se había curado totalmente. Dentro de poco tendrían que tomar una decisión definitiva y Meredith se negaba a tomarla ella sola.

A las cuatro y media de la tarde se marchó de la oficina para dirigirse a la residencia. Una vez allí, saludó a Sue Ellen, la recepcionista, y siguió por el pasillo con paso firme, fluido, la cabeza alta, las llaves en una mano y el bolso en la otra. Al llegar a la habitación de su madre, se detuvo unos segundos para

decirse que en realidad no le dolía la cabeza y, acto seguido, abrió la puerta.

Dentro, dos hombres vestidos de la cabeza a los pies con sendos monos azules realizaban tareas de limpieza, uno fregaba el suelo y el otro pasaba una bayeta por la ventana. Todos los enseres de su madre habían desaparecido. Y en lugar del conjunto de ropa de cama que le acababa de comprar Meredith, solo había un colchón azul.

—¿Dónde está la señora Whitson?

—Ha dejado la plaza —respondió uno de los hombres sin ni siquiera levantar la cara—. No nos avisaron con mucha antelación.

Meredith pestañeó.

—¿Perdone usted?

—Que se ha ido.

Meredith giró sobre los talones y fue a la mesa de la recepción.

—Sue Ellen —dijo mientras se apretaba una sien con las yemas de dos dedos—. ¿Dónde está mi madre?

—Se marchó con Nina. Se ha ido, sin más ni más. Sin avisar ni nada.

—Vale. Es un error. Mi madre volverá...

—Ya no quedan plazas, Meredith. La señora McGutcheon va a ocupar la suya. Nunca se sabe con seguridad, por supuesto, pero no contamos con tener nuevas vacantes hasta después de julio.

Meredith estaba demasiado

enfurecida para ser educada. Sin decir nada más, salió por la puerta del edificio con paso airado y se metió en el coche. Por primera vez en su vida, le importó un comino el límite de velocidad anunciado en las señales y al cabo de doce minutos estaba en Belye Nochi, saliendo del coche.

En el interior de la vivienda había un fortísimo olor a humo. Al mirar en la cocina encontró que en el fregadero habían dejado un montón de platos sucios y en la encimera una caja de pizzería abierta. En la caja quedaba más de la mitad de una pizza.

Pero lo peor no fue eso.

Encima del quemador delantero de la

cocina había una olla deformada, volcada. Meredith no necesitó cogerla para saber que se había derretido en el fuego.

Se disponía a subir las escaleras hecha un basilisco cuando lanzó una mirada al jardín lateral; por entre los cuarterones de las puertaventanas con listones de madera, las distinguió: allí estaban, su madre y su hermana, sentadas en el banco de hierro.

Meredith abrió una de las puertaventanas con tal ímpetu que esta golpeó contra la pared.

Entonces, mientras atravesaba el jardín, oyó la voz que solía poner su madre cuando les contaba cuentos y

supo de inmediato que los brotes de confusión no eran cosa del pasado.

—... llora la pérdida de su padre, que está encerrado en la torre roja por orden del Caballero Negro. Pero la vida sigue. Es una lección horrible, espantosa, que deben aprender las niñas. Sigue habiendo cisnes en los estanques del jardín de palacio a los que hay que alimentar y noches blancas de verano en las que las damas y los caballeros se encuentran, a las dos de la madrugada, para pasear por la ribera del río. Ella no sabe lo duro que puede ser un invierno, no sabe que las rosas pueden helarse en un abrir y cerrar de ojos y caer al suelo, no sabe que las niñas pueden aprender a

sostener fuego entre las palmas de sus blancas manos...

—Se ha terminado el cuento, mamá —dijo Meredith tratando de que no se le notase todo el enfado que traía—. Vamos adentro.

—No la cortes... —intervino Nina.

—Eres tonta —dijo Meredith a su hermana. Ayudó a su madre a levantarse para llevársela a la casa. Luego la ayudó a subir las escaleras y la dejó sentada en la mecedora, con su labor de punto.

Abajo de nuevo, encontró a Nina en la cocina.

—¿Qué demonios tenías en la cabeza?

—¿Has oído el cuento?

—¿Cómo?

—Que si has oído el cuento. ¿Era el de la campesina y el príncipe? ¿Te acuer...?

Meredith agarró a su hermana por una muñeca y se la llevó al comedor, y allí encendió las luces.

Estaba tal como había quedado el día en que su madre se cayó de la silla. Faltaban tiras de papel de la pared; los huecos vacíos semejaban heridas viejas al lado del colorido luminoso que quedaba. Aquí y allá, tanto en el papel como en las franjas despellejadas, se veían manchas rojas oscuras, casi negras.

En algún lugar del campo petardeó una camioneta.

Meredith se volvió hacia Nina. Pero antes de que le diese tiempo a decir nada, oyó unas pisadas fuertes procedentes de las escaleras.

Su madre entró corriendo en la cocina con un abrigo enorme.

—¿Habéis oído los disparos? ¡Abajo! ¡Ahora mismo!

Meredith cogió a su madre del brazo con la esperanza de que su contacto sirviese de ayuda.

—Mi león está llorando —dijo la madre con la mirada vidriosa y desenfocada—. Tiene hambre.

—Mamá, aquí no hay ningún león hambriento —dijo Meredith con calma para tranquilizarla—. ¿Quieres un plato

de guiso? —le preguntó entonces en voz baja.

Su madre la miró.

—¿Tenemos guiso?

—Para dar y tomar. Y pan y mantequilla y *kasha*. Aquí nadie pasa hambre.

Meredith le quitó a su madre el abrigo con delicadeza. Apretados dentro de un bolsillo encontró cuatro tubos de pegamento.

El estado de confusión cesó tan rápidamente como había empezado. Su madre se irguió, miró a sus hijas y a continuación salió de la cocina.

Nina se volvió a Meredith.

—Pero ¿qué coño...?

—¿Lo ves? —contestó Meredith—. A veces le da... la locura. Por eso es por lo que necesita ingresar en un sitio donde esté segura.

—Te equivocas —repuso Nina, que seguía mirando la puerta por la que su madre acababa de salir.

—Nina, tú que eres mucho más lista que yo, dime: ¿en qué me equivoco?

—En que eso no era locura.

—¡No me digas! Entonces ¿qué era exactamente?

Nina finalmente la miró de frente.

—Miedo.

A Nina no la sorprendió que Meredith se

pusiese a recoger la cocina. Con celo de mártir, para colmo. Sabía que su hermana estaba furiosa. Pero aunque debería haberle importado, lo cierto era que no.

En vez de eso, tenía la mente ocupada pensando en la promesa que le había hecho a su padre.

«Que os cuente el cuento de la campesina y el príncipe.»

En su momento le había parecido un disparate, ciertamente, algo imposible. La última esperanza desesperada de un hombre en el lecho de muerte de conseguir que tres mujeres se sentasen juntas.

Pero era evidente que su madre se

estaba hundiendo sin él. En eso había tenido razón. Y creía que aquel cuento tradicional serviría para ayudarla.

Meredith plantó ruidosamente otra olla en uno de los quemadores que funcionaban y soltó un taco.

—No podemos usar el maldito fogón hasta que hayamos quitado esta olla que has quemado.

—Pues usa el micro —replicó Nina con la mente en otra cosa.

Meredith se revolvió.

—¿Esa es tu respuesta? «Usa el micro.» ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Papá me hizo prometerle que...

Meredith se secó las manos con un

trapo de felpa y lo tiró en la encimera.

—Ay, por el amor de Dios. No la vamos a ayudar si andamos pidiéndole que nos cuente fábulas. Pero sí si velamos por su seguridad.

—Quieres encerrarla otra vez. ¿Por qué? ¿Para que puedas ir a comer con las chicas?

—¿Cómo te atreves a decirme eso a mí? Tú. —Meredith se acercó a ella y bajó la voz—. Hojeaba como loco las revistas buscando fotografías de su hijita pequeña. ¿No lo sabías? Y comprobaba su correo y sus mensajes a diario para ver si recibía algo que rara vez recibía. Así que no te atrevas a llamarme egoísta.

—Basta.

Su madre estaba en el umbral, con el camisón puesto y los cabellos sueltos, algo raro en ella. La clavícula se le marcaba llamativamente bajo la piel venosa; una crucecita con tres travesaños, al estilo ruso, pendía de un filo hilo de oro alrededor de su cuello. Con tanta blancura (los cabellos blancos, la tez pálida, el camisón blanco), casi parecía translúcida. Excepto por aquellos increíbles ojos azules. En esos momentos echaban chispas de ira.

—¿Es así como lo honráis, peleando?

—No estamos peleando —dijo

Meredith con un suspiro—. Solo estamos preocupadas por ti.

—Pensáis que me he vuelto loca —afirmó su madre.

—Yo no —dijo Nina, levantando la vista—. Mamá, he visto la columna nueva del jardín. He visto las letras.

—¿Qué letras? —quiso saber Meredith.

—No es nada —respondió su madre.

—Sí es algo —insistió Nina.

Su madre no dio muestra alguna de haberla oído. No suspiró. No se estremeció. No apartó la mirada. Simplemente se dirigió a la mesa de la cocina y se sentó.

—No sabemos nada de ti —dijo

Nina.

—El pasado no importa.

—Es lo que siempre has dicho y nosotras te dejamos. O tal vez nos daba igual. Pero a mí ahora no me da igual — respondió Nina.

Su madre levantó lentamente la cara para mirarla y esta vez la nitidez de sus ojos fue innegable, así como la tristeza.

—No vas a parar de pedírmelo, ¿verdad? Desde luego que sí. Meredith intentará impedírtelo porque tiene miedo, pero a ti no hay quien te detenga.

—Papá me dijo que se lo prometiera. Quería que nos contases uno de tus cuentos tradicionales hasta el final. Y no puedo defraudarlo.

—No se hacen promesas a los moribundos. Ahora además habéis aprendido esta lección. —Se levantó, la espalda apenas encorvada—. A vuestro padre le partiría el alma oíros pelear. Tenéis suerte de teneros la una a la otra. Comportaos como si lo sintieseis. —Dicho esto, se fue.

Oyeron el portazo que dio al entrar en su habitación, arriba.

—Mira, Nina —dijo Meredith al cabo de un buen rato calladas—. Me importan un carajo sus cuentos infantiles. Cuidaré de ella porque se lo prometí a papá y porque es lo que se debe hacer. Pero tú estás hablando de una cosa, de conocerla como persona,

que es una misión suicida, y ya me la he pegado demasiadas veces. No cuentes conmigo.

—¿Crees que no lo sé? —repuso Nina—. Soy tu hermana. Sé cuánto te has esforzado con ella.

Meredith se volvió bruscamente hacia el fogón y se puso manos a la obra con la olla fundida como si debajo hubiese un tesoro escondido.

Nina se levantó para acercarse a ella.

—Comprendo por qué la ingresaste en ese sitio de mierda.

Meredith se volvió.

—¿Sí?

—Claro que sí. Creías que estaba como una regadera.

—Es que está como una regadera.

Nina no supo qué responder, ni siquiera cómo articular su parecer de manera que tuviese sentido. Solo sabía que hacía poco había perdido una pieza esencial de su ser y que quizá cumpliendo la palabra que había dado a su padre podría recuperarla.

—Voy a lograr que me cuente ese cuento, de cabo a rabo, aunque muera en el intento.

—Haz lo que te dé la gana —replicó finalmente Meredith y dio un suspiro—. Siempre lo haces.

Meredith intentó perderse en los

entresijos de la gerencia de la huerta y de los almacenes, pero todo le salía mal. Tenía la sensación de llevar incrustada una válvula en el pecho que se le cerraba cada vez que tomaba aire. La presión que iba acumulándose detrás amenazaba con estallar en cualquier momento. Después de gritar al tercer empleado en esa mañana, tiró la toalla y se marchó antes de que pudiese causar más estragos. Soltó un mazo de papeles encima de la mesa de Daisy y dijo, tensa:

—Archiva esto, por favor.

Y se fue sin darle tiempo a Daisy a hacer ni una pregunta.

Se metió en el coche y arrancó. Al

principio no sabía adónde iba; en algún momento del trayecto se dio cuenta de que se había metido por una carretera de la que no había vuelto a acordarse desde hacía mucho tiempo. De alguna manera, la estaba llevando de vuelta a su juventud.

Aparcó delante de la tienda de recuerdos de Belye Nochi. Estaba en una casita preciosa, algo retirada de la autopista, rodeada de viejos manzanos en flor.

Muchos años antes había sido un puesto de frutas al aire libre; Meredith había pasado allí algunos de los mejores veranos de su vida, vendiendo a los

turistas las manzanas maduras, perfectas, de la tierra de la familia.

Se quedó mirando desde detrás del parabrisas aquella casita blanca de listones de madera, el alero decorado con ristras de luces claras. Con el verano aquello se llenaría de flores por todas partes: en las macetas de la puerta, en los cestos del porche, y enroscándose por la valla.

Había sido idea suya transformar aquel puesto de fruta en una tienda de regalos. Todavía recordaba el día en que fue a contarle su plan a su padre. En aquel entonces era una mujer joven con un bebé apoyado en cada lado de la cadera.

«Será genial, papá. A los turistas les chiflará.»

«Es una idea magnífica, Meredoodle. Vas a ser mi estrella...»

Y se había dedicado en cuerpo y alma a aquel lugar, escogiendo con un cuidado exquisito hasta el más pequeño de los artículos que vendían. Fue un éxito rotundo, hasta el punto de que habían hecho dos ampliaciones y aun así les faltó espacio para vender todos los recuerdos y los preciosos objetos de artesanía hechos por las gentes del valle.

Cuando dejó la tienda para incorporarse al almacén, su intención era complacer a su padre.

Al echar la vista atrás, comprendió que fue entonces cuando había empezado la vida que llevaba, esa vida que parecía girar siempre en torno a los demás...

Metió marcha atrás y se alejó de aquel lugar, lamentando vagamente haberse parado allí. Durante la hora siguiente estuvo conduciendo sin rumbo fijo, viendo los cambios que había obrado la primavera en el paisaje. Cuando entró por la pista de acceso a su casa caía la tarde y todo iba oscureciendo lentamente a su alrededor.

Una vez dentro, puso la comida a los perros, empezó a hacer algo de cena y

subió a darse un baño; se quedó tanto rato en la bañera que el agua se enfrió.

Seguía tan confundida y molesta con lo que había ocurrido horas antes, que no sabía qué hacer ni qué quería. Lo único de lo que estaba segura era de que Nina lo estaba fastidiando todo, lo cual a ella le complicaba aún más la vida. Y no le cabía la menor duda de que al final todo sería un desbarajuste de tal calibre que acabaría por venirse abajo y a ella le tocaría recoger el estropicio.

Estaba hasta el gorro de tener que cargar ella con la responsabilidad.

Se secó, se puso ropa cómoda y salió del cuarto de baño. Mientras se quitaba la humedad del pelo con una toalla, echó

un vistazo a la cama tamaño extragrande, colocada a lo largo de la pared.

Recordó con intensa añoranza el día en que Jeff y ella habían comprado aquella cama. Era muy cara, pero ellos se habían reído del gasto y la habían pagado con la tarjeta de crédito. Cuando se la llevaron a casa, habían salido de trabajar antes de su hora y, una vez que llegó, se habían tumbado encima, riéndose y besándose, y al momento la estrenaron apasionadamente.

Eso era lo que necesitaba ahora: pasión.

Necesitaba quitarse la ropa y tirarse encima de la cama y olvidarse de Nina y

de su madre y de residencias de ancianos y cuentos de hadas.

Y en el instante en que lo pensó, cristalizó en un plan. Ilusionada por primera vez desde hacía meses, se cambió y se puso un camisón provocativo, bajó las escaleras, encendió la chimenea, se sirvió una copa de vino y esperó a que Jeff volviese de trabajar.

Eran las once de la noche y seguía esperando. Y poco a poco la ilusión fue dando paso al enojo.

¿Dónde demonios se había metido?

Cuando finalmente apareció en el salón, ella tenía ya tres copas de vino en

el cuerpo y la cena se había echado a perder.

—¿Dónde demonios estabas? —dijo ella, levantándose.

Él arrugó la frente.

—¿Cómo?

—Había preparado una cena romántica. Ahora ya no se puede comer.

—¿Estás cabreada porque llego tarde a casa? Me estás tomando el pelo, ¿no?

—¿Dónde estabas?

—Documentándome para mi novela.

—¿En plena noche?

—No es plena noche. Pero sí. Llevo haciéndolo desde enero, Mere. Solo que tú no te has dado cuenta. O no te

importaba. —Se marchó y se metió en su despacho dando un portazo.

Ella fue detrás de él y abrió la puerta de par en par.

—Te deseaba esta noche —le dijo.

—Pues perdóname porque me importe un carajo. Llevas meses ignorándome. Ha sido como vivir con un maldito fantasma, pero ahora de buenas a primeras, como estás cachonda, se supone que tengo que cambiar de piñón y estar disponible para ti, ¿no? Pues no funciona así.

—Muy bien. Espero que estés a gusto aquí esta noche.

—Estaré mucho más calentito que en

tu cama —respondió con énfasis en el «tu».

Meredith salió del despacho y cerró dando otro portazo. Pero con el estampido de la puerta se le quitó el enfado, y sin él se sintió perdida. Sola.

Debía pedirle perdón, debía contarle el día de perros que había tenido...

Estaba a punto de hacerlo cuando vio una línea de luz azulada en el filo de la puerta. Jeff había encendido el ordenador y se había puesto a escribir.

Ella se dio la vuelta y subió las escaleras para meterse en la cama. A lo largo de veinte años de matrimonio era la primera vez que él dormía en el sofá

después de una discusión, y sin él no podía dormir.

A las cinco se dio finalmente por vencida y bajó a disculparse.

Él ya no estaba.

Esa mañana, Meredith salió a correr (diez kilómetros esta vez; estaba especialmente estresada) y telefoneó a sus dos hijas, y aun así llegó a su oficina antes de las nueve. Tan pronto estuvo sentada ante su mesa de trabajo, llamó a Parkview y habló con el director, a quien la repentina salida de su madre tampoco le había hecho especial gracia. Volvió a escuchar que no esperaban

tener plaza hasta pasado un tiempo. Aunque las cosas podían cambiar, por supuesto, es decir, aunque de pronto algún residente podía palmarla y la pena sacudir a otra familia, no había modo de garantizar la plaza.

Ni en sueños se quedaría Nina el tiempo suficiente para realmente echar una mano. En los quince años anteriores, Meredith no recordaba una sola vez en que su hermana se hubiese quedado en Belye Nochi más de una semana, diez días a lo sumo. Puede que fuese una persona conocida en el mundo entero y con renombre en su profesión, pero no era de fiar. Si hasta la había dejado colgada el día de su boda, cuando iba a

ejercer de dama de honor (en el último minuto, sin tiempo para encontrar sustituta), porque habían asesinado a no se sabía quién en Centroamérica. O en México. Meredith nunca llegó a saberlo; solo sabía que Nina había estado probándose vestidos de dama de honor cuando de pronto desapareció.

Alguien llamó a la puerta. Meredith levantó la vista justo cuando entraba Daisy fresca como una rosa, con una carpetilla de cartulina en la mano.

—Aquí traigo los informes del campo y de la huerta.

—Estupendo —respondió Meredith—. Déjalos en mi mesa.

Daisy titubeó y Meredith pensó:

«Miedo me da». Conocía a Daisy desde la niñez y sabía que de dubitativa no tenía nada.

—Me he enterado —dijo la mujer, cerrando la puerta al pasar—. De lo de que Nina ha secuestrado a tu madre.

Meredith sonrió con expresión cansina.

—Eso es un poquito exagerado. Y voy a ocuparme de ello.

—Cómo no, corazón. Pero ¿deberías? —Dejó la carpeta encima de la mesa—. Yo puedo llevar la empresa, ¿sabes? —dijo en voz baja—. Tu padre me enseñó. No tienes más que pedirme ayuda.

Meredith asintió. Era cierto, aunque nunca se lo había planteado realmente.

Daisy conocía los entresijos de la huerta y de la empresa mejor que nadie, a excepción de Meredith. Llevaba veintinueve años trabajando allí.

—Gracias.

—Pero no sabes cómo, ¿verdad, Meredith?

Meredith contuvo el impulso de mirar al techo desmayadamente. Era lo que Jeff le decía a todas horas. ¿Realmente era un defecto tan terrible? ¿Ocuparse de hacer lo que había que hacer?

—¿Me pones al doctor Burns al teléfono, por favor, Daisy?

—Claro que sí. —Daisy se dirigió a la puerta.

A los pocos minutos, Daisy le pasó

llamada y ella oyó a Jim en el receptor.

—Hola, Jim —lo saludó—. Soy Meredith.

—Sabía que llamarías. Me han llamado de Parkview hoy. —Hizo una pausa—. ¿Nina?

—Naturalmente. Ha visto demasiadas veces *La gran evasión*. No saben cuándo van a tener sitio otra vez, y no podemos permitirnos contratar a nadie que esté con ella en casa. ¿Me puedes recomendar otra residencia?

Jim tardó unos segundos en contestar.

—He hablado con el médico que la atendía en Parkview y con el fisio que la trató. Además, yo mismo iba a ver a Anya una vez a la semana.

Meredith notó que los músculos se le tensaban.

—¿Y?

—Ninguno de nosotros observó síntomas significativos de confusión ni demencia. La única vez que se alteró un poco fue cuando cayó aquella tormenta el mes pasado. Al parecer, los truenos la asustaron y le dijo a todo el mundo que tenía que subir al tejado. Pero aquel estruendo alteró a otros muchos residentes. —Respiró hondo—. Tu padre decía que Anya tenía que luchar con la depresión cada invierno. El frío y la nieve tienen algo que la molesta. Eso, unido al duelo... En fin, a lo que iba: yo no creo que padezca alzhéimer, ni

demencia grave siquiera. No puedo diagnosticar algo que no puedo ver, Meredith.

Se sintió como si acabara de caerle un peso enorme sobre los hombros.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo voy a cuidar de ella y evitar que se lesione? No puedo encargarme de Belye Nochi y de mi casa y además estar disponible para mi madre en todo momento. Se hizo cortes en los dedos, por el amor de Dios.

—Lo sé —dijo él con amabilidad—. He estado haciendo unas llamadas. Hay un complejo geriátrico en Wenatchee que está realmente bien. Se llama Riverton. Tendría un apartamento con

jardín, con sitio para plantar lo que quiera. Le dan a elegir entre hacerse ella misma la comida o usar el comedor. Tienen plaza a partir de mediados de junio, una habitación individual. Le he dicho a la gerente que te la reservase, pero van a necesitar que pagues una señal cuanto antes. Pregunta por Junie.

Meredith tomó nota de todo.

—Gracias, Jim. De verdad, te agradezco mucho tu ayuda.

—No hay de qué. —Guardó silencio unos segundos—. ¿Y tú cómo estás, Meredith? No te encontré muy bien la última vez que nos vimos.

—Gracias, doctor. —Intentó reírse—.

Estoy cansada, pero entra dentro de lo que cabía esperar.

—Abarcas demasiado.

—Es la historia de mi vida. Gracias otra vez. —Colgó sin darle tiempo de decir nada más. Se inclinó hacia el suelo para recoger el bolso y luego salió de la oficina.

En Belye Nochi, Nina estaba en la cocina, recalentando una olla llena de gulash.

Nina sonrió al verla.

—No le quito el ojo, ¿ves? Aún no se ha puesto a arder.

—Necesito hablar con mamá y contigo. ¿Dónde está?

Nina ladeó la cabeza para señalar el

comedor.

—Adivina.

—¿En el jardín de invierno?

—Dónde si no.

—Joder, Neens. —Meredith atravesó el comedor destrozado y fue hacia su madre, que estaba sentada en el banco de hierro. Al menos esa vez se había abrigado debidamente—. ¿Mamá? Necesito hablar contigo. ¿Podemos ir dentro?

Su madre puso recta la espalda, y Meredith se dio cuenta de lo blanda y curvilínea que había sido su imagen antes de enderezarse.

Volvieron las dos juntas al interior de la vivienda, sin tocarse ni decirse nada.

Una vez en el salón, Meredith acomodó a su madre en un sillón y se puso a encender el fuego. Cuando terminó, Nina ya había acudido y estaba repantingada en el sofá con los pies, embutidos en calcetines, apoyados en la mesa de centro.

—¿Qué pasa, Mere? —preguntó mientras hojeaba un número antiguo del *National Geographic*—. Eh, aquí sale mi foto. La que ganó el Pulitzer —dijo sonriendo, y les mostró la doble página.

—He hablado hoy con el doctor Burns.

Nina dejó a un lado la revista.

—Y... está de acuerdo en que la

residencia de ancianos no es sitio adecuado para mamá.

—Qué avisgado —repuso Nina.

Meredith se resistió a morder el anzuelo. Mantenía la mirada fija en su madre.

—Pero los dos pensamos que esta casa es demasiado grande para ti sola. Jim ha encontrado un sitio muy bonito en Wenatchee. Una especie de complejo de pisos tutelados para mayores. Me ha dicho que podrías estar en un pisito precioso de una habitación que tendría cocina propia. Pero si no te apetece cocinar, tienen también un comedor. Está justo en el centro. Podrías ir andando a los comercios y a la tienda de lanas.

—¿Y qué pasa con mi jardín de invierno? —preguntó su madre.

—El piso dispone de un pequeño jardín. Podrías crear tu propio jardín de invierno allí. Con su banco, su vallado, sus columnas, todo.

—No tiene ninguna necesidad de mudarse —dijo Nina—. Esta es su casa y yo estoy aquí para echarle una mano.

Meredith saltó finalmente.

—¿En serio, Nina? ¿Y cuánto tiempo podremos contar contigo? ¿O va a pasar como con mi boda?

—Hubo un asesinato esa semana —dijo Nina, repentinamente incómoda.

—¿O como con el septuagésimo cumpleaños de papá? ¿Qué fue aquella

vez? Unas inundaciones, ¿no? ¿O fue cuando el terremoto?

—No voy a disculparme por mi trabajo.

—Ni yo te lo estoy pidiendo. Solo digo que puede que tengas las mejores intenciones del mundo, pero si ocurre cualquier desgracia en la India mañana mismo, lo único que veremos es tu culo saliendo por la puerta. Yo no puedo estar con mamá cada segundo del día y ella no puede pasar sola todo el tiempo.

—Y esto te facilitaría las cosas — dijo su madre.

Meredith sondeó el semblante de su madre en busca de indicios de sarcasmo o crítica, o de confusión incluso, pero lo

único que vio en él fue resignación. Había sido una pregunta, no una aseveración.

—Sí —respondió, y hubiera querido saber por qué al responder así se sentía como si estuviese defraudando a su padre.

—Entonces iré. Ya no me importa dónde viva —dijo su madre.

—Embalaré todo lo que vayas a necesitar —se ofreció Meredith—. Para que puedas mudarte el mes que viene. Y no tendrás que ocuparte de nada.

Su madre se levantó. Miró a Meredith, sus ojos azules dulcificados por algún sentimiento. Fue una mirada que duró solo un segundo y luego

desapareció. Dio media vuelta y se fue arriba. La puerta de su dormitorio sonó con fuerza al cerrarse.

—No pinta nada en un geriátrico por muy estupendo que sea —dijo Nina.

A Meredith el comentario le sentó francamente a cuerno quemado.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—¿Qué quieres decir?

—Que si vas a pagar de tu bolsillo a una persona para que esté aquí con ella, que se encargue de hacer la compra, la limpieza, el pago de las facturas. ¿O es que le vas a prometer que te vas a quedar aquí años y años? Ah, no, se me olvidaba: tus promesas se las lleva el viento.

Nina se levantó del sofá lentamente y se encaró con ella.

—No soy yo la única que falta a su palabra en esta familia. Tú le prometiste que cuidarías de mamá.

—Y eso es lo que estoy haciendo.

—¿Ah, sí? Y si estuviese él aquí en este momento y te oyese hablar de trasladar el jardincito y de embalar las cosas de mamá y de llevarla a vivir a la ciudad, ¿se sentiría orgulloso de ti, Meredith? ¿Diría «Bravo. Gracias por cumplir tu promesa»? Me parece que no.

—Él lo entendería —respondió Meredith, y deseó que su voz fuese más firme.

—No. No lo entendería, y lo sabes.

—Vete a la mierda. No tienes ni idea de lo que he luchado... de cuánto he querido que... —La voz se le quebró y se le agolparon las lágrimas en la garganta—. Vete a la mierda —repitió, esta vez en voz baja. Dio media vuelta y salió prácticamente corriendo hacia la puerta de la casa, la abrió con ímpetu, dándose cuenta justo entonces de que el gulash estaba quemándose, y salió.

Una vez en el coche, cerró de un portazo y agarró con fuerza el volante.

—Es fácil dar lecciones cuando estás lejos —murmuró mientras arrancaba el motor.

Tardó menos de dos minutos en llegar a su casa.

Los perros la recibieron locos de alegría y ella se arrodilló para hacerles carantoñas, de modo que la efusividad de los animales por su regreso fuese un bálsamo para sus nervios destrozados.

—¿Jeff? —llamó. Al no recibir respuesta, se quitó el abrigo y se sirvió una copa de vino. En el salón encendió la chimenea de gas y se sentó delante, en la zona de mármol, a que el calor real de un fuego de mentira le calentase la espalda.

Durante años había tratado de querer a su madre con el mismo amor incondicional que había sentido por su padre. Ese deseo de quererla, y ser querida, había sido la piedra angular de

su juventud y su primer fracaso verdadero.

Nada de lo que había hecho en la vida había contado con el beneplácito de su madre, y para una niña que quería desesperadamente agradar, semejante fracaso había dejado cicatrices. La peor de todas, aparte de la noche de la función de Navidad, se había producido un soleado día de primavera.

Meredith no se acordaba de la edad que tenía entonces, pero Nina acababa de empezar sus clases de natación, por lo que ella debía de tener unos diez años. Su padre había ido a llevar a su hermana a la piscina, así que Meredith estaba sola con su madre en aquella casa

enorme llena de recovecos. Después de comer, había salido a hurtadillas pertrechada con unas herramientas y con un paquete de semillas metido en un bolsillo. A solas en el jardín de invierno, canturreando entusiasmada, había arrancado la hiedra que lo tapaba todo y había arrastrado la vieja columna de cobre cubierta de cardenillo que confería al jardín un aspecto desaliñado y extraño. Entonces, atacando la tierra húmeda y negra con su palita de jardín, había ido plantando cuidadosamente las semillas de flores, en hileras perfectas. Ya podía imaginarse cómo crecerían, cómo florecerían, la sensación que

darían de belleza y orden a aquel supuesto jardín caótico blanco y verde.

Estaba encantada con su idea y satisfecha de llevarla a la práctica tan bien. Mientras cavaba la tierra, mientras dividía las semillas y las plantaba con cuidado, se imaginó a su madre saliendo y descubriendo aquel regalo y abrazándola por fin.

Tan abstraída estaba imaginando su sueño que no oyó la puerta de la casa cerrándose con fuerza ni las pisadas en las losas del camino. La primera señal de que no estaba sola se produjo cuando su madre la levantó del suelo con tal brusquedad y rapidez que Meredith dio un traspié y cayó de costado.

«¿Qué le has hecho a mi jardín?»

«Quería arreglártelo y ponerlo bonito.

Yo...»

Meredith jamás olvidaría la mirada de su madre mientras la llevaba a rastras por el jardín y tiraba de ella para subir por las escaleras del porche. Fue todo el camino llorando, pidiéndole perdón, preguntándole qué había hecho que estaba tan mal. Pero su madre no decía nada, se limitó a meterla en la casa a la fuerza y a cerrar la puerta de golpe.

Después Meredith se quedó en el comedor, llorando, viendo a su madre cavar la tierra y tirar las semillas lejos como si tuviesen algún tipo de veneno. Se movía como si estuviera loca,

desquiciada; volvió a poner toda la hiedra, cogiéndola en sus manos como si la acunase, con una delicadeza que nunca había demostrado hacia sus hijas, y cuando todas las plantas estuvieron de nuevo en su sitio, fue a por la columna, la llevó a rastras y con gran esfuerzo volvió a fijarla en el suelo. Cuando el jardín de invierno recuperó su antiguo aspecto, se hincó de rodillas delante de la columna y se quedó así toda la tarde, con la cabeza agachada como si estuviera rezando. En esa misma posición estaba cuando anocheció y comenzó a llover.

Cuando finalmente entró en la casa, con las manos negras de la tierra, sangre

en los dedos y la cara surcada de manchas de barro y lluvia, ni siquiera miró a Meredith. Se limitó a subir las escaleras y a cerrar la puerta de su cuarto.

Nunca hablaron de lo que pasó aquel día. Cuando su padre volvió a casa, Meredith se echó en sus brazos y lloró hasta que él dijo: «¿Qué pasa, Meredoodle?».

Tal vez si le hubiese dicho algo, si le hubiese contado la verdad, las cosas habrían sido diferentes, ella habría sido diferente. Pero no pudo. «Nada, que te quiero, papito», le había dicho. Y su risotada la había devuelto a tierra firme, una vez más.

«Yo también a ti», había dicho él. Meredith quería que eso bastase, rezó por que fuera suficiente, pero no lo era, y notó que afloraba su sensación propia de fracaso, que se apoderaba de ella, hasta que lo único que pudo hacer fue intentar dejar de querer a su madre.

Cerró los ojos, se meció un poco. Nina se equivocaba. Su padre lo habría entendido...

Se oyó un golpe amortiguado, cerca de ella, y levantó la cara esperando encontrar a Luke o a Leia en la habitación meneando la cola para saludarla en silencio, suplicándole que les dedicara atención.

Era Jeff, de pie en el umbral, todavía

con los Levi's gastados y el jersey azul de cuello redondo que se había puesto el día anterior por la mañana.

—Oh. Estás en casa.

—Me iba —respondió él en voz baja.

Ella no supo si tomarse con un alivio o como una desilusión el no estar juntos esa noche.

—¿Quieres que haga cena?

Él respiró hondo y dijo:

—Me voy.

—Ya te he oído. Lo que no... —De pronto entendió y levantó la vista—. ¿Te vas? ¿Me dejas? ¿Por lo de anoche? Te pido perdón. En serio. No debería haber...

—Mere, necesitamos tiempo a solas.

—No me hagas esto —susurró ella, negando con la cabeza—. No en estos momentos.

—Nunca es un buen momento. He esperado por lo de tu padre, y después por lo de tu madre. Me decía que aún me querías, pero que simplemente estabas ocupada y agobiada, pero... he dejado de creerlo. Hay un muro a tu alrededor, Mere, y me he cansado de intentar escalarlo.

—A partir de ahora todo irá mejor. En junio...

—Ya no voy a esperar más —respondió él—. Solo nos quedan unas semanas hasta que las niñas vuelvan a

casa. Aprovechemos este tiempo para averiguar qué demonios queremos.

Meredith notó que se derrumbaba por dentro. Pero la sola idea de dejarse llevar le ponía los pelos de punta. Llevaba meses ocultándose a sí misma sus propios sentimientos, y sabía Dios qué pasaría si en algún momento dejaba de hacerlo. Si se permitía llorar podría gemir como un alma en pena y acabar convertida en estatua de piedra como el personaje de uno de los cuentos tradicionales de su madre. Por eso, mantuvo la compostura y movió la cabeza afirmativamente, y respondió con toda la serenidad de que fue capaz:

—Está bien.

Vio la cara con que él la miraba, de decepción, de resignación. Su semblante decía: «Cómo ibas a decir otra cosa, por supuesto». Dejar que se fuera le dolió casi más de lo que podía soportar, pero no sabía cómo impedirselo, qué decir; así pues, se levantó, pasó por su lado, pasó también por delante de la maleta que había en la entrada (ese había sido el golpe sordo que había oído) y se fue a la cocina.

Se detuvo ante el fregadero, la mirada fija, y sintió que tenía verdaderas palpitaciones. Le costaba respirar. Nunca en todos los años de matrimonio se le había pasado por la cabeza que Jeff pudiese dejarla. Ni siquiera la

noche anterior cuando él la había dejado dormir sola. Sabía que no era feliz, como tampoco lo era ella misma, en el fondo, pero eso le parecía algo aparte, de alguna manera, quizá una mala racha sin más consecuencias.

Pero esto...

Jeff se acercó por detrás.

—¿Todavía me amas, Mere? —le preguntó en voz baja, y le dio la vuelta sujetándola por los hombros hasta que quedaron frente a frente.

Ella lamentó que no se lo hubiese preguntado una hora antes, o el día anterior, o la semana anterior. En cualquier otro instante menos ese, cuando hasta el suelo que pisaba le

parecía inestable. Ella había pensado que el amor de él era un mamparo capaz de resistir cualquier tempestad. Pero, igual que todo lo demás en su vida, el amor de él era condicional. De pronto volvía a ser aquella niña de diez años sacada a rastras del jardín mientras se preguntaba qué había hecho tan mal.

Jeff soltó sus hombros y miró el suelo.

Meredith estuvo a punto de llamarlo, a punto de decir: «Claro que te amo. ¿Me amas tú?», pero no lograba abrir la boca. Sabía que debía arrebatarse esa maleta, o echarle los brazos al cuello. Algo. Pero simplemente se quedó donde

estaba, sin derramar una lágrima, sin entender, viéndole irse.

En el último momento él se volvió para mirarla.

—Eres igual que ella, lo sabes, ¿verdad?

—No digas eso.

Se la quedó mirando unos segundos más y ella comprendió que se trataba de un resquicio, de una oportunidad que él le daba. Pero no era capaz de tomarla, no podía mover ni un músculo ni tenderle los brazos ni echarse a llorar siquiera.

—Adiós, Mere —dijo él finalmente.

Ella se quedó mucho tiempo allí, y seguía así, delante del fregadero,

mirando la negra nada de su jardín, mucho rato después de que él se hubiese marchado.

«Eres igual que ella», había dicho.

Le hacía tanto daño que no podía soportarlo, y él debía de haberlo sabido.

—Volverá —dijo, hablando consigo misma—. Las parejas se toman un tiempo a veces. Todo irá bien. —Tenía que averiguar cómo arreglarlo, qué había que hacer. Fue al armario de la limpieza, sacó la aspiradora, la llevó al salón y la conectó. El zumbido apagó las voces de su cabeza y los latidos desacompañados de su corazón.

Diez

Después de ducharse y deshacer el equipaje, Nina bajó. Su madre estaba en la cocina, sentada ya a la mesa, donde aguardaba una licorera de cristal tallado.

—Se me ocurrió que podíamos tomar una copa. Vodka —dijo.

Nina se la quedó mirando. Fue como uno de esos instantes en que ves algo que no te esperas, una cara en la penumbra, por ejemplo. A lo largo de

sus treinta y siete años de existencia, jamás su madre le había propuesto tomar una copa. No estaba muy segura.

—Si prefieres que no...

—No. O sea, sí —dijo Nina. Y ante su mirada su madre sirvió dos vasitos de vodka hasta arriba.

Intentó detectar algo, cualquier cosa, en la preciosa cara de su madre, una sombra de preocupación o de enfado, una sonrisa. Pero los ojos azules no revelaron nada.

—La cocina huele a humo —dijo su madre.

—Se me quemó la primera cena. Es una pena que nunca me enseñases a cocinar —dijo Nina.

—Es recalentar, no cocinar.

—¿A ti tu madre te enseñó a cocinar?

—Está hirviendo el agua. Echa los fideos.

Nina fue a la cocina y echó en el agua hirviendo un puñado de fideos caseros hechos por su madre. Al lado de la cazuela, borboteaba salsa strógonoff en una sartén.

—Eh, estoy cocinando —dijo mientras cogía una cuchara de madera—. Danny se partiría el culo si me viese ahora. Diría: «Vigila, cariño. Que la gente se va a tener que comer eso». — Esperó a que su madre preguntase quién era Danny. Pero lo único que resultó de

su frase fue silencio, y a continuación un golpeteo lento.

Nina se volvió para mirar y vio que su madre estaba dando golpecitos en la mesa con un tenedor.

Fue de nuevo a la mesa y se sentó delante de ella.

—Salud —dijo, levantando su vasito.

Su madre levantó a su vez el suyo, lo entrechocó con el de Nina y se tomó todo el vodka de un trago.

Nina la imitó. Transcurrieron unos minutos en silencio.

—Bueno ¿qué hacemos ahora?

—Los fideos —respondió su madre.

Nina fue corriendo al fuego.

—Están flotando —dijo.

—Ya están hechos.

—Segunda lección de cocina. Esto es la repera —dijo Nina, y volcó los fideos y el agua en un escurridor puesto en la pila. Entonces sirvió dos platos, cogió la ensalada y volvió a la mesa con una botella de vino.

—Gracias —dijo su madre. Cerró los ojos unos segundos para rezar y a continuación cogió su tenedor.

—¿Siempre haces eso? —preguntó Nina—. ¿Rezas antes de cenar?

—Me estás estudiando de lo lindo, Nina.

—Porque es el tipo de cosa que un padre le transmite normalmente a sus hijos. Yo no recuerdo que rezáramos

antes de la cena, salvo en las fiestas de guardar.

Su madre empezó a comer.

Nina tenía ganas de seguir preguntándole cosas a su madre. Pero el delicioso aroma de la receta strógonoff, con sus jugosos trozos de ternera, dorados a la perfección y después guisados durante horas a fuego lento en una salsa de jerez, tomillo fresco, crema espesa y champiñones, subía hasta su nariz y las tripas le sonaron ante la perspectiva. Y Nina se zambulló, por así decir, en aquella cena que tan bien representaba su propia infancia.

—Menos mal que tienes comida suficiente en el congelador para

alimentar un país hambriento —comentó mientras servía vino para las dos. Al no recibir respuesta a su comentario, ella misma añadió—: Gracias por decirlo, Nina.

Intentó concentrarse en la cena, pero el silencio acabó pudiendo con ella. Nunca había sido una persona paciente. Era curioso, podía estar quieta horas, esperando la fotografía perfecta, pero cuando no tenía una cámara fotográfica en la mano necesitaba ocuparse en algo. Al final no aguantó más y dijo, tan bruscamente que su madre levantó la cabeza:

—Basta ya. Yo no soy Meredith.

—Me doy cuenta de ello.

—Eras demasiado dura para nosotras cuando éramos pequeñas y Mere, en fin, Mere se quedó aquí y prácticamente es la misma de siempre. Yo me fui. Y sabes qué. Ya no me das miedo ni me haces tanto daño. Ahora estoy aquí para cuidarte. Si Mere se sale con la suya, andaré por aquí hasta que te mudes al Universo Mayores, y que me parta un rayo si voy a tener que comer cada día en una campana insonorizada.

—¿Una qué?

—Hablabamos durante las cenas cuando era pequeña. Yo recuerdo que hablabamos. Incluso nos reíamos.

—Vosotros.

—¿Cómo puede ser que nunca nos

mires realmente, a Meredith y a mí?

—Eso son imaginaciones tuyas. —Su madre bebió un poco de vino—. Come.

—Vale, ya como. Pero vamos a hablar, y punto. Y dado que estás tan verde en el juego de la conversación, empezaré yo. Mi peli favorita es *Memorias de África*. Me encanta ver jirafas andando a lo lejos mientras se pone el sol en el Serengueti, y reconozco que, para mi sorpresa, hay veces en que echo de menos la nieve.

Su madre dio otro sorbo al vino.

—También podría preguntarte por los cuentos infantiles —añadió Nina—. Podría preguntarte cómo es que te sabes esas historias palabra por palabra o por

qué solo nos las contabas cuando la luz estaba apagada, o por qué papá...

—Mi autor favorito es Pushkin. Aunque con quien me identifico más es con Anna Ajmátova. Echo de menos... las *belye nochi* auténticas, y mi película favorita es *Doctor Zhivago*. —Su acento se dulcificaba al pronunciar las palabras rusas, transformándolas en una especie de música.

—Entonces tenemos cosas en común, a fin de cuentas —comentó Nina cogiendo su copa. Y observó a su madre.

—¿Como cuáles?

—A las dos nos gustan las grandes historias de amor con final triste.

Su madre se apartó de la mesa de pronto y se levantó.

—Gracias por la cena. Estoy cansada. Buenas noches.

—Te voy a volver a preguntar, que lo sepas —dijo Nina cuando pasó por su lado—. Sobre el cuento.

Su madre se detuvo un instante, dio un paso vacilante y a continuación siguió andando, dobló la esquina y subió las escaleras. Cuando Nina oyó cerrarse la puerta de su dormitorio, miró al techo.

—Tienes miedo, ¿verdad? — reflexionó en voz alta—. ¿A qué?

Meredith, abrigada con su vieja bata de

felpa, estaba en una silla de mimbre del porche de su casa, meciéndose. Los perros estaban tumbados a sus pies, con las patas entrecruzadas. Fingían dormir. Pero de tanto en tanto uno de los dos levantaba la cabeza gimiendo. Sabían que pasaba algo. Que Jeff se había marchado.

No podía creer que le hubiese hecho eso precisamente ahora, al poco de morir su padre y en pleno derrumbe de su madre. Quería aferrarse al enfado, pero el sentimiento era efímero y difícil de asir. Una y otra vez se le venía a la mente una escena.

Estaban sentados a la mesa del comedor, Jeff, las niñas y ella.

Jillian estaba enfrascada en la lectura de un libro, Maddy daba golpecitos con el pie en el suelo y preguntaba cuándo podían levantarse. Y toda su impaciencia adolescente desaparecía en cuanto Jeff decía: «Vamos a separarnos».

A lo mejor no lo decía así exactamente, o se acobardaba y dejaba que fuese Meredith quien dijese las palabras envenenadas. Desde luego, ese había sido el patrón que habían seguido como padres. Jeff era el «divertido» y Meredith la que imponía la ley.

Maddy rompería a sollozar sin control.

Las lágrimas de Jillian serían de esas

que se derraman en silencio y que parten el corazón.

Meredith tomó una bocanada de aire, profunda, temblorosa. Ahora entendía por qué las mujeres que eran infelices en su matrimonio no se separaban. Y era por esa escena que acababa de imaginar y por el dolor que provocaba.

Divisó a lo lejos el primer fulgor cobrizo del amanecer. Había pasado allí fuera toda la noche. Entró en la casa ciñéndose la bata y anduvo dando vueltas cogiendo y volviendo a dejar un objeto aquí, otro allá. El premio de cristal que Jeff había ganado el año anterior por un trabajo de periodismo de investigación, las gafas de cerca que

había empezado a usar hacía poco, la foto de ellos dos en el lago Chelan el verano anterior. Hasta entonces, cada vez que miraba esa foto solo veía que ya no era una mujer joven; ahora vio cómo la cogía él y su sonrisa radiante.

Dejó la foto en su sitio y subió las escaleras. Aunque la cama quería atraerla, prefirió no sucumbir a su reclamo; no quería acercarse a aquel colchón tamaño extragrande que conservaba la forma del cuerpo de Jeff y que aún olía a él. Decidió ponerse la ropa de deporte y salió a correr hasta que le fue imposible respirar sin dolor y le pareció que se le deshacían los pulmones.

Cuando volvió, se metió directamente en la ducha y se quedó debajo del agua hasta que empezó a salir fría.

Una vez vestida, vio que, mirándola, nadie podría adivinar que su marido la había dejado la noche anterior.

Tenía en la mano las llaves del coche, ya en la cocina, cuando cayó en la cuenta de que era sábado.

El almacén estaría apagado, helador. Cerrado. Bueno, podría ir a trabajar igualmente, para intentar olvidarse de todo leyendo los detalles de los informes sobre parásitos y poda, las previsiones de cultivos y las cuotas de ventas. Pero estaría sola, rodeada de

silencio, con sus pensamientos por toda distracción.

—Ni hablar.

Salió, se subió al coche y arrancó el motor, pero en vez de ir a la ciudad, se dirigió a Belye Nochi y aparcó.

La luz del salón estaba encendida. Un hilo de humo salía por la chimenea. Nina estaba levantada, claro. Todavía seguía con el horario de África.

Meredith notó una oleada de autocompasión. Deseó en el alma poder hablar con su hermana de lo que le pasaba, poder tenderle a otra persona su dolor con el fin de que tal vez pudiera encontrar las palabras para mitigarlo o darle otra forma.

Pero Nina no era esa clase de persona. Y Meredith tampoco se lo contaría a sus amistades. Bastante humillante y doloroso era todo ya, como para además convertirse en la comidilla de la ciudad. Ella no era del tipo de mujer que hablaba de sus problemas. Pero ¿no era precisamente ese uno de los motivos por los que ahora se veía sola?

Empujó la puerta del coche con ímpetu y salió.

Una vez en la casa, notó el olor a humo que aún impregnaba el ambiente. Entonces vio los platos sucios apilados en el fregadero y la licorera de vodka, destapada, en la encimera.

Aquello la sacó de sus casillas. De golpe. Con furia. Pero el enfado le vino bien. Podía aferrarse a él y dejar que la consumiera. Se puso manos a la obra con los platos con tal estrépito que los cacharros golpearon ruidosamente al caer en el agua jabonosa.

—Qué barbaridad —dijo Nina, entrando en la cocina. Llevaba unos calzones cortos de hombre y una camiseta vieja de Nirvana. Tenía el pelo disparado en todas direcciones como uno de esos muñecos crecepelos de juguete y una sonrisa le formaba surcos en la cara. Estaba igual que Demi Moore en *Ghost*: guapa contra todo pronóstico

— No tenía ni idea de que practicases lanzamiento de ollas.

—¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que recoger tus desastres?

—Es un poco pronto para escenas melodramáticas.

—Muy bien. Tú haz chistes. ¿Qué más te da a ti?

—Meredith, ¿qué pasa? —dijo Nina —. ¿Estás bien?

Meredith estuvo a punto de rendirse. La dulzura de la voz de su hermana, la pregunta inesperada... Por poco no dijo que Jeff la había dejado.

Y entonces ¿qué?

Respiró hondo, dobló el trapo en tres

partes simétricas y lo colgó del asa del horno.

—Estoy bien.

—No lo parece.

—La verdad es que no me conoces tan bien como para decirlo, Nina. ¿Qué tal ha estado mamá esta noche? ¿Comió algo?

—Bebimos vodka juntas. Y vino. ¿Te lo puedes creer?

Meredith sintió una punzada al oír eso; tardó unos segundos en comprender que eran celos.

—¿Vodka?

—Ya. A mí también me dejó a cuadros. Y me he enterado de que su peli favorita es *Doctor Zhivago*.

—No me parece que el alcohol sea lo mejor para ella estos días, ¿no crees? Porque, vamos, la mitad del tiempo no sabe ni dónde está.

—Pero sí sabe quién es. Y eso es lo que quiero saber yo. Ojalá pudiera hacer que nos contara los cuentos infantiles...

—Al cuerno con los cuentos infantiles —repuso Meredith en un tono más cortante de lo debido. Al ver la cara de sorpresa de Nina, se dio cuenta de que probablemente hasta lo había dicho gritando—. Voy a empezar a empaquetar sus pertenencias para la mudanza del mes que viene. Creo que se encontrará más a gusto si está rodeada de sus cosas.

—No se va a encontrar a gusto —dijo

Nina, y esta vez su cara era de enfado—. Da lo mismo lo limpia y organizada y pulcra que seas. Lo que estás haciendo no deja de ser largarla de aquí.

—¿Es que piensas quedarte tú, Nina? ¿Para siempre? Porque en ese caso, cancelo la reserva.

—Sabes perfectamente que no puedo.

—Sí. Es verdad. Criticar se te da bien; resolver, no tanto.

—Estoy aquí ahora.

Meredith lanzó una mirada a la pila llena de agua espumosa y a los platos ahora limpios del escurridor.

—Y menuda ayuda que has sido para mí. Bueno, si me disculpas, voy a traer unas cajas del garaje. Empezaré por la

cocina. Si quieres echar una mano, eres más que bienvenida.

—No pienso meter su vida en unas cajas, Mere. Quiero que se abra, no propiciar que se cierre del todo. ¿No lo pillas? ¿Es que no te importa?

—No —respondió Meredith mientras pasaba por delante de su hermana, apartándola a un lado. Salió de la casa en dirección al garaje. En lo que esperaba a que se abriese el portón automático, notó que le costaba respirar. No sabía lo que sentía exactamente, pero fue creándole una bola en el pecho, hasta que le dolió y tuvo hormigueos en un brazo. Y pensó que le estaba dando un infarto.

Se dobló por la cintura y aspiró el aire a bocanadas, inspiración, exhalación, inspiración, exhalación, hasta que se encontró mejor. Entró en el garaje a oscuras, contenta de haberse controlado antes, de no haber perdido los estribos delante de Nina. Pero cuando dio la luz, se encontró ante el Cadillac de su padre, el descapotable de 1956 que había sido su joya.

«Se llama Frankie, en honor a Sinatra. El primer beso que robé fue en el asiento delantero de Frankie...»

Con el viejo Frankie habían hecho infinidad de viajes en familia. Habían viajado al norte, a la Columbia Británica; al este, a Idaho, y al sur, a

Oregón, siempre en busca de aventuras. Durante aquellos largos viajes en que las ruedas iban levantando una polvareda tras de sí, su padre y Nina cantaban al unísono con John Denver y ella se sentía prácticamente invisible. Aborrecía cuando se metían por carreteras desconocidas, cuando se equivocaban de cruce y cuando se quedaban sin combustible. Además, parecía que siempre acababan igual, con su padre y Nina carcajeándose como bucaneros cada vez que salían de un atolladero.

«¿Para qué queremos indicaciones?», decía su padre.

«Para nada», respondía Nina dando

botes en su asiento, riéndose.

Meredith habría podido hacer como ellos, o haber fingido, pero no lo había hecho. Se quedaba sentada detrás leyendo sus libros y tratando de restar importancia a los percances, como cuando un tapacubos salía rodando o el motor se recalentaba. Y cada vez que paraban en algún sitio a pasar la noche y montaban el campamento, su padre siempre la buscaba; fumando su pipa, decía: «He pensado que a lo mejor a mi niña favorita le gustaría darse un paseo conmigo...».

Esos paseos de diez minutos valían los miles de kilómetros de carreteras malas.

Acarició el reluciente capó de color rojo cereza, notó su lisura. Nadie había conducido ese coche desde hacía años.

—A tu niña favorita le gustaría dar un paseo —susurró.

Él era la única persona a la que le contaría lo que había pasado la noche anterior...

Suspiró. Fue a la mesa de trabajo de su padre y estuvo buscando entre las cosas hasta que dio con tres cajas grandes de cartón. Las llevó a la cocina, las puso en el suelo de madera y abrió el armario que tenía más cerca. Sabía que era demasiado pronto para empezar a guardar cosas, pero cualquier tarea era

mejor que quedarse sola en su casa vacía.

—Os he oído discutir a Nina y a ti.

Meredith cerró despacio la puerta del armario y se volvió.

Su madre estaba en el umbral, con su camisón blanco y una manta negra de lana echada por los hombros como si fuese una capa. La luz proveniente del recibidor se filtraba por la tela de algodón y silueteaba sus piernas delgadas.

—Lo siento —dijo Meredith.

—Tú y tu hermana no estáis unidas.

Era una afirmación más que una pregunta, que era lo que debería haber sido. Pero Meredith detectó en la voz de

su madre una nota áspera, un juicio tal vez. Su madre, para variar, no tenía la mirada puesta en algún punto detrás de Meredith o en un lado, sino que la miraba directamente, como si fuese la primera vez que la veía.

—No, mamá. No estamos unidas. Casi nunca nos vemos.

—Os pesará.

«Gracias, Yoda.»

—No pasa nada, mamá. ¿Quieres que te haga un té?

—Cuando os falte, solo os tendréis la una a la otra.

Meredith se puso de pie y fue al samovar. Eso era lo último en lo que

deseaba pensar ese día: en la muerte de su madre.

—Enseguida estará caliente —dijo sin volverse.

Al cabo de un rato oyó que su madre se marchaba y Meredith volvió a quedarse sola.

El plan de Nina era vencer las resistencias de su madre. Si la escenita de mártir de Meredith en la cocina le había enseñado algo, era que no podía perder más tiempo. Con cada hoja de periódico que su hermana arrancaba y con cada ruido de cazuelas, Nina sabía que otra pieza más de la vida de su

madre estaba envolviéndose y embalándose. Si Meredith se salía con la suya, dentro de poco no quedaría nada.

Pero su padre había deseado otra cosa y ahora la quería Nina también. Quería escuchar entero el cuento de la campesina y el príncipe. A decir verdad, nunca en su vida había deseado tanto algo.

Entró en la cocina para desayunar, rodeando con cuidado a su hermana, que se mostraba gélida. Ignorándola, preparó un té con azúcar y una tostada para su madre, y se lo llevó todo arriba. Al entrar en su habitación, se la encontró metida en la cama, con las nudosas

manos apoyadas remilgadamente encima de la tripa, por encima de la colcha; sus cabellos blancos estaban muy revueltos, señal de que había pasado mala noche. Estando la puerta abierta, las dos oían a Meredith embalando menaje en la cocina.

—Podrías ayudar a tu hermana.

—Podría. Si creyese que tienes que mudarte. Pero me niego. —Le tendió el té y la tostada—. ¿Sabes de qué me he dado cuenta mientras te hacía el desayuno?

Su madre dio un sorbo de la delicada taza de cristal con engaste de plata.

—Imagino que me lo vas a contar.

—Pues que no sé si te gusta la miel,

la mermelada o la canela.

—Las tres cosas están bien.

—Pero la cuestión es que no lo sé.

—Ah. Esa es la cuestión —dijo su madre con un suspiro.

—Otra vez, no me estás mirando.

Su madre no dijo nada, tan solo dio otro sorbo de su té.

—Quiero que me cuentes el cuento. El de la campesina y el príncipe. Entero. Por favor.

Su madre dejó el té en la mesilla de noche y se levantó de la cama. Pasó por delante de Nina como si fuese transparente, salió, cruzó el pasillo y, cuando entró en el cuarto de baño, cerró la puerta detrás de sí.

Nina volvió a la carga durante la comida. Esta vez su madre cogió su sándwich y se lo llevó fuera.

Nina salió detrás de ella al jardín de invierno y se sentó a su lado.

—Voy en serio, mamá.

—Sí, Nina. Lo sé. Déjame, por favor.

Nina se quedó sentada a su lado diez minutos más, solo para dejar claras sus intenciones; luego se levantó y entró en la casa.

Meredith seguía en la cocina, metiendo ollas y sartenes en una caja.

—No te lo va a contar —dijo al ver entrar a su hermana.

—Gracias por la información — replicó Nina, y cogió su cámara de fotos —. Tú sigues guardando su vida en cajas. Sé cuánto te gusta que todo esté ordenado y etiquetado. Eres tronchante. Te lo juro, Mere, ¿cómo te aguantan Jeff y las niñas?

Nina volvió a la casa justo pasadas las seis. A las últimas luces de color cobre del atardecer, los manzanos en flor refulgían con una opalescencia preciosa que daba al valle un aspecto onírico.

La cocina había quedado vacía. Solo estaban las cajas de cartón, cuidadosamente apiladas y etiquetadas,

medidas en el hueco que había entre la despensa y la nevera para que no estorbasen.

Miró por la ventana y vio que el coche de su hermana seguía allí. Meredith debía de estar en otra parte de la casa, metida hasta las rodillas en más cajas y papel de periódico.

Nina abrió el congelador y rebuscó entre las interminables filas de envases. Albóndigas en salsa, pollo guisado con tropezones, *pierogi*, musaca de verduras, costillas de cerdo estofadas en sidra, tortitas de patata, *paprika* de pimiento rojo, pollo Kiev, strógonoff, *strudels*, rollitos de jamón y queso, fideos caseros, y una infinidad de

deliciosos panes. En el garaje había otro congelador, igualmente lleno, y la despensa del sótano estaba repleta a más no poder de conservas de fruta y verduras.

Nina escogió uno de sus platos preferidos: la deliciosa ternera asada a fuego lento rellena de beicon y rábano picante. Descongeló el asado en el microondas, con todo el jugo de la carne y los tubérculos, luego lo pasó a una fuente con un cucharón y lo metió en el horno. Lo puso a 350 grados, pensando que no debía de estar haciéndolo demasiado mal, y a continuación llenó una cazuela con agua para los fideos caseros. Pocas cosas en el planeta eran

mejores que los fideos que elaboraba su madre.

Mientras se hacía la cena, puso mesa para dos y se sirvió una copa de vino. Con semejantes manjares, el aroma llevaría automáticamente a su madre hasta ella.

Como era de esperar, su madre bajó a las siete menos cuarto.

—¿Has hecho la cena?

—La he recalentado —respondió Nina, y la llevó al comedor.

Su madre contempló los destrozos de las paredes, el papel aún manchado con trazos de sangre que al secarse se habían vuelto negros.

—Cenemos en la mesa de la cocina

—dijo.

Nina no lo había pensado.

—Oh. Claro. —Recogió los dos servicios y volvió a colocarlos en la mesita de roble que tenían en un recoveco de la cocina—. Ya está, mamá.

Meredith entró en ese momento; vio los dos cubiertos y la cara se le crispó de irritación. O quizá de alivio. Con Meredith, cualquier cosa era posible.

—¿Quieres cenar con nosotras? —preguntó Nina—. Pensé que necesitarías volver a casa, pero hay de sobra. Ya sabes cómo es mamá, siempre ha cocinado para una tropa.

Meredith lanzó una ojeada a la ventana, mirando en dirección a su casa.

—Estupendo —dijo finalmente—. Jeff no estará en casa esta noche... hasta más tarde.

—Bien —dijo Nina, y observó a su hermana con atención. Era raro que se quedase a cenar. Por lo general, a la menor oportunidad se iba pitando a casa—. Genial. Toma. Siéntate. —En cuanto su hermana se sentó, Nina puso rápidamente otro cubierto en la mesa y a continuación cogió la licorera—. Empezamos con un chupito de vodka.

—¿Qué? —dijo Meredith, levantando la cara.

Su madre cogió la licorera y sirvió tres vasitos.

—No vale de nada discutir.

Nina se sentó, cogió su vasito y lo alzó. Su madre entrechocó el suyo con el de su hija pequeña. Meredith, a regañadientes, las imitó. Entonces bebieron las tres.

—Somos rusas —proclamó Nina de pronto mirando a Meredith—. ¿Cómo es que nunca se me había ocurrido pensarlo?

Meredith se encogió de hombros, obviamente indiferente.

—Sirvo —dijo, poniéndose de pie. Enseguida volvió con los platos.

Su madre cerró los ojos para rezar.

—¿Tú te acordabas de esto? —le preguntó Nina a Meredith—. ¿De que mamá rezase?

Esta vez Meredith miró al techo, exasperada. Y cogió su tenedor.

—Vale —dijo Nina, haciendo caso omiso del incómodo silencio que se hizo en la mesa—. Meredith, ya que estás aquí, tienes que sumarte a la nueva costumbre que hemos instaurado mamá y yo. Es revolucionaria, ya verás. Se llama conversación de cena.

—Conque vamos a hablar, ¿eh? —respondió Meredith—. ¿Sobre qué?

—Empiezo yo para que veas cómo va la cosa: mi canción favorita es «Born to Be Wild», el mejor recuerdo de mi infancia es el viaje a Yellowstone en el que papá me enseñó a pescar. —Miró a su hermana—. Y siento mucho

complicarle la vida a mi hermana más de lo que ya la tiene.

Su madre dejó el tenedor en el plato.

—Mi canción favorita es «Somewhere Over the Rainbow», mi recuerdo favorito es el día que vi a unos niños haciendo ángeles con los brazos en un parque cubierto de nieve, y siento mucho que vosotras dos no os llevéis bien.

—Sí que nos llevamos bien —dijo Nina.

—Esto es ridículo —apuntó Meredith.

—No —dijo Nina—. Lo que es ridículo es mirarse en silencio. Te toca.

Meredith soltó el típico suspiro de

sufridora.

—Muy bien. Mi canción favorita es «Candle in the Wind», la versión para la princesa Diana, no la original; mi recuerdo predilecto de la infancia es el día que papá me llevó a patinar sobre hielo en Miller's Pond... y siento mucho haber dicho que no estábamos unidas, Nina. Pero es que es verdad. Entonces a lo mejor también siento mucho eso. — Asintió con la cabeza, como si al haber hecho esta declaración hubiese cumplido con una tarea más de su lista —. Y ahora a cenar. Me muero de hambre.

Once

Nina ni siquiera había terminado de cenar cuando Meredith ya se había levantado de la mesa y se había puesto a recoger. En cuanto su hermana se levantó, su madre hizo lo mismo.

—Supongo que se acabó la cena — dijo Nina mientras alargaba el brazo para coger la mantequilla y la mermelada antes de que Meredith se las llevara con su brío habitual.

Su madre dio escuetamente las

gracias y se marchó. Sus pasos, subiendo las escaleras, eran rápidos para una mujer de su edad. Debió de subir corriendo prácticamente.

En el fondo, Nina no podía reprochárselo a Meredith. Tan pronto como se habían activado los cablecillos internos de arranque de conversaciones (para su supuesta nueva tradición), las tres habían vuelto a sumirse en el silencio acostumbrado. Solamente Nina había intentado sacar algún tema, hablar de cosas banales, pero sus divertidas historias sobre África habían sido recibidas con escasa efusividad por parte de Meredith y ninguna en absoluto por parte de su madre.

Nina se levantó de la mesa para coger la licorera de vodka y volvió a sentarse inmediatamente. La depositó, rotunda, en la mesa y dijo:

—Emborrachémonos.

Meredith, que estaba metida hasta los codos en agua jabonosa, respondió:

—Vale.

Nina creyó haber oído mal.

—¿Has dicho...?

—No te pongas como si esto fuese una misión espacial. —Meredith fue a la mesa, recogió el plato y los cubiertos de Nina y volvió al fregadero.

—Caramba —dijo Nina—. No nos emborrachábamos juntas desde... ¿Nos hemos emborrachado juntas alguna vez?

Meredith se secó las manos con el trapo rosa de felpa que había en el asa del horno.

—Tú te has emborrachado cuando yo estaba en otra habitación, ¿o eso no cuenta?

Nina sonrió enseñando los dientes.

—Hombre, no, eso no cuenta. Acerca una silla.

—Pero yo no bebo vodka.

—Que sea tequila. —Nina se levantó antes de que a su hermana le diera tiempo a cambiar de idea; se fue corriendo al salón, cogió una botella de tequila del bar empotrado y fue pillando la sal, unas limas y un cuchillo a su paso por la cocina.

—¿Es que no lo vas a mezclar?

—Sin ánimo de ofender, Mere, te he visto beber. Si lo mezclo con algo, tú te lo irás tomando a sorbitos a lo largo de la noche, y yo acabaré borracha perdida y tú seguirás siendo la misma persona competente y lúcida de siempre. — Sirvió dos chupitos, partió una lima con el cuchillo y arrimó el vaso a su hermana.

Meredith arrugó la nariz.

—Mere, que no es heroína. Solo es un chato de tequila. Desmelénate un poco, chica.

Meredith pareció decidirse de repente. Cogió el vasito y se lo bebió de un trago.

Cuando abrió los ojos como platos, Nina le pasó la lima.

—Toma. Muérdela.

Meredith succionó ruidosamente y sacudió la cabeza.

—Otro.

Nina se bebió su copita y sirvió otra ronda; esta vez se lo bebieron a la vez.

Después Meredith se reclinó en el respaldo de la silla y, pasándose la mano por su pelo perfectamente liso, dijo:

—Pues no noto nada.

—Espera y verás. Oye, ¿cómo te las ingenias para estar siempre tan... arreglada? Llevas todo el día haciendo cajas y aun así cualquiera diría que has

quedado para comer en el club. ¿Cómo se consigue?

—Eres la única persona capaz de hacer que estar guapa parezca un insulto.

—No lo decía en ese sentido. De verdad. Es que me pregunto cómo consigues estar tan... no sé. Déjalo.

—Porque tengo un muro alrededor — dijo Meredith, y alargó el brazo para coger el tequila y se puso un tercer vaso.

—Eso. Como un campo de fuerza. Nada te despeina. —Nina se rio con su ocurrencia. Y seguía riendo cuando Meredith se tomó su tercera copa, pero cuando su hermana la apuró y miró a un lado, Nina vio algo que le quitó las ganas de seguir riendo. No supo qué fue,

si la forma de mirar de Meredith, tal vez, o la curva hacia abajo de sus labios.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Nina. Meredith parpadeó despacio.

—¿Dices aparte del hecho de que mi padre falleciera estas Navidades, que mi madre se esté volviendo loca, que mi hermana esté haciéndome creer que me está ayudando y que mi marido... se fuese anoche?

Nina sabía que no tenía gracia, pero aun así no pudo aguantarse la risa.

—Sí, aparte de eso. Además, tú bien sabes que tu vida es una pasada. Eres una de esas supertías que todo lo hacen

bien. Por eso es por lo que papá siempre contaba contigo.

—Sí. Supongo —dijo Meredith.

—Es que es así —insistió Nina, y dando un suspiro volvió a pensar de pronto en su padre y en que lo había defraudado. Y quiso saber cuánto le duraría ese entrar y salir del duelo. ¿No se hundiría de una vez, algún día?

—Puedes hacerlo todo bien y, aun así, acabar mal —reflexionó Meredith en voz baja—. Y sola.

—Tendría que haber llamado más a papá desde África —dijo Nina—. Sabía lo importantes que eran para él mis llamadas. Siempre pensaba que tendría tiempo...

—A veces la puerta se cierra de golpe, ¿sabes? Y te quedas sola.

—Hay una cosa que podemos hacer hoy por hoy para ayudarlo —dijo.

Meredith puso cara de sorpresa.

—¿A quién?

—A papá —respondió Nina con impaciencia—. ¿No estábamos hablando de él?

—Ah. ¿Sí?

—Él quería que conociéramos a mamá. Dijo que...

—No empieces otra vez con lo de los cuentos —repuso Meredith—. Ahora entiendo por qué tienes tanto éxito. Porque eres una obsesa.

—¿Y tú no? —Nina se rio—. Venga.

Podemos hacer que nos cuente la historia. Ya has oído lo que ha dicho: que no servía de nada discutir conmigo. Eso quiere decir que va a dejar de oponerse.

Meredith se levantó. Como estaba algo mareada, se agarró al respaldo de la silla para no caerse.

—Ya sabía yo que no tenía que haber intentado hablar contigo.

Nina arrugó las cejas.

—¿Estabas hablando conmigo?

—Cuántas veces tengo que decirlo: que no voy a escuchar sus cuentos. Me importan un pito el Caballero Negro, la gente que se vuelve humo y el apuesto príncipe. Eso se lo prometiste tú a papá.

Lo que le prometí yo fue que cuidaría de ella, cosa que pienso hacer ahora mismo. Si me necesitas, estoy en el cuarto de baño, recogiendo sus cosas.

Nina siguió a Meredith con la mirada cuando se fue de la cocina. No podía decir que le sorprendiera, su hermana podía ser cualquier cosa menos incoherente, pero Nina se llevaba una desilusión. Estaba segura de que su padre había deseado que lo hiciesen juntas. Ese era el objetivo, ¿no? Estar juntas. ¿Qué otro efecto, si no, habían surtido aquellos cuentos infantiles?

—Lo he intentado, papá —dijo—. Ni siquiera emborrachándola he podido.

Se levantó, sin pizca de mareo en

absoluto. Se puso la licorera de vodka debajo de un brazo, cogió el vasito de su madre y subió. Se detuvo un instante delante de la puerta entornada del cuarto de baño, a escuchar los tintineos y los ruidos que indicaban que Meredith se había puesto manos a la obra otra vez.

—Dejaré abierta la puerta de mamá, por si quieres oír —dijo.

Del cuarto de baño no salió ninguna respuesta, ni un breve silencio interrumpió el ruido del papel de periódico.

Nina recorrió el pasillo en dirección a la habitación de su madre. Llamó a la puerta con los nudillos pero no esperó permiso para entrar. Simplemente entró.

Su madre estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en un montón de almohadas blancas, con la colcha también blanca subida hasta la cintura. Todo ese blanco, del pelo, del camisón, de la ropa de cama, de su piel, creaba contraste con el cabecero y la cama de oscura madera de nogal. En comparación, su madre parecía una criatura etérea, de otro mundo, una Galadriel avejentada con unos ojos azules intensos.

—No te he dado permiso para entrar —dijo.

—Ya. Pero aquí estoy. Magia.

—¿Y pensaste que querría vodka?

—Sé que quieres.

—¿Por qué?

Nina se acercó a un lado de la cama.

—Le hice una promesa a mi padre en el lecho de muerte. —Vio el efecto de sus palabras. Su madre se estremeció como si la hubiesen zarandeado—. Tú lo amabas. Lo sé. Y él quiso que yo escuchase tu cuento sobre la campesina y el príncipe. De principio a fin. Me lo pidió en el lecho de muerte. Debió de pedírtelo también a ti.

Su madre desvió la mirada y la clavó en sus manos surcadas de venas azules, entrecruzadas encima de la ropa de cama.

—No me vas a dejar en paz.

—No.

—Es un cuento infantil. ¿Por qué te importa tanto?

—¿Por qué le importaba a él?

Su madre no respondió.

Nina no se movió, se quedó esperando.

Finalmente su madre dijo:

—Ponme un trago.

Con mucha calma, Nina sirvió un vasito a su madre y se lo ofreció.

Su madre se bebió el vodka.

—Lo haré a mi manera —dijo, dejando a un lado el vaso vacío—. Si me interrumpes, pararé. Lo contaré en fragmentos y solo por las noches. No hablaremos de ello durante el día. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—A oscuras.

—¿Por qué siempre...?

La mirada que le dirigió su madre fue tan acerada que Nina se calló de golpe.

—Perdona.

Se acercó al aplique de la mesilla y lo apagó.

Hacía una noche sin luna, por lo que no se veía el resplandor azul plateado por el cristal de la ventana. La única luz era la que provenía de la rendija de la puerta entornada.

Nina se sentó en el suelo a esperar.

Un frufú llenó la habitación: era su madre, acomodándose.

—¿Por dónde empiezo?

—En diciembre lo dejaste cuando Vera iba a escabullirse para ver al príncipe.

Un suspiro.

Y a continuación se oyó la voz de su madre cuando contaba los cuentos, dulce y meliflua:

—Al volver del parque, Vera pasa el resto del día en la cocina con su madre. Pero su mente no está en la tarea que tiene entre manos. Ella sabe que su madre se da cuenta de esto, que la observa con atención, pero ¿cómo puede concentrarse una jovencita

en colar grasa de oca en tarros cuando

su corazón rebosa amor?

—Verónika, atenta —le dice su madre.

Vera ve que ha derramado una gota gruesa de grasa en la mesa. La limpia con la mano y la tira en el fregadero. Nunca le ha gustado la grasa de oca, en cualquier caso. Ella prefiere mil veces la cremosa mantequilla casera.

—¿Y vas y la tiras? Pero ¿a ti qué te pasa?

Su hermana se ríe por lo bajo.

—A lo mejor está pensando en chicos. En un chico.

—Pues claro que está pensando en chicos —dice su madre, que se enjuga el sudor de la frente mientras remueve

el puré de arándanos rojos que bulle a fuego lento—. Tiene quince años.

—Casi dieciséis.

Su madre deja de remover y se da la vuelta.

Están en la cocina, es uno de los últimos días del verano y están haciendo conservas para el invierno. Las mesas están llenas de bayas que convertirán en mermelada, cebollas, champiñones, patatas y ajo que van a guardar en la bodega, pepinos que van a encurtir y judías que conservarán en latas con salmuera. Su madre les ha prometido que después les va a enseñar a hacer blini con relleno de cerezas.

—Tienes casi dieciséis años —dice

su madre como si no hubiese caído antes en la cuenta—. Dos años menos que cuando yo conocí a Petyr.

Vera deja en la mesa la resbaladiza cazuela con grasa de oca.

—¿Qué sentiste la primera vez que lo viste?

Su madre sonríe.

—Ya te he contado esta historia muchas veces.

—Siempre dices que te robó el corazón. Pero ¿cómo?

Su madre vuelve a enjugarse el sudor de la frente y alarga la mano para coger la silla de madera que está delante de ella. Tira de ella un poco y se sienta.

Vera casi exclama, sorprendida al ver eso. Su madre no es una mujer que detenga sus tareas para hablar. Vera y Olga han escuchado a lo largo de toda su niñez historias sobre la responsabilidad y el deber. Como campesinos en deuda con el monarca encarcelado, han aprendido cuál es su sitio en la vida. Deben mantener gacha la cabeza y ocupadas las manos, pues la sombra del Caballero Negro se abate tan rápidamente como una hoja de acero. Lo mejor es no llamar nunca la atención.

Y, aun así, su madre se ha sentado.

—En aquella época él era profesor particular, y era tan guapo que se me

cortaba la respiración. Cuando se lo conté a vuestra baba, ella chasqueó la lengua y me dijo: «Ten cuidado, Zoya. La respiración te hace falta».

—¿Fue un flechazo? —pregunta Vera.

—Cuando me miró, supe que le daría la mano y me iría con él. Yo digo que fue por la hidromiel que bebimos, pero no es verdad. Era... Petyr. Mi Petya. Su sed de conocimientos y de vivir me robó el corazón y sin darme cuenta ya nos habíamos casado. Mis padres estaban horrorizados, porque el reino atravesaba una etapa turbulenta. En aquel entonces el rey estaba en el exilio y teníamos miedo. La ambición

de vuestro padre los asustaba. Aunque era un pobre profesor rural, su sueño era convertirse en poeta.

Vera suspira al pensar en lo romántica que es la historia. Ahora tiene la certeza de que debe escabullirse esa noche para ir al encuentro del príncipe. Incluso sabe que, si su madre se entera, la comprenderá.

—Muy bien —dice su madre, que vuelve a parecer cansada—. Volvamos a la faena y, Verónika, ten cuidado con esa grasa de oca. Es muy valiosa.

A medida que transcurren las horas, Vera se da cuenta de que está cada vez más distraída. Mientras prepara las

judías y los pepinos, se imagina toda una historia de amor para ella y Sasha. Pasearán por la orilla del río mágico, en cuyas ondas azules es posible ver a veces imágenes del porvenir. Y se pararán al pie de alguna farola, como a menudo ha visto que hacen los enamorados. No importará que él sea príncipe y ella la hija de un pobre profesor.

—Vera.

Oye que alguien la llama por su nombre, con una voz que denota impaciencia. Se da cuenta de que la han llamado ya varias veces. Su padre, que está también allí, la mira ceñudo.

—Papá —dice. Tiene aspecto de

cansado y un poco nervioso. Aunque por lo general va siempre muy bien peinado, sus negros cabellos están revueltos como si hubiese estado mesándose los y lleva el chaleco de piel mal abotonado. Mueve con angustia los dedos, manchados de tinta azul.

—¿Y Zoya? —pregunta mirando alrededor.

—Ha ido con Olga a por más vinagre.

—¿Las dos solas? —Su padre mueve la cabeza afirmativamente, con la mirada perdida, mordiéndose el labio inferior.

—¿Papá? ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Todo bien. —Entonces la

rodea con los brazos y la estrecha tan fuertemente que ella tiene que zafarse para poder respirar.

A lo largo de los años siguientes Vera reproducirá mentalmente aquel abrazo mil veces. Volverá a ver los tarros que brillan como joyas a la luz de las velas, olerá el olor polvoriento de la piel curtida por el sol del chaleco de su padre y notará en la mejilla el roce áspero de su barba crecida. Y se imaginará diciendo: «Te quiero, papá».

Pero lo cierto es que en ese momento solo piensa en el amor y en escabullirse a escondidas, por lo que no le dice nada a su padre y vuelven a sus quehaceres.

Esa noche Vera no puede estar quieta.

Es como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo estuvieran en danza. Por su ventana abierta se cuelan toda clase de sonidos: de gente conversando, de la trápala lejana de los caballos al pasar por las calles adoquinadas, y de música procedente del parque. Alguien está tocando un violín esta noche templada y luminosa, probablemente para cortejar a su amada, y arriba alguien se mueve, como bailando tal vez. Los tablones del suelo crujen con cada pisada.

—¿Estás asustada? —pregunta Olga por quinta vez, por lo menos.

Vera rueda sobre sí para quedar tumbada de costado. Olga hace igual que ella. Están tumbadas en su camita estrecha, mirándose.

—Cuando seas más mayor, lo verás, Olga. Cuando te encuentres con el chico al que amarás, sentirás algo especial en el corazón. Es como si... te ahogaras en el mar y justo después subieras a tomar aire.

Abraza a su hermana y le planta un beso en el carrillo. Entonces se destapa y se levanta de un salto. Trata de comprobar su aspecto con ayuda de un espejito de mano, pero solo alcanza a

verse a trozos: la larga melena negra sujeta con unas cintas de cuero para apartarla de la cara, el cutis de marfil, los labios rosados. Lleva puesto un vestido azul sencillo, con cuello de encaje; es ropa de niña, pero es la mejor que tiene. Lamenta no poder ponerse una boina o un alfiler o, mejor aún, un poco de perfume.

—Bueno —dice, y se vuelve hacia su hermana—. ¿Cómo estoy?

—Perfecta.

Vera sonríe con una sonrisa de oreja a oreja. Sabe que es verdad. Es una niña muy bonita, algunos dicen que hasta guapa.

Se acerca a la puerta del dormitorio

y escucha. No le llega ningún sonido.

—Se han acostado —dice. Luego va de puntillas, cautelosamente, a la ventana, que en verano dejan siempre abierta. Le lanza un beso volado a su hermana y sale a la rejillita de hierro del exterior. Con cada paso que da, con mucho cuidado, va pensando que seguro que alguien la va a ver desde la calle, la señalará con el dedo y anunciará a los cuatro vientos que una jovencita se está escapando de casa para ir al encuentro de un muchacho.

Sin embargo, la gente de la calle está borracha de luz y de hidromiel y apenas reparan en que Vera está bajando por la fachada del edificio,

desde el segundo piso. Cuando salva de un salto los últimos palmos que le quedan y aterriza en un tramito de hierba, está que no puede contener la emoción, que se le derrama en forma de risa incontenible que ella sofoca tapándose la boca con la mano mientras corre por la calle empedrada.

Allí lo ve. Al pie de la farola de este lado del puente del Fontanka. Desde donde ella está, lo ve enteramente de oro: el pelo, el jubón, la piel.

—Pensé que no vendrías —dice él.

Ella tiene la sensación de haberse quedado muda. Las palabras, al igual que la respiración, las tiene aprisionadas en el pecho. Mira sus

labios, tan hermosos. Error. De repente, ella ha cerrado los ojos y se inclina hacia él y sigue siendo una sorpresa cuando él la besa. Vera toma aire, casi boqueando, y nota que se echa a llorar y, aunque las lágrimas se le convierten en estrellas diminutas y la avergüenzan, no puede hacer nada para impedir que se le derramen.

Ahora se dará cuenta de que es una campesina tonta que se ha enamorado por nada y que ha llorado al recibir su primer beso.

Quiere disculparse, ni siquiera está segura de cómo decirlo, pero antes de poder abrir la boca, Sasha tira de ella para que se agache.

—Silencio —le dice con tal brusquedad que a ella le duele—. Mira.

Un carruaje negro, brillante, tirado por seis dragones negros, avanza despacio por la calle. Se ha hecho el silencio inmediatamente. La gente se queda petrificada o se esconde en alguna sombra. Es el Caballero Negro...

La carroza se desplaza como si fuese un animal al acecho. Los dragones escupen fuego. El coche se detiene y Vera nota que un escalofrío le recorre el cuerpo.

—Ahí es donde vivo yo —dice ella.

Tres troles verdes descomunales, ataviados con sendas capas negras, se

bajan de la carroza y se juntan en la acera para cruzar unas palabras. Entonces, van a la entrada de la casa.

—¿Qué están haciendo? —susurra ella al ver que entran en el edificio—. ¿Qué quieren?

Los minutos van pasando lentamente, hasta que se abre la puerta otra vez.

Vera presencia la escena como a cámara lenta. Los troles se llevan a su padre. Él no lucha ni discute, ni siquiera habla.

Su madre baja dando tumbos los escalones del portal, siguiéndolos. Llora y suplica. En los pisos de arriba algunas ventanas se cierran de golpe.

—¡Papá! —grita Vera.

Al otro lado de la calle su padre alza la mirada y la ve. Como si hubiese sido él la única persona que la ha oído gritar.

Su padre niega con la cabeza y levanta la mano en dirección a ella como diciendo: «Quédate donde estás». Entonces, lo meten a empujones en la carroza y desaparece.

Vera le da a Sasha un último codazo y él la deja ir. Ella sale corriendo sin echar la vista atrás y cruza la calle.

—Mamá, ¿adónde se lo llevan?

Su madre levanta la cara lentamente. Da la sensación de que por un instante no reconoce a su hija.

—Deberías estar en la cama, Vera.

—Esos troles, ¿adónde se llevan a papá?

Su madre no responde y Vera oye que Sasha dice algo, detrás de ella.

—Vera, es el Caballero Negro. Hacen lo que les place.

—No lo entiendo —exclama Vera—. Tú eres príncipe...

—Mi familia ya no tiene poder. El Caballero Negro ha encarcelado a mi padre y a mis tíos. Debes saberlo. Es peligroso formar parte de la familia real en el Reino de la Nieve en los tiempos que corren. Nadie te puede ayudar —añade—. Lo siento.

Ella rompe a llorar y esta vez sus

lágrimas no son como estrellas, sino como piedrecitas negras que al formársele le hacen daño.

—Verónika —dice su madre—. Tenemos que entrar. Ya. —La agarra de la mano y tira de ella, apartándola de Sasha, quien se limita a mirar sin hacer nada—. Tiene quince años —le dice la mujer, y echa un brazo alrededor de Vera para acercársela hacia sí y subir con ella los peldaños del portal.

Cuando Vera se vuelve para mirar la calle, su príncipe ya no está.

Desde aquel día la familia de Vera no

vuelve a ser la misma. Ya nadie sonríe, nadie se ríe. Ella, su madre y su hermana tratan de hacer como si las cosas fuesen a mejorar, pero ninguna lo cree.

El reino sigue siendo hermoso, sigue teniendo su blanca ciudad amurallada llena de puentes y pináculos y ríos mágicos. Pero Vera ya no la ve igual. Ahora ve sombras donde antes había luz, miedo donde antes había amor. Antes, cuando oía reírse a los estudiantes las noches blancas y templadas, ella lloraba de anhelo. Ahora sabe por qué cosas merece la pena llorar.

Los días se transforman en semanas

y Vera comienza a perder la esperanza de que su padre vuelva. Cumple dieciséis años pero no lo celebra.

—Me he enterado de que buscan mano de obra en el castillo —dice su madre un día mientras cenan—. Para la biblioteca y para la panadería.

—Sí —responde Vera.

—Sé que querías ir a la universidad —añade su madre.

Ese sueño suyo ya ha perdido consistencia. Era algo que su padre había soñado para ella, que un día también ella llegase a ser poeta. Al final es la mujer adulta que tanto anhelaba ser, pero ahora no tiene alternativa. Las campesinas como ella

no tienen ninguna opción. Lo ha comprendido finalmente.

Su futuro ha cambiado con ese arresto. Ha quedado fijado. Ya no podrá estudiar, ni habrá guapos muchachos que le lleven los libros o que la besen al pie de una farola. Ya no habrá ningún Sasha.

—No quiero oler a pan el día entero.

Nota que su madre asiente en silencio. Esos días, están conectadas de esa manera. Las tres. Si una se mueve, las otras lo notan sin mirarse. Ondas en un estanque.

—Mañana me presentaré en la biblioteca —anuncia Vera.

Tiene dieciséis años. ¿Cómo va a

entender que acaba de equivocarse en la elección? ¿Cómo iba a saber ella que por culpa de eso morirían personas a las que ella amaba?

Doce

—¿Cómo que morirían personas? ¿En qué se ha equivocado? —preguntó Nina cuando su madre se quedó callada—. Nunca habíamos oído esta parte del cuento.

—Sí, sí que la habéis oído. A Meredith le daba miedo y por eso a veces me la saltaba.

Nina se levantó y fue a la cama. Encendió la luz. Su madre, con la tenue

iluminación, parecía un fantasma, inmóvil, los ojos cerrados.

—Estoy cansada. Déjame ahora.

Nina quiso llevarle la contraria. Podía pasarse horas y horas escuchando la voz de su madre, sentada en la oscuridad. Su padre tenía razón en eso. Ese cuento popular las conectaba de alguna manera. Y era posible que su madre lo notase también. Nina estaba segura de que su madre estaba ahondando en la historia mucho más que otras veces, añadiendo muchos detalles. ¿Quería seguir contándolo, como Nina deseaba? ¿Se lo había pedido su padre?

—¿Quieres algo antes de que me vaya? —preguntó.

—Mi labor.

Nina miró en derredor y vio la abultada bolsa encajonada al lado de la mecedora. La sacó del hueco y volvió con ella a la cama. En un periquete las manos de su madre se afanaban con la hebra de angora azul verdoso. Nina salió de la habitación y cerró la puerta con el repiqueteo de las agujas de fondo.

Se detuvo delante del cuarto de baño y abrió la puerta. No quedaba nada dentro.

Bajó al salón solitario y puso un tronco encima de las brasas. Se sirvió una copa de vino y se sentó delante del fuego.

—Madre mía —dijo—. Madre mía.

El cuento era impactante, merecía la pena escucharlo aunque solo fuese por oír a su madre hablar con tal vehemencia y fuerza. La persona que contaba esa historia era alguien completamente diferente, no la Anya Whitson fría y distante que había formado parte de la juventud de Nina.

¿Era ese el secreto que su padre quería que desvelase? ¿Que bajo la fachada de silencio existía una persona diferente? ¿Era ese el regalo de su padre? ¿Un atisbo, al fin, de la mujer de la que él se había enamorado?

¿O había algo más? Aquel cuento contenía muchos más datos y matices de lo que ella recordaba. O tal vez fuera

que hasta entonces nunca había prestado atención realmente. Ese cuento era una cosa que ella nunca había cuestionado, como la foto que, de tanto verla, no nos paramos a pensar en quién la hizo o en quiénes son las personas que se distingue al fondo. Pero en cuanto nos fijamos en esos detalles curiosos, todo lo demás queda en entredicho.

En fin, ella se había fijado ahora y... quería respuestas.

Meredith no había querido escuchar el cuento popular de su madre pero, estando sentada en aquel cuarto de baño, atestado de cosas hasta lo indecible,

mientras abría cajones repletos de fármacos, unos recetados por el médico y otros no, con fecha de caducidad de 1980, oyó La Voz.

Así la llamaba ella, ya de pequeña.

Sin que fuese una decisión consciente, dejó de embalar las cosas en la caja rotulada con las palabras CUARTO DE BAÑO y la arrastró al pasillo. Y allí oyó el relato que conocía de la infancia, flotando por la puerta abierta del dormitorio.

*A lo mejor está pensando en chicos.
En un chico...*

Meredith sintió un escalofrío. Se dio cuenta de su propia añoranza. Ese sentimiento de querer algo de su madre

le era muy conocido, la había acompañado toda la vida.

Sabía que debía salir del cuarto de baño, recorrer el pasillo y salir de la casa, pero no pudo. La atracción que ejercía la voz de su madre, dulce y melosa como la de las brujas de los cuentos infantiles, la atrapó como siempre la había atrapado y, sin siquiera pararse a pensarlo, cruzó el pasillo y se quedó junto a la puerta entornada, escuchando.

El hechizo duró hasta que oyó la voz inquisitiva de su hermana preguntando: «¿Cómo que morirían personas?». Rápidamente se apartó de la puerta, no quería de ninguna manera que la pillasen

escuchando a hurtadillas. Nina se lo tomaría como una manifestación de interés y saltaría.

Bajó las escaleras a toda velocidad y llegó a su casa enseguida.

Los perros la saludaron con una efusividad mareante. Sentir que alguien la había echado de menos la alivió tanto que al entrar en la vivienda se arrodilló en el vestíbulo para abrazarse a los dos y que sus carantoñas y lametazos reemplazasen el sonido de la voz de su marido.

—Pero qué bonitos sois —murmuraba mientras les acariciaba la zona suavísima de detrás de las orejas. Luego se levantó, con el cuerpo cansado, y fue

al armario que tenían al lado de la lavadora-secadora para sacar la bolsa gigante de pienso para perros...

«Esto era tarea de Jeff.»

... y les puso comida en los cuencos plateados. Comprobó que tuviesen suficiente agua y se fue a la cocina.

No había nadie, ni un sonido, ningún aroma impregnaba el aire. Se quedó quieta en la oscuridad, paralizada ante la perspectiva de la noche. No era de extrañar que se hubiese quedado a escuchar el cuento. Cualquier cosa era mejor que enfrentarse a la cama vacía.

Telefoneó a sus hijas, les dejó sendos mensajes de cariño y se preparó una

infusión. Luego cogió una manta gruesa y salió a sentarse en el porche.

Por lo menos el silencio de fuera resultaba natural.

Podía perderse en el firmamento infinito, sembrado de estrellas luminosas, en el olor de la tierra oscura y fértil, en la fragancia dulce de los retoños. Durante ese mes que representaba un intervalo entre la primavera y el verano salían las primeras manzanitas. Dentro de nada los huertos se llenarían de frutos, de jornaleros y recolectores...

Era la temporada favorita de su padre, esa época en que todo era posible y él todavía podía acariciar la esperanza

de obtener la mejor cosecha de su vida. Ella había intentado amar Belye Nochi tanto como su padre. Lo quería, y por eso intentaba amar lo que él amaba. Y había acabado llevando una vida que era un facsímil de la suya, pero sin la pasión que él había aportado.

Cerró los ojos y se recostó. El respaldo del balancín de mimbre se le clavó en el cuello, pero no le importó. Las viejas cadenas oxidadas de los lados chirriaron cuando se dio impulso con los pies.

«Eres como ella.»

Era lo que Jeff había dicho.

Se abrigó mejor con la manta y apuró la infusión. Luego subió a su habitación,

dejando que los perros subiesen detrás de ella por las escaleras. Una vez en su cuarto, se tomó un somnífero y se metió en la cama, tapándose hasta la boca. Tumbada de lado, en posición fetal, intentó concentrarse en los resoplidos de los perros al respirar.

Finalmente, pasada la medianoche, se sumió en un sueño atribulado, intermitente, hasta que sonó la alarma a las 5.47.

La apagó de un manotazo y trató de dormirse otra vez, pero era un esfuerzo inútil y decidió levantarse. Se puso la ropa de correr y salió a hacer diez kilómetros. Cuando volvió a casa, estaba tan cansada que habría podido acostarse

otra vez. Pero no se atrevió a tomar ese camino.

Trabajar era la clave. Mantenerse ocupada.

Pensó en ir a la oficina, pero en semejante domingo espléndido y soleado cualquiera podría ver su coche, y si Daisy se enteraba de que Meredith había ido a trabajar en domingo se desataría la inquisición.

Optó por ir a Belye Nochi para asegurarse de que Nina estuviese cuidando debidamente a su madre. Todavía quedaba mucho por embalar.

Una hora después, con unos vaqueros viejos y una sudadera azul marino, se

presentó en la casa de su madre y entró en la cocina voceando «¡Hola!».

Nina estaba en la mesa de la cocina, con la misma ropa que había llevado el día anterior y su pelito negro disparado en todas direcciones. Encima de la mesa había unos cuantos libros abiertos y varios folios esparcidos, escritos casi por completo con la enérgica letra de Nina.

—Pareces el Unabomber —dijo Meredith.

—Buenos días también para ti.

—¿Has dormido algo?

—Poco.

—¿Qué pasa?

—Ya sé que no te importa, pero es

por el cuento. No me lo puedo quitar de la cabeza. —Nina levantó la vista—. Anoche habló del puente del Fontanka. Siempre había sido el Puente Encantado, ¿verdad? ¿Te parece raro a ti?

—El cuento infantil —dijo Meredith—. Debería haberlo sabido.

—Escucha esto: «El Fontanka es un brazo del Neva, que cruza la ciudad de Leningrado».

Meredith se sirvió un café.

—Es rusa. El cuento tiene lugar en Rusia. Paren las rotativas.

—Deberías haber estado, Mere. Fue alucinante. Anoche todo era nuevo.

«No, para nada.»

—A lo mejor es porque eras

demasiado pequeña y ya no te acuerdas. No pienso involucrarme en esto.

—¿Cómo puede ser que no te interese? Nunca nos ha contado cómo acaba.

Meredith se volvió despacio y miró a su hermana.

—Estoy cansada, Neens. No sé si sabes cómo se vive eso, en serio. Tú siempre has estado entregada a todo lo que haces. Pero yo he pasado casi mi vida entera en este trozo de tierra y he intentado llegar a conocer a mamá. Pero ella lo ha impedido. Esa es la respuesta, así acaba. Te atraerá con sus artes, te hará creer que hay algo más, verás tristeza en su mirada a veces o que su

boca parece de pronto menos dura, y te agarrarás a eso y creerás en ello porque lo deseas ardientemente. Pero es todo una mentira. Ella no nos... quiere. Y, sinceramente, ya tengo bastantes problemas por mi cuenta en estos momentos, así que no me queda otra que decir amablemente: no, gracias, no me interesa tu investigación del cuento de hadas.

—¿Qué problemas?

Meredith clavó la mirada en el café. Por una fracción de segundo se había olvidado de que era a Nina a quien tenía delante. Nina, con su olfato de reportera para llegar al meollo de las cosas y su

ausencia de miedo a la hora de hacer preguntas.

—Nada. Era una manera de hablar.

—Mientes.

Meredith le dedicó una sonrisa cansada y fue a sentarse a la mesa enfrente de su hermana.

—No quiero discutir contigo, Neens.

—Pues entonces desembucha.

—Serías la última persona en entenderlo, y no lo digo porque sea una cabrona. Es que es así.

—¿Por qué dices eso?

—Danny Flynn. Llevas saliendo con él más de cuatro años y ninguno de nosotros había oído hablar de él. Sé en qué sitios has estado y qué fotografías

has hecho, sé hasta el nombre de las playas que te gustan. Pero no sé nada del hombre al que amas.

—¿Quién ha dicho que lo ame?

—Exacto. Ni siquiera sé si alguna vez has estado enamorada. Lo que te importan a ti son las historias. Como este cuento de mamá. Cómo no ibas a estar enganchada. —Hizo un gesto amplio con la mano para señalar los libros esparcidos por la mesa—. Solo te digo que no esperes que tenga sentido, porque no lo tiene. Ella no consentirá que lo tenga. Y por favor, por favor, deja de intentar que me importe. No puedo. No así, no ella. Otra vez no. ¿Vale?

Nina se la quedó mirando. La pena

que transmitían sus ojos era casi imposible de tolerar.

—Vale.

Meredith asintió sin decir nada más y se levantó.

—Bien. Me voy corriendo a hacer algo de compra y a la vuelta seguiré empaquetando cosas.

—Tienes que estar ocupada — comentó Nina.

Meredith hizo oídos sordos al tono de conocedora de su hermana.

—Pues parece que no soy la única. Nos vemos dentro de un par de horas. Procura que mamá coma como es debido. —Sonrió fugazmente y salió al coche.

Nina pasó el resto del día alternando entre hacer fotos en el huerto y navegar por la red. Por desgracia la conexión telefónica de Belye Nochi era increíblemente lenta, de modo que se tardaba siglos en ver cualquier cosa. Tampoco era que hubiese mucho que encontrar. Lo que había aprendido era que Rusia tenía una rica tradición de cuentos populares, diferente en muchos aspectos del tipo de historias de los hermanos Grimm con las que estaban más familiarizados los norteamericanos. Había infinidad de cuentos de campesinas y príncipes y muchas veces

tenían un final triste con el objetivo de inculcar una lección.

Ninguno de esos cuentos explicaba la historia que Nina había escuchado.

Finalmente, mientras caía la noche, Meredith abrió la puerta del estudio y dijo:

—Ya está la cena.

Nina hizo una mueca de dolor. Su intención había sido cortar antes para echar una mano con la cena. Pero como de costumbre, en cuanto se ponía a indagar acerca de algo, perdía la noción del tiempo.

—Gracias —dijo, y apagó el ordenador. Luego fue a la cocina, donde

encontró a su madre sentada a la mesa. Había tres cubiertos.

Nina miró a su hermana.

—¿Te quedas a cenar hoy también? ¿Llamamos a Jeff para invitarlo a que baje?

—Se queda a trabajar hasta tarde —respondió Meredith mientras sacaba una fuente del horno.

—¿Otra vez?

—Ya sabes cómo es el mundo del periodismo. Las noticias surgen a todas horas.

Nina sacó la licorera de vodka y tres vasitos y lo puso todo en la mesa. Se sentó al lado de su madre y sirvió la bebida.

Meredith, con las manos enguantadas en manoplas gruesas con revestimiento aislante, llevó la fuente caliente a la mesa y la depositó encima de un par de salvamanteles.

—*Chanakhi* —dijo Nina acercando la cara para oler el delicioso aroma a cordero con verduras. Había salido del congelador de su madre, así que tenía que estar riquísimo incluso recalentado. Las verduras estarían perfectamente tiernas, sus sabores entremezclados en un suavísimo revuelto de tomates, pimientos, judías verdes y cebollas dulces del Walla Walla, todo ello nadando en una salsa cremosa de cordero con ajo y limón al lado de

dados grandes de carne succulenta. Era uno de los platos preferidos de Nina—. Magnífica elección, Meredith.

Meredith retiró una silla de la mesa y se sentó entre las dos.

Nina le ofreció un trago de vodka solo.

—¿Más? —preguntó su hermana, ceñuda—. ¿No tuvimos bastante con lo de anoche?

—Es una nueva tradición.

—Huele a agujas de pino —repuso Meredith arrugando la nariz al olisquearlo.

—El sabor es bastante diferente —dijo su madre.

A Nina el comentario la hizo reír, y

levantó su vasito. Las tres entrechocaron debidamente los chupitos y bebieron. Luego Nina alargó la mano para coger el cucharón.

—Sirvo. Meredith, ¿quieres empezar tú?

—¿Las tres cosas otra vez?

—Puedes decir todas las que quieras. Nosotras te seguimos.

Su madre no dijo nada, se limitó a mover la cabeza como negando.

—Vale —dijo Meredith mientras Nina servía unos cucharones de guiso en el plato hondo de porcelana blanca de su hermana—. El momento que más me gusta del día es el amanecer. Me encanta sentarme en el porche de mi casa en

verano y Jeff... opina que corro demasiado.

Mientras Nina meditaba su respuesta tras oír la declaración de su hermana, su madre la sorprendió diciendo:

—El momento que más me gusta del día es la noche. *Belye nochi*. Me encanta cocinar. Y vuestro padre opina que debería aprender a tocar el piano.

Nina oyó que lo decía en presente y eso la hizo levantar la mirada. Las tres mujeres se miraron sin decir nada unos segundos.

Su madre fue la primera en apartar la vista.

—Pensaba. Meredith, no me lleves

corriendo al médico —dijo—. Ya sé que no está con nosotras.

Meredith asintió pero no dijo nada.

Nina rompió el incómodo silencio.

—El momento que más me gusta del día es el atardecer. Si puede ser, en Botsuana. En la estación seca. Me encantan las respuestas. Y creo que hay un motivo por el cual mamá casi nunca nos mira.

—¿Lo que quieres es el significado?

—replicó su madre—. Te llevarías una decepción. Y ahora come. Este plato está horroroso si se queda frío.

Nina reconoció ese tono de voz de su madre. Venía a decir que ponía punto final a su frívola tradición recién

inventada. A partir de ese momento cenaron en silencio; los únicos sonidos eran los de las cucharas al rozar la fina porcelana y el de las copas de vino al posarse en la mesa de madera. Y cuando terminaron de cenar, Meredith se levantó y fue a la pila. Su madre se marchó con su porte elegante.

—Pienso hacer que continúe con la historia esta noche —le dijo Nina a Meredith, que estaba secando los cubiertos.

Su hermana no se volvió ni respondió.

—Podrías...

—Yo tengo que revisar el despacho de papá —la cortó Meredith—. Me

hacen falta unas carpetas tuyas en la oficina.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Llevo posponiéndolo desde hace días.

En todos los hogares había siempre rincones que pertenecían solo a una persona. Sin importar cuántos miembros de la familia pudieran utilizar un espacio o ir y venir por él, en el fondo solo pertenecía a uno de los integrantes del grupo. En la casa de Meredith el porche era suyo. Jeff y las niñas también salían a él de vez en cuando, pero en contadas ocasiones, para las fiestas que

hacían en verano y cosas así. A Meredith le encantaba ese porche y todos los días del año salía a sentarse en la mecedora de mimbre.

En Belye Nochi prácticamente todas las habitaciones pertenecían a su madre. Y su defecto de la vista quedaba reflejado en la decoración y en los muebles de todas ellas, desde la cocina con sus paredes claras y las encimeras de azulejos blancos, hasta su conjunto antiguo de mesa y sillas de madera. Y donde sí había color en esa casa, aparecía en forma de manchas concretas: las muñecas rusas puestas en el alféizar, los iconos dorados del Rincón Sagrado, el cuadro de la troika.

De todas las habitaciones de Belye Nochi, solo una podía considerarse verdaderamente el sitio de su padre: su propia habitación, su despacho.

Meredith se quedó parada en la puerta. No necesitaba cerrar los ojos para imaginárselo sentado a su mesa, riéndose, charlando con las dos nietas pequeñas que estarían jugando en el suelo, a sus pies.

El eco de su voz resonaba con fuerza allí. Casi podía oler el aroma dulzón del humo de su pipa.

«No se lo digas a tu madre, anda, que ya sabes que no soporta que fume.»

Entró hasta el centro del despacho y se arrodilló en la gruesa alfombra de

color verde bosque. Dos sillones tapizados con tela azul y verde de cuadros escoceses se miraban de reojo, delante del enorme escritorio de caoba que dominaba la estancia. Las paredes estaban empapeladas en un intenso tono azul cobalto con cenefa negra y, mirara donde mirara, había una foto de la familia en marco de piel de color verde bosque.

Se sentó sobre los talones, abrumada momentáneamente ante lo que iba a hacer allí. Sacar toda su ropa iba a ser lo único que le resultaría más difícil que lo que se disponía a emprender ahora.

Pero tenía que hacerlo y solo ella podía. A lo largo de los meses y años

siguientes, tanto Meredith como su madre iban a necesitar documentos que había en ese despacho. Información del seguro, justificantes de facturas pagadas, registros de impuestos e información bancaria, por mencionar solo unos cuantos.

Así pues, Meredith respiró hondo y abrió el archivador de su padre. Durante la hora siguiente, mientras afuera anocheecía, fue revisando cuidadosamente el rastro de papel de la vida de sus padres, organizándolo en tres montones: Conservar, Quizá y Quemar.

Dio gracias por tener que concentrarse plenamente en la tarea.

Solo un par de veces se sorprendió a sí misma desviando la atención hacia el marasmo de su matrimonio en crisis.

Como en este instante, mientras observaba una foto que por alguna razón había acabado en la carpeta de los impuestos de la finca. Era una foto en la que salían su padre, Nina, Jeff, Jillian y Maddy jugando a pasarse una pelota en el jardín de delante de la casa. Las niñas eran pequeñas (superaban por poco la altura del buzón) e iban vestidas con sendos buzos rosas de nieve a juego. Las vallas estaban decoradas con luces de Navidad y ramas de abeto y todos se reían.

Pero ¿dónde estaba ella? Seguramente

en el comedor, poniendo la mesa con obsesión digna de una Martha Stewart, o envolviendo regalos o arreglando los adornos navideños.

No había estado donde de verdad importaba, presenciando momentos para el recuerdo en compañía de su marido y sus hijas. Tal vez había creído que el tiempo era más elástico o el amor más indulgente. Dejó la foto encima del archivador y abrió otro cajón. Al meter la mano, oyó unos pasos, el sonido de la puerta de la entrada al cerrarse y la voz de Nina en el salón.

Por supuesto. La noche había caído y había empujado a Nina a entrar de nuevo en la casa, donde sin duda cambiaría una

de sus obsesiones, la cámara de fotos, por otra: el cuento de hadas.

Meredith cogió una carpeta y la sacó. Vio que la etiqueta estaba medio quitada. La parte que logró descifrar decía: «БепaΠeTpобHa». Estaba casi segura de que se trataba de letras rusas.

En su interior encontró una carta nada más, con matasellos de hacía veinte años, de Anchorage, Alaska, y dirigida a la Sra. de Evan Whitson.

Estimada señora Whitson,

Gracias por su reciente respuesta a mi pregunta. Si bien estoy convencido de que podría usted aportar una visión impagable a mi trabajo de investigación sobre Leningrado, comprendo su decisión. Sin embargo, si algún día cambiase de parecer,

estaría encantado de contar con su participación.

Atentamente,

VASILY ADÁMOVICH
Catedrático de Estudios Rusos
Universidad de Alaska

A su espalda, a través de la puerta abierta, oyó que Nina le decía algo a su madre; luego siguió un silencio largo, interminable. Finalmente su madre dijo algo, Nina respondió, y su madre volvió a hablar.

El cuento. No había duda de que era eso, a juzgar por la voz.

Meredith dudó. Se dijo que se quedase donde estaba, que nada de aquello le importaba, que no podía

importarle, que su madre no lo permitiría. Pero cuando oyó la palabra «Vera», dobló la extraña carta, la metió en su sobre y la puso encima del montón de Conservar.

Entonces se levantó del suelo.

Trece

Nina dejó la máquina de fotos en la mesa de centro y fue con su madre, que estaba sentada en la butaca favorita de su padre haciendo punto. Como el frío reinaba aún en el salón, a pesar de ser una tarde templada del mes de mayo, Nina encendió la chimenea.

—¿Estás preparada? —preguntó a su madre.

Ella levantó la cabeza. Tenía la cara pálida, las mejillas algo demacradas,

pero los ojos tan brillantes y transparentes como siempre.

—¿Dónde lo habíamos dejado?

—Venga, mamá. Tú te acuerdas.

Su madre la miró fijamente durante un buen rato y entonces dijo:

—Las luces.

Nina apagó todas las luces del salón y del recibidor. El fuego otorgaba a la penumbra un corazón resplandeciente. Se sentó delante del sofá. Por un instante un silencio sepulcral invadió toda la casa, como si también ella estuviese esperando. Entonces, el fuego chisporroteó y en algún lugar sonó el crujido de un tablón del suelo; la casa se ponía cómoda para escuchar la historia.

Su madre comenzó lentamente.

—El año posterior a que encarcelaran a su padre en la Torre Roja, Vera deja de ser una joven anónima. Y en el Reino de la Nieve, en estos tiempos sombríos, ser alguien es peligroso. Ha dejado de ser una simple

campesina, hija de un maestro rural pobre. Es la hija mayor de un poeta prohibido, es familia de un enemigo del reino. Tiene que ir con cuidado. En todo momento.

Las primeras semanas sin su padre son extrañas. Los vecinos rehúyen la mirada de Vera. Cuando sube la

escalera por las noches, se cierran las puertas de los pisos como naipes que cayeran.

Estos días abundan los carruajes negros, al igual que las historias susurradas sobre arrestos, sobre personas que de pronto se convierten en humo y no vuelven a aparecer nunca más. Cuando cumple diecisiete años, Vera ve que puede reconocer a otros familiares de criminales. Lo nota en su forma de andar, encorvados y con la mirada gacha, tratando de hacerse pequeñitos, de no llamar la atención. De pasar inadvertidos.

Así se mueve ahora Vera también. Ya no pasa tiempo delante del espejo,

intentando ponerse guapa para un chico.

Se limita a tratar de seguir adelante. Cada mañana se despierta y se pone un vestido negro insulso. Ha dejado de importarle la ropa; tampoco le importa que sus zapatos sean feos y que los calcetines estén desparejados. De esta guisa prepara kasha por las mañanas para su hermana, que se ha convertido en una sombra pálida de Vera, y para su madre, que ya casi nunca habla. Casi todas las noches se la oye llorar. Vera ha intentado consolarla desde hace meses, pero no ha servido de nada. No existe consuelo para su madre. Nadie puede consolarla.

Así pues, siguen adelante, haciendo lo que tienen que hacer para sobrevivir. Vera trabaja largas jornadas en la biblioteca del castillo. En sus salas que huelen a polvo, cuero y piedra, troca el último de los sueños de su padre para ella, el de que se convierta en escritora; renuncia a él, lo entrega como un libro pasado de fecha, y se deleita con las palabras de otros. Cada vez que dispone de un momento, se esconde en un rincón y lee con fruición cuentos y poemas. Pero no puede hacerlo con frecuencia, ni durante mucho rato. Vera no puede olvidar nunca que la observan en todo momento. En los últimos tiempos están

arrestando también incluso a niños. Es un modo de hacer confesar a los padres. A Vera la aterra que un día los carruajes negros con sus tres troles dentro se presenten otra vez delante de su edificio y vayan a por ella. O, peor, a por Olga o su madre. Únicamente cuando está de verdad a solas, en la cama por la noche, con Olga roncando suavemente a su lado, se permite recordar siquiera la niña que un día había imaginado ser.

Y es en esos instantes, en la callada oscuridad, mientras el aire gélido del invierno se cuela por el cristal fino de su ventana cerrada, cuando piensa en

Sasha y en las lágrimas que le causó su beso.

Intenta olvidarse de él, pero, incluso sin haber recibido noticias suyas en todos esos meses, le resulta imposible borrarlo de su mente.

—¿Vera? —susurra su hermana en la oscuridad.

—Estoy despierta —responde ella.

Olga se acurruca inmediatamente a su lado, pegándose más a ella.

—Tengo frío.

Vera rodea con los brazos a su hermana pequeña y la estrecha hacia sí. Sabe que debería decir algo para tranquilizarla. Como hermana mayor, su deber es animar a Olga y es una

obligación que se toma en serio. Pero está muy cansada. Ya no le queda suficiente dentro de sí para compartirlo con otros.

Finalmente, Vera se levanta de la cama y se viste deprisa. Se recoge el pelo debajo de un pañuelo y va a la fría cocina, donde una cazuela de kasha aguada descansa encima de los fogones.

Su madre ya se ha ido. Más temprano de lo normal, incluso. Todas las mañanas, mucho antes del amanecer, se va a su trabajo en el almacén real de alimentos; cuando finalmente regresa a casa por la noche, está tan cansada que las fuerzas solo le

dan para besar a sus niñas y meterse en la cama.

Vera calienta la kasha para su hermana, la endulza con una buena cucharada de miel y se la lleva. Desayunan las dos juntas, sentadas en la cama, en silencio.

—¿Hoy, otra vez? —dice al final Olga, rebañando el cuenco para no dejarse ni un granito de comida.

—Hoy, sí —confirma Vera. Es lo mismo que le ha dicho a su hermana cada viernes desde que se llevaron detenido a su padre. No tiene que añadir nada, Olga lo sabe. La esperanza es un sentimiento frágil, que se rompe con facilidad si se toca más

de la cuenta. Así pues, sin decir nada más, se visten para ir a trabajar y salen juntas del edificio.

Afuera el invierno rechina los dientes.

Vera se levanta el cuello del abrigo y echa a andar con paso rápido, el cuerpo inclinado contra el viento. Los copos de nieve le abrasan las mejillas. En el río congelado ve puñados de pescadores encorvados alrededor de agujeros horadados en el hielo. Al llegar a la esquina, Olga y ella siguen caminos separados.

Al poco rato, Vera oye el rugido lejano de un dragón y ve que una carroza negra entra por la calle; su

fuerte color contrasta con la nieve que cae y con la piedra blanca de ese reino amurallado. Vera se queda agazapada en el montículo de nieve acumulada de la cuneta, al pie de un árbol de cristal.

Van a arrestar a alguien. Una familia va a quedar destrozada. Y lo único en lo que puede pensar ella es: «Gracias a Dios que esta vez no es nadie de mi familia». Espera a que pase el carruaje y se levanta. Toma el tranvía para cruzar la ciudad nevada, camino de un lugar que ha terminado por conocer tan bien como la palma de su mano.

Al llegar a la puerta de la Gran Sala de Justicia, se detiene unos instantes

para armarse de valor. Abre la gigantesca puerta de piedra y entra. Lo primero que ve es una fila de mujeres abrigadas con mantos de lana, todas con botas de fieltro y dando palmas con las manos con mitones para entrar en calor. Van avanzando despacio, avanzando siempre. Gentes en fila india aguardando su turno.

Las dos horas siguientes transcurren en una especie de nube gris, hasta que finalmente Vera está a la cabeza de la fila. Reúne todo su valor y se acerca, muy recta, a la reluciente mesa de mármol tras la cual está sentado un trasgo en una alta silla. Tiene la cara blanca e informe, como si estuviera

hecha de cera que se derrite, y abre y cierra los ojos dorados como los de las serpientes.

—Nombre —dice.

Ella responde lo más firmemente que puede.

—¿Su marido? —pregunta el trasgo. Sus palabras sisean en medio del silencio reinante.

—Mi padre.

—Deme sus papeles.

Ella desliza los documentos por encima de la fría mesa y se queda mirando la mano del trasgo, fina y velluda, que agarra los papeles. Hace falta coraje para aguantar allí de pie mientras esa criatura lee

detalladamente sus documentos. ¿Y si tiene el nombre de Vera en alguna lista? ¿Y si han estado esperándola? Es peligroso seguir viniendo, al menos eso le dice su madre. Pero Vera no puede dejar de hacerlo. Venir a este lugar es, hoy por hoy, la única esperanza que le queda.

El trasgo le devuelve los papeles.

—Este caso se está estudiando — declara, y entonces grita—: ¡Siguiente!

Vera se aparta rápidamente de la ventanilla, mientras oye que una anciana se acerca a su lado y pregunta por su marido.

Son buenas noticias. Su padre está vivo. No lo han sentenciado ni

mandado a la estepa del norte... o algo peor. Dentro de poco el Caballero Negro comprenderá su error. Se dará cuenta de que su padre no es ningún traidor.

Se levanta el cuello del abrigo y sale de nuevo al frío. Se da prisa. Puede llegar a su trabajo a mediodía.

Viernes tras viernes, Vera va a ver al trasgo. Y la respuesta es siempre la misma: «Este caso se está estudiando. ¡Siguiente!».

Entonces un día su madre le dice que tienen que marcharse.

—No podemos hacer mucho más,

Vera —dice. Se sienta encorvada en una silla de la cocina. Ese último año le ha pasado factura, ha dejado su huella en forma de arrugas. Está fumando un cigarrillo de tabaco de mala calidad y parece que le dé igual que la ceniza caiga directamente en el suelo de madera—. Me han recortado el salario del almacén. Ya no podemos pagar los recibos de la casa.

Vera quiere llevarle la contraria a su madre como hacía en otros tiempos, pero lo cierto es que no les queda dinero para el fuego de las noches y pasan frío.

—¿Adónde vamos a ir? —pregunta. Oye que Olga gime a su lado.

—*Mi madre me ha ofrecido sitio.*

Vera se lleva una sorpresa al oír esto. Incluso Olga levanta la vista.

—*Pero si ni siquiera la conocemos*
—*dice Vera.*

Su madre da otra calada larga a su cigarrillo y exhala el fino humo azul.

—*Mis padres no aceptaban a vuestro padre. Pero ahora que él no está...*

—*Eso no es así* —*rebate Vera, y en ese preciso instante decide que su abuela puede contar con su rechazo por siempre jamás, y que desde luego no piensa darle nunca su amor.*

Aunque su madre no dice nada, la expresión de sus ojos negros es fácil de interpretar: su padre no está.

Olga toca a Vera, y ella no sabe si lo hace porque quiere apoyarla o consolarla.

—¿Cuándo nos mudamos?

—Esta noche. Antes de que venga el dueño a cobrar el alquiler.

En el pasado, Vera habría discutido o habría tratado de disuadirla. Pero ahora suspira en silencio y se va a su cuarto. No tiene muchas cosas que empaquetar. Un puñado de prendas, algunas mantas, un cepillo del pelo y sus viejas botas de fieltro, que ya casi no le valen.

En un abrir y cerrar de ojos están fuera de la casa, vestidas con múltiples capas de ropa, que vienen a ser casi

todo lo que poseen, y se marchan con pasos lentos y pesados por la nieve en dirección a su nuevo hogar.

Al fin llegan. Es un edificio pequeño que parece en mal estado. La fachada de encima del portal, al que se accede por unos escalones, está desconchada. En varias de las ventanas se ven cortinas de tela barata, colgadas de mala manera.

Suben las escaleras hasta el último piso, en la segunda planta.

La mujer que abre la puerta es corpulenta y transmite tristeza. Lleva una bata de flores que ha conocido tiempos mejores y un pañuelo verde claro que le tapa el pelo canoso. Está

fumando. La zona de los dedos por donde tiene cogido el cigarrillo está teñida de nicotina.

—Zoya —dice la mujer—. Y mis nietas, Verónika y Olga. ¿Cuál es cuál?

—Yo soy Vera —dice ella, erguida, ante la mirada escrutadora de su abuela.

La mujer asiente.

—No me vais a traer problemas, ¿verdad? No queremos para nada los problemas que habéis tenido.

—No pasará nada —dice su madre en voz baja. Y la abuela las hace pasar.

Vera se detiene en seco. Olga choca con ella y se ríe. Pero su buen humor cesa de pronto.

El piso es una única habitación con una cocinita de leña y un fregadero, una mesa con cuatro sillas desparejadas y un camastro angosto arrimado a una pared. Una ventana sin cortinas da a la tapia de ladrillo que hay al otro lado del callejón. En el rincón, una puerta entornada deja entrever un armario vacío. No hay cuarto de baño; debe de haber uno comunitario para todo el edificio.

¿Cómo van a vivir allí las cuatro, apelotonadas como sardinas en lata?

—Venid —dice la abuela, aplastando la colilla del cigarrillo en un platillo lleno de ceniza—. Os enseñaré dónde podéis dejar vuestras cosas.

Unas horas después, la primera noche que pasan en su nuevo hogar, estando en esa habitación que huele a repollo hervido y que aloja a tantas personas, Vera se hace una cama con mantas en el suelo y se acurruca al lado de su hermana.

—Un hombre del trabajo nos traerá los muebles mañana —dice su madre, con voz cansada. Olga se echa a llorar. Todas saben que los muebles no importarán mucho.

Vera le da la mano a su hermana. Afuera se oye que un carro choca con algo, un hombre grita un exabrupto y Vera no puede evitar pensar que son los sonidos de un sueño moribundo.

Después de esto, Vera está de mal humor todo el tiempo, y aunque intenta ocultar su desagrado con la vida, sabe que no lo consigue. Está irritable y todo lo critica. Su madre, Olga y ella duermen las tres juntas en su estrecha cama, tan pegadas que para darse la vuelta tienen que hacerlo todas a la vez, o no moverse en absoluto.

Trabaja desde el alba hasta el anochecer, y cuando regresa al piso siempre es lo mismo. Prepara la cena con su madre y con su abuela y después lleva leña a la cocina para la noche y friega los platos. Trabajar, trabajar,

trabajar. Solo los viernes son diferentes.

—Deberías dejar de ir —dice su madre cuando salen del piso. Son las cinco de la mañana y las calles están oscuras como boca de lobo.

Al pasar por delante de un café, salen dando tumbos unos jóvenes de la nobleza, borrachos, riéndose y abrazados los unos a los otros, y Vera siente una punzada de dolor al verlos. Son tan jóvenes, tan libres, y sin embargo son mayores que ella. Ella, que avanza pesadamente al lado de su madre y de su hermana camino del trabajo, al amanecer, en vez de estar tomando café y debatiendo sobre

política y escribiendo palabras importantes.

Su madre alarga el brazo y coge a Vera de la mano.

—Lo siento —le dice en voz baja.

Rara vez mencionan la cruda realidad de su vida o la pérdida. Vera aprieta la mano de su madre. Quiere decirle: «Lo sé», o «Tranquila». Pero le da miedo echarse a llorar y, por eso, se limita a asentir sin decir nada.

—Bueno, adiós —dice al final su madre, y se dirige a la parada del tranvía.

—Hasta la noche.

Las tres se separan en ese punto y cada una sigue su camino al trabajo.

Una vez sola, Vera recorre las últimas manzanas hasta la Gran Sala de Justicia. Se une a la larga fila y aguarda su turno.

—Nombre —dice el trasgo de la mesa cuando le llega la vez.

Cuando ella le contesta, coge sus documentos y los lee. De pronto, se levanta de la silla y se va. Al final del pasillo ve, en una cámara enorme rodeada de cristaleras, que habla con otros trasgos, y después con un hombre que va vestido con prendas largas y negras.

Al final, el trasgo vuelve a la mesa, se sienta y le devuelve los papeles empujándolos por el tablero.

—En nuestro reino no hay nadie con ese nombre. Está usted equivocada. ¡Siguiente!

—Pero ustedes lo tienen, mi señor. Llevo viniendo aquí desde hace más de un año. Por favor, vuelva a comprobarlo.

—Aquí no se conoce a nadie con ese nombre.

—Pero...

—No está aquí —insiste el trasgo, y sonríe enseñando los dientes—. Ya no está. ¿Lo entiende? Váyase. —Estira la cabeza para poder ver la fila, detrás de ella—. ¡Siguiente!

A Vera le dan ganas de hincarse de rodillas y echarse a llorar, pero no es

aconsejable llamar la atención, por lo que se seca las lágrimas, yergue la espalda y se marcha a trabajar.

Su padre no está.

Estaba hacia nada y de pronto ha desaparecido. Lo cierto es que está muerto, que lo han matado. Sean quienes sean. Los troles con sus relucientes carruajes negros y el Caballero Negro, para quien trabajan. Pero no se puede preguntar nada, ni siquiera las preguntas normales de una familia que ha perdido a un ser querido. No pueden rogarles para que las dejen enterrarlo, no pueden visitar

su sepultura ni vestir su cadáver para el entierro. Todo eso no haría más que llamar la atención hacia ellas y hacia esta ejecución que el Caballero Negro no desea reconocer. Una vez en la biblioteca, Vera se pone a trabajar y no dice nada acerca de su padre.

En el camino de vuelta a su casa (esta vez no coge el tranvía, quiere que el trayecto dure mucho), tiene la sensación de que el invierno mismo sube desde el suelo. De los árboles caen hojas negras, quebradizas, que se quedan flotando en el aire helador. Al mirarlas desde lejos, son tantas que parecen una bandada de cuervos volando bajo. El cielo tiene un color

plomizo que hace que los edificios parezcan apagados, encorvados. Hasta el castillo verde menta está sombrío en esta época del año.

Cuando llega a casa la nieve ha empezado a formar una gruesa capa en la calle adoquinada y encima de las ramas de los árboles desnudos.

Al llegar a la puerta, se detiene lo justo para recuperar el aliento. En ese momento se imagina la conversación que va a tener en breve y siente todo el peso del cansancio. Aun así, yergue la espalda y entra.

La habitación está atestada de muebles de su vida anterior. Han arrimado la cama de la abuela a la

pared y encima han apilado un montón de colchas. Y la cama que comparten las tres, más estrecha, está pegada al armario. Un escritorio que su madre ha pintado a mano y dos lámparas se alinean a lo largo de la pared, debajo de la ventana que no se abre. El único mueble bonito del piso, una mesa magnífica de caoba que era de su padre, está cubierta de tarros de encurtidos y cebollas.

Su madre está atendiendo los fogones. Olga está sentada a la mesa, pelando patatas.

La madre le lanza una mirada, aparta la cazuela del fuego y se seca las manos con el delantal atado a la

cintura. El vestido le queda grande y está viejo, y está despeinada después de haber pasado el día en el almacén de alimentos, pero su mirada es despierta y por su expresión es evidente que sabe.

—Hoy es viernes —dice finalmente.

Olga se pone de pie. Lleva un vestido que le queda demasiado apretado, como si fuese una vaina y ella la flor que brota de dentro. Vera no puede evitarlo: piensa que su hermana, que tiene quince años, sigue siendo una niña. Pero recuerda que esa era la edad que ella misma tenía cuando conoció a Sasha, cuando se creía ya adulta, una

mujer, en un puente junto al hombre al que estaba decidida a amar.

—¿Te han dicho algo? —pregunta Olga.

Vera nota que se queda pálida.

—Vamos, Olga —dice su madre enérgicamente—. Ponte el abrigo y las valenki. Salimos a dar un paseo.

—Es que las botas me aprietan —gimotea ella—. Y está nevando.

—No hay pero que valga —dice su madre mientras se dirige al gran baúl de madera y cuero, con la tapa redondeada, que hay al lado de la cama—. Vuestra abuela está a punto de volver de trabajar.

Vera se queda quieta, aparte,

callada, mientras su madre y su hermana se preparan para el frío. Cuando están listas, salen de la casa y penetran en un mundo blanco y borroso. El roce de los copos de nieve al caer sume en el silencio todo lo que las rodea. Hasta el chirrido y el traqueteo del tranvía suenan remotos. En medio de este universo acallado, se sienten aisladas, separadas de todo. Y cuando entran en el Gran Parque están aún más solas. Cuando llegan, las farolas de toda la plaza están encendidas. No hay ni un alma esta fría tarde noche; tan solo se ve a lo lejos la dorada hilera de las casas nobles.

Llegan al punto central del parque,

la estatua gigante de un pegaso de cobre. Se eleva desafiante del manto de nieve, haciendo parecer pequeños a todos los que lo miran.

—Corren tiempos peligrosos —dice su madre cuando están delante de la estatua—. Hay cosas... personas de las que no se debe hablar en el espacio cerrado de un piso, o incluso en el ámbito de una amistad. Hablaremos de eso... —Se queda callada, respira hondo y suaviza el tono—. De él... en este momento, pero no volveremos a mencionarlo nunca más. ¿Entendido?

Olga da un pisotón en la nieve.

—¿Qué está pasando?

Su madre mira a Vera para que

responda ella.

—Hoy he ido a la Gran Sala a preguntar por papá —dice, y siente que las lágrimas la queman en los ojos—. No está.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta Olga—. ¿Cómo que no está? ¿Crees que ha escapado?

Es su madre la que tiene el coraje necesario para negar con la cabeza.

—No, no ha escapado. —Mira a su alrededor otra vez y se acerca más, de tal modo que se tocan las tres, apiñadas como están al pie de la estatua, en su sombra—. Lo han matado.

Olga hace un ruido como si se

hubiera atragantado y Vera y su madre la abrazan con fuerza. Cuando se separan, las tres están llorando.

—Tú lo sabías —dice Vera sin molestarse en enjugarse las lágrimas, pese a que se le congelan al momento y se le pegan a las pestañas, hasta que casi no ve nada más.

Su madre asiente.

—¿Sabías que se lo llevaron?

La madre vuelve a asentir en silencio.

—Y me dejaste ir cada viernes —dice Vera—. Si lo hubiese sabido...

—Tenías que enterarte a tu manera —dice su madre—. Y, claro... yo esperaba que...

—No sé qué hacer ahora —dice Vera. Se siente desconectada de sí, de su propia vida.

—Llevo tiempo esperando que me lo preguntes —dice su madre—. Las dos habéis estado esperando. Esperanzadas. Ahora ya lo sabéis: esta es la vida que tenemos. Nuestro Petya no volverá. Esto es lo que somos ahora.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta Olga.

—Vivid —dice su madre en voz baja. Y Vera comprende. Ha llegado el momento de dejar de marcar el tiempo y de empezar a hacer algo con él.

—No sé con qué soñar —dice Vera—. Todo me parece tan imposible.

—Los sueños son para hombres como vuestro padre. Son la razón por la que hoy lloramos su pérdida, en privado, en secreto, como si fuésemos delincuentes. Él os metió en la cabeza toda clase de fantasías. Dejadlas. Dejad de ser sus niñas y convertíos en mujeres de este reino. Se pueden hacer cosas, os lo prometo.

Su madre las abraza juntas con todas sus fuerzas y les da besos en las mejillas. Cuando las tiene así, tan cerca, les susurra:

—Él os amaba más que a sus palabras, más que a su propio aliento. Eso nunca morirá.

—Lo echo de menos —dice Olga, y

se pone a llorar otra vez.

—Sí —dice su madre con la voz ronca—. Para siempre. Y siempre tendremos un sitio vacío en la mesa. — Finalmente se separa de ellas—. Pero ya no volveremos a hablar más de él. Nunca más. Ni siquiera entre nosotras.

—Pero... tú no puedes impedir que sintamos lo que sentimos —replica Vera.

—A lo mejor no —dice su madre—, pero sí podéis negaros a manifestarlo y eso es lo que vamos a hacer. — Mete la mano en el enorme bolsillo de su abrigo de lana y saca de él una mariposa de esmalte alveolado.

Vera nunca ha visto nada tan bello.

No es un tipo de objeto que pueda pertenecer a su familia, sino más bien a un rey o un brujo, como poco.

—La hizo el padre de Petyr —dice su madre, y con esto desvela a sus hijas una historia familiar que desconocían—. Era para la princesita, pero el rey consideró que era un trabajo mal hecho y despidió a vuestro abuelo, que tuvo que aprender a fabricar ladrillos de barro y dejó de hacer obras de arte. Fue un regalo que le hizo a vuestro padre el día de nuestra boda. Y ahora es todo lo que nos queda para recordar a nuestro ser querido desaparecido. Hay veces en que, si cierro los ojos con

esto en la mano, puedo oír la risa de nuestro Petya.

—Solo es una mariposa —dice Vera, que piensa que no es tan bonita como había creído en un primer momento; desde luego, no sirve para remplazar la risa de su padre.

—Es lo único que tenemos — responde su madre dulcemente.

Vera se sume en la pena como solo las adolescentes saben hacer. Pero a medida que el invierno muere y la primavera florece a lo largo y ancho del reino, ella empieza a notar que la melancolía es una pesada carga.

—No hay derecho a que no pueda ir a la universidad —se queja a su madre un caluroso día de estío, muchos meses después de aquel funeral improvisado en el parque. Están arrodilladas en la tierra negra del huertecito, arrancando malas hierbas. Las dos han trabajado todo el día en la ciudad; esta es su rutina durante el verano: trabajan toda la jornada en el reino y luego salen de la ciudad amurallada para dirigirse en carreta al campo, a un lugar que dista dos horas, en el que han arrendado un trocito de tierra.

—Ya eres mayorcita para quejarte así, y estoy segura de que entiendes la situación —replica su madre.

—Pero yo quiero estudiar a los grandes autores y pintores.

Su madre se sienta en los talones y mira a Vera. Bajo la luz que lo baña todo a las diez de la noche, una luz dorada como el almíbar, casi parece haber recuperado su belleza. Solo sus ojos castaños se empeñan en seguir pareciendo más viejos.

—Vives en el Reino de la Nieve — dice.

—Creo que eso lo sé.

—¿Lo sabes? Trabajas en la biblioteca más grande del mundo, tienes tres millones de libros al alcance de tus dedos, todos los días. Pasas por delante del museo real al volver a casa.

Y tu hermana trabaja allí. Siempre que quieras puedes ver las obras de los maestros. Esta temporada baila Galina Ulánova, y no te olvides de la ópera. — Chasquea la lengua—. No me digas que una chica joven de este reino necesita ir a la universidad para aprender. Si de verdad crees eso, no eres —baja la voz— hija suya. —Es la primera vez que su madre menciona a su padre y la frase causa el efecto deseado.

Vera se sienta de lado en la tierra caliente y se queda mirando la delicada escarapela verde de una col recién brotada, a su lado.

«Soy la hija de Petyr Andreiévich», piensa. Y con tal reivindicación, se

acuerda de los libros que le leía su padre a la hora de dormir y los sueños que él la había animado a soñar.

Vera pasa el resto de la semana cavilando en torno a la conversación del huerto. Durante las horas de trabajo en la biblioteca, va de acá para allá, entre los rimeros de libros, con el fantasma de su padre a su lado. Sabe que lo único que necesita es que alguien la ayude a entender las palabras que lee. Es como si ella misma fuese una semillita y tuviera un tallito verde y tierno abriéndose paso entre la tierra que se resiste a su crecimiento. Pero el sol está ahí y ella

solo tiene que seguir creciendo, subiendo.

Entonces, un día, estando en el mostrador organizando unos rollos de pergamino, aparece un rostro conocido. Es un hombre entrado en años, que camina por el suelo de mármol con ayuda de un bastón, arrastrando los bajos de los maltrechos hábitos pardos de clérigo. Cuando llega a la mesa que hay junto a la pared, se sienta y abre un libro.

Vera se acerca despacio, a sabiendas de que su madre reprobaría su plan. Pero es que de pronto se ha convertido en un plan.

—Disculpe —dice en voz baja al

hombre, quien levanta la cara para mirarla con sus ojos legañosos.

—¿Verónika? —dice el viejo al cabo de un rato.

—Sí —dice ella. Ese hombre solía ir de visita a su casa, en tiempos pasados y más dichosos. Ella no quiere mencionar el nombre de su padre, pero está entre los dos, tan cierto como el polvo—. Disculpe la molestia, pero estoy buscando profesor. No tengo mucho dinero.

El clérigo se quita las gafas. Tarda unos segundos en responder y cuando lo hace, su voz es apenas más audible que un susurro.

—Yo mismo no puedo ayudarte. Son

los tiempos que corren. Debería dejar de escribir. —Suspira—. Pero no puedo... Pero conozco a unos cuantos estudiantes que a lo mejor no tienen tanto miedo como un anciano. Les preguntaré.

—Gracias.

—Ve con cuidado, pequeña Verónica —dice el hombre poniéndose las gafas—. Y no le cuentes a nadie que hemos hablado.

—Este secreto está a salvo conmigo. El clérigo no sonríe.

—A salvo no está ningún secreto.

Catorce

Era casi medianoche cuando finalmente Meredith se marchó a casa. Exhausta tras aquel día interminable pero aun así cautivada por el cuento de esa noche, dio de comer a los perros, jugó un rato con ellos y se puso un chándal cómodo. Estaba en la cocina, preparándose una infusión, cuando llegó un coche.

«Jeff.» ¿Quién podía ser, si no, a las doce y media de la noche?

Se quedó quieta, con las manos

apoyadas en el borde del fregadero de loza, asiéndolo con los dedos, y con el corazón palpitando desbocado mientras oía que se abría la puerta de la casa.

Nina entró en la cocina. Se la veía ligeramente molesta.

Meredith sintió una oleada de decepción.

—Son más de las doce de la noche. ¿Qué estás haciendo aquí?

Nina se acercó a la encimera, cogió una botella de vino, sacó dos tazas de café del fregadero, las enjuagó y sirvió el vino en las tazas hasta llenarlas.

—Pues mira, me gustaría hablar del cuento, que para ser un cuento de hadas está repleto de detallitos. Pero ya que tú

te cagas de miedo, te voy a decir para qué he venido. Tenemos que hablar.

—Mañana es...

—Ahora. Mañana volverás a embutirte en tu armadura y a mí me amilánará tu competencia. Vamos. — Entonces, cogió a Meredith del brazo y la llevó al salón, donde encendió la chimenea con solo apretar un botón.

Saltaron las llamas. Y en un abrir y cerrar de ojos ya tenían calor y luz.

—Toma —dijo tendiéndole a Meredith su taza de vino.

—¿No te parece que es un poco tarde para beber vino?

—No voy a tomarme siquiera la

molestia de responder. Tal como me siento, da gracias por que no sea tequila.

«Nina. Siempre el drama.»

Meredith se sentó en el borde del sofá, con la espalda apoyada en el reposabrazos. Nina ocupó el otro extremo. Entre las dos, en el centro, juntaron los dedos de los pies.

—¿Qué es lo que quieres, Nina? — preguntó Meredith.

—A mi hermana.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Tú eras la que me llevaba a pedir caramelos en Halloween cuando papá se quedaba trabajando, ¿recuerdas? Tú me hacías el disfraz. ¿Y te acuerdas de que, cuando me presenté al equipo de

animadoras, tú me ayudaste a preparar la tabla de ejercicios durante semanas y cuando al final me cogieron, te alegraste por mí, y eso que quedaste fuera del equipo cuando lo intentaste tú? Y cuando Sean Bowers me pidió que fuese su pareja en el baile de fin de curso, fuiste tú la que me dijo que no me fiase de él. Vale que igual no hemos tenido mucho en común, pero somos hermanas.

Meredith había olvidado todas esas cosas. O, por lo menos, no había vuelto a pensar en ellas desde hacía años.

—Eso fue hace siglos.

—Me marché y te dejé con todo. Lo pillo. Y mamá no es precisamente una persona fácil como para haberte dejado

sola con ella. Pero, Mere, aunque nosotras no nos conozcamos bien, aquí me tienes.

—Lo veo.

—¿De verdad? Porque, francamente, estos últimos días te has portado como una cabrona. O quizá no como una cabrona, pero un poco muermo sí que has sido, y con una sola mujer que no me dirija la palabra en la cena tengo más que suficiente. —Nina se inclinó hacia delante—. Estoy aquí y te echo de menos, Mere. Parece que no quieres mirarme o hablar conmigo para nada, creo...

—Jeff me ha dejado.

Nina se apoyó bruscamente en el

respaldo.

—¿Qué?

Meredith no era capaz de repetirlo. Negó con la cabeza, mientras notaba el escozor de las lágrimas.

—Se ha ido al motel de al lado de la oficina.

—Qué cabronazo —dijo Nina.

Meredith se rio de verdad.

—Te agradezco que no des por hecho que ha sido culpa mía.

La mirada con que Nina miró a Meredith contenía afecto y compasión, y Meredith comprendió de pronto por qué tantos desconocidos le abrían el corazón a su hermana. Era por esa forma de

mirar, con esa expresión que ofrecía consuelo y cariño sin juicios de valor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nina bajando la voz.

—Me preguntó si seguía queriéndolo.

—¿Y?

—Yo no respondí —dijo Meredith—.

No respondí. Y aún no lo he llamado, no he ido detrás de él ni le he escrito ninguna carta apasionada ni le he suplicado que vuelva. No me extraña que me haya dejado. Hasta dijo que...

—¿Qué?

—Que era igual que mamá.

—Pues ahora opino que es un cabronazo y un gilipollas.

—Él me quiere —dijo Meredith—. Y

yo le he hecho daño. Lo vi perfectamente. Por eso lo dijo.

—¿A quién coño le importan sus sentimientos? Eso es lo que te pasa, Mere, que te preocupas más de la cuenta por todos los demás. ¿Qué quieres tú?

Hacía años que no se planteaba esa pregunta. Había ido a la universidad que sus padres habían podido permitirse, no a la que ella había querido ir; se había casado más joven de lo que había previsto porque se había quedado embarazada; había vuelto a Belye Nochi porque su padre la necesitó allí. ¿Cuándo había hecho lo que de verdad había querido hacer?

Curiosamente, pensó en los primeros

tiempos de la huerta, en la época en que había montado la tienda de regalos y la había llenado hasta los topes con objetos que le encantaban.

—Ya lo averiguarás, Mere. Te lo prometo. —Nina se acercó y le dio un abrazo.

—Gracias. En serio. Me has ayudado. Nina se reclinó.

—Acuérdate para la próxima vez que achicharre los fogones o deje la cocina hecha un desastre.

—Lo procuraré —dijo Meredith, y se inclinó hacia delante para entrechocar su taza con la de Nina—. Por los nuevos comienzos.

—Beberé por eso —dijo Nina.

—Tú bebes por lo que sea.

—Efectivamente. Y es uno de mis mejores rasgos.

A lo largo de los dos días siguientes su madre estuvo cerrada como una ostra, pasó de estar callada a ser como una tumba, incluso se negó a bajar a cenar. A Nina le habría molestado y hasta habría hecho algo al respecto, de no haber sido porque los motivos eran meridianos. Las tres se sentían igual. Y mientras los días daban paso a las noches y seguían avanzando, Nina se dio cuenta de que ella misma era incapaz de pensar siquiera en aquel cuento infantil.

Se acercaba el cumpleaños de su padre.

El día señalado amaneció brillante y soleado, con un cielo azul totalmente despejado.

Nina apartó la ropa de cama para levantarse. Hoy era el día por el cual había vuelto a casa. Desde luego, ninguna había dicho nada en voz alta, siendo como eran de ese tipo de mujeres que nunca hablaban de su sufrimiento. Pero era algo que había estado flotando en el ambiente.

Se acercó a la ventana del dormitorio y miró fuera. Los manzanos parecían danzar: millones de hojas verdes y

flores blancas titilando todas a la vez, bajo la luz del sol.

Cogió su ropa, hecha un gurrño en el suelo, se vistió a toda velocidad y salió del cuarto. No estaba del todo segura de lo que le diría a su madre en una fecha tan extremadamente delicada como esa, solo sabía que no quería quedarse a solas con sus pensamientos. Con sus recuerdos.

Cruzó el pasillo y llamó a la puerta de su madre.

—¿Estás levantada?

—Al atardecer —respondió su madre—. Os veré a Meredith y a ti al atardecer.

Con sensación de decepción, bajó a la

cocina y desayunó rápidamente. Luego, salió al camino de acceso de la vivienda para subir a ver a Meredith, pero al llegar a su casa lo único que encontró fue a los huskies dormidos en sendos círculos de sol en el porche. Meredith se había ido a trabajar, cómo no.

—Mierda.

Dado que lo último que deseaba hacer era vagabundear por esa casa silenciosa el día del cumpleaños de su padre, regresó a Belye Nochi, pescó su llave del coche del cuenco del recibidor y se marchó a la ciudad en busca de algo con lo que ocupar las horas hasta que cayese la tarde. Por el camino, fue parando aquí y allá para hacer fotos. A mediodía se

tomó un almuerzo de grasienta comida americana en la cafetería de la calle principal.

Pero a las ocho y cuarto estaba de vuelta en Belye Nochi. Se colgó el estuche de la cámara al hombro y entró en la casa; Meredith estaba en la cocina metiendo algo en el horno.

—Hola —dijo Nina.

Meredith se volvió.

—He hecho cena. Y he puesto la mesa. Pensé... Después...

—Claro —dijo Nina. Fue a las puerta-ventanas y se quedó mirando el jardín—. ¿Cómo lo hacemos?

Meredith se acercó a su lado y rodeó sus hombros con un brazo.

—Supongo que simplemente abrimos la urna y dejamos que caigan las cenizas. Podemos decir unas palabras, quizá.

—La que debería decirlas eres tú, Mere. Yo lo defraudé.

—Él te quería muchísimo —dijo Meredith—. Y se sentía orgulloso de ti.

Nina notó que se le saltaban las lágrimas. Afuera, parecía que el cielo estuviese plegándose por encima de la huerta, formando cintas de color rosa salmón y lavanda claro.

—Gracias —dijo, apoyándose en su hermana. No supo cuánto rato permanecieron así, juntas, sin decir nada.

—Ya es la hora —dijo finalmente su madre, detrás de ellas.

Nina se apartó de Meredith con delicadeza y se armó de valor para afrontar lo que vendría a continuación. Y ella y su hermana se volvieron a la vez, como si fueran una sola.

Su madre estaba en el umbral de la puerta, con una caja de palisandro con taraceado de marfil. Estaba prácticamente irreconocible: se había puesto una blusa elegante de chifón de color morado y unos pantalones de lino amarillo canario, con un pañuelo rojo y azul enrollado en el cuello.

—A él le gustaba el color —dijo—. Debería haber vestido más prendas de

colores... —Se apartó el pelo de la cara, alisándoselo, y miró por la ventana el atardecer. Entonces, respiró hondo y se acercó a sus hijas—. Ten —dijo tendiéndole la urna a Nina.

Qué absurdo. No era más que una caja llena de cenizas, no era realmente su padre, ni siquiera era lo que a ella le había quedado de él, y aun así, al cogerla de manos de su madre, la pena que había estado reprimiendo la inundó como una ola.

No podía moverse. Oyó que su madre y Meredith salían de la cocina y cruzaban el comedor. Fue con ellas, despacio.

Por las puerta-ventanas abiertas

entraba una brisa fresca que le rozó la mejilla; traía consigo el aroma de las manzanas.

—Vamos, Nina —la llamó Meredith desde el exterior.

Nina se recolocó la correa de la cámara alrededor del cuello y se dirigió al jardín.

Meredith y su madre ya estaban allí, quietas, muy rectas, delante del banco de hierro forjado, al pie del magnolio. Los últimos rayos del atardecer iluminaban la columna de cobre nueva y la transformaban en una llama radiante.

Nina apretó el paso, pero cuando quiso darse cuenta de que la hierba estaba resbaladiza fue demasiado tarde.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos: se le enganchó la punta del pie en una piedra, empezó a precipitarse al suelo y estiró los brazos para tratar de evitarlo; en ese momento la caja salió volando de repente. Y fue a chocar contra una de las columnas de cobre y se hizo pedazos.

Nina cayó con tal fuerza contra el suelo que notó sabor a sangre. Y allí se quedó, aturdida, oyendo a Meredith decir una y otra vez: «Oh, no».

Entonces, su madre la ayudó a levantarse mientras decía algo en ruso. Nunca había oído hablar a su madre en aquel tono tan amable.

—Se me ha caído —dijo Nina,

enjugándose la cara y, de paso, restregándose el polvo y la arena por toda la mejilla. Y al pensarlo, rompió a llorar.

—No llores —dijo su madre—. Piensa en que si él estuviese aquí diría: «Pero, diantre, ¿qué querías, Anya, si te empeñas en hacerlo cuando está oscureciendo?».

Su madre hasta sonreía.

—Diremos que ha sido un lanzamiento de cenizas —intervino Meredith, a quien las comisuras de los labios se le estaban curvando hacia arriba.

—Hay familias que las esparcen. Nosotras las aventamos —dijo Nina.

Su madre fue la primera en soltar la carcajada. Era un sonido tan sumamente extraño que Nina abrió la boca asombrada, y entonces también ella se echó a reír.

Estuvieron riéndose un buen rato, las tres juntas en mitad del jardín de invierno, rodeadas de todos aquellos manzanos. Y fue el mejor tributo que hubieran podido hacerle. Después, cuando su madre y Meredith se hubieron metido en la casa, Nina se quedó unos minutos a solas en medio del silencio, con la mirada fija en una aterciopelada flor blanca de magnolio vestida de ceniza gris.

—¿Has oído cómo nos reíamos? Ha

sido la primera vez, nunca nos habíamos reído las tres juntas. Y era por ti, papá, nos reíamos por ti...

Hubiera podido jurar que sintió su presencia a su lado, que oyó su respiración en el viento. Supo lo que le habría dicho esa noche: «Buen viaje, Neener Beaner. Escribe cuando aterrices».

—Te quiero, papá —susurró, mientras una flor de manzano caía delicadamente mecida por la brisa y se posaba a sus pies.

Meredith sacó del horno el pollo Kiev y

dejó la fuente encima de los fogones fríos para que se templase.

Se secó las manos con un trapo de rizo, respiró hondo y fue al salón para hacer compañía a su madre.

—Hola —dijo, y se sentó a su lado en el sofá.

Su madre la miró con una tristeza tal, que causaba asombro.

Aquel sentimiento las conectó durante unos segundos, lo suficiente para que Meredith alargase un brazo y tocase la mano de su madre.

Y ella, por primera vez, no la apartó.

Meredith quiso decirle algo, las palabras adecuadas que mitigasen el

dolor que las dos sentían. Pero, por supuesto, esas palabras no existían.

—Deberíamos cenar ya —dijo finalmente su madre—. Ve a llamar a tu hermana.

Meredith asintió en silencio y salió al jardín de invierno, donde Nina estaba fotografiando las flores de magnolio embadurnadas de ceniza.

Meredith se sentó en el banco, a su lado. El cielo de bronce se había apagado hasta el punto de que lo único que realmente se veía eran las flores blancas, que con la luz mortecina parecían de plata.

—¿Cómo estás? —preguntó Nina.

—Hecha una mierda. ¿Y tú?

Nina tapó la lente.

—He tenido días mejores. ¿Cómo está mamá?

Meredith se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

—Pero últimamente está mejor. Creo que por el cuento.

—Muy propio de ti pensar eso. — Meredith suspiró—. ¿Cómo demonios podemos saberlo? Ojalá pudiésemos hablar de verdad con ella.

—Creo que nunca, nunca, ha hablado realmente con nosotras. Ni siquiera sabemos cuántos años tiene.

—¿Cómo es que de pequeñas no nos parecía extraño?

—Supongo que la gente da por

naturales las cosas que forman parte de su infancia. Como esos niños asilvestrados que de verdad piensan que son perros.

—La diferencia es que a un niño asilvestrado le puedes hacer que acabe manteniendo una conversación como esta. Vamos —dijo Meredith.

Entraron en la casa y encontraron a su madre sentada a la mesa, con la cena servida. Pollo Kiev con patata gratinada y ensalada de lechuga. En el centro de la mesa había una licorera de vodka y tres vasitos.

—Así me gustan a mí los centros de mesa —comentó Nina, y fue a sentarse mientras su madre servía los tres vasos.

Meredith se sentó al lado de su hermana.

—Un brindis —dijo su madre en voz baja, levantando su vasito.

Siguió un silencio incómodo, durante el cual las tres se miraron. Meredith sabía que cada una estaba pensando qué decir a continuación, cómo rendirle homenaje sin hacer que doliese ni sonara triste. Él no habría querido eso.

—Por nuestro Evan —dijo finalmente su madre, entrechocando su vasito con los otros dos. Y se tomó el licor de un solo trago—. A vuestro padre le encantaba cuando yo bebía.

—Es una buena noche para beber —dijo Meredith. Se bebió su vodka y

tendió el vasito vacío para que le sirviese otro. Este segundo trago le abrasó la garganta—. Echo de menos oír su voz cuando entro en la casa —añadió.

Su madre se sirvió inmediatamente otro trago.

—Yo echo de menos su forma de besarme cada mañana.

—Yo me acostumbré a echarlo de menos —aportó Nina, en voz queda—. Ponme otro.

Cuando Meredith se tomó su tercer chupito de vodka, notó un hormigueo en las venas.

—Él no quería que hablásemos así de él —dijo su madre—. Querría...

En el silencio que siguió entonces, se

miraron unas a otras. Meredith sabía que estaban pensando lo mismo: ¿cómo se seguía adelante? «Siguiendo y nada más», pensó. Y, por eso, dijo en voz alta:

—Mi festivo preferido es el día de Acción de Gracias. Me encanta todo: cómo lo viven mis hijas los días previos, decorar la casa, oír el primer disco navideño, preparar la comida. Y voy a decirlo ahora: aborrecía aquellos malditos viajes por carretera, todos juntos, a los que le gustaba tanto llevarnos. El peor fue cuando fuimos al este de Oregón. ¿Os acordáis de cuando nos alojamos en unos tipis? Hacía como 38 grados de temperatura y Nina se puso

a cantar «I think I Love You» por enésima vez.

Nina se rio.

—Pues a mí esos viajes de acampada me chiflaban, pero nunca se sabía adónde íbamos. Mis fiestas preferidas son las Navidades porque es una fecha fácil de recordar. Y lo que más echo de menos de papá es que siempre estaba esperándome.

Meredith nunca había sabido que en ocasiones Nina se sentía sola, que, a pesar de brujulear por todo el globo terráqueo, le agradaba saber que había alguien esperándola.

—Yo adoraba el espíritu aventurero de vuestro padre —dijo su madre—.

Aunque aquellos viajes de acampada eran un horror. Nina, no deberías cantar nunca delante de espectadores que no puedan coger y marcharse.

—¡Ja! —exclamó Meredith—. Sabía que no estaba loca. Oírte cantar era como oír el taladro de un dentista.

—¿Sí? Pues David Cassidy me escribió una carta.

—Llevaba la firma impresa. — Meredith sonrió por su golpe de gracia.

Su madre, enfrente de ella, suspiró. Daba la sensación de que no estuviera escuchándolas casi.

—Siempre me decía que iba a llevarme a Alaska. ¿Lo sabíais? Para que pudiera ver otra vez las *belye nochi*

y la aurora boreal. Eso es lo que más recuerdo de Evan. Él me salvó.

Levantó repentinamente la vista como si se hubiese dado cuenta de que había dejado ver algo de sí misma. Entonces, se apartó de la mesa empujándose con ambas manos y se levantó.

—Yo siempre quise ir a Alaska también —dijo Meredith. No quería que su madre abandonase la mesa. No en ese momento.

—Me voy a mi habitación —dijo su madre.

Meredith se adelantó rápidamente para cogerla de un brazo.

—Ven, mamá...

Su madre se apartó.

—No soy una inválida.

Meredith se quedó mirando a su madre mientras esta salía de la cocina y se marchaba.

—No hay quien la entienda, maldita sea.

—Y que lo digas, querida.

Esa noche Meredith y Nina se quedaron despiertas hasta altas horas, conversando sobre su padre y contándose sus recuerdos respectivos de la infancia. A su manera, las dos estaban aferrándose a la efeméride, a la idea de celebrar de verdad su cumpleaños. Después, cuando Meredith estaba ya en

su cama, sola, inauguró lo que sabía sería una nueva tradición: hablar con su padre en los momentos de quietud. Puede que ya no pudiera recibir consejos de él, pero por alguna razón el solo hecho de hablar en voz alta la ayudaba. Le habló de Jeff y de su confusión y de su incapacidad para decirle a su marido lo que deseaba oír. Y supo lo que le habría preguntado su padre. Habría sido la misma pregunta que le había hecho Nina.

«¿Qué quieres tú?»

Era algo que no se había planteado seriamente desde hacía mucho tiempo. Se había pasado los últimos diez años de su vida dedicada a pensar en lo que

iba a hacer de cenar, dónde deberían estudiar sus hijas y cómo embalar manzanas para el mercado internacional. Había meditado acerca de la producción frutícola y de los trabajos que pedían a sus hijas para el ingreso en la universidad, en arreglos de la casa y en cómo ahorrar para pagar matrículas universitarias e impuestos.

Los pequeños detalles y las pequeñas decisiones lo habían engullido todo.

Pero a lo largo del día siguiente, mientras se esforzaba por concentrarse en su trabajo, la pregunta volvió una y otra vez a su mente hasta que, por fin, dio con una especie de respuesta.

Aun sin saber lo que quería

exactamente, de pronto sí tuvo claro lo que no quería. Estaba harta de ir siempre corriendo a todas partes y de parapetarse detrás de una agenda a reventar, harta de fingir que no había problemas.

Después de trabajar, cruzó la ciudad en su coche hasta el edificio del *Wenatchee World*.

—Hola —dijo desde el umbral del despacho de Jeff.

Él levantó la vista del papeleo que tenía en la mesa. Meredith vio enseguida que últimamente no había estado durmiendo bien, y que a su camisa no le vendría mal pasar por la lavadora. Su cara sin afeitarse le daba un aire diferente,

más joven, más moderno; un desconocido.

Se levantó despacio y se peinó con los dedos los cabellos rubios rojizos.

—Meredith.

—Debería haber venido antes.

—Eso esperaba yo.

Meredith miró por la ventana a los coches que pasaban a toda velocidad.

—Tenías razón al marcharte. Necesitamos saber adónde vamos a partir de ahora.

—¿Has venido a decirme eso?

¿Había ido a decirle eso? Ni siquiera en esos momentos estaba segura.

Él se levantó de la mesa y se acercó a

ella. Ella notó su mirada fija, sondeando sus ojos en busca de algo.

—Porque no estoy esperando para oír eso.

—Lo sé. —A pesar de que hubiera sido más fácil decir esas palabras, recuperar su vida y pararse a reflexionar después, a pesar de la rabia que le daba darle una desilusión, no pudo darle lo que quería—. Lo siento, Jeff. Pero cambiaste la situación y eso me hizo pensar. Por una vez, no quiero hacer lo que se espera de mí. No quiero anteponer la felicidad de todos los demás a la mía propia. Y en este preciso instante no sé qué decirte.

—¿Puedes decir que no me quieres?

—No.

Él meditó sobre eso, sin llegar a arrugar la frente.

—Está bien. —Se sentó en el borde de la mesa y de pronto ella notó como nunca antes la distancia que los separaba—. Maddy me dijo que le habías mandado una caja con cosas la semana pasada.

—Jillian recibió la suya la semana anterior.

Él asintió con la cabeza, mirándola.

—¿Y el cumpleaños de tu padre?

—Lo llevé como pude. Algún día te lo contaré. Hay una historia graciosa de Nina.

«Algún día.»

Estaba a punto de preguntarle por su libro, cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta. Una joven guapa de rubios cabellos revueltos asomó la cabeza.

—¿Sigues animado a comer pizza, Jeff? —preguntó, agarrándose al marco de la puerta, curvando los dedos por encima.

Jeff miró a Meredith y ella se encogió de hombros.

Por primera vez, se preguntó cómo era su vida ahora que no estaban juntos. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que pudiera rehacer su vida, hacer amistades nuevas. Sonrió con una sonrisa un poco demasiado

marcada y dijo adiós con voz serena. Salió del despacho, saludando con la cabeza fugazmente al pasar por delante de Miss Periodismo Estados Unidos con sus vaqueros ajustados y su jersey de cuello de pico. Y se fue a casa. Una vez allí, dio la comida a los perros, pagó unas facturas y puso una lavadora. Su cena consistió en un cuenco de cereales integrales con pasas, que se tomó de pie delante del fregadero. Después, hizo sendas llamadas telefónicas a sus hijas y las escuchó hablar de las clases a las que asistían y de los chicos que les parecían monos.

Fue Jillian la que preguntó por Jeff.

—¿Qué quieres decir con que cómo

está papá? —repuso Meredith, trabándose, y dándose cuenta un poco tarde de que había sido una pregunta inocente.

—Pues ya sabes, de sus alergias. Anoche tosía sin parar.

—Ah, eso. Bien.

—Qué rara estás.

Meredith soltó una risa nerviosa.

—Es que ando muy liada, cariño, nada más. Ya sabes cómo se revoluciona el negocio de la manzana en esta época del año.

—¿Y eso qué tiene que ver con papá?

—Nada.

—Ah. Bueno. Dile que le quiero, ¿vale?

A Meredith no se le escapó la ironía de lo que acababa de oír.

—Descuida.

Colgó el teléfono y se quedó mirando la oscuridad desde detrás de la ventana de su cocina. En la pared, a su lado, el reloj siguió avanzando con su tictac. Por primera vez, fue consciente de la verdad de la situación: ella y Jeff estaban separados. Separados. Ya no formaban una pareja. Debería haberse dado cuenta antes, por supuesto, pero por alguna razón no lo había asimilado hasta ese momento. Habían sucedido tantas cosas en Belye Nochi que los problemas de su matrimonio habían pasado a un segundo plano.

Y, de pronto, no quería estar sola, no quería ver una serie cómica en la tele para tratar de distraerse.

—Venga, cachorritos —dijo, cogiendo su abrigo—, nos vamos a dar un paseo.

Diez minutos después estaba en Belye Nochi. Dejó a los perros en el porche, atados, entró y llamó a Nina.

Se encontró a su madre en el salón haciendo punto.

—Hola, mamá.

Su madre la saludó con un movimiento de la cabeza pero sin levantar la vista.

—Hola.

Meredith trató de no sentirse

decepcionada.

—Voy a retomar lo de ir guardando tus cosas. ¿Quieres algo? ¿Has cenado?

—Estoy bien. Nina hizo cena. Gracias.

—¿Dónde está?

—Fuera.

Meredith esperó a que añadiese algo más, pero no fue así, por lo que dijo:

—Estaré arriba si me necesitas.

Subió varias cajas a rastras por las escaleras. Y fue al vestidor de sus padres. El lado izquierdo pertenecía a su padre: una fila de chaquetas de punto y camisetas de golf de colores vivos. Fue pasando la mano por ellas, delicadamente, dejando que los dedos

acariciasen la suave tela de las mangas. En breve tendrían que recoger todas sus prendas para donarlas, pero en esos momentos Meredith no podía siquiera pensarlo.

Así pues, decidió mirar el lado de su madre. Por ahí era por donde iba a empezar.

Se centró en la pila de jerséis de la balda de encima de los vestidos. Los sacó todos juntos con ambos brazos y echó todo el montón en la alfombra, para arrodillarse y comenzar la ardua tarea de seleccionar, descartar y doblar. Se enfrascó tanto en la labor que apenas se dio cuenta del paso del tiempo, por lo

que al escuchar la voz de Nina se sorprendió.

—¿Estás a gusto, mamá? —dijo Nina.

Meredith se acercó a la puerta del vestidor y la abrió una rendija.

Su madre estaba metida en la cama, con la lámpara de noche encendida, a su lado. Se había soltado el pelo blanco, que tenía remetido por detrás de las orejas.

—Estoy cansada.

—Te he dejado tiempo —dijo Nina, que se sentó en el suelo delante de la chimenea negra y fría.

Meredith no se movió. Apagó la luz del vestidor y se quedó allí, quieta.

Su madre suspiró.

—Bien —dijo, y apagó la luz de la mesilla de noche—. *Belye nochi* —añadió, transformando las palabras en magia líquida, llenas de pronto de pasión y misterio—. Es la estación de la luz en el Reino de la Nieve, en el que las hadas emiten su fulgor desde las brillantes hojas verdes de los árboles y los arcoíris ondulan como cintas en el firmamento de la medianoche. Aunque se encienden las farolas,

solo están de adorno, oasis de oro colocados a lo largo de las bruñidas calles tendidas a sus pies y, los

contados días en que llueve, la luz hace que todo se refleje como en un espejo.

Uno de esos días, Vera está limpiando las vitrinas de cristal de la cámara del gran manuscrito perdido de los elfos. Ha pedido ella que la manden aquí. Corre el rumor de que en ocasiones los elfos se aparecen a los que creen en ellos, y Vera desea volver a creer.

Estando así, a solas en la sala del manuscrito (en estos tiempos nuevos donde todo es peligroso, pocos estudiosos se atreven a preguntar ya por el pasado), Vera tararea una canción que le enseñó su padre.

—La biblioteca es para estar en

silencio.

Vera se sobresalta tanto al oír esa voz que se le cae el trapo. La mujer que tiene delante es como una grulla: alta y delgadísima como el alambre, con una nariz que parece el pico de un ave.

—Disculpe, señora. Como nunca viene nadie aquí, pensé que...

—Pues no lo hagas. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Vera no distingue si se lo dice como una advertencia o como una reprimenda. En estos tiempos cuesta reconocer esos matices.

—Perdone otra vez, señora.

—Bien. Madame Dufours me dice que un estudiante de la universidad

requiere tu presencia. Lo ha enviado el clérigo Nevin. Ayúdale, pero no descuides tus obligaciones.

—Sí, señora —responde Vera. Por fuera está serena, pero por dentro es como un perrillo que brincase para que lo dejen salir. ¡El clérigo ha encontrado a un alumno que le dará clases! Espera a que salga la bibliotecaria y a continuación recoge y guarda sus productos de limpieza.

Andando a toda velocidad (intenta ir más despacio pero le resulta imposible; hace muchísimo tiempo que no se sentía tan emocionada), apenas roza la barandilla de madera mientras baja rauda la ancha escalera de mármol.

Abajo, la sala principal de la biblioteca está llena de mesas con gente que va de un lado para otro. Delante de la mesa de la bibliotecaria jefe hay una cola muy larga de personas que serpentea por la sala.

—Verónika. —Oye su nombre y se vuelve despacio.

Está exactamente como lo recordaba: con su mata de cabellos dorados, demasiado largos y ensortijados. Su ancha mandíbula está recién rasurada y un puntito rojo en el cuello delata que se ha afeitado apresuradamente. Pero son sus ojos verdes los que la cautivan una vez más.

—Alteza —dice, intentando que

suene despreocupado—. Qué alegría. ¿Cuánto tiempo hace?

—No.

—¿No qué?

—Ya sabes lo que pasó en el puente del Fontanka.

La sonrisa se le borra a Vera e intenta volver a encontrarla. No quiere mostrarse como una joven ingenua y tonta. Ya no.

—Eso fue solo una noche. De hace muchos años.

—Vera, no fue una noche cualquiera.

—Por favor. No bromee conmigo, alteza. —Para su espanto, la voz se le quiebra un poco—. Y usted nunca volvió.

—Tenías quince años —dice él—. Y yo dieciocho.

—Sí —dice ella, frunciendo las cejas. Pero sigue sin comprender lo que trata de decirle.

—He estado esperándote.

Por primera vez en su vida, Vera finge estar enferma. Va a hablar con la bibliotecaria, a quejarse de un fuerte dolor de barriga, y le ruega que la deje marcharse antes a casa.

Hacer algo así es espantoso y peligroso. Si su madre se enterase, Vera estaría en un serio aprieto, tanto por mentir como por las decisiones que

seguirán inevitablemente a la mentira. ¿Qué pasará si alguien ve a Vera en el exterior, cuando se supone que está enferma?

Pero una jovencita de su edad no puede dejarse llevar por el miedo cuando tiene el amor al alcance de la mano.

Pese a todo, es lo bastante lista para irse derecha a casa cuando la dejan salir de su trabajo. En el tranvía, va agarrada fuertemente a la barra de metal, sujetándose mientras el vagón avanza a bandazos y trompicones. Y cuando llega al piso, abre la puerta despacio y echa un vistazo furtivo al interior.

Su abuela está delante de los fogones, removiendo un guiso en un caldero negro grande.

—Has vuelto pronto hoy —dice, usando el dorso de su mano rolliza para apartarse de los ojos el pelo gris húmedo.

El olor dulce de la pasta borbotante de fresas inunda el piso. Reunidos encima de la mesa, hay al menos doce tarros de vidrio listos para usar, con las tapas metálicas repartidas al lado.

—La biblioteca estaba muy tranquila —dice Vera, que nota que se le pone la cara colorada al mentir.

—Entonces puedes...

—Voy a salir al campo —dice Vera.

Cuando ve la mirada intensa de su abuela, añade—: Iré a recoger pepinos y coles.

—Ah. Muy bien, entonces.

Vera se queda allí quieta un rato más, mirando el adusto perfil de su abuela. Su vestido holgado tiene el bajo hecho jirones y las medias rotas, con carreras y enganchones. Un pañuelo azul viejo y gastado le tapa los cabellos crespos y canosos.

—Dile a mamá que estaré fuera hasta tarde. No volveré para la cena, eso seguro.

—Ve con cuidado —dice su abuela—. Eres joven... y eres hija de él. No te hará ningún bien llamar la atención.

Vera asiente sin decir nada, para disimular que ha vuelto a ponerse colorada. Va al rincón del piso donde dejan la vieja bicicleta oxidada apoyada contra la pared. Se lleva la bicicleta a la puerta y sale.

Nunca ha pedaleado tan sinuosamente con su destartalada bicicleta por las calles de su amado Reino de la Nieve. Las lágrimas le nublan la vista y se pierden entre sus cabellos ondulantes. Cuando la gente se pone delante de ella, hace sonar el timbre del manillar y los esquiva como una flecha. Y mientras atraviesa la ciudad de una punta a otra, a la vera del río, y luego por encima del puente,

nota los rápidos latidos de su corazón y en su cabeza aparece el nombre de él.

«Sasha. Sasha. Sasha.»

Ha estado esperándola, lo mismo que ella ha estado esperándolo a él. Esta buena fortuna le parece increíble, una pepita de oro hallada en el camino de tierra de su vida. Cuando llega a la entrada del Jardín de Verano, llena de intrincadas volutas negras, detiene la bici y se apea.

La belleza de los alrededores del castillo la asombra. Ese jardín, rodeado de agua por tres de sus lados, es un majestuoso remanso de verdor dentro de la ciudad amurallada. Todo huele a tilos y a piedra caliente. Unas

estatuas exquisitas de mármol flanquean los senderos perfectamente cuidados.

Vera hace lo que han planeado: sigue a pie por el sendero, empujando la bici, tratando de aparentar calma, como si estuviese dándose un paseo vespertino sin más, por un lugar en el que rara vez se ve entrar a una campesina. Pero tiene el corazón desbocado y los nervios de punta, electrizados.

Y entonces lo ve, de pie junto a un tilo, sonriéndole.

Ella da un traspié, tropieza y se golpea con la bicicleta. Él aparece a su

lado al instante, cogiéndola de un brazo.

—Por aquí —dice, y la lleva a un rincón apartado entre los árboles, donde ella ve que ha puesto en la hierba una manta y un cesto.

Al principio se sientan con las piernas cruzadas en la agradable manta de lana de cuadros escoceses, apoyados el uno en el otro. Ella puede ver a través de la verde enramada del árbol que la luz del sol crea motitas luminosas en el agua y torna dorada una estatua de mármol. Dentro de poco, bien lo sabe, los senderos se llenarán de damas y caballeros y enamorados deseosos de salir a pasear

bajo la cálida luz de una noche de junio.

—¿Qué has estado haciendo desde... la última vez que te vi? —le pregunta ella, sin atreverse a mirarlo. Él ha ocupado su corazón desde hace tanto tiempo que es como si ya lo conociese. Pero en realidad no lo conoce. No sabe qué decir ni cómo decirlo, y de pronto le da miedo que exista una forma errónea de dar el siguiente paso, que pueda cometer un error que, una vez cometido, no pueda deshacerse.

—Estoy en la universidad del clérigo, estudiando para ser poeta.

—Pero si eres príncipe. Y la poesía está prohibida.

—No tengas miedo, Vera. Yo no soy como tu padre. Yo soy precavido.

—Eso mismo le dijo él a mi madre.

—Mírame —dice Sasha con dulzura, y Vera se vuelve hacia él.

Es un beso que, una vez iniciado, no termina nunca realmente. Que se interrumpe, claro. Que se detiene un tiempo, por supuesto. Pero desde este preciso instante en adelante, Vera entiende toda su vida únicamente como el tiempo necesario para respirar antes de volver a besarlo. Esa noche en el parque comienzan la delicada tarea de entrelazar sus dos almas, de crear un todo que abarca sus dos mitades separadas.

Vera le cuenta todo sobre sí misma, hasta el último detalle, y luego escucha arrobada el relato de la vida de él: cómo fue nacer en un lugar de la estepa septentrional, cómo fueron sus años en el orfanato y cómo lo encontraron después sus reales padres. Su relato de privaciones y soledad la mueve a estrecharle la mano con más fuerza, a besarlo con más desesperación y a prometerle que lo amará eternamente.

Dicho esto, él se vuelve un poco y acaba tumbado a su lado, las caras muy cerca la una de la otra.

—Yo te amaré todo el tiempo, Vera — dice.

Después de eso ya no hay nada más que decir.

Pasean de la mano rodeados del suave fulgor violáceo de la madrugada. Las estatuas de alabastro parecen de color rosa, iluminadas así. Una vez en las calles de la ciudad, vuelven a estar rodeados de gente, desconocidos que a ellos les parecen rostros amigos esa noche blanca en que el viento que sube desde el río acaricia las hojas de los árboles. La aurora boreal danza en el cielo con sus tonalidades de ensueño.

Al final del puente, al pie de la farola, se detienen y se miran.

—Ven mañana por la noche. Ven a

cenar —dice ella—. Quiero que conozcas a mi familia.

—¿Y si no les caigo bien?

Aunque su voz es firme, aunque ningún detalle exterior delata sus sentimientos, Vera ve tan nítidamente su corazón como si palpitase entre sus blanquísimas manos. Y oye en su voz el sufrimiento de un muchacho al que en su día abandonaron y al que fueron a buscar demasiado tarde, cuando el daño ya estaba hecho.

—Sasha, te van a querer —dice ella, sintiéndose por una vez como si fuese la mayor de los dos—. Confía en mí.

—Dame un día más —dice él—. No le cuentes a nadie lo nuestro. Por favor.

—Pero yo te amo.

—Un día más —insiste él.

A Vera le parece que es poco lo que le pide y accede a ello, pese a que se está comportando como un tonto. Aun así, sonrío al pensar en otra noche mágica como esa, en la que solo existirán ellos dos. Seguro que puede fingir encontrarse mal una vez más.

—Nos vemos mañana a la una. Pero no entres en la biblioteca. Necesito ese empleo.

—Te estaré esperando en el puente que cruza el foso del castillo. Quiero enseñarte una cosa especial.

Vera se suelta finalmente de sus manos y cruza la calle, con su bicicleta

traqueteando al lado. Luego, sube con ella a pulso por las escaleras, tratando de no hacer ruido; llega al segundo piso y abre la puerta. Las viejas bisagras chirrían, la bici tintinea.

Lo primero que percibe es el olor a humo. Entonces ve a su madre, sentada a la mesa, fumando un cigarrillo. Junto a su codo hay un cenicero lleno a rebosar.

—¡Mamá! —exclama Vera. La bicicleta choca con estrépito contra la pared.

—Calla —ordena su madre con voz cortante, y lanza una mirada a la cama, donde la abuela ronca.

Vera deja la bici y va a la mesa. No

hay ninguna luz encendida, pero igualmente entra por la ventana un suave resplandor que la ilumina y que otorga cierta suavidad a cada dura superficie de la habitación; esto es especialmente así en el rostro de su madre, que está crispado de ira.

—¿Y dónde están esas verduras que ibas a traer del huerto?

—Oh. Es que me di un golpe con un banco y me caí de la bici. Todo se echó a perder. —Mientras el embuste sale por su boca, ella se aferra a él—. Y me hice daño. Ay, cómo me duele el costado. Por eso he tardado tanto en volver. Tuve que venir andando desde allí.

Su madre la mira sin sonreír.

—Vera, una chiquilla de diecisiete años es casi una niña. Tú no estás tan preparada para la vida... ni para el amor... como crees. Y vivimos tiempos peligrosos.

—Tú tenías diecisiete años cuando te enamoraste de papá.

—Sí —admite su madre, y suspira. Suena a derrota, como si supiera ya todo lo que ha pasado.

—Y lo harías de nuevo, ¿verdad? Quiero decir, volverías a amar a papá.

Su madre se estremece al oír esa palabra: «amar».

—No —responde su madre en voz baja—. No volvería a amarlo, no

volvería a amar a un poeta al que le importaban más sus preciadas palabras que la seguridad de su familia. No, si hubiese sabido cómo es vivir con el corazón destrozado. —Apaga el cigarrillo—. No. Esa es mi respuesta.

—Pero...

—Ya sé que no lo entiendes —sigue diciendo su madre, y se vuelve para darle la espalda—. Espero que nunca llegues a entenderlo. Y ahora, a la cama, Vera. Déjame fingir que sigues siendo mi niña inocente.

—Es que lo soy —protesta Vera.

Su madre la mira una última vez y añade:

—No por mucho tiempo, me parece a

mí. Porque deseas enamorarte.

—Lo dices como si enamorarse fuese algo así como caer enferma.

Su madre no dice nada más y se mete en la angosta cama con Olga, quien emite un resoplido en sueños, y le echa un brazo por encima.

Vera quiere preguntarle más cosas, quiere contarle cómo se siente, pero ve que su madre no muestra ningún interés. ¿Es por esto por lo que Sasha le ha pedido un día más? ¿Sabía que su madre se opondría?

Se cepilla los dientes, se cambia de ropa para acostarse y se recoge los largos cabellos en una trenza. Entonces, se mete en la cama al lado de

su madre y se relaja, muy cerca de ella, que la acoge con amor entre sus brazos.

—Ve con cuidado —le susurra su madre al oído—. Y no vuelvas a mentirme.

Quince

A la mañana siguiente Vera se despierta temprano, para tener tiempo para lavarse el pelo en el fregadero de la cocina. Luego, lo cepilla minuciosamente, con mucho esfuerzo, hasta que se le seca.

—¿Adónde vas? —pregunta Olga, somnolienta, desde la cama.

Vera se pone el dedo en los labios y con un sonido silbante la manda callar.

Su madre se incorpora un poco,

apoyándose en un codo.

—No hace falta que mandes callar a tu hermana, Verónika. Ya he olido el agua de rosas que has utilizado para el pelo.

Vera se plantea contarle una mentira, quizá que ese día hay un acto importante en la biblioteca, pero al final opta por no replicar nada.

Su madre aparta las raídas sábanas y se levanta del camastro. Olga y ella se apartan cada una hacia un lado como dos nadadoras de natación sincronizada y se quedan de pie mirándola, con sus andrajosos camisones blancos.

—Trae a tu jovencito el domingo —

dice su madre—. Tu abuela no estará en casa.

Vera le echa los brazos al cuello y la abraza con todas sus fuerzas. Luego, tal como llevan haciendo día tras día desde hace más de un año, desayunan y después se marchan del piso juntas.

Cuando su madre se desvía para encaminarse al almacén, Olga se acerca sigilosamente a Vera.

—Cuéntamelo.

Vera agarra del brazo a su hermana.

—Es el príncipe Aleksandr. Sasha. Ha esperado a que yo me hiciese más mayor y ahora que he crecido, se ha enamorado de mí.

—El príncipe —dice Olga,

maravillada.

—Esta noche he quedado con él otra vez. Así que dile a mamá que estoy bien y que volveré a casa en cuanto pueda. No quiero que se preocupe.

—Se va a poner como una furia.

—Ya —dice Vera—. Pero ¿qué le voy a hacer? Lo amo, Olga.

Al llegar a la esquina, Olga se para.

—Pero ¿vendrás a casa, no?

—Te lo prometo.

—Vale. —Olga le da un beso en cada mejilla y se va por la calle, camino de su trabajo en el museo.

Vera coge el tranvía en la siguiente esquina y recorre en él varias manzanas. Cuando entra en la

biblioteca, está totalmente concentrada en pensar en la manera de salir a hurtadillas del trabajo antes de su hora.

La bibliotecaria está esperándola en el majestuoso vestíbulo, con los brazos cruzados y dando golpecitos, impaciente, con la punta del pie derecho en el suelo de mármol.

Vera frena en seco.

—Madame Plotkin. Siento el retraso. La bibliotecaria mira el reloj de pared.

—Siete minutos, para ser exactos.

—Sí, señora. —Vera intenta poner cara de contrición.

—Ayer te vieron por el parque.

—*Oh, no. Madame Plotkin, se lo ruego...*

—*¿Valoras tu puesto de trabajo?*

—*Sí, señora. Mucho. Y lo necesito. Para mi familia.*

—*Si yo fuera la hija de un criminal del reino, me andaría con cuidado.*

—*Sí, señora. Por supuesto que sí.*

La bibliotecaria se frota las manos, como si durante la conversación se le hubiesen manchado de polvo, no se sabe cómo, y ahora quisiera limpiárselo.

—*Bien. Y ahora vete al depósito a abrir las cajas que han llegado.*

—*Sí, señora.*

—*Confío en que no volverás a caer*

enferma.

Vera se pasa el día entero apresada entre las paredes del oscuro depósito de libros, lleno de polvo, y se siente como un pájaro golpeándose sin cesar contra una ventana de cristal. Se imagina a Sasha en el puente esperándola, primero con una sonrisa y, más tarde, con el ceño fruncido.

Se muere por salir de ese silencio opresivo. Pero su miedo es más fuerte que su amor, por lo que se ve, y eso la hace sentir aún más vergüenza. Es la hija de un criminal del reino y no debe llamar la atención. Tal como están las

cosas, su familia apenas tiene para salir adelante. Si se quedase sin su empleo, sería la ruina. Por eso, se queda allí dentro. A veces se mueve de acá para allá sin rumbo, por lo que sus compañeros la riñen y le dicen que tenga cuidado, que mire por dónde va.

Hora tras hora, mira el reloj sin pestañear, ansiosa por que la manecilla negra avance... avance... dé la hora de salir y, cuando por fin termina su turno, deja lo que está haciendo y sale corriendo en dirección a la puerta, a la brillante luz de la escalera. Baja a toda prisa por los amplios escalones de mármol. Al llegar al vestíbulo, se obliga a sí misma a ralentizar el paso y

recorre el suelo de mármol con toda la naturalidad de que es capaz.

Ya en el exterior, echa a correr: baja corriendo las escaleras y cruza a toda prisa la calle hasta la parada del tranvía. Cuando el coche se detiene con su ruidoso tintineo delante de ella, se apretuja entre la multitud de viajeros. Hay tanta gente en el tranvía que no necesita agarrarse a la barra de metal.

Cuando llega a su parada, salta a la calle y corre hasta la esquina.

La calle está desierta.

Entonces ve los carruajes negros. Son dos, y están aparcados delante del puente del foso.

Vera se queda inmóvil. Es como si sus rodillas hubiesen olvidado cómo tienen que flexionarse, y ha de echar mano de todo su coraje solo para respirar. Ellos saben que es una campesina, que viene a encontrarse a escondidas con un miembro de la realeza, y han venido a por ella. O tal vez estén buscándolo a él. Ni siquiera los príncipes están a salvo de las garras del Caballero Negro.

—No deberías estar aquí.

Oye esas palabras como si las hubiesen dicho desde muy lejos, y entonces una mano la agarra con fuerza y la obliga a volverse.

Hay un hombre a su lado.

—Se lo han llevado. No deberías estar aquí.

—Pero...

—No hay pero que valga. Quienquiera que fuera para ti, deberías olvidarte de él y volver a casa.

—Pero yo lo amo.

La cara carnosa del hombre se dulcifica al mirarla con pena.

—Olvídate de tu joven —insiste—. Y vete.

La empuja con tal firmeza que hace que se tambalee. Antiguamente un gesto así habría podido interpretarse como una grosería, pero hoy en día es un gesto amable, un recordatorio de

que ese no es sitio para quedarse inmóvil, llorando.

—Gracias, señor —dice ella en voz baja mientras se aleja.

Las lágrimas le escuecen en los ojos y ella se las enjuga a desgana. Con los ojos quemándole, levanta la cara y ve borrosamente a un joven al pie de una farola apagada.

Visto desde la distancia, se parece a Sasha, con sus cabellos indómitos, su sonrisa amplia y su mandíbula fuerte. Pero incluso al apretar el paso, se dice que es una tonta, que Sasha no está y que de ahora en adelante todos los jóvenes guapos y rubios le recordarán a él; aun así, al cabo de un metro

aproximadamente ya está corriendo. Y una milésima de segundo antes de que él empiece a avanzar hacia ella, se da cuenta de que no es ninguna equivocación. Que es su Sasha el que en estos momentos corre a su encuentro.

—Vera —dice, y la estrecha entre sus brazos y la besa con tal intensidad que ella tiene que separarlo con las manos para tomar aliento.

—¿Llevas todo el día esperándome?

—¿Todo el día? ¿Crees que iba a esperarte tan poco tiempo? —Vuelve a estrecharla contra su cuerpo.

Cruzan juntos la calle. El Teatro Real se alza desde el asfalto como un

pastel de caramelo hilado verde y blanco, con su adorno de una lira y una corona en el tejado. Está empezando a formarse una cola a lo largo de la acera. Vera se da cuenta de lo elegantes que van las personas, con pieles y joyas y guantes blancos.

Sasha la lleva a la fachada posterior, a una puerta en la parte de atrás del teatro. Ella lo sigue por un pasillo a oscuras y luego suben un tramo de escalones.

Rodean el vestíbulo principal y se cuelan en un palco privado.

Vera se queda mirando asombrada la sala en penumbra, ve los adornos dorados y las arañas de cristal. Dentro

del palco, que es evidente que está en plena reforma, ni las herramientas ni el desorden pueden ocultar los exquisitos detalles. Unos asientos tapizados suntuosamente con tela de angora ocupan todo el frente del palco; al fondo, oculta en la oscuridad, se distingue una otomana con drapeado de terciopelo polvoriento. Ella está de pie al lado del diván y oye que las puertas se abren, abajo, y que empiezan a entrar en el teatro los elegantes espectadores. El runrún de las conversaciones asciende hasta las vigas del techo.

*Vera se vuelve hacia Sasha y le dice:
—Tenemos que marcharnos. Este no*

es mi sitio.

Él la arrastra a la zona de sombra. Unos cortinajes de terciopelo azul amortiguan sus cuerpos al apoyarse contra la pared.

—Nadie va a usar este palco esta noche. Si entra alguien, diremos que somos de la limpieza. Ahí están nuestras escobas.

Las luces titilan y se hace el silencio entre el público. Encima del escenario se descorre el telón en dos mitades de terciopelo dorado y azul.

La música empieza a sonar con una nota aguda, pura, que a continuación se desliza hacia una sinfonía de sonidos radiantes. Vera nunca había

oído nada tan bello como esa música, y en ese momento Galina Ulánova, la gran bailarina, cruza saltando el escenario como un haz de luz.

Vera se inclina hacia delante, lo más cerca que se atreve de las cortinas de terciopelo del palco.

Permanece inmóvil durante más de dos horas, mientras se desarrolla en el intrincado decorado la historia romántica de una princesa raptada por un brujo malvado. Y cuando el brujo se ve obligado a arrodillarse por amor, Vera se sorprende derramando unas lágrimas por él, por ella, por toda la historia...

—A mi padre le habría encantado

esto —le dice a Sasha.

Él la besa para que deje de llorar y la lleva al diván.

Ella sabe lo que va a pasar ahora; siente la pasión cobrando vida entre los dos, desplegándose.

Lo desea, de eso no hay duda; lo desea como una mujer desea a un hombre. Pero sabe poco más que eso. Él se tiende sobre el mullido diván y tira suavemente de ella para que se tienda encima de él y, cuando el joven desliza su mano por debajo de su vestido, ella empieza a temblar ligeramente. Es como si su propio cuerpo tomase las riendas.

—¿Estás segura, Verushka? —le

susurra, y el apelativo cariñoso la hace sonreír, la recuerda que es Sasha ese hombre que está debajo de ella. Con él estará a salvo.

—Sí, estoy segura.

El domingo Vera es una jovencita totalmente diferente. O, mejor dicho, es una mujer. Sasha y ella se han visto en secreto todos los días desde el ballet, después de la jornada laboral, y Vera se ha enamorado tanto de él que sabe que jamás podrá salir de ese amor. Él es su media naranja.

—¿Estás segura, Verushka? —le

pregunta ahora, mientras suben los peldaños del portal.

Ella le da la mano. Está segura por los dos.

—Sí —responde.

Pero cuando se dispone a abrir la puerta, él le coge la mano.

—Cásate conmigo —dice. Y ella se ríe.

—Claro que me casaré contigo.

Entonces lo besa y le dice que entre.

El portal está a oscuras y repleto de cajas. Suben por la estrecha escalera de madera hasta el segundo piso. Al llegar a la puerta de la vivienda, ella se detiene el tiempo preciso para

besarlo y, acto seguido, abre la puerta con ademán florido.

El pequeño piso es viejo y está estropeado, pero limpio como una patena. Su madre ha estado cocinando el día entero y en la estancia perdura el aroma dulce y sabroso del guiso de jabalí.

—Mamá, te presento a mi príncipe.

Su madre y Olga están de pie detrás de la mesa, muy juntas, con las manos apoyadas en el respaldo de las sillas. Las dos se han puesto unas bonitas blusas de flores y faldas lisas de algodón. Su madre se ha puesto además, para la velada, unas medias

gastadas y flácidas, y tacones; Olga va con calcetines pero sin los zapatos.

Vera las observa a través de la mirada de Sasha: su madre, en su día hermosa y hoy fatigada, y Olga, lista para florecer a la feminidad. Su hermana luce una sonrisa tan grande, que sus dientes, enormes y torcidos, parecen tener el tamaño normal.

Su madre rodea la mesa.

—Hemos oído hablar mucho de usted, alteza. Bienvenido a nuestro hogar.

Olga ríe entre dientes.

—Yo sí que he oído contar un montón de cosas sobre usted. No hay quien la haga callar.

Sasha sonríe.

—También me habla a mí de ustedes dos.

—Así es nuestra Verónika —dice su madre—. Habla por los codos. —Coge a Sasha de la mano, con firmeza, y lo mira intensamente. Cuando parece darse por satisfecha, lo suelta y va al samovar—.  Le apetece un t ?

—S . Gracias —responde.

—Tengo entendido que va usted a la universidad del clérigo —le dice ella—. Debe de ser apasionante.

—S . Y soy buen estudiante, además. Será un buen marido.

La madre se estremece sutilmente, pero no deja de servirle el t .

—¿Y qué estudia?

—Mi esperanza es llegar a ser poeta algún día, como su marido.

Vera lo ve todo como si sucediera a cámara lenta: su madre escucha esas dos palabras terribles en la misma frase, poeta y marido, y se tambalea. La frágil taza de cristal que sostiene en la mano cae lentamente y se hace añicos contra el suelo. El té caliente salpica los tobillos desnudos de Vera y ella grita de dolor.

—¿Poeta? —dice su madre en voz queda, como si no hubiese pasado nada, como si un elemento del tesoro familiar no yaciera destrozado a sus

pies—. Yo pensaba que ser príncipe era ya bastante peligroso, pero esto...

Vera no puede creer que olvidase advertir a Sasha.

—Mamá, no te preocupes. No hace falta que...

—Dices que la quieres —continúa su madre, haciendo caso omiso de Vera—, y puedo ver en tus ojos que es cierto, pero acabarás haciéndole esto de todos modos, acabarás exponiéndola a ella a este peligro que ha padecido ya nuestra familia.

—No pondría en peligro a Vera por nada del mundo —declara él con solemnidad.

—Su padre me prometió eso mismo a

mí —repone la madre con tono amargo. Simplemente el hecho de que haya empleado la palabra «padre» refleja lo enojada que está.

—No puedes impedir que nos casemos —interviene Vera.

Esta vez su madre la mira. Y en esos ojos que ella ama hay una expresión de decepción casi insoportable.

Vera nota que flaquea toda su seguridad. Hace diez minutos habría sido inconcebible que tuviese que escoger entre Sasha y su familia..., pero ¿no ha sido eso justamente lo que había hecho su madre? Había elegido a su poeta y se había fugado con él, para regresar tiempo después a su casa

víctima de la ignominia. Y ahora, pese a que su madre la acepta, queda muy poco amor entre ellas.

Se lleva la mano a la barriga y la acaricia sin pensar. A lo largo de los meses siguientes recordará esa escena y comprenderá que está ya formándose el hijo de él en sus entrañas. Pero en ese instante solo sabe que tiene miedo de que...

—No sigas. —Meredith empujó la puerta del vestidor y salió de su escondrijo. El dormitorio estaba azul por la luz de la luna y, con semejante tonalidad, su madre tenía aspecto de

encontrarse exhausta. Los hombros se le habían empezado a encorvar y sus dedos largos y muy blancos habían comenzado a temblar. Pero lo peor de todo era la palidez repentina de su tez. Meredith se acercó a la cama—. ¿Estás bien?

—Estabas escuchando —dijo su madre.

—Sí, estaba escuchando —reconoció.

—¿Por qué?

Meredith se encogió de hombros. Con sinceridad, no sabía qué responder.

—Bueno. Tienes razón —dijo su madre, recostándose en las almohadas—. Es verdad que estoy cansada.

Era la primera vez en toda su vida

que su madre decía que Meredith tenía razón en algo.

—Nina y yo te cuidaremos. No te preocupes. —Estuvo a punto de alargar la mano para acariciarle el pelo, como habría hecho con un niño que tuviese la cara de agotamiento que tenía su madre. A punto.

Nina se acercó al lecho y se quedó parada al lado de Meredith.

—Pero ¿quién cuidará de vosotras? —preguntó su madre.

Meredith hizo amago de responder y se detuvo. Comprendió de pronto que eso era lo más cariñoso que les había dicho en su vida, y que tenía motivos para preguntar.

Algún día no estaría en este mundo y entonces solo quedarían ellas dos. ¿Se cuidarían la una a la otra?

—Bueno —dijo Nina cuando salieron al pasillo—, ¿cuánto del cuento has estado escuchando a escondidas?

Meredith no se detuvo.

—Desde el principio.

Nina fue detrás de ella por las escaleras.

—¿Por qué demonios no la paraste?

Una vez en la cocina, Meredith puso agua a hervir.

—No te entiendo —le dijo a Nina—.

Cuando miras por un trocito de vidrio del tamaño de un botón, lo ves todo.

—Sí. ¿Y?

—Que esta noche has estado sentada en la habitación de mamá con ella todo ese rato y no te has dado cuenta de que estaba quedándose sin fuerzas delante de tus narices.

—¡Eso lo dirás tú!

Meredith casi se rio de la inmadurez de su respuesta.

—Mira. Ha sido un día horroroso y está claro que quieres pelea, cosa que yo sin duda no voy a darte. Así que me voy a mi casa, a meterme en mi cama desierta y a intentar dormir hasta que

salga el sol. Mañana podemos hablar del cuento, ¿vale?

—Vale. Pero ten por seguro que vamos a hablar.

—Muy bien.

Mucho rato después de que Meredith se hubiese marchado, Nina seguía a solas en la cocina, cavilando acerca de lo que había dicho su hermana.

«No te has dado cuenta de que estaba quedándose sin fuerzas delante de tus narices.»

Era verdad.

Si su madre estaba quedándose sin fuerzas, Nina no se había dado cuenta. Podía atribuir el despiste al interés que despertaba el relato en ella, o a la

oscuridad que reinaba en la habitación, pero ninguna de las dos cosas era realmente cierta.

Hacía mucho tiempo que Nina había aprendido a dominar un sencillo mecanismo de supervivencia: había aprendido a mirar a su madre sin verla de verdad. Todavía recordaba el día que había empezado a hacerlo.

Ella tenía once años y continuaba haciendo esfuerzos por querer a su madre con un amor incondicional. Su equipo de sóftbol había logrado entrar en el campeonato estatal, que iba a celebrarse en Spokane.

Estaba tan entusiasmada que no había podido hablar de otra cosa durante

semanas. Y había pensado que entonces su madre se sentiría orgullosa de ella. Qué tonta había sido.

Nina se sorprendió al comprobar cuánto le dolía recordar aquel día. Su padre estaba trabajando, por lo que su madre se encargó de llevarla a la estación. Fueron en el coche con Mary Kay y su madre, que no pararon de hablar, muy entusiasmadas, durante todo el camino. Una vez allí, Nina recordaba el momento en que se echó la mochila al hombro y se fue corriendo con la tropa de niñas, riéndose sin parar, y cuando le dijo a su madre a lo lejos: «Adiós, mamá. ¡Te diré adiós desde el tren!».

Ya en los vagones, todas las niñas se

apelotonaron en las ventanillas para agitar la mano y despedirse de sus padres, que aguardaban en el andén.

Nina buscó con la mirada entre el gentío, pero su madre no estaba por ninguna parte, no estaba con el resto de padres y madres.

Le había importado tan poco su hija que ni siquiera se había quedado a despedirla.

Desde aquel día Nina se volvió como Meredith, la niña de papá que apenas si cruzaba unas palabras con su madre y que no esperaba nada de ella.

Fue la única forma que encontró de protegerse del sufrimiento.

Ahora tocaba reconsiderar ese

mecanismo. Llevaba una infinidad de años mirando a su madre sin verla realmente, del mismo modo que Meredith y ella habían oído el cuento infantil sin prestar realmente atención. Habían dado por hecho que se trataba de un relato encantador; se habían limitado a escuchar simplemente la voz de su madre.

Pero ahora todo había cambiado.

Si quería cumplir la promesa que le había hecho a su padre, Nina iba a tener que hacerlo mejor: iba a tener que ver y escuchar de verdad a su madre. Hasta la última coma.

Dieciséis

Nina pasó una noche muy agitada, soñando con reyes cautivos y carruajes negros tirados por dragones, y chiquillas que se cortaban dedos por amor.

Acabó por rendirse y dejó de luchar para intentar dormir. Encendió la lámpara de la mesilla y, mientras se frotaba los ojos, cogió un bloc y un boli.

El cuento infantil estaba sufriendo alteraciones.

O quizá la palabra «alteraciones» no

fuese la acertada, sino que habían llegado a un punto de la historia que era nuevo para Nina. Nunca había oído esta parte de la campesina y el príncipe. Estaba segura.

Y la contaba con profusión de detalles. No parecía en absoluto un cuento infantil. Pero ¿qué significaba todo eso?

Anotó: «PUENTE del FONTANKA (Existe)».

Dio unos golpecitos con la punta del bolígrafo en el bloc y fue repasando toda la historia punto por punto.

«TABACO» (¿Desde cuándo fumaban las madres en los cuentos infantiles?)

¿Por qué la madre no había fumado en los fragmentos anteriores?)

GALINA NO SÉ QUÉ. Era incapaz de recordar ni por lo más remoto el apellido de la bailarina, pero era un apellido ruso.

Cuando Nina hubo anotado esto último, bajó al despacho de su padre y encendió el ordenador. La conexión de red tardó una eternidad, pero cuando abrió la ventana de internet, empezó a hacer búsquedas de todas las palabras que se le ocurrieron. Y estaba tan enfrascada en la recopilación de información que, cuando Meredith apoyó la mano en su hombro, dio un brinco, literalmente.

—Parece que no has dormido — comentó Meredith.

Nina se separó del respaldo y levantó la cara.

—Es lo del cuento infantil. Todo lo de anoche era nuevo, ¿verdad? Nosotras nunca habíamos escuchado esa parte, ¿no?

—Era nuevo, sí —confirmó Meredith.

—¿Te fijaste en las alteraciones? La madre de Vera fuma y lleva medias caídas, y Vera se queda preñada antes de casarse. ¿Cuándo has oído tú semejantes barbaridades en un cuento infantil? Y escucha esto: Galina Ulánova fue una famosa bailarina rusa que bailó en el teatro Mariinski de Leningrado hasta

1944 y, después, en el Bolshói de Moscú. Y mira esta foto: el teatro tiene una lira y una corona en la cúpula.

Meredith se acercó para verlo mejor.

—Exactamente como lo describió mamá.

Nina pulsó unas cuantas teclas más y apareció en la pantalla una imagen del Jardín de Verano.

—Existe de verdad. Está en San Petersburgo, que antiguamente fue Leningrado. Y antes de eso Petrogrado. Estos rusos le cambian el nombre a todo con cada nuevo líder. ¿Te has fijado en las estatuas de mármol y los tilos? Y aquí está el Jinete de Bronce, una famosa estatua del parque. No un

caballo alado, sino un hombre a lomos de un caballo.

Meredith arrugó la frente.

—Yo encontré una carta en los archivos de papá. Escrita por un profesor de Alaska. Le preguntaba a mamá acerca de Leningrado.

—¿En serio? —Nina se acercó rápidamente al ordenador y tecleó a toda velocidad para abrir de nuevo la biografía de Galina Ulánova—. Su apogeo en Leningrado fue en la década de 1930. Si supiéramos la edad de mamá, sería un dato útil... —Tecleó «LENINGRADO 1930.»

En la pantalla apareció finalmente una lista de enlaces. Uno de ellos, «EL

GRAN TERROR», llamó la atención de Nina e hizo clic en él.

—Escucha esto —dijo cuando se abrió la página—. Los años treinta se caracterizaron por la Gran Purga del Partido Comunista, durante la cual la policía secreta de Stalin arrestó a campesinos, a supuestos extremistas políticos, a personas pertenecientes a minorías étnicas y a artistas. Fue una época en la que la vigilancia policial era intensa y amplia, con arrestos en plena noche, «juicios» secretos, años de encarcelamiento y ejecuciones.

—Furgones negros —dijo Meredith, apoyándose en el hombro de Nina para leer el resto—. La policía secreta se

presentaba en furgones negros para detener a la gente.

—El Caballero Negro es Stalin —dijo Nina—. Es un relato dentro de un relato. —Se apartó del ordenador. Las dos hermanas se quedaron mirándose unos segundos, y en esa mirada Nina sintió la primera conexión verdadera de sus vidas—. Algunos elementos están sacados de la realidad —dijo en voz baja, y notó que la recorría un escalofrío.

—¿Y te has dado cuenta de que últimamente no ha dado muestras de locura ni de confusión mental? —dijo Meredith.

—Desde que empezó a contarnos la

historia, no. ¿Crees que papá sabía que la ayudaría?

—No sé —respondió Meredith—. No sé qué significa nada de todo esto.

—Yo tampoco, pero lo vamos a averiguar.

A Meredith le costó mucho concentrarse en los detalles de su trabajo ese día. Pensó que nadie se daría cuenta, pero mientras estaba reunida con alguien o hablando por teléfono, escuchando a la otra persona, o mientras leía informes, se sorprendió a sí misma distraída, pensando otra vez en su madre y el cuento infantil.

Al terminar la jornada estaba tan obsesionada como su hermana. Cuando salió de trabajar, se fue derecha a casa para poner la comida a los perros y enseguida se fue a Belye Nochi y al despacho de su padre.

Arrodillada en la mullida alfombra, delante de las cajas de cartón, encontró la que había rotulado como «ARCHIVOS, MISC 1970-1980» y abrió las solapas.

Ese iba a ser su punto de partida. Nina podía ser una maga cuando se trataba de hacer pesquisas e indagaciones, pero Meredith sabía en qué lugar de la casa había que buscar. Si había una carta relacionada con el pasado de su madre, era probable que

hubiese más. O tal vez había otro tipo de documentos, ocultos entre archivos etiquetados erróneamente, o fotografías mezcladas con otros recuerdos.

Dio con la carpeta rotulada como «ВераПетровна» y la sacó. Releyó la carta enviada por el profesor Adámovich, se fue con ella al ordenador y se sentó. El único enlace que apareció la dirigió a la página de la Universidad de Alaska.

Cogió el teléfono, marcó el número y necesitó varios intentos antes de lograr que la comunicaran con el departamento de Estudios Rusos, en el que una mujer con mucho acento la atendió:

—¿Puedo ayudarla?

—Eso espero —respondió Meredith—. Estoy tratando de encontrar al profesor Vasili Adámovich.

—Caramba, un nombre que hacía mucho tiempo que no oía. El profesor Adámovich se jubiló hace unos doce años. Pero ha tenido un puñado de sucesores de lo más valiosos, y estaría encantada de ponerla en contacto con otra persona.

—Pues en realidad necesito hablar con el profesor Adámovich. Tengo que hacerle unas preguntas sobre sus trabajos de investigación.

—Ah, vaya, entonces supongo que no puedo ayudarla.

—¿Cómo podría ponerme en contacto

con el profesor directamente?

—Me temo que no puedo darle una respuesta.

—Gracias —dijo Meredith, decepcionada. Colgó el teléfono y se acercó a la ventana del despacho. Desde allí podía ver la esquina del jardín de invierno. En esa tarde cálida el banco estaba vacío. Pero, mientras Meredith lo miraba, apareció su madre por el jardín delantero, envuelta en una manta enorme de cuadros escoceses que iba arrastrando por la hierba. Al llegar al jardín de invierno, tocó una por una las columnas de cobre y a continuación se sentó en el banco y sacó de la bolsa la labor de agujas.

Desde ese ángulo, Meredith veía el mentón de su madre hundido en el pecho, los hombros encorvados. En esa imagen no se veía ni un ápice de la fuerza que le hacía falta para mantener la espalda tan recta y aparecer tan alta delante de sus hijas. Y daba la impresión de que estuviera hablando consigo misma o con las flores o... con su difunto marido. ¿Siempre se había sentado ella sola en ese banco a hablar, o eso era algo nuevo, otro efecto secundario más del amor perdido?

—¿Otra vez está ahí fuera? — preguntó Nina, entrando en el estudio. Tenía el pelo mojado y se había puesto

un albornoz enorme y unas zapatillas de piel de borrego.

—Cómo no. —Meredith alargó la mano para coger la carta y se la tendió a Nina—. He llamado a la universidad. El profesor está jubilado y la mujer con la que he hablado no sabía mucho más.

Nina leyó la carta.

—Bueno, ahora sabemos con certeza que mamá y Leningrado están relacionados, que el cuento infantil está ambientado allí y que al menos en parte está basado en la realidad. Entonces, voy a hacer la pregunta obvia: ¿Vera es ella?

Era la pregunta del millón.

—Si mamá es Vera, quiere decir que

se casó con alguien cuando tenía diecisiete años y que se quedó embarazada nada más casarse. Por tanto, o sufrió un aborto o...

—O tenemos un hermano o una hermana en alguna parte.

Meredith clavó la mirada en la mujer que siempre estaba tan sola, al otro lado de la ventana. ¿De verdad podía tener otros hijos, y seguramente otros nietos, en algún lugar del planeta? ¿Era posible que se hubiese separado de ellos y que nunca hubiese vuelto?

No. Ni siquiera Anya Whitson era tan despiadada.

Meredith había sufrido dos abortos en las últimas etapas de la gestación, en los

años posteriores al nacimiento de sus hijas. Le costó mucho superar las pérdidas. Durante un breve período había ido a terapia y había hablado de ello con Jeff, hasta que resultó evidente que para él era demasiado doloroso seguir oyéndola. Acabó sin nadie con quien poder sincerarse, ni un amigo ni nadie de su familia. En las contadas ocasiones en que había hablado de ello, la gente enseguida se empeñaba en que «viese a alguien», sin comprender que lo que realmente quería era recordar a sus niños.

La única persona con la que jamás había hablado con el corazón en la mano había sido con su madre.

Y era imposible que una mujer que hubiese perdido un hijo, ya fuera en su vientre o en el mundo exterior, fuese capaz de presenciar el sufrimiento similar de otra mujer sin abrir la boca.

—No lo creo —dijo finalmente—. Además, está claro que Vera sí ve colores. —De niña, Meredith había consultado en la enciclopedia el defecto de nacimiento de su madre. Se denominaba acromatopsia. Y una cosa era segura: su madre no había visto nunca un cielo de color lavanda—. A lo mejor mamá es Olga.

—O tal vez Vera sea la madre de mamá. Es una posibilidad remota, pero como no sabemos su edad, cualquier

cosa podría ser. Sería muy propio de ella contarnos su vida de tal manera que no lleguemos nunca a conocerla de verdad. ¿Cómo vamos a averiguarlo?

—Haremos que siga hablando. Yo voy a revisar esta casa de cabo a rabo. Si hay algo escondido, lo encontraré.

—Gracias, Mere —dijo Nina—. Es agradable saber que estamos juntas en esto.

Durante la cena, esa noche, Nina se concentró en comportarse con normalidad. Se bebió su vodka, se comió su cena y continuó con su parodia de conversación. Sin embargo, no dejó

de observar atentamente a su madre en todo momento, pensando: «¿Quién eres?». Y le costó un gran esfuerzo no preguntárselo de viva voz. Como reportera, sabía que la elección del momento oportuno lo era todo y que jamás se preguntaba algo hasta tener una idea bastante aproximada de cuál era la respuesta. Veía que Meredith estaba enzarzada en la misma lucha que ella.

Por eso, cuando su madre se levantó después de cenar y dijo: «Esta noche estoy demasiado cansada para contaros el cuento», para Nina casi fue un alivio.

Ayudó a su hermana con los platos sucios (bueno, Meredith hizo casi todo el trabajo) y entonces le dio un beso de

buenas noches y se fue al despacho de su padre, donde se conectó a internet. Estuvo leyendo todo lo que pudo encontrar acerca del Leningrado de los años veinte y treinta. Pero, aunque encontró mucha información, no dio con ninguna respuesta a su pregunta.

Finalmente, al filo de las dos de la madrugada, se apartó del escritorio empujándose con las manos. Estaba disgustada. Tenía decenas de páginas de información anecdótica, pero ningún hecho, más allá de lo que sabía hasta el momento: que el relato transcurría en Leningrado en tiempos de Stalin.

Fue dando golpecitos con el bolígrafo en la mesa, mientras repasaba en voz

alta todo lo que sabía. Otra vez. Y cuando estaba repitiendo la información, lanzó una mirada a sus apuntes.

El sobre de la carta del profesor asomaba por debajo del bloc de notas. Sacó la carta y volvió a leerla, estudiándola palabra por palabra. «Leningrado.» «Participación.» «Trabajo de investigación. Comprendo.»

Su madre sabía algo, había visto o vivido algo importante, tanto como para convertirse en el objeto de estudio de un proyecto de investigación académica de un catedrático.

Pero ¿qué era?

¿El Gran Terror? ¿La represión de

Stalin? O tal vez había sido una primera figura del ballet...

—Basta —dijo en voz alta, y fijó su atención en la carpeta verde grisácea rotulada con la palabra «ВераПетровна». Luego se quedó mirando la carta—. ¿Qué quería saber de ella, Vasili Adámovich?

Entonces, cuando dijo su nombre en voz alta, fue cuando lo vio.

Nina irguió la espalda.

Estaba en su firma.

Cuando estampó su nombre, Vasili, la primera letra parecía una *B*.

Le latía el corazón a toda prisa al alargar la mano para coger la carpeta. ¿Había un espacio después de la *a*?

¿Podría tratarse de un nombre de pila y un apellido? Dividió la palabra por la segunda mayúscula y lo que quedó fue *Bepa*.

Vepa.

Buscó en internet el alfabeto ruso y comparó las letras.

Bepa era Vera.

«Vera.»

Luego transcribió el resto de letras.
ΠεΤροΒΗα.

Petróvna.

Con un poco más de búsqueda, entendió la composición de los nombres rusos. Primero iba el nombre, luego el patronímico (la identificación del padre, con género femenino o masculino) y a

continuación el apellido. Por tanto la etiqueta de esa carpeta contenía dos nombres de tres, siendo *-ovna* el sufijo femenino para las hijas. Vera Petróvna era «Vera, hija de Petyr.»

Nina se recostó en el respaldo de la silla, notando esa subida de adrenalina que acompañaba siempre el instante en que daba en el clavo con el meollo fundamental de una historia. Vera era una persona de carne y hueso. Lo suficientemente real para poner su nombre en un archivo, y lo bastante importante para haber conservado veinte años dicho archivo.

No era una respuesta redonda, entera; no contestaba la gran pregunta de quién

era su madre y, desgraciadamente, sin el apellido era imposible encontrar nada más en internet. Aquel trabajo de investigación académica podría haber versado acerca de Vera, y su madre podía haberla conocido o haber sabido algo sobre ella. O, por descontado, ella misma podía ser la propia Vera. U Olga. Esas respuestas iba a tener que buscarlas en otra parte.

Ese tal Vasili Adámovich —Vasili, hijo de Adam— conocía la conexión entre su madre y Vera, una conexión cuya importancia la hacía merecedora de quedar incluida en un trabajo de investigación.

Y, pensando así, a Nina se le ocurrió

un plan.

Diecisiete

A las 5.47 Meredith salió a correr como era su costumbre. Los perros correteaban a su lado, rivalizando por su atención.

A las siete en punto estaba en la huerta, recorriendo las hileras de manzanos junto a su capataz, comprobando la evolución inicial de los frutos nuevos, examinando los daños causados por las heladas y comprobando que los jornaleros

estuviesen envolviendo las manzanas con el debido cuidado. A las diez estaba sentada ante su mesa, leyendo las previsiones de cultivos.

Pero en realidad, en lo único que de verdad podía pensar era en el cuento.

«Voy a preguntarlo sin más: ¿Ella es Vera?»

Ese pensamiento se asemejaba a una manzana incipiente: floreció, creció y fue ganando masa. Parecía imposible que algo que había oído contar toda tu vida y que había dado por irrelevante pudiese poseer un valor real. Era como si hubiese descubierto que el cuadro de encima de la chimenea fuese en realidad un Van Gogh de la primera época.

Pero era cierto, había escuchado aquellas palabras durante años sin cuestionarlas nunca, sin preguntarse nada, sin ir más allá. Quizá era lo que hacían todos los niños con las historias de familia. Cuanto más oías contar algo, menos cuestionabas su veracidad.

Dejó a un lado los informes de cultivos y volvió a su ordenador. Luego se pasó una hora entera haciendo búsquedas al azar. Leningrado, Stalin, Vera, Olga (si hubiese estado buscando en un catálogo de venta de novias rusas, esos dos nombres habrían sido un filón), el puente del Fontanka, el Gran Terror. La estatua del Jinete de Bronce. No encontró nada que tuviese verdadero

valor, tan solo un sinfín de pruebas de que el telón de fondo del cuento infantil había existido en la realidad en gran medida.

Encontró una larga lista de las obras publicadas de Vasili Adámovich. Había escrito acerca de prácticamente todas las facetas de la vida rusa y soviética, desde los primeros días de la revolución bolchevique, pasando por el asesinato de los Románov y el ascenso de Stalin y el terror de su régimen, hasta el ataque de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial o la tragedia de Chernóbil. Cualquier cosa que hubiese acaecido al pueblo ruso a lo largo del siglo XX había sido objeto de estudio para él.

—Pues esto nos ayuda un montón — murmuró Meredith, dando golpecitos con el bolígrafo. Y cuando añadió a su búsqueda el término «JUBILACIÓN», se encontró con un enlace inesperado a un artículo de prensa.

El profesor Vasili Adámovich, antiguo catedrático de Estudios Rusos de la Universidad de Alaska en Anchorage, sufrió ayer una embolia en su domicilio de Juneau. El profesor Adámovich es bien conocido en el ámbito académico por su prolífica producción literaria, pero sus amigos afirman que además es un experto en jardinería y que tiene talento para contar historias de miedo. Se jubiló de la enseñanza en 1989 y ha trabajado como voluntario en numerosas ocasiones en la

biblioteca de su vecindario. Actualmente se recupera en un hospital de la región.

Meredith cogió el teléfono y marcó el número de información. La señorita le dijo que no había ningún Vasili Adámovich registrado en Juneau. Decepcionada, Meredith solicitó entonces el número de la biblioteca.

—Pues aparece más de una, señora.

—Deme los de todas —respondió Meredith, y anotó el número de teléfono de cada delegación.

A la cuarta llamada, tuvo suerte.

—Hola —dijo—. Estoy intentando encontrar al profesor Vasili Adámovich.

—Ah, Vasya —respondió la mujer—.

Me appena decir que hacía tiempo que no lo llamaba nadie.

—¿Es la biblioteca donde trabajó de voluntario?

—Dos días a la semana durante años. Los chavales del instituto lo querían con locura.

—Estoy tratando de localizarlo...

—Lo último que he sabido es que estaba en una residencia de ancianos.

—¿Sabe en cuál?

—No. Lo siento. Lo desconozco, pero... ¿es usted amiga de Vasya?

—Mi madre lo era. Pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablaron.

—¿Sabe lo de la embolia?

—Sí.

—Tengo entendido que se encuentra bastante mal. Tiene dificultades para hablar.

—Bueno, gracias por su ayuda. — Meredith colgó el teléfono. Casi simultáneamente, Daisy entró en el despacho.

—Hay un problema en el almacén. No es urgente, pero Hector quiere que te pases por allí hoy, en algún momento, si te va bien. Pero si estás demasiado ocupada, estoy segura de que podré solucionarlo en tu lugar.

—Ay, sí —respondió Meredith, sin apartar la vista de sus notas—. ¿No te importa?

—Y después me voy a Tahití.

—Mm... Vale.

—Con la visa de la empresa.

—Estupendo. Gracias, Daisy.

Daisy cruzó el despacho en un arrebató de brío y fue a sentarse en la silla de enfrente de Meredith.

—Bueno, hasta aquí hemos llegado — dijo, cruzándose de brazos—. Empieza.

Meredith levantó la cara. Estaba sinceramente sorprendida. ¿De qué había hablado Daisy?

—¿Cómo dices?

—Acabo de soltarte que me largaba a Tahití por cuenta de la empresa.

Meredith soltó una carcajada.

—Vamos, que me estás diciendo que

no te estaba escuchando.

—¿Qué está pasando?

Meredith reflexionó acerca del hecho de que Daisy llevaba trabajando para la familia Whitson desde que ella tenía uso de razón, e incluso antes.

—¿Cuándo conociste a mi madre?

Las cejas excesivamente depiladas de Daisy se levantaron en un gesto de sorpresa.

—Pues deja que piense... Yo debía de tener unos diez años, me parece. O un poco menos, quizá. Era la comidilla de la ciudad. De eso me acuerdo perfectamente. Porque resulta que tu padre estaba de novio con Sally Herman

cuando se fue a la guerra, y cuando volvió estaba casado.

—Entonces él no la conocía mucho.

—Eso no lo sé. Pero estaba enamorado. Mi madre decía que nunca había visto a un hombre tan enamorado. Cuidó a Anya.

—¿Quién?

—Mi madre. Durante casi todo aquel primer año.

Meredith frunció las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba enferma. Eso lo sabías, ¿no? Creo que pasó como un año en cama, más o menos, y entonces un buen día se sintió mejor. Mi madre pensaba que se

harían amigas, pero ya sabes cómo es Anya.

Era una noticia pasmosa, realmente. Pasmosa. No recordaba que su madre hubiese enfermado nunca, ni siquiera de un resfriado.

—¿En qué sentido, enferma? ¿Qué le pasaba?

¿Qué provocaba que una mujer guardase cama un año entero? ¿Y qué había pasado para que de pronto se sintiera mejor?

—No lo sé. Mi madre nunca habló mucho de aquello, la verdad.

—Gracias, Daisy. —Siguió a Daisy con la mirada mientras salía de su despacho y cerraba la puerta.

A lo largo de las horas siguientes, aunque Meredith consiguió avanzar un poquito más en sus tareas, estuvo prácticamente todo el tiempo pensando en su madre.

A las cinco dio por concluido el teatrillo y se marchó diciendo:

—Daisy, ¿te importa hacer la ronda del almacén por mí? Si surge cualquier problema serio, me encontrarás en el móvil. De lo contrario, me tomo la tarde libre.

—Descuida, Meredith.

Diez minutos después, cuando entró en la casa de su madre, le dio la bienvenida un olor a pan horneándose. Su madre estaba en la cocina, con su

delantal blanco, enorme, demasiado holgado, y con las manos pringosas de harina y agua. Como siempre, estaba haciendo pan para un regimiento. El congelador del garaje estaba repleto ya.

—Hola, mamá.

—Has vuelto temprano.

—Aprovechando que hoy la cosa estaba muy parada, me he venido antes para ayudarte a embalar. Cuando lo tenga todo organizado, creo que tú y yo deberíamos ponernos con los montones de cosas para donar.

—Si quieres...

—¿No te interesa saber con qué me quedo y con qué no?

—No.

Meredith se quedó sin saber qué contestar. ¿Cómo era posible que no hubiera nada que le pareciera importante a su madre?

—¿Dónde está Nina?

—Dijo no sé qué de unos recados y se marchó hará una hora. Se llevó la máquina de fotos, así que...

—A saber a qué hora vuelve.

—Exacto. —Su madre se volvió para ocuparse de nuevo de la masa.

Meredith se quedó allí un ratito más y a continuación se quitó la chaqueta y la colgó del gancho de al lado de la puerta. Empezó a andar por el pasillo en dirección al despacho de su padre, pero al acercarse a la puerta para abrirla, se

detuvo un instante. La última vez que había estado guardando los enseres de su madre, no había buscado nada, no había revisado los bolsillos ni palpado el fondo de los cajones.

Echó un vistazo atrás, a la cocina, y al ver que su madre seguía amasando harina, se desvió hacia las escaleras, disimuladamente, y subió al dormitorio principal.

Dentro del vestidor, alargado y ancho, las prendas de vestir de su madre, todas negras o grises, ocupaban la pared de la derecha. Prácticamente todas eran de suave lana merino o de franela. Jerséis de cuello vuelto, rebecas, faldas largas,

pantalones anchos. Allí no había nada ni a la moda ni llamativo ni caro.

«Ropa en la que esconderse.»

Fue un pensamiento que surgió de la nada, sorprendiéndola. Era algo en lo que se habría fijado antes si de verdad hubiese mirado con atención.

Esa narración del cuento infantil estaba modificando la percepción que tenían de todas las cosas, pero sobre todo de sí mismas. Y a esa reflexión le acompañó una tercera: ¿qué había tenido la función de teatro, y el cuento infantil, que había molestado tantísimo a su madre todo ese tiempo atrás? Antes Meredith siempre había dado por hecho que el enfado de su madre con la función

navideña la había tenido a ella por objeto, que había hecho algo malo al escoger transformar el cuento en una obra de teatro para Navidad.

Pero ¿y si en el fondo no había tenido nada que ver con Meredith y Nina? ¿Y si había sido una reacción suya al ver aquella historia representada sobre el escenario?

Entró un poco más en el vestidor para ponerse delante de la cómoda de su madre. Allí dentro había alguna cosa que desvelaría quién era. Tenía que haber algo. ¿Qué mujer no tenía algún recuerdo escondido de miradas indiscretas?

Entornó la puerta de manera que solo

quedase una rendija para ver la habitación y volvió a los cajones. Abrió el de más arriba. Contenía ropa interior ordenadamente doblada y organizada en tres montones: blanca, gris y negra. También los calcetines estaban organizados por esos tres colores y doblados como bolas. El rincón estaba reservado a los sujetadores. Metió los dedos por debajo de toda la ropa interior y palpó la lisa madera del fondo del cajón. Aunque el sentimiento de culpa le hizo poner una mueca, continuó por el segundo y el tercer cajón, estos con jerséis y camisetas doblados pulcramente. Luego se puso de rodillas y abrió el cajón inferior. Dentro estaban

los pijamas, camisones y un traje de baño pasado de moda.

Nada escondido. Nada más personal que ropa interior.

Decepcionada y vagamente avergonzada, cerró este último cajón. Suspiró, se puso de pie de nuevo y se quedó mirando la ropa. Todo estaba perfectamente organizado. Cada cosa tenía su sitio y en él estaba; lo único que desentonaba era un abrigo de lana de color azul zafiro, colgado al fondo del vestidor.

Meredith recordaba ese abrigo. Se lo había visto puesto a su madre una vez, lo llevó para ir a ver *El cascanueces* cuando Nina y ella eran pequeñas. Su

padre había insistido, había cogido a su madre como para bailar con ella y habían dado vueltas y vueltas; luego la había besado y le había dicho: «Anda, Anya, solo esta vez...».

Alargó la mano para cogerlo y lo sacó. Estaba confeccionado con cachemira de color azul brillante, cortado con un estilo clásico de los años cuarenta, con los hombros anchos, la cintura ceñida y unas mangas abullonadas con puño. Tenía una hilera de botones de acrílico, tallados con intrincados motivos, que iba desde el cuello hasta la cintura. Meredith se probó la prenda; el forro de seda era una gozada. Para su sorpresa, le quedaba

bien de talla. Y al ponérselo se imaginó a su madre como una mujer joven, no como una vieja; una muchacha risueña a la que le encantaba el tacto de la cachemira.

Pero a ella no la volvía loca y casi nunca se lo había puesto. Sin embargo, no lo había tirado y, para ser una mujer que conservaba tan escasos recuerdos, era chocante que hubiese guardado precisamente eso. A no ser que lo hubiese hecho para no herir los sentimientos de su marido. Debía de haber costado una fortuna.

Metió las manos en los bolsillos y giró para mirarse en el espejo de cuerpo entero de detrás de la puerta.

Fue entonces cuando lo notó. Había algo escondido en el forro, cosido por detrás del bolsillo.

Palpó en busca del borde descosido del compartimento secreto y estuvo varios segundos deshilvanándolo hasta que por fin extrajo una fotografía ajada y arrugada en blanco y negro de dos niños.

Meredith se quedó mirando la imagen. Estaba algo borrosa y el papel tenía tantas arrugas y vetas que costaba mucho distinguirla con claridad, pero eran dos niños cogidos de la mano, de unos tres o cuatro años de edad. En un primer momento pensó que eran Nina y ella, pero entonces reparó en la ropa que llevaban, sus abrigos pesados, sus botas,

todo muy antiguo. Dio la vuelta a la fotografía y vio que tenía una palabra manuscrita en el reverso. En ruso.

—¡Meredith!

Se ruborizó de vergüenza antes de comprender que quien la llamaba era Nina, que subía las escaleras ruidosamente como si fuera un elefante.

Meredith abrió la puerta del vestidor.

—Nina, estoy aquí.

Su hermana parecía vestida para salir de safari: pantalones caqui, camiseta de manga corta a juego y botas de montaña.

—Por fin te encuentro. He estado busc...

Meredith la agarró del brazo y tiró de ella para meterla en el vestidor.

—¿Mamá sigue en la cocina?

—¿Haciendo pan para un país del tercer mundo entero? Sí. ¿Por?

Meredith metió la mano en el bolsillo del abrigo otra vez.

—Mira lo que he encontrado.

—¿Has estado husmeando? Así me gusta. Nunca hubiese pensado que tendrías valor.

—Calla y mira.

Nina cogió la fotografía y se quedó mirándola un buen rato; después le dio la vuelta. Tras un rápido vistazo a la palabra, volvió a darle la vuelta.

—¿Vera y Olga?

A Meredith se le paró un segundo el corazón.

—¿Tú crees?

—No se ve bien si son dos niños o dos niñas. Pero este de aquí se parece a mamá, ¿no te parece?

—¿Sinceramente? No lo sé. ¿Qué deberíamos hacer con ella?

Nina meditó.

—De momento, dejarla aquí. Ya la sacaremos. Tarde o temprano le preguntaremos a mamá.

—Pero se dará cuenta de que he estado fisgando entre sus cosas.

—No. Se dará cuenta de que yo he estado fisgando. Soy periodista, ¿no te acuerdas? Fisgar es la definición de mi profesión.

—Y me he enterado por Daisy de que

mamá estaba enferma cuando se casó con papá. Pensaron que estaba en las últimas.

—¿Mamá? ¿Enferma? Pero si no coge ni un resfriado.

—Exacto. Es raro, ¿eh?

—Ahora ya sí que no tengo dudas sobre mi plan —dijo Nina.

—¿Qué plan?

—Te lo contaré durante la cena. Mamá también tiene que oírlo. Venga, vamos.

Mientras Meredith volvía a guardar la fotografía en su escondite y colgaba el abrigo en su percha, Nina la esperó con impaciencia evidente. Luego bajaron juntas las escaleras.

Su madre estaba sentada a la mesa de la cocina. En la encimera había varias docenas de panes y un puñado de bolsas del restaurante chino.

Nina llevó los envases de comida china, de cartón blanco, a la mesa y los colocó alrededor de la botella de vodka y los vasos de chupito.

—¿Puedo tomar vino, mejor? —dijo Meredith.

—Claro —respondió Nina distraídamente, mientras servía dos vasitos.

—Estás... exultante —observó su madre.

—Como un pequinés cuando llega el

cartero —añadió Meredith cuando su hermana se sentó, enfrente de ella.

—Tengo una sorpresa —dijo Nina, y levantó su vasito—. ¡Salud!

—¿Qué es? —preguntó Meredith.

—Primero hablamos —explicó Nina. Alargó la mano para coger el recipiente de ternera con brécol y se sirvió en su plato—. A ver. Lo que más me gusta hacer es viajar. Me encanta la pasión en todas sus variantes. Y mi novio quiere que siente la cabeza.

Meredith se llevó una sorpresa al escuchar esto último. Era una revelación de algo muy personal. Y, para asombro propio, decidió igualarla.

—A mí me encanta comprar objetos

bellos. En tiempos mi sueño era abrir una cadena de tiendas de regalos Belye Nochi y... mi marido me ha dejado.

Su madre levantó la mirada bruscamente, pero no dijo nada.

—No sé lo que va a pasar —dijo al cabo Meredith—. Pienso que tal vez el amor acaba por... disolverse.

—No, no se disuelve —repuso su madre.

—Entonces ¿cómo se...?

—Te aferras —la interrumpió su madre—. Hasta que te sangran las manos, y aun así tampoco lo sueltas.

—¿Así fue como papá y tú fuisteis felices tanto tiempo? —preguntó Nina.

Su madre cogió el cucharón para

servirse chow mein.

—Pues claro, a eso me refería.

—Te toca —le dijo Nina.

A Meredith le dieron ganas de darle una patadita a su hermana. Por fin estaban teniendo una auténtica conversación y a Nina no se le ocurrió nada mejor que retomar el juego.

Su madre clavó la mirada en su plato.

—Lo que más me gusta hacer es cocinar. Me encanta la sensación de tener un fuego encendido las noches frías. Y... —Se detuvo.

Meredith se dio cuenta de que se había echado hacia delante.

—Y... me asustan muchas cosas. —
Cogió su tenedor y empezó a comer.

Meredith se recostó en el respaldo, atónita. Le parecía imposible imaginarse a su madre con miedo y, sin embargo, esa había sido su confesión, de modo que debía de ser cierto. Quiso preguntarle: «¿Qué cosas te asustan?», pero no tuvo valor.

—Y ahora viene mi sorpresa — anunció Nina sonriendo—. Nos vamos a Alaska.

Meredith frunció las cejas.

—¿«Nos vamos»? ¿Quiénes?

—Mamá, tú y yo. —Metió las manos debajo de la mesa y sacó tres billetes—. En un crucero.

Meredith se quedó muda de asombro. Sabía que tendría que iniciar una

discusión, alegar que tenía que trabajar, que no podía dejar solos a los perros... Cualquier cosa. Pero lo cierto era que sentía deseos de ir. Deseos de alejarse de la huerta, de la oficina, de la conversación pendiente con Jeff. Daisy podría encargarse del almacén.

Su madre levantó lentamente la mirada. Estaba pálida. Sus ojos azules parecían asomar como dos ascuas a través de la palidez.

—¿Me vais a llevar a Alaska? ¿A santo de qué?

—Dijiste que era tu sueño — respondió Nina como si nada. A Meredith le dieron ganas de plantarle un

beso. La voz de su hermana estaba teñida de dulzura—. Y tú también, Mere.

—Pero... —dijo su madre, moviendo la cabeza con gesto de negación.

—Lo necesitamos —añadió Nina—. Las tres. Necesitamos estar juntas y yo quiero que mamá conozca Alaska.

—A cambio del resto del cuento —agregó su madre.

Un silencio incómodo se instaló entre ellas.

—Sí. Queremos oír toda la... historia, mamá. Pero esto es otra cosa. Vi tu cara cuando dijiste que siempre habías soñado con ir a Alaska. Este viaje es un sueño tuyo. Déjanos que te llevemos.

Su madre se levantó de la mesa y se fue a las puerta-ventanas del comedor. Desde allí se quedó mirando el jardín de invierno, que en esos momentos estaba totalmente florido y lleno de vida.

—¿Cuándo nos vamos?

A la mañana siguiente, Nina, de pie en la valla con la cámara en las manos, observaba a los empleados que iban entrando como una riada en la finca. Las mujeres se dirigían hacia la nave, en la que se dedicarían a embalar las manzanas del almacén de frío para su envío a las cuatro esquinas del planeta; al cabo de unos meses, como bien sabía

Nina, se encargarían de clasificar la cosecha por categorías. Y a lo largo de las hileras de árboles se veía a los trabajadores, todos con pantalones vaqueros desgastados y la mayoría con el pelo negrísimo, subiendo y bajando de las escaleras de mano, entre las ramas, para envolver a mano las manzanas nuevas con el fin de protegerlas de los insectos y de los elementos.

Se disponía a volver a la casa, cuando un coche de color azul, cubierto de polvo, se detuvo delante del garaje y apagó el motor. La puerta del conductor se abrió. Y lo único que Nina alcanzó a ver fue una mata de cabellos negros

veteados de gris, antes de salir corriendo hacia él.

—¡Danny! —exclamó arrojándose a sus brazos, con tal ímpetu que él perdió el equilibrio y se dio un buen porrazo contra el coche, aunque no dejó de abrazarla con fuerza.

—Mira que es difícil dar contigo, Nina Whitson.

Sonriendo, Nina le cogió de la mano.

—Lo has hecho muy bien. Ven. Deja que te enseñe todo esto.

Con un sentimiento inesperado de orgullo, le enseñó la huerta que su padre había amado. De vez en cuando le contaba algún recuerdo del pasado, pero

sobre todo le habló del cuento que les estaba contando su madre.

Finalmente preguntó:

—¿Por qué has venido?

Él sonrió, mirándola, más alto que ella.

—Lo primero es lo primero, cariño. ¿Dónde está tu habitación?

—En la segunda planta.

—Rayos —dijo él—. Me vas a hacer sudar la gota gorda.

—Me ocuparé de que te merezca la pena. Te lo prometo —dijo ella, y le dio un beso en la oreja.

Él la llevó en brazos hasta su dormitorio de niña.

—Conque animadora del equipo

deportivo, ¿eh? —comentó él al ver el pompón polvoriento, rojo y blanco, que tenía en un rincón—. ¿Cómo es que nunca me lo habías contado?

Ella empezó a desabrocharle la camisa. Lo desnudó con manos frenéticas. Imaginarse sus dedos tocándola era una tortura deliciosa, y cuando estuvieron los dos desnudos y en la cama, él empezó a acariciarla con un ardor similar al suyo. A Nina le excitaba muchísimo, no había otro modo decirlo. Y cuando alcanzó el orgasmo, fue tan intenso que le pareció que iba a partirse en dos.

Después, él se incorporó apoyándose en un codo y la miró. Tenía el rostro

intensamente bronceado, con arrugas profundas, las de los ojos como diminutas marquitas blancas hechas a cuchillo. Durante la sesión de sexo se le había revuelto mucho el pelo, que ahora parecía convertido en cientos de ondas negras ensortijadas. Sonreía. Pero en su sonrisa había algo prendido, y la expresión de su mirada era casi de tristeza.

—Me has preguntado por qué he venido.

—Dale a la chica la oportunidad de respirar, ¿eh?

—Ya estás respirando —respondió él en voz baja. Con esas tres palabras, unidas a su mirada, ella entendió todo.

—Está bien —dijo, y esta vez tuvo que obligarse a mirarlo—. ¿Por qué has venido?

—Estaba en Atlanta. Desde allí era un viaje de nada.

—¿En Atlanta? —replicó ella, pero ya sabía lo que había en Atlanta. Como lo sabía cualquier periodista.

—La CNN. Me han ofrecido tener mi propio programa. Historias sobre el mundo, tratadas con profundidad. —Sonrió—. Estoy cansado, Neens. Llevo décadas pateándome el globo, me duele la pierna mala a todas horas y estoy harto de tratar de mantenerme al día de lo que pasa en el mundo de los veinteañeros. Pero, sobre todo... estoy

cansado de estar tanto tiempo solo. Recorrer el mundo no me importaría tanto si tuviese un hogar al que volver.

—Felicidades —dijo ella sin denotar emoción alguna.

—Cásate conmigo —dijo él. Y la franqueza de sus ojos azules hizo que a Nina le entrasen ganas de llorar. Pensó, absurdamente: «Debería haberle hecho más fotos».

—Si respondo que sí —dijo, acariciándole la cara y notando la poco habitual lisura de su mejilla—, ¿olvidarás lo de la CNN y te quedarás en África conmigo? ¿O quizá en Oriente Medio, o Malasia? ¿Podría decir un viernes: «Necesito buena comida

tailandesa», y que nos subiésemos a un avión?

—Ya hemos hecho todo eso, amor.

—¿Y qué iba a hacer yo en Atlanta? ¿Aprender a hacer la tarta de melocotón perfecta y esperarte en casa con un vaso de whisky?

—Vamos, Neens. Sé quién eres.

—¿Sí? —Nina se sintió como si estuviese cayéndose de repente. Le dolía la tripa, le escocían los ojos. ¿Cómo podría responderle que sí? ¿Cómo podría responderle que no? Amaba a ese hombre. De eso no tenía la menor duda. Pero ¿qué pasaba con lo demás? ¿Sentar la cabeza? ¿Una casa en la ciudad o en alguna zona residencial? ¿Una dirección

fija? ¿Cómo podría con eso? La única forma de vida que había deseado tener era la que tenía en esos momentos. Ella, sencillamente, era incapaz de echar raíces; eso era para hombres como su padre y para mujeres como su hermana, a los que les gustaba que el suelo que pisaban estuviera nivelado. Y si de verdad Danny quería a Nina, lo sabría.

—Vente conmigo a Atlanta a pasar solo el fin de semana. Hablaremos con gente, veremos lo que puede haber disponible para ti. Eres una fotoperiodista famosa en todo el mundo, por todos los santos. Harían el pino con las orejas con tal de darte un puesto. Venga, amor, danos una oportunidad.

—Me marchó a Alaska con mi madre y con Meredith.

—Te traeré a tiempo. Te lo juro.

—Pero... el cuento... Tengo que seguir indagando. No puedo dejar la historia así como así. A lo mejor dentro de dos semanas, cuando hayamos terminado...

Danny se apartó de ella.

—Siempre habrá otra historia que investigar, ¿verdad que sí, Neens?

—Eres injusto. Esta es la historia de mi familia, la promesa que le hice a mi padre. No me puedes pedir que abandone eso.

—¿Te he pedido eso?

—Ya me entiendes.

—Porque me parece que te he pedido matrimonio y no me has respondido.

—Dame más tiempo.

Él se inclinó y la besó, esta vez con un beso lento, suave, triste. Y cuando la cogió entre sus brazos y volvió a hacerle el amor, ella aprendió una cosa que no sabía, algo que desconocía hasta ese momento: que el sexo podía significar muchas cosas, una de ellas adiós.

Meredith no había ido de vacaciones sin Jeff y las niñas desde hacía años. Mientras hacía y deshacía la maleta, una y otra vez, se dio cuenta de que la ilusión del viaje crecía dentro de ella a

pasos agigantados. Siempre había querido ir a Alaska.

Entonces ¿por qué no había ido nunca?

Al ocurrírsele la pregunta, dejó por un momento de hacer la maleta. Se quedó mirándola, abierta encima de la cama. Pero en lugar de ver en ella el jersey blanco perfectamente doblado, vio el paisaje desierto de su propia vida.

Por lo general, ella era la que organizaba las vacaciones de la familia y siempre había dejado que el destino lo eligiese otra persona. Jillian había querido ir a ver el Gran Cañón, así que un verano habían ido de acampada; a

Maddy siempre le había chiflado ir de hawaiana, y dos vacaciones en familia en Hawái habían consolidado su apodo de Tiki-Girl; y como a Jeff le apasionaba esquiar, todos los años iban a Sun Valley.

Pero nunca habían puesto rumbo al norte, a Alaska.

¿Por qué? ¿Por qué Meredith había estado tan predispuesta a desatender su propia felicidad? Había pensado que habría tiempo después para dar cabida a sus elecciones, que si anteponía a sus hijas durante diecinueve años, podría cambiar de rumbo después y darse prioridad a sí misma. Con la misma facilidad con que se cambia de carril en

la carretera. Pero no había sido así, o en todo caso no para ella. Había invertido tanto de sí misma en la crianza, que ahora no podía simplemente volver al punto de partida.

Miró a su alrededor. La habitación estaba repleta de recuerdos, de fragmentos de la vida que había vivido: fotografías de la familia, trabajos de manualidades que sus hijas habían hecho a lo largo de los años, recuerdos que habían comprado juntos ella y Jeff. Al lado de la cama tenía una foto que había visto todos los días de su vida, pero en la que realmente no se había fijado de verdad desde hacía años. Era una foto de Jeff y ella de jóvenes, unos críos a

decir verdad, recién casados, con una niñita pelona de ojos brillantes cogida entre los dos. Jeff tenía el pelo largo y rubio como el trigo, y el viento se lo había puesto por encima de las mejillas bronceadas. Su sonrisa era tan franca que cortaba el hipo.

«Ella es nosotros», le había dicho a Meredith ese día de hacía tantos años, cuando habían sostenido en brazos a su hija Jillian. «Lo mejor de nosotros.»

Y de pronto la sola idea de perderlo le resultó insoportable. Cogió las llaves del coche y se fue a verlo a su oficina. Pero, una vez allí, al mirarlo a los ojos, se dio cuenta de que su miedo a perderse a sí misma era igual de grande.

—Quería recordarte que nos vamos mañana —le dijo, al cabo de un silencio que pareció el más largo del mundo.

—Ya lo sé.

—Te quedas en la casa, ¿verdad? Creo que las niñas te van a llamar a diario. Están convencidas de que no puedes vivir sin mí.

—¿Y tú piensas que están equivocadas?

Estaba muy cerca de ella, tan cerca que habría podido tocarlo sin hacer casi esfuerzo. De pronto, anheló hacerlo. Pero se retuvo.

—¿Lo están?

—Cuando vuelvas, hablamos.

—¿Y si...? —dijo, y las palabras le

salieron por la boca antes siquiera de darse cuenta de que iba a decir algo.

—¿Y si qué?

—¿Y si sigo sin saber qué decirte? — le preguntó por fin.

—¿Después de veinte años?

—Han pasado volando.

—Solo es una pregunta, Mere. ¿Estás enamorada de mí?

«Solo una pregunta.»

¿Cómo era posible que toda una vida adulta se redujese a eso?

Mientras el silencio se alargaba, él alargó la mano para coger una foto enmarcada que tenía encima de la mesa.

—Esto es para ti —dijo.

Ella miró la imagen y sintió que los

ojos se le llenaban de lágrimas. Era la foto de su boda. La había tenido encima de la mesa de despacho todos esos años.

—¿Ya no quieres tenerla aquí?

—No te la estoy dando por ese motivo.

Entonces, le acarició la mejilla con una delicadeza que, de alguna manera, le comunicó más cosas que los veinte años de vida en común, de conocerse, de pasión y de amor y de las decepciones de las que iban acompañados, y comprendió que le había entregado la fotografía para que los recordase.

Levantó la vista hacia él.

—Nunca te dije que quería ir a Alaska. Creo que había un montón de

cosas que no te decía. —Por cómo la miró, se dio cuenta de que entendía lo que quería decirle y de pronto recordó que la conocía perfectamente. Él había estado a su lado cuando se graduó, cuando dio a luz, cuando murió su padre. Él había sido el testigo principal de la mayor parte de su vida. ¿Cuándo había dejado de hablarle de sus sueños? ¿Y por qué?

—Ojalá me lo hubieras dicho.

—Sí. Ojalá.

—Las palabras tienen su importancia, supongo —añadió finalmente—. A lo mejor tu padre lo supo siempre.

Meredith asintió en silencio. ¿Cómo es posible que su vida entera pudiera

condensarse en esa sencilla verdad? Las palabras tenían importancia. Su vida se había definido por las cosas dichas y por las no dichas, y ahora el silencio estaba minando su matrimonio.

—No es quien pensábamos que era, Jeff. Me refiero a mi madre. A veces, cuando nos está contando el cuento, es como si... No sé. Se funde con esa otra mujer. Casi me da miedo descubrir la verdad. Pero no puedo pararme. Necesito saber quién es. A lo mejor entonces sabré quién soy yo.

Él asintió sin decir nada y se acercó un poco más. Inclinandose hacia ella, le dio un beso en la mejilla.

—Buen viaje, Mere. Espero que

encuentres lo que buscas.

Dieciocho

Hacía uno de esos raros días límpidos, azul cristalino, en que el monte Rainier se veía desde el centro urbano, imponente, dominando el perfil de rascacielos de Seattle. El paseo marítimo estaba desierto, pues apenas había arrancado la temporada, pero pronto la calle, con sus tiendas de recuerdos y sus marisquerías, se llenaría de turistas que la abarrotarían de punta a

punta. La ciudad de momento pertenecía solo a los lugareños.

Meredith alzó la vista para contemplar el buque gigantesco amarrado en el muelle 66. Había bastante trasiego de gente en la terminal y los pasajeros aguardaban en fila el momento de embarcar.

—¿Estáis listas? —preguntó Nina, echándose la mochila al hombro.

—No sé cómo puedes viajar tan ligera —dijo Meredith tirando de su maleta, mientras iban avanzando hacia los botones que esperaban junto a las puertas de salida. Les entregaron el equipaje y fueron a la pasarela. Cuando

iban a empezar a cruzarla, su madre se detuvo de repente.

Meredith por poco no se chocó con ella.

—¿Mamá? ¿Estás bien?

Su madre se ciñó el abrigo negro de lana, de cuello alto, y se quedó mirando fijamente el barco.

—¿Mamá? —repitió Meredith.

Nina apoyó la mano en el hombro de su madre.

—Cruzaste el Atlántico en barco, ¿verdad? —dijo, con tacto.

—Con vuestro padre —respondió ella—. No recuerdo mucho, salvo esto. Embarcar, zarpar...

—Estabas enferma —dijo Meredith.

Su madre pareció sorprenderse.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Nina—.
¿Qué te pasaba?

—Ahora no, Nina. —Su madre se recolocó la correa del bolso en el hombro—. Bueno. Vamos a buscar nuestros camarotes.

Al final de la pasarela, un hombre con uniforme revisó su documentación y las acompañó a sus camarotes contiguos.

—Tienen sitio asignado en el primer turno de la cena. Este es su número de mesa. El equipaje se lo traerán al camarote. Les ofrecemos un servicio de cócteles en la proa mientras nos alejamos del puerto.

—¿Cócteles? —dijo Nina—. Nos apuntamos. Vamos allá, señoras.

—Luego iré yo —respondió su madre—. Necesito un ratito para organizarme.

—Vale —dijo Nina—, pero no tardes mucho. Tenemos que celebrarlo.

Meredith se fue con Nina por los rutilantes pasillos de color burdeos y azul del interior del barco en busca de la proa, redondeada y saliente, del barco. En cubierta, alrededor de la piscina y a lo largo de las barandillas había cientos de personas. Los camareros con sus uniformes blancos y negros llevaban vasos con bebidas de color brillante, todos con su sombrillita, en bandejas de plata destellante. Al lado de un puesto

con comida, una banda de mariachis tocaba en una tarima.

Meredith se apoyó en la barandilla y dio un sorbo de su vaso.

—¿Es que no piensas hablarme de él?

—¿De quién?

—De Danny.

—Ah.

—Estaba como un queso, por cierto, y cogió un avión solo para ir a verte. ¿Por qué no se quedó más?

A sus espaldas sonó la sirena del barco. A su alrededor la gente prorrumpió en aplausos y vítores cuando el enorme navío se separó del muelle. Su madre no estaba por ninguna parte. Menuda sorpresa.

—Quiere que me vaya con él a Atlanta y eche raíces.

—No pareces muy contenta con la idea.

—Echar raíces. ¿Yo? No solo me apasiona mi profesión, es que vivo para ella. Y, sinceramente, el matrimonio no es lo mío. ¿Por qué no podemos simplemente decir que vamos a seguir queriéndonos y viajar hasta que tengamos que ir en silla de ruedas?

Tan solo un mes antes Meredith habría respondido a Nina con una sarta de tópicos, le habría dicho que el amor era lo único que importaba en la vida y que Nina estaba llegando a una edad en la que debería crear una familia. Pero

durante los meses que habían transcurrido desde el fallecimiento de su padre, había aprendido unas cuantas cosas. Cada elección cambiaba la ruta por la que ibas y era demasiado fácil acabar yendo en la dirección equivocada. A veces, echar raíces significaba simplemente acomodarse.

—Admiro eso de ti, Neens. Tienes una pasión y la persigues. No cedés por otras personas.

—¿El amor es suficiente? ¿Qué pasa si lo amo pero soy incapaz de echar raíces? ¿Qué pasa si nunca quiero tener la casita con su valla blanca de madera y un puñado de críos correteando a mi alrededor?

—Es cuestión de elegir, Neens. Nadie puede decirte qué es lo mejor.

—Si tú tuvieras que empezar de nuevo, ¿seguirías eligiendo a Jeff, incluso con todo lo que ha pasado?

Meredith nunca se había planteado esa pregunta. Pero la respuesta le vino sin el menor esfuerzo. Por alguna razón, era más fácil reconocerlo allí, sin otra cosa que desconocidos y agua a su alrededor.

—Volvería a casarme con él.

Nina la rodeó con un brazo.

—Vale —le dijo—, pero sigues sin saber lo que quieres.

—Te odio —replicó Meredith.

Nina la estrechó, apretándole el

hombro.

—No, no me odias. Me quieres.

Meredith sonrió.

—Supongo que sí.

La azafata las llevó a una mesa situada al lado de un ventanal enorme. A través del vidrio se veían kilómetros de océano vacío, las olas con las crestas pintadas de luz, del sol mortecino. Mientras cada una ocupaba su silla, su madre sonreía a la azafata y le dio las gracias.

A Meredith le sorprendió tanto ver a su madre con una sonrisa así de afectuosa que se quedó parada, literalmente. Ella había cuidado de su

madre durante años, para lo cual había tenido que encajar esa tarea entre todas las demás que abarrotaban su agenda diaria. Debido a esto, rara vez miraba de verdad a su madre; más bien pasaba por delante de ella, o alrededor de ella, para llegar a su padre. Incluso en los últimos meses, en que tantas veces habían estado solo ellas dos, apenas habían vivido instantes de auténtica conexión. Siempre había conocido a su madre como un ser distante, frío, y así era como la había visto.

Pero la mujer que acababa de sonreír era una persona totalmente diferente. Secretos dentro de secretos. ¿Era eso lo que iban a descubrir en ese viaje? ¿Que

su madre era como una de sus preciadas muñecas rusas y, de ser así, llegarían realmente a ver la que se escondía en lo más profundo?

La azafata les entregó los menús.

—Que disfruten de la comida —les dijo, y se marchó.

Cuando a los pocos minutos llegó el camarero que iba a atenderlas, ninguna de las tres había abierto la boca.

—Todas necesitamos una copa —dijo Nina—. Vodka. Ruso. El mejor que tengan.

—Ni hablar —repuso Meredith—. No pienso beber chupitos de vodka a palo seco en mis vacaciones. —Sonrió

al camarero—. Para mí un daiquiri de fresa, por favor.

Nina sonrió.

—Vale. Para mí un vasito de vodka y un margarita con hielo. Y mucha sal.

—El vodka y una copa de vino — pidió su madre.

—Y la sesión de Alcohólicos Anónimos está lista para empezar — apuntó Meredith.

Para su sorpresa, su madre sonrió.

—Por nosotras —dijo Nina cuando llegaron las copas—. Por Meredith, por Nina y por Anya Whitson. Puede que juntas por primera vez.

Su madre se estremeció y Meredith se dio cuenta de que no las estaba mirando,

ni siquiera cuando entrechocaron los vasos para el brindis.

Meredith advirtió que no dejaba de observar a su madre con atención. Vio que se le formó un leve frunce en las comisuras de los labios cuando desvió la mirada para contemplar el vasto océano azul. Hasta que no hubo anochecido, no pareció deshacerse esa leve tensión de su rostro. Seguía el hilo de la conversación y añadió sus tres nuevas respuestas al juego. Se bebió otra copa de vino. Pero el alcohol, lejos de relajarla, pareció alterarla más. Y cuando se terminó el postre, se levantó de la mesa casi inmediatamente.

—Voy a volver ya a mi camarote —

dijo—. ¿Venís conmigo?

Nina se puso de pie al instante, pero Meredith tardó más en dar una respuesta.

—¿Estás segura, mamá? A lo mejor deberías descansar esta noche. Mañana podemos seguir con el cuento.

—Gracias —dijo su madre—. Pero no. Venid. —Dio media vuelta, con cierta brusquedad, y se alejó por el salón.

Meredith y Nina tuvieron que apresurarse para ir tras ella, entre la gente que iba y venía por los pasillos.

Ellas fueron primero a cambiarse y se pusieron sendos chándales. Meredith estaba justamente terminando de

cepillarse los dientes cuando Nina apareció a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Voy a enseñarle la foto y a preguntarle quiénes son los niños.

—No me parece buena idea.

—Porque tú eres una niña buena que respeta las reglas y trata de ser amable.

—Sonrió con picardía—. Yo soy la otra hermana. Puedes decir que no sabías nada del tema. ¿Quieres confiar en mí esta vez?

—Adelante —dijo Meredith finalmente.

Salieron del camarote y fueron al de al lado.

Su madre les abrió la puerta y las hizo

pasar a su espaciosa suite. Como era de esperar, el camarote estaba como una patena; ni prendas de vestir por ahí, ni objetos personales a la vista. Lo único inesperado fue una tetera y tres tazas en la mesa de centro.

Su madre se sirvió un té y a continuación fue a sentarse en un sillón de cuero que ocupaba un rincón de la estancia. Una vez acomodada, se tapó las piernas con una manta.

Meredith se sentó en el sofá de dos plazas de enfrente.

—Mamá, antes de que apagues las luces —dijo Nina—, quiero enseñarte una cosa.

Su madre levantó la vista.

—¿Sí?

Nina se acercó a ella y moviéndose como a cámara lenta, a ojos de Meredith, sacó la fotografía de su bolsillo y se la tendió a su madre.

Esta contuvo la respiración. El poco color que tenía su tez desapareció del todo.

—¿Has estado husmeando entre mis cosas?

—Sabemos que el cuento está ambientado en Leningrado y que algunas cosas son reales. Mamá, ¿quién es Vera?
—preguntó Nina—. ¿Y quiénes son estos niños?

Su madre negó con la cabeza.

—No me lo preguntéis.

—Somos tus hijas —intervino Meredith con dulzura, tratando de suavizar las preguntas que acababa de hacer su hermana—. Solo queremos conocerte.

—Era lo que papá quería también —dijo Nina.

Su madre bajó la vista para mirar la fotografía, que temblaba entre sus dedos. El camarote quedó sumido en un silencio tan absoluto que se oía el chapaleo de las olas contra el casco, a muchos metros por debajo.

—Tenéis razón. No es ningún cuento infantil. Pero si queréis que os cuente el resto, tendréis que dejarme que lo haga de la única forma que sé.

—Pero ¿quiénes...?

—Nada de preguntas, Nina. Escucha, nada más. —Aunque su madre podía estar muy pálida y tener aspecto cansado, su voz era de acero puro.

Nina se sentó al lado de Meredith y la cogió de la mano.

—De acuerdo.

—Bien, de acuerdo. —Su madre se recostó en el sillón. Acarició la fotografía con el dedo, notando su superficie resbaladiza, brillante—. Vera se enamoró de Sasha aquel día en el Jardín de Verano y para ella es una decisión que ya nunca cambiará. Aun cuando su madre disiente, y tiene miedo del amor de Sasha por la poesía, Vera es

joven y está apasionadamente enamorada de su marido, y cuando nace su primer hijo a ellos les parece un milagro. La llaman Anastasia, y para Vera es la luz de su vida. Cuando al año siguiente nace Leo, Vera no puede imaginar que sea posible ser más dichosa, pese a que corran malos tiempos en la Unión Soviética. El mundo lo sabe, sabe de la maldad de Stalin. Hay desaparecidos y muertos. Nadie lo sabe mejor que Vera y Olga, para quienes sigue siendo peligroso pronunciar el apellido de su padre. Pero en junio de 1941 es imposible preocuparse, o al menos eso le parece a Vera al arrodillarse en

la fértil tierra negra y cuidar de su huerto. Aquí, a las afueras de la ciudad, Sasha y ella cultivan una parcelita de tierra de la que obtienen verduras que los ayudan a sobrevivir a lo largo del blanco y prolongado invierno de Leningrado. Vera continúa trabajando en la biblioteca, mientras que Sasha estudia en la universidad, donde solo puede aprender lo que autoriza Stalin. Se hacen buenos soviéticos, o por lo menos soviéticos discretos, ya que hoy en día hay furgones negros por todas partes. A Sasha le queda solo un año para

terminar los estudios superiores y su esperanza es conseguir un puesto de profesor en una universidad.

—¡Mamá, mira! —la llama Leo, que sostiene en alto una diminuta zanahoria naranja, aún más raíz que hortaliza madura. Vera sabe que debería castigarlo, pero su sonrisa es tan contagiosa que la desarma. Tiene cuatro años y posee los rizos dorados de su padre y su misma risa fácil.

—Vuelve a enterrar esa zanahoria, Leo, todavía necesita tiempo para crecer.

—Yo le he dicho que no la cogiera —dice Anya, que tiene cinco años y es tan seria como risueño es su hermano.

—Y has hecho bien —responde Vera, haciendo esfuerzos para no sonreír. Pese a no tener más que veintidós años de edad, los niños la han convertido en una mujer adulta; únicamente cuando ella y Sasha están a solas es cuando realmente siguen siendo jóvenes.

Vera termina lo que está haciendo en el huerto, llama a los niños, los coge de la mano y comienza la larga caminata de vuelta al piso.

Cuando regresan a Leningrado es ya última hora de la tarde y las calles están abarrotadas de gente corriendo y gritando. En un primer momento Vera piensa que es porque las belye nochi llenan de vida y energía a todo el

mundo. Pero cuando llegan al puente del Fontanka, empieza a oír retazos de conversaciones, discusiones que se entablan, un runrún ansioso.

Oye un sonido estridente que sale de un altavoz y la palabra «Atención» lanzada por él como un cuchillo contra un trozo de madera. Agarra con fuerza a los niños y va abriéndose paso entre el gentío, y justo en ese momento comienza el anuncio: «Ciudadanos de la Unión Soviética, a las cuatro de la madrugada, sin una declaración de guerra, las tropas alemanas han atacado nuestro país...».

El anuncio prosigue, arengándolos a ser buenos soviéticos, a enrolarse en el

Ejército Rojo, a resistir al enemigo, pero Vera no puede seguir escuchándolo. Lo único en lo que puede pensar es en que tiene que volver a casa.

Los niños van llorando desde mucho antes de que Vera regrese al piso, en las cercanías del dique del río Moika. Ella apenas los oye. Aunque es madre, y coge de las manos a sus propias criaturas, es también hija y esposa, y son su madre y su marido a los que quiere ver en estos momentos. Sube con los niños por la sucia escalera, por los pasillos en los que reina un silencio

sepulcral. Una vez en el piso, todas las luces están apagadas. Por eso sus ojos tardan unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad.

Su madre y Olga, aún con la ropa de trabajo, están en una de las ventanas, tapando el paño de vidrio con papel de periódico. Al ver que Vera ha llegado, su madre se aparta a tumbos de la ventana que ha estado tapando.

—Gracias a Dios —dice, y abraza a Vera—. Tenemos que hacer cosas rápidamente —la insta, y Olga, que ha terminado con la ventana, se acerca a ella. Vera puede ver que su hermana ha estado llorando: tiene las pecosas mejillas surcadas de lágrimas y el pelo,

rubio rojizo, despeinado. Olga tiene la costumbre de mesarse los cabellos cuando está asustada—. Vera, llévate a Olga a la tienda —ordena su madre con energía—. Comprad todo lo que podáis que dure. Harina, miel, azúcar, manteca. Lo que sea. Yo voy corriendo al banco a sacar todo nuestro dinero. —Entonces, se arrodilla delante de Leo y Anya—. Vosotros os quedaréis aquí solitos y esperaréis a que volvamos.

Al instante Anya gime.

—Yo quiero ir contigo, baba.

La madre pone la mano en la mejilla de Anya.

—Las cosas no son como antes, tampoco para los niños. —Se levanta y

coge el bolso de la otra habitación, y comprueba que lleva la libreta de ahorros de color azul.

Las tres mujeres salen del piso. Al cerrar la puerta, oyen el chasquido que indica que el cerrojo está echado. Al otro lado se oye el llanto de los niños casi de inmediato.

Vera mira a su madre.

—No puedo dejarlos aquí así como así, encerrados...

—De ahora en adelante harás cosas que te parecerán inimaginables — responde su madre en tono cansino—. Y ahora vamos, antes de que sea demasiado tarde.

Afuera el cielo está totalmente

despejado, de un hermoso color azul, y los lilos que crecen al pie de las ventanas de la primera planta perfuman el aire. Parece imposible que en semejante día la guerra penda sobre Leningrado... hasta que doblan la esquina y llegan al banco, donde la gente se apiña delante de la puerta cerrada, enarbolando las libretas de ahorro, vociferando; hay mujeres llorando.

—Hemos llegado demasiado tarde — declara su madre.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta Olga, tirándose del pelo nerviosamente otra vez y mirando a su alrededor. A su lado una anciana emite un gemido y

cae al suelo, desmayada, como un peso muerto. En cuestión de segundos la muchedumbre la tapa y ya no se la ve.

—Los bancos están cerrados por ahora. Demasiada gente ha intentado retirar sus ahorros. —Su madre se muerde el labio, tan fuerte que acaba haciéndose sangre. Las lleva entonces a la tienda de comestibles. La gente sale del comercio con todo lo que pueden cargar. Las estanterías están prácticamente vacías. Los precios ya están poniéndose por las nubes.

A Vera le cuesta entender todo esto. Acaba de anunciarse la guerra y ya están desapareciendo los alimentos y la

gente va con cara de aturdimiento y desesperación.

—Esto no es nuevo —sentencia su madre, sin más.

Una vez dentro de la tienda, solo les llega para comprar harina, lentejas secas y manteca. Cargan con sus magras provisiones y regresan por las calles atestadas de gente, hasta que logran llegar al piso cuando acaban de dar las seis.

Vera oye llorar a los niños y eso le parte el alma. Abre la puerta y los coge en brazos. Leo se abraza a su cuello, con fuerza, diciendo:

—Mamá, te he echado de menos.

Vera piensa entonces que nunca más

volverá a hacer caso del consejo de su madre en lo tocante a esto, nunca más dejará solos a sus hijos.

—¿Y vuestro padre? —le pregunta a Anya, que responde encogiendo sus hombritos.

Sasha debería haber vuelto a casa ya.

—Estoy segura de que está bien —dice su madre—. Será complicado moverse por las calles.

Pero la angustia roe por dentro a Vera, y a cada minuto que pasa su colmillo se le clava con más intensidad. Al final, a las ocho de la noche, su marido entra en el piso.

Tiene un lado de la cara manchado y el pelo húmedo de sudor.

—Verushka —dice, y la estrecha entre sus brazos, tan fuertemente que ella no puede respirar—. Los tranvías iban a rebosar. He venido corriendo todo el camino. ¿Estáis bien?

—Ahora sí —responde ella.

Y lo cree verdaderamente.

Esa noche, mientras su abuela ronca en la caliente oscuridad, Vera está despierta, sentada en la cama. El enorme entramado de cinta adhesiva y papel de periódico que tapa las ventanas solo deja pasar una luz muy

tenue. Al otro lado, la ciudad está envuelta en un silencio extraño, espeluznante. Es como si la propia Leningrado estuviese conteniendo la respiración, temerosa de soltar el aire de los pulmones.

Con esta penumbra poblada de sombras, el piso parece aún más pequeño y más revuelto. En la zona que hace las veces de sala de estar tienen puestas tres camas estrechas, lo cual, unido a las camitas de los niños en la cocina, hace que apenas quede sitio para moverse. Ni siquiera pueden estar todos juntos en las comidas. No hay sitio para todos en la mesa ni sillas suficientes que poner alrededor.

A poca distancia de ella, su madre y Olga están despiertas también, sentadas a su vez en su cama. Junto a Vera, Sasha está más silencioso que nunca.

—No sé lo que se supone que debemos hacer —comenta Olga. Tiene diecinueve años, y a esa edad debería estar pensando en el amor, en el romanticismo y en su futuro, no en la guerra—. A lo mejor nos salvan los alemanes. El camarada Stalin...

—Chitón —dice su madre, cortante, y lanza una mirada a su madre, que sigue dormida. Hay cosas que no pueden nunca decirse en voz alta. Olga debería saberlo ya—. Mañana iremos a

trabajar —añade—. Y lo mismo al día siguiente, y al otro y al otro. Ahora, a dormir. Vamos, Olga, tumbate. Yo te abrazaré.

Vera oye los chirridos de la cansada cama mientras se acomodan para dormirse. Ella se tiende al lado de su marido, intenta sentir seguridad estando entre sus brazos. La escasa luz no permite ver bien su cara, que es una mancha con trazos grises y negros, pero su respiración es regular y firme, y oírla, acompasando con ella los latidos de su corazón, la tranquiliza. Le acaricia la mejilla. Nota la barba incipiente recién crecida, tan familiar para ella ahora como la alianza que

lleva en el dedo. Se inclina para besarlo y, por un instante, cuando los labios de él están pegados a los suyos, no hay nada más. Pero entonces él se separa un poco y le dice:

—Verushka, tienes que ser fuerte.

—Seremos fuertes —responde ella, y lo abraza.

Dos noches después los despiertan unos disparos.

Vera sale disparada de la cama, con el corazón en la boca. Al intentar llegar hasta sus hijos, se cae encima de la cama de su madre. Los disparos

hacen vibrar las finas ventanas y en el pasillo se oyen pasos y gritos.

—Deprisa —dice Sasha, que habla con una calma sorprendente. Las reúne a todas, mientras la madre de Vera coge toda la comida que puede. No es hasta que se hallan fuera, en la calle, acurrucados con el grupo de vecinos, bajo un cielo azul claro, cuando comprenden de qué se trata: son las ametralladoras antiaéreas rusas, que están practicando para lo que está por venir.

En su calle no hay ningún refugio. Es la madre de Vera quien organiza a los vecinos de su edificio: mañana irán a

la zona de almacén que hay en el sótano y prepararán allí un refugio.

Finalmente, entre el restallar de los disparos y el silencio sobrenatural que se hace entre ellos, Sasha mira a Vera. Él tiene a Leo dormido en sus brazos (ese chiquillo es capaz de dormir en cualquier circunstancia) y Anya está a su lado, chupándose el dedo pulgar, preocupada, mientras acaricia la punta de su manta. Es un hábito de cuando era bebé que había abandonado mucho antes del estallido de la guerra pero que ahora ha vuelto.

—Sabes que tengo que irme —le dice Sasha a Vera.

Ella niega con la cabeza, pensando

de pronto que estos disparos de ametralladoras no son nada, que la expresión del rostro de su marido es más aterradora.

—Soy estudiante universitario y poeta —sigue diciendo—. Y tú eres la hija de un criminal de Estado.

—Pero no has publicado ninguno de tus poemas...

—Estoy bajo sospecha, Vera, y lo sabes. Tú también estás bajo sospecha.

—No puedes irte. No dejaré que te vayas.

—Ya está hecho, Vera —es lo que dice—. He ingresado en el Ejército Popular de Voluntarios.

La madre de Vera se acerca y se pone

a su lado. La agarra con fuerza del brazo.

—Claro que te vas, Sasha —dice en tono sereno, y Vera percibe el dejo de advertencia de su voz. Hay que cuidar siempre las apariencias. Incluso en estos momentos, mientras suenan a su alrededor los disparos de las armas de fuego, un furgón negro ronda por la calle.

—Es lo que hay que hacer —añade Sasha—. Somos el Ejército Soviético. El mejor del mundo. Les daremos una patada en el culo a los alemanes en un abrir y cerrar de ojos y volveré a casa.

Vera nota a la pequeña Anya a su lado, cogida de su mano, escuchando

atentamente todo lo que dicen. También a sus vecinos e incluso a personas desconocidas. Sabe lo que se supone que debe sentir y decir, pero no sabe si tendrá fuerzas. Su padre un día le dijo más o menos eso mismo: «No te preocupes, Verónika Petróvna, siempre estaré aquí para ti».

—Prométeme que volverás a mi lado —le dice.

—Te lo prometo —responde él fácilmente.

Pero Vera no es tonta: no tiene sentido pedir que te prometan determinadas cosas, y es inútil que te las prometan. Se vuelve hacia su madre y esa verdad se transmite entre las dos

sin palabras. Vera comprende entonces su propia infancia. Tendrá que ser fuerte para sus hijos.

—Es una promesa que esperaré que cumplas, Aleksandr Ivánovich.

A la mañana siguiente, Vera se despierta temprano. En medio de la oscuridad y el silencio, encuentra la única fotografía que posee de ellos dos, tomada el día de su boda.

Contempla la foto, en sus manos, mira sus rostros luminosos y sonrientes. Las lágrimas emborronan la imagen mientras la saca de su marco. La dobla por la mitad y la mete en el bolsillo del abrigo de él.

Oye unos pasos tras de sí, nota sus

manos en sus hombros.

—Te amo, Verushka —dice en voz baja, antes de darle un beso en la cara.

Se alegra de que esté a su espalda. No está segura de tener las fuerzas necesarias para mirarlo a la cara cuando dice:

—Yo también te amo, Sasha.

«Vuelve conmigo.»

En un periquete él se ha ido.

Diecinueve

Vera y Olga tienen suerte con sus respectivos empleos. Olga trabaja en el museo del Hermitage y Vera en la Biblioteca Pública de Leningrado. En esa época las dos pasan los días en salas oscuras y silenciosas, guardando en cajas obras maestras del arte y la literatura para que la historia del estado soviético no se pierda nunca. Al terminar la jornada, Vera vuelve andando a casa, sola. Algunas tardes se

desvía para ir a ver el Jardín de Verano y recordar el día que conoció a Sasha, pero cada vez le cuesta más recordar. La faz de Leningrado está distinta ya. El Caballero de Bronce está tapado con sacos de arena y tablones. Han colgado mallas de camuflaje en la fachada del Smolny y han pintado con manchas grises las agujas doradas del Almirantazgo. Mire a donde mire, solo ve gente ocupada en algo: construyendo refugios para proteger a la población de las incursiones aéreas, haciendo cola para obtener alimentos, cavando trincheras. En lo alto, el cielo sigue siendo azul, sin una nube, y todavía no han caído bombas, pero ya

falta poco y lo saben. Día tras día los altavoces braman partes sobre los avances de las tropas alemanas. Nadie cree que vayan a llegar a Leningrado, a su ciudad mágica erigida en la tierra embarrada y sembrada de huesos, pero bombas sí caerán aquí. De eso no tienen la menor duda.

En su camino a casa, Vera hace un alto en el banco y retira los doscientos rublos que le permiten sacar al mes, y cuando ya tiene el dinero en sus manos hace cola para comprar tres panes y una lata de queso. Hoy está de suerte, quedan alimentos cuando llega al final de su larga espera. En ocasiones, cuando llega al principio de la fila,

cierran el comercio delante de sus narices.

Cuando finalmente llega a casa a las ocho, Anya y Leo están jugando a soldados en el salón, saltando de cama en cama y haciendo sonidos de disparos.

—¡Mamá! —exclama Leo al verla. Una sonrisa desdentada le quiebra la cara. Echa a correr hacia ella y se arroja en sus brazos. Anya llega corriendo detrás de él, pero no se abraza a Vera con tanta fuerza. Anya está dolida con toda esta historia de la guerra y quiere que todo el mundo se entere. No le hace gracia pasarse los días en una guardería y no volver a

casa hasta las seis, y luego tener que estar con «la maloliente señora Nevski, la vecina de puerta».

—¿Cómo están mis niñitos? — pregunta Vera, cogiendo a Anya en sus brazos igualmente—. ¿Qué habéis hecho hoy en la escuela?

—Yo soy demasiado mayor para ir a la guardería —le informa Anya, arrugando la cara con gesto de concentración.

Vera le da unas palmaditas en la cabeza y va a la cocina. Está en los fogones, poniendo agua a hervir, cuando Olga entra en el piso.

—¿Te has enterado? —dice, sin resuello.

Vera se gira.

—¿De qué?

Olga mira nerviosa a Anya y a Leo, que están jugando con unos palitos.

—Todos los niños de Leningrado — dice, bajando la voz—. Los van a evacuar.

El día de la evacuación, Vera se despierta por la mañana con el cuerpo revuelto. No puede hacerlo, no puede montar a sus niñitos en un tren con destino a un lugar remoto y luego seguir adelante con su vida. Se queda en la cama, sola (todo lo sola que permite el piso abarrotado), mirando

sin pestañear el cielo raso manchado de óxido y marcas de humedad. Oye a su madre agitarse en su cama y a Olga roncar suavemente, a poco más de medio metro.

—¿Vera? —dice su madre.

Vera se tumba de costado.

Su madre la está mirando. Están muy cerca las dos, cada una en su cama pero tan próximas que casi podrían tocarse. Olga se rebulle, se tumba de lado, y la manta fina como una hoja destapa el hombro de su madre.

—No puedes pensarlo —le dice, y Vera se pregunta si algún día ella también sabrá lo que están pensando sus hijos antes que ellos mismos.

—¿Cómo no voy a pensar en ello? —
repone Vera. Toda su vida ha entendido
lo que significa ser un buen soviético,
cumplir las reglas, mantener gacha la
cabeza y no hacer ningún movimiento
que llame la atención. Pero esto...
¿Cómo va a poder cumplir con esto
ciegamente?

—El camarada Stalin tiene ojos en
todas partes. Seguro que vigila a los
alemanes y sabe dónde pueden ir
nuestros hijos para ponerse a salvo.
Además, los hijos de todos los
trabajadores deben marcharse. Sin
excepción.

—¿Y si no vuelvo a verlos nunca?
Su madre se destapa del todo. Sale

de la cama y cruza el reducido espacio que las separa. Se mete en la cama con ella, en el lado de Sasha, y abraza a su hija y le acaricia el pelo como cuando era pequeña.

—Las mujeres tomamos decisiones por otras personas, no por nosotras mismas, y cuando somos madres... soportamos lo que nos echen por nuestros hijos. Los protegerás. Te dolerá, les dolerá a ellos. Tu cometido es ocultar que se te está partiendo el corazón y hacer lo que necesitan que hagas.

—Sasha me dijo que iba a tener que ser fuerte.

Su madre asiente en silencio.

—De todos modos, yo no creo que los hombres lo entiendan. Ni siquiera tu Sasha. Ellos se van con sus armas y con sus ideas, con paso firme, y se creen que saben lo que es ser valiente.

—Ahora te estás refiriendo a papá.

—Puede ser.

Se quedan las dos calladas un rato, tumbadas en la cama.

Por primera vez en mucho tiempo Vera está pensando en su padre. Por mucho que le duela, es mejor que seguir dando vueltas a lo que le espera. Cierra los ojos. Y, en esa oscuridad, vuelve a la acera de delante del antiguo piso, desde la que veía irse a su padre...

Tiene los dedos helados dentro de sus guantes de lana, y siente hormigueos en los dedos de los pies por culpa del frío.

—Quiero ir al café contigo —le suplica, levantando la barbilla para mirarlo. A su alrededor está cayendo suavemente la nieve, y unos copos se posan en sus mejillas desnudas.

Él la sonríe mirándola desde arriba; el bigote, negro, grande, se le mueve encima del labio.

—No es sitio para una cría, bien lo sabes, Verushka.

—Pero vas a leer poemas tuyos. Y estará Anna Ajmátova. Ella es una mujer.

—Sí —dice él, intentando mirarla con gesto severo—. Una mujer. Y tú todavía eres una niña. Algún día escribirás tus palabras cargadas de belleza —le dice, apoyando una mano enguantada en su hombro—. En ese momento, en vuestras escuelas ya habrán vuelto a enseñar literatura, en vez de este atroz realismo soviético que es la idea que tiene Stalin de lo que significa el progreso. Ten paciencia. Dime adiós con la mano cuando haya cruzado la calle y luego métete en casa.

Ella se queda allí, bajo la nieve, viéndolo marcharse. Diminutos besos de fuego blanco se posan en sus

mejillas, transformándose casi de inmediato en manchas de agua que se deslizan hacia abajo y que se le cuelan, como dedos fríos, por dentro del cuello.

Pronto su padre es solo una mancha borrosa, un punto difuso de lana gris que se mueve en medio de todo ese blanco. Vera cree que tal vez se ha detenido para decirle adiós con la mano, pero no está segura. Lo que sí ve con certeza es que cae la noche sobre la nieve, cambiando los colores y las texturas, y ella trata de fijar esto en su memoria para poder describirlo después en su diario.

—¿Te acuerdas de cuando soñaba

con hacerme escritora? —dice ahora en voz queda.

Su madre tarda una eternidad en responder, en voz aún más baja:

—Me acuerdo de todo aquello.

—A lo mejor algún día...

—Chiss —responde, y le acaricia el pelo—. Solo servirá para que te hagas más daño. Eso lo sé bien.

Vera detecta el desencanto en la voz de su madre, y la aceptación. Se pregunta si algún día ella también hablará así, si le parecerá más sencillo rendirse. Antes de que le dé tiempo a pensar en una respuesta, oye a Leo en la cocina. Sin duda, está hablando con

el conejo de trapo que es su mejor amigo.

Vera piensa: «Ya ha empezado». Nota el beso de su madre, oye que le susurra algo al oído. Pero no entiende las palabras. El fragor que ocupa su mente es estruendoso. Sale de la cama sigilosamente y se sienta. Aunque esta mañana hace una temperatura agradable, igual que la noche pasada, lleva puesta una falda y un jersey. Al pie de la cama le esperan un par de maltrechos zapatos. En estos tiempos todos duermen vestidos. En cualquier momento puede producirse un ataque aéreo.

El sonido de los movimientos invade

el pequeño piso: Olga gime, dice que aún tiene sueño y que le duelen los brazos de tanto cargar con obras de arte para embalar; la abuela se suena la nariz; Anya informa a todo el mundo de que tiene hambre.

Todo es tan corriente.

Vera traga saliva para deshacer el nudo que se le ha formado en la garganta, pero no lo consigue. Va a la cocina. Allí ve a Leo, el vivo retrato de su padre, con sus angelicales bucles dorados y sus expresivos ojos verdes. Leo. Su león. Ahora está riéndose, contándole a su pobre conejo, tuerto y ajado, que a lo mejor irán hoy a dar de

comer a los cisnes del Jardín de Verano.

—Estamos en guerra —le recuerda Anya con una actitud de superioridad que resulta increíble para una niña de cinco años. Su lengua de trapo dota la frase de un punto de dulzura, pero todo el ardor de Anya se concentra en su mirada. Es puro acero esta criatura; exactamente como Vera se imaginó a sí misma tiempo atrás.

—Pues a decir verdad, nos vamos a dar un paseo —dice Vera. Al decirlo siente auténticas náuseas, pero su madre se acerca por detrás y la toca, y Vera puede continuar. Cruza la habitación para recoger sus abrigos.

Anoche Vera se quedó levantada hasta tarde, cosiéndoles billetes y cartas en el forro de sus abrigos de niños.

Leo se pone de pie de un brinco y aplaude entusiasmado, repitiendo sin cesar: «¡Un paseo, un paseo!». Hasta Anya está sonriendo. Han pasado solo cinco días desde que se anunció la guerra, pero en esos días la vida que llevaban antes ha desaparecido.

El desayuno transcurre como una procesión fúnebre, con miradas calladas o bajas. Nadie puede mirar a Vera, excepto su madre. Al final del desayuno la abuela se levanta. Al mirar a Vera, los ojos se le llenan de lágrimas y se da la vuelta.

—Vamos, Zoya —dice la abuela con la voz ronca—. No da buena imagen llegar tarde.

Vera se fija en que a su madre le está sangrando el labio por habérselo mordido con fuerza. Va con sus nietos y se pone de rodillas en el suelo. Entonces, los abraza con fuerza durante unos segundos.

—No llores, baba —dice Leo—. Mañana podrás venir tú a dar un paseo con nosotros.

En la otra punta de la habitación, Olga se echa a llorar, pero trata de controlarse inmediatamente.

—Me marcho ya, mamá.

Su madre suelta despacio a los niños

y se pone de pie.

—Portaos bien —son las últimas palabras que dirige a sus nietos. Entrega a Vera cien rublos—. Es todo lo que nos queda. Lo siento...

Vera asiente en silencio y abraza a su madre una última vez. A continuación, yergue la espalda.

—Vámonos, niños.

Hace sol. Es un día precioso. Los seis andan juntos hasta donde pueden. La madre y la abuela son las primeras en desviarse, camino de los almacenes Badaev de alimentos donde trabajan las dos. Olga es la siguiente. Abraza con fuerza a sus sobrinos, tratando de

disimular las lágrimas, y echa a correr hacia su parada de tranvía.

Ahora solo están Vera y sus hijos, que continúan por la calle bulliciosa. A su alrededor ven que están cavando trincheras y construyendo refugios. Se detienen al llegar a los Jardines de Invierno. Pero en el estanque no están los cisnes, y han protegido las estatuas con sacos de arena. Hoy no hay niños jugando aquí, no se oye el sonido lastimero de los timbres de las bicicletas.

Vera, que sonríe con excesiva efusividad, coge a sus hijos de la mano y los lleva a una parte de la ciudad que no han visto nunca.

En el interior del edificio en el que entran reina el caos. El vestíbulo entero está ocupado por serpenteantes filas de personas, que lo recorren en todas direcciones; parten de unas mesas atestadas de papeles, que miembros del Partido vestidos con tonos apagados, grises, entregan con gesto adusto de decepción.

Vera sabe que deberían ponerse directamente en la primera fila, que como todas avanza lentamente como una procesión, y aguardar su turno. Pero de pronto no encuentra la fortaleza necesaria. Respira hondo y se lleva a los niños a un rincón. Todo es ruido aquí, los sonidos humanos llegan

a todas partes, pasos, llantos, estornudos, súplicas. El aire huele a transpiración, a cebolla, a carne curada.

Vera se arrodilla.

Anya frunce las cejas.

—Qué mal huele aquí dentro, mamá.

—Al camarada Orejitas no le gusta este sitio —dice Leo, abrazándose a su conejito.

—¿Os acordáis de cuando papá se marchó para ingresar en el Ejército Popular de Voluntarios, que nos dijo que teníamos que ser todos fuertes?

—Yo soy fuerte —dice Leo, presumiendo de su puñito regordete y rosado.

—Sí —responde Anya. Está recelosa. Vera ve que su hija tiene la mirada puesta en los abrigos que lleva ella en la mano y en la maleta que ha traído de casa.

Vera coge el pesado abrigo rojo de lana para ponérselo a Anya y se lo abrocha hasta el cuello.

—Mamá, hace demasiado calor para esto —protesta la niña, retorciéndose.

—Os vais de viaje —dice Vera en tono sereno—. No mucho tiempo. Una semana o dos nada más. Y a lo mejor os hacen falta los abrigos. Y aquí... en esta maleta he metido algo más de ropa y comida. Por si acaso.

—Pero tú no llevas abrigo —dice

Anya, con la frente arrugada.

—Yo... bueno... Yo tengo que trabajar y quedarme en casa, pero antes de que queráis daros cuenta ya habréis vuelto y yo os estaré esperando. Cuando volváis...

—No —la interrumpe Anya con firmeza—. No quiero irme sin ti.

—Yo no quiero —gime Leo.

—No tenemos elección. ¿Entendéis lo que quiere decir? Viene la guerra y nuestro gran camarada Stalin quiere que los niños estéis a salvo. Vais a hacer un viaje corto en tren hasta que triunfe nuestro Ejército Rojo. Entonces volveréis a casa con papá y conmigo.

Leo está llorando ahora.

—¿Tú quieres que vayamos? — pregunta Anya, mientras los ojos azules se le llenan de lágrimas.

«No», piensa Vera, aun cuando mueve afirmativamente la cabeza.

—Quiero que cuides de tu hermano —dice—. Eres una niña muy fuerte y muy lista. No te separarás nunca de él y no te alejarás tú sola del grupo. ¿Entendido? ¿Puedes ser fuerte por mí?

—Sí, mamá —dice Anya.

A lo largo de las cinco horas siguientes van pasando de una fila a otra. Registran a los niños para clasificarlos y los distribuyen en otras filas. Por la tarde, el centro de

evacuación está literalmente abarrotado de niños y sus madres. Sin embargo, reina un extraño silencio. Los niños se sientan, obedientes, con la carita brillante de sudor a causa de los abrigos que no deberían llevar puestos, y balanceando las piernas en el aire. Las madres no se miran entre sí, duele demasiado ver tu propio sufrimiento reflejado en los ojos de otra mujer.

Finalmente llega el tren. Chirrían las ruedas de metal, una nube de humo asciende por el aire, hinchándose. Al principio todos permanecen sentados, sin moverse, nadie quiere. Pero cuando el silbato perfora el silencio, corren como un rebaño: las madres se abren

paso a codazo limpio, tratando de conseguir asiento para sus criaturas en el tren que va a salvarlas.

Vera avanza hasta el principio de la fila. A su lado, el tren, resoplando humo, tintineando, parece tener vida propia. Miembros del Partido patrullan la zona como tiburones, obligando a las madres a separarse de sus hijos. Leo está llorando desconsoladamente y se aferra a Vera. Anya también llora, pero sin hacer ruido, lo que por alguna razón es peor aún.

—Cuidaos el uno al otro y no os separéis. No le deis la comida a nadie. Tenéis dinero cosido en los bolsillos por si lo necesitáis, y también mis

señas. —Les prende en las solapas sendas etiquetas con el nombre de cada uno.

—¿Adónde nos vamos? —pregunta Anya. Está tratando de comportarse como una niña mayor. En alguien tan pequeño resulta desgarrador. Tiene cinco años y a esta edad debería estar jugando con muñecas, no haciendo cola para partir de su hogar.

—Al campo, a un campamento de verano cerca del río Luga. Allí estaréis a salvo, Anya. Y enseguida iré a buscaros. —Vera juega con la etiqueta prendida en la solapa de Anya, como si sirviese de algo tocar este trocito identificador.

—¡Pasajeros, al tren! —vocifera un camarada—. Ahora. El tren está a punto de partir.

Vera abraza a su hija y a continuación a su hijo, y entonces se yergue lentamente, sintiéndose como si se le partiesen los huesos al ponerse recta.

En estos momentos otras personas están aupando a sus bebés, cogiéndolos, pasándolos a otras personas.

Lloran y dicen adiós con la mano. Anya lleva cogido a Leo de la suya, quiere demostrarle a su mamá lo fuertemente que lo agarra, lo fuerte que es.

Y desaparecen.

En un primer momento Vera se siente incapaz de dar un paso. La gente la empuja para apartarla, farfullando imprecaciones desesperadas, salvajes. ¿Es que no ven que está petrificada, que no puede moverse? Finalmente alguien la empuja con tal fuerza que cae de hinojos. Nota que por encima de su cabeza la gente pasa niños en volandas, de mano en mano.

Vera se pone lentamente de pie, dándose cuenta, sin emoción, de que se le han roto las medias en las rodillas. Va avanzando de lado, mirando las ventanillas del tren, y empieza a correr de un vagón al siguiente hasta que se

da cuenta de que sus hijos son demasiado pequeños y no se los ve.

Son tan pequeños...

¿Les ha dicho todo?

Nos os quitéis los abrigos, el invierno se presenta de golpe, aunque digan que volveréis dentro de una semana.

Nos os separéis por nada.

Lavaos los dientes.

Comeos todo el plato. No dejéis nada. Y poneos al principio de la fila en cada comida.

Estad pendientes el uno del otro.

Os quiero.

Al pensar esto, Vera se tambalea, está a punto de caerse. No les ha dicho

que los quiere. Le había dado miedo que al decirlo se echasen todos a llorar aún más, y por eso se ha callado las preciadas palabras, las únicas que de verdad importan.

Emite un sonido. El dolor que lo acompaña sale de algún lugar de sus entrañas, muy hondo, y brota de su garganta sin más. Gritando, se abre paso violentamente entre la turbamulta, empuja con los codos a las mujeres, que la miran con ojos desorbitados, ciegos. Y luchando así llega hasta el tren.

—Soy una obrera de segunda — informa a la mujer que está en la

cabeza de la fila, demasiado cansada para mostrar interés.

—¿Documentación?

—La he perdido en ese berenjenal — responde, señalando la multitud. Es un embuste que le sabe amargo y que le revuelve las tripas. Es el tipo de cosa que atrae la atención, y nada, ni siquiera la guerra, da más miedo que atraer la atención de la policía secreta. Pone recta la espalda—. Los trabajadores no están controlando la evacuación. No es eficiente. Tal vez debería informar a alguien de esto.

La crítica surte efecto. La mujer cansada se yergue y asiente efusivamente.

—Sí, camarada. Tienes razón. Tendré más cuidado.

—Bien. —A Vera le palpita el corazón a toda velocidad cuando pasa al lado de la mujer y se cuela en el tren. Con cada paso que da, tiene la certeza de que en cualquier momento alguien va a venir a por ella, gritará «¡Impostora!» y la expulsará.

Pero nadie va a por ella y al final ralentiza el paso para mirar con atención entre el mar de caritas infantiles que la rodea. Van apretujados en los asientos grises, como sardinas en lata, embutidos en sus abrigo y gorros en semejante día soleado de verano —prueba de que no

cree que vayan a volver a casa al cabo de dos semanas, aunque nadie se atreva a decirlo en voz alta—. Tienen la cara redonda y les brilla por las lágrimas o el sudor. Están callados. Muy callados. No hablan ni se ríen ni juegan. Están sentados sin hacer nada, rotos y aturcidos. Hay unas cuantas mujeres en los vagones. Trabajadoras para la evacuación, maestras de escuelas infantiles, y probablemente algunas como Vera, que no han podido dejar marchar a sus hijos, ni desacatar una orden del Estado.

No quiere pensar en lo que ha hecho, ni en lo que supondrá para su familia.

Necesitan desesperadamente el dinero que ella gana en la biblioteca...

El tren parece despertar, lo nota a través de los zapatos. Se oye el pitido del silbato y nota que el convoy comienza a moverse. Ella sigue andando casi sin tocar los asientos, incapaz de mirar a los ojos a los niños que la rodean, va pasando de un vagón a otro.

—¡Mamá!

Oye la voz aguda de Anya que taladra el aire por encima del bufido y del traqueteo del tren. Vera se agarra con las uñas para impulsarse hasta el pequeño asiento en que están acurrucados sus dos hijos; sus

cabecitas quedan demasiado por debajo de la ventanilla para que puedan ver el exterior.

Vera se desliza al asiento, sentándose a los dos en el regazo y cubriéndolos de besos.

La carita redonda de Leo, mojada de sudor y lágrimas, ya está sucia, y Vera no puede entender qué ha hecho para mancharse así. Tiene los ojos bañados en lágrimas, pero ahora no está llorando y Vera se pregunta si su manera de despedirse de ellos le ha hecho algo al crío, como si ahora fuese menos inocente que hace un rato, y no tan pequeño.

—Dijiste que teníamos que

marcharnos.

Vera nota que se le hace un nudo en la garganta, tan intenso que lo único que logra hacer es asentir sin decir nada.

—Le he cogido de la mano, mamá — dice Anya con solemnidad—. En todo momento.

Como todo buen soviético, Vera no se permite cuestionar a su gobierno. Si el camarada Stalin desea proteger a los niños llevándolos al sur, ella los monta en el tren. Su gran acto de rebeldía, el acompañarlos, le parece un hecho pequeño y cuanto más se aleja de

Leningrado más pequeño le parece. Se asegurará de que lleguen sanos y salvos a su destino y cuando sepa que todo está bien, regresará a su empleo en la biblioteca. Con suerte, solo será un día o dos. Le explicará a su jefa, la camarada Plotkin, que era su patriótica obligación acompañar a los niños durante esta evacuación ordenada por el Estado.

Las palabras tienen importancia aquí en la Unión Soviética. Palabras como «patriótico», «eficiente», «prioritario». Nadie quiere plantear preguntas equivocadas. Si Vera es capaz de actuar con seguridad, sin miedo, puede que todo salga bien.

Ojalá su madre no se preocupe demasiado. Ni Olga.

—Mamá, tengo hambre —dice Leo en tono malhumorado. Se ha hecho un ovillo en su regazo como un helechito cola de mono; lleva cogido entre los brazos su conejo gris de trapo. Se chupa el dedo pulgar y acaricia mientras tanto la suave tela rosa de satén del interior de la oreja blandita del muñeco.

Llevan solo unas horas en el tren y nadie ha dicho nada sobre las comidas o paradas o la hora a la que van a llegar a su destino.

—Enseguida, mi leoncito —le responde Vera, dando unas palmaditas

en su hombrera acolchada. Ve que los niños del vagón van poco a poco saliendo de su inmovilidad, volviéndose cada vez más inquietos. Unos cuantos gimotean, otro se echa a llorar. Vera está a punto de alargar la mano para meterla en la bolsita de pasas que se ha traído, cuando se oye el chirriante pitido del tren. Esta vez no para, no es un pitido suelto como cuando cruzan un paso. El pitido no cesa, sigue y sigue, como un grito de muerte. Los frenos se acoplan, emitiendo su chirrido agudísimo, y el tren responde estremeciéndose y comienza a ralentizarse.

Estallan disparos a su alrededor. Se

oye el gemido de un motor de aeroplano y comienzan las explosiones.

Vera mira fuera, ve fuego por todas partes. Cunde el pánico dentro del convoy. Todo el mundo chilla y corre a las ventanillas.

Una mujer con camisa del Partido y unos arrugados pantalones azules de lana se abre paso por el vagón diciendo: «Todo el mundo fuera del tren. Corred. Al granero que hay detrás de nosotros. ¡Ahora!».

Vera coge a sus hijos y corre. Más tarde, cuando está en el principio de la fila, se le ocurre pensar que ella es una adulta, que debería haber ayudado a los niños que van sin acompañante.

Pero no piensa con lucidez. Por encima de sus cabezas siguen pasando aviones, caen bombas y se forman incendios.

Afuera todo es humo y gritos. Apenas puede ver nada más que destrucción: edificios en llamas, cráteres negros chamuscados en la tierra, casas derruidas.

Los alemanes están aquí, abriéndose paso con sus carros de combate, sus fusiles y sus bombas.

Vera ve a un hombre que se dirige a ella. Lleva uniforme militar.

—¿Dónde estamos?

—A unos cuarenta kilómetros al sur del río Luga —responde el hombre a

gritos cuando pasa por su lado corriendo.

Vera tira de sus hijos para tenerlos más cerca. Están llorando, tienen la cara manchada de churretones negros. Corren con la muchedumbre hasta un granero gigante y se apelotonan todos dentro.

Hace calor aquí, entre las paredes de la construcción, y huele a miedo, fuego y sudor. Se oyen los aeroplanos pasando por encima y sienten el temblor de la tierra por las bombas.

—Nos han puesto directamente en manos de los alemanes —dice una mujer con resentimiento.

Al unísono, muchas otras la mandan

callar. Pero es imposible no decirlo. La verdad de esas palabras se clava en la mente de Vera como una esquirra de metal que ya no se puede arrancar.

Toda esta gente, en su mayor parte niños, esperando la llegada de una noche que se resiste a caer, esperando una protección que tal vez no llegue nunca. ¿Cómo se puede confiar en un dirigente que manda a los hijos de su país directamente al enemigo?

Gracias a Dios que ella está con ellos. ¿Y si hubiesen estado solos?

Sabe que reflexionará sobre esto más tarde, y que pensará mucho tiempo en ello; probablemente llorará de alivio. Pero ahora no. Ahora debe actuar.

—Tenemos que salir de este granero —dice, primero en voz baja, pero cuando otra bomba cae tan cerca que las vigas tiemblan y les echan encima una lluvia de polvo, repite más alto—: Tenemos que salir de este granero. Si nos alcanza una bomba...

—Ciudadana —dice alguien—, el Partido quiere que nos quedemos aquí.

—Sí, pero... nuestros hijos. —No dice lo que tiene en la cabeza. No puede. Pero muchos lo saben igualmente. Lo ve en sus ojos—. Yo voy a sacar a mis hijos de aquí. Me llevaré a todo el que quiera venir.

A su alrededor la gente rezonga. No le sorprende. Su país es un lugar en el

que reina un miedo terrible en estos tiempos y nadie sabe quién podría matarte antes, si los alemanes o la policía secreta.

Vera aprieta las manos de sus hijos y comienza a avanzar lentamente entre la muchedumbre. Incluso los niños se hacen a un lado para dejarla pasar. Las miradas que se cruzan con la suya denotan desconfianza y temor.

—Yo iré contigo —dice una mujer. Es vieja y está llena de arrugas, y lleva el pelo canoso recogido debajo de un pañuelo sucio. A su alrededor se apiñan cuatro criaturas, todas vestidas de invierno y con las pálidas caras manchadas de ceniza.

Son los únicos.

Vera y la mujer se abren paso junto con los seis niños y salen del granero, dejando atrás a los críos que los miran en silencio. El campo está cubierto de una humareda gris.

—Podríamos echar a andar —dice la mujer.

—¿A qué distancia estamos de Leningrado? —pregunta Vera, mientras le entran dudas sobre si habrá obrado correctamente. Ahora se siente expuesta, vulnerable a los aviones que vuelan por encima de sus cabezas. A su izquierda cae una bomba y un edificio salta por los aires.

—A unos noventa kilómetros —

responde la mujer—. Hablar no nos hará ningún bien.

Vera aúpa a Leo en brazos y coge a Anya con fuerza de la mano. Sabe que no podrá cargar mucho rato con su hijo, pero quiere empezar así. Por si acaso. Nota los latidos del corazón del crío, fuertes y regulares, contra el suyo.

En los años siguientes se olvidará de las penurias de aquel viaje, de que a sus hijos se les formaron ampollas en los pies que acabaron sangrando, se les acabó la comida, tuvieron que dormir en graneros como bandidos, aguzando el oído la noche entera por si oían llegar los aviones bombarderos o los

bombazos, se despertaban presas del pánico, creyendo que los habían alcanzado, tentándose a ciegas en busca de heridas que no tenían. Pero sí recordará a los camioneros que los recogieron, y a todas las personas que se pararon para darles pan y preguntarles qué habían visto en el sur. Recordará que ella les contaba lo que no había sabido antes: que la guerra es llamas, miedo y cadáveres en trincheras al lado de la carretera.

Cuando llega a casa y dando tumbos se deja caer en los brazos abiertos de su madre, está magullada, exhausta y ensangrentada; lleva agujeros en los zapatos y no hay forma de calmar el

dolor de pies, ni siquiera sumergiéndolos en un barreño de agua caliente. Pero nada de esto es importante. Ahora no.

Lo que importa es Leningrado, su maravillosa ciudad blanca. Los alemanes están avanzando hacia su hogar. Hitler ha jurado borrar del mapa esta ciudad.

Vera sabe lo que debe hacer.

Mañana muy temprano se levantará de su cama angosta y se vestirá a capas. Empaquetará todo el embutido y toda la fruta seca que pueda llevar a cuestas y, al igual que otras miles de mujeres de su edad, viajará al sur otra vez para proteger lo que ella ama. Es el

trabajo de todos y cada uno de los ciudadanos.

—Tenemos que detenerlos en el Luga —le dice a su madre, cuyo rostro se contrae al comprender—. Necesitan obreras.

Su madre no pregunta por qué, o cómo, o por qué tú. Las respuestas a todas esas preguntas son evidentes. Es la primera semana entera de guerra y Leningrado se está convirtiendo ya en una ciudad de mujeres. Todos los varones entre catorce y sesenta años han partido al frente. Y ahora las muchachas se van también a la guerra.

—Cuidaré de los niños —es todo lo que su madre dice. Pero Vera puede oír

un «Vuelve a casa» tan nítidamente como si lo hubiese dicho en voz alta.

—No tardaré en volver —promete Vera—. La biblioteca dirá que soy una patriota. Todo irá bien.

Su madre solo asiente en silencio. Ambas saben que esta promesa que hace Vera es una ilusión, pero no dicen nada. Las dos quieren creerla.

Veinte

—Creo que es suficiente por esta noche —dijo su madre.

Meredith fue la primera en levantarse. Moviéndose casi con cautela, cruzó el pequeño espacio enmoquetado para quedarse al lado de su madre.

—No pareces tan cansada esta noche.

—Aceptación —dijo su madre, mirándose las manos.

La insólita respuesta incitó a Nina a

levantarse. Se puso al lado de su hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Tenías razón, Nina. Vuestro padre me hizo prometeros que os contase esta historia. Yo no quería. Y luchar contra algo te deja sin fuerzas.

—¿Por eso fue por lo que te dio... la locura cuando murió papá? —preguntó Meredith—. ¿Porque estabas desoyendo sus últimas voluntades?

—Esa es tal vez una de las razones —respondió su madre, encogiéndose de hombros levemente como dando a entender que los motivos no importaban mucho.

Nina y Meredith permanecieron como

estaban un ratito más, pero había desaparecido la veta de intimidación, por minúscula que hubiese sido, que se había creado esa noche. Su madre no volvió a mirarlas a los ojos a ninguna de las dos.

—Vale —dijo Meredith finalmente—. Pasaremos a recogerte por la mañana para ir a desayunar.

—No quiero que...

—Nosotras sí queremos —dijo Nina con un tono que acalló la protesta de su madre—. Mañana vamos a estar las tres juntas. Puedes debatir sobre ello, discutirlo o gritarme, pero sabes bien que me voy a mantener en mis trece y que al final me saldré con la mía.

—Tiene razón —terció Meredith, y sonrió—. Se pone muy bruta cuando no se sale con la suya.

—Imposible no saberlo —sentenció su madre.

—¿Es un chiste? —dijo Nina con una sonrisa socarrona.

Fue como ver el sol o como montar en bici sin rueditas auxiliares por primera vez. De pronto el mundo entero se iluminó.

—Marchaos —dijo su madre. Pero Nina vio perfectamente que estaba haciendo esfuerzos para no sonreír estando ellas delante, y ese pequeño cambio le dio alas a ella.

—Vamos, hermana mayor —dijo

echando un brazo alrededor de Meredith.

Salieron del camarote de su madre y se marcharon al suyo.

Era una sola habitación, larga y estrecha pero sorprendentemente espaciosa. Disponía de una pequeña zona de estar, un sofá cama de dos plazas, una mesa de centro, televisor y dos camas individuales. Podían salir a su propio balconcito por unas puertas correderas. Nina encendió la televisión, en cuya pantalla apareció el avance del barco en un mapa náutico. En las aguas de la Columbia Británica no había ni cobertura de móvil ni internet, como tampoco señal de televisión. Si querían

ver una película, tenían que alquilar una de la biblioteca del barco.

—Me pido el baño —dijo Meredith en cuanto cerraron la puerta del camarote al entrar. Nina no pudo evitar reírse. Era una frase típica de la infancia.

«Meredith está en mi lado, papá, dile que se quite.»

«Nina me ha roto adrede mi robot de lucha.»

«Que no tenga que parar el coche, niñas.»

Nina no pudo contener la sonrisa al recordar esta última frase. Meredith salió del baño, con aspecto limpio y pulcro y lista para irse a la cama, con el

pijama rosa de franela puesto, y entonces le tocó el turno a ella para prepararse para irse a dormir. Por primera vez desde hacía años, ella y su hermana acabaron en sendas camas individuales, una al lado de la otra.

—Estás sonriendo —observó Meredith.

—Estaba pensando en nuestros viajes de acampada.

—«Que no tenga que parar el coche» —dijo Meredith, y las dos se echaron a reír. Por un mágico instante, desaparecieron los años y ellas volvieron a ser dos niñas que se peleaban por una pulgada de espacio en el asiento trasero de un Cadillac

descapotable, rojo brillante, con John Denver cantando que estaba en lo alto de una montaña.

—Mamá nunca cantaba con nosotros —comentó Meredith, y la sonrisa se le desdibujó.

—¿Cómo conseguía estar siempre tan callada?

—Yo siempre pensé que era porque le importaba un pimiento, pero ahora tengo mis dudas. Papá tenía razón: el cuento lo está cambiando todo.

Nina se giró para mirar a su hermana. El interrogante que había estado toda la noche al lado de ellas, adquiriendo cada vez más peso y masa, se había acercado

mucho ahora y resultaba imposible ignorarlo.

—Si mamá es realmente Vera —dijo lentamente—, ¿qué les pasó a sus hijos?

Nina había estado en todo el mundo, pero pocas veces había contemplado un paisaje que pudiera rivalizar con la espectacularidad del Paso del Interior. Esas aguas poseían una tonalidad azul oscura, misteriosa, y por todas partes había islas, montículos escarpados y boscosos conservados exactamente igual que hacía dos siglos. Detrás del paso todo eran montañas agrestes cubiertas de nieve.

Había salido temprano esa mañana y como recompensa había podido tomar unas fotos increíbles del amanecer iluminando el mar. Había inmortalizado a una orca quebrando la superficie del agua, junto a la proa del barco, su cuerpo gigante blanco y negro en intenso contraste con el cielo de color bronce del amanecer.

Dio por concluida la sesión de fotos hacia las siete y media. Para entonces, tenía las manos congeladas y le castañeteaban tanto los dientes que le costaba sujetar la cámara sin que se le moviera.

—¿Le apetece una taza de chocolate, señora?

Nina se volvió, dando la espalda a la barandilla y las magníficas vistas, y se encontró de frente con una joven camarera con la cara lavada, que sostenía una bandeja con tazas y termos con chocolate caliente. Era tan apetecible que ni siquiera le importó que la chica la hubiese llamado «señora».

—Con mucho gusto. Gracias.

La camarera sonrió.

—Tiene mantas en las sillas de cubierta, si lo desea.

—¿En esta parte del mundo llega a hacer calor en algún momento del año?

—preguntó Nina rodeando con los dedos la taza caliente.

—En agosto tal vez. —La chica sonrió—. Alaska es preciosa, pero el tiempo no acompaña precisamente.

Nina dio las gracias a la camarera y se dirigió a una de las sillas de madera de la cubierta. Cogió la pesada manta de cuadros escoceses, se la echó por los hombros y volvió a la barandilla. Allí, se quedó mirando los destellos del mar azul. Tres delfines nadaban al lado del barco, saltando y sumergiéndose con una sincronización perfecta.

—Eso es presagio de buena suerte —dijo Meredith, que apareció a su lado.

Nina abrió un brazo para que Meredith se acurrucara bajo la manta con ella.

—Aquí fuera hace un frío espantoso.

—Pero es precioso.

A lo lejos, delante del barco, un faro solitario se erigía en el extremo verde y accidentado de una isla.

—Anoche no paraste de moverte —le dijo Meredith, alargando la mano para coger la taza de chocolate de Nina.

—¿Cómo lo sabes?

—Últimamente tengo insomnio. Es uno de los numerosos premios que te encuentras en la caja de sorpresa de un matrimonio en pleno derrumbe. Estoy siempre molida y no pego ojo. Bueno, ¿por qué te movías y te agitabas tanto?

—Estamos a tres días de llegar a Juneau.

—¿Y qué?

—Que lo he encontrado.

Meredith se volvió hacia ella. La manta resbaló de los dedos de Nina y cayó al suelo.

—¿Qué quieres decir con que lo has encontrado?

—Al catedrático de Estudios Rusos. Al profesor Adámovich. Está en una residencia de ancianos de la calle Franklin de Juneau. Le encargué a mi editora que lo localizase.

—¿Conque por eso estamos en este crucero? Debería haberlo adivinado. ¿Has hablado con él?

—No.

Meredith se mordió el labio y miró el

mar.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? ¿Podemos presentarnos a verlo sin más?

—Pues, a decir verdad, no lo he meditado a fondo. Ya sé, ya sé... Qué raro, ¿no? Es que cuando lo encontré me dio un subidón. Estoy segura de que podrá responder algunas de nuestras preguntas.

—Le escribió a ella, no a nosotras. Creo que no se lo podemos decir a mamá. Es... frágil, Neens. En eso tenía razón papá.

—Ya. Por eso es por lo que no podía dormir. No podemos contarle que hemos estado documentándonos sobre su vida y tampoco podemos presentarnos así

como así en el geriátrico del profesor, pero además no podemos escabullirnos un día entero después de la que hemos armado con esto de estar juntas. Y si al final nos escabullimos, es posible que él no quiera hablar con nosotras de todos modos. Es a ella a quien quería ver.

—Ahora entiendo que todo esto te tuviera en vela. Especialmente con todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

—Tu naturaleza, Neens. Va a ser imposible que no vayas a verlo.

—Exacto. Entonces ¿qué hacemos?

—Iremos a ver al catedrático.

Nina contuvo la respiración al oír la voz de su madre y se dio la vuelta. Con

la sorpresa, golpeó sin querer la taza contra la barandilla y el chocolate caliente salpicó en todas direcciones.

—Mamá —balbució Meredith.

—¿Has oído toda la conversación? —preguntó Nina. Se lamió el chocolate de los dedos. Sabía que por fuera parecía tranquila, era una de las muchas cosas que le había enseñado el fotoperiodismo, cómo dar apariencia de serenidad aunque por dentro estuvieras temblando, pero su voz denotó inseguridad. Últimamente las cosas marchaban muy bien con su madre y le dio rabia que lo hubiese echado todo a perder.

—He oído suficiente —respondió

ella—. Es el catedrático de Alaska, ¿verdad? El que me escribió hace años, ¿no?

Nina movió afirmativamente la cabeza. Quitó la manta de encima de sus hombros y de Meredith y se acercó con ella a su madre para envolver su delgado cuerpo.

—He sido yo, mamá. No Meredith.

Su madre sujetó las puntas de la manta pegadas al pecho, con los dedos muy blancos en contraste con el rojo del tejido. Lanzó una mirada a la silla de cubierta que tenía más cerca y tomó asiento, tapándose bien con la manta.

Nina y Meredith ocuparon sendas sillas, a cada lado de su madre, y se

echaron también por encima las correspondientes mantas. Pasó por allí una camarera, que les ofreció más chocolate a la taza.

—Perdóname, mamá —dijo Nina—. Debería habértelo dicho desde el principio.

—Pensaste que no iba a querer venir al viaje.

—Sí —respondió Nina—. Es que quiero conocerte de verdad. Y no solo porque se lo prometí a papá.

—Quieres respuestas.

—¿Cómo no voy... cómo no vamos a querer respuestas? —repuso ella, incluyendo a Meredith—. Tú formas parte de quienes somos y no te

conocemos. A lo mejor por eso no nos conocemos nosotras mismas. Meredith no logra saber si ama o no ama a su marido, ni cuáles son sus propios sueños. Y yo tengo a un hombre esperándome en Atlanta, pero lo único en lo que puedo pensar es en Vera.

Su madre se recostó en el respaldo de la silla de teca.

—Va siendo hora, supongo —dijo en voz baja—. Vuestro padre, creo, habló con el profesor Adámovich. Pero yo nunca me puse en contacto con él. Él pensaba que debíamos hablar. Que yo debía hablar. Tal vez por eso guardó la carta todos estos años.

—¿De qué es de lo que quiere hablar

el catedrático? —Fue Meredith quien preguntó esto y, aunque su tono de voz era bajo, su mirada estaba cargada de intensidad.

—De Leningrado —respondió su madre—. Durante años el gobierno ocultó lo que había pasado. A nosotros los soviéticos se nos da bien ocultar las cosas, y a mí me daba miedo hablar. Pero hoy ya no hay motivos para tener miedo. Mañana cumplo ochenta y un años. ¿Por qué iba a tener miedo?

—¿Mañana es tu cumpleaños? —dijeron sus hijas al unísono.

Su madre casi sonrió.

—Era más fácil ocultarlo todo. Sí, mañana es mi cumpleaños. —Dio un

sorbo de su chocolate a la taza—. Iré a ver a ese profesor con vosotras. Pero debéis saberlo desde ya: lamentaréis haber empezado todo esto.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Meredith—. ¿Cómo podríamos lamentar saber quién eres?

Su madre tardó un buen rato antes de contestar. Despacio, se volvió hacia Meredith y dijo:

—Lo lamentaréis.

Ketchikan era una población erigida en torno al salmón: a su captura, salazón, procesado. El pluviómetro, denominado

aquí «oroliquidómetro», daba fe de lo húmedo del clima.

—Mirad eso —dijo Meredith señalando un trozo de césped, en el otro lado de la calle, donde un hombre con larga melena negra estaba tallando un poste de tótems. A su alrededor se había formado un grupo de personas que miraban.

Nina se atrevió a tocar el brazo de su madre.

—Vamos a verlo. —Y se llevó una sorpresa al ver que su madre movía afirmativamente la cabeza y a continuación tiraba con suavidad de Nina para cruzar la calle y dirigirse al parquecito.

Mientras estaban allí mirando, empezó a llover. La mayoría de la gente se dispersó, corriendo a resguardarse, pero su madre siguió en su sitio, observando trabajar al hombre. Con manos ágiles, la herramienta de metal iba cortando, vaciando y modificando la madera, transformándola de un pedazo basto y sin pulir en una pieza lisa. Ante sus ojos empezó a emerger una zarpa de animal.

—Es un oso —dijo su madre. El hombre levantó la cara.

—Tiene buena vista —corroboró.

Nina pudo ver entonces lo anciano que era. Tenía la tez oscura surcada de

arrugas, curtida, y el pelo plateado a la altura de las sienes.

—Esto es para mi hijo —explicó el hombre, señalando el ave picuda de la base del poste—. Este es nuestro clan. El cuervo. Y este pájaro del trueno trajo la tormenta que se llevó por delante la carretera. Y este oso es mi hijo...

—Entonces es una historia de familia —comentó Meredith.

—Un tótem funerario. En su recuerdo.

—Es precioso —dijo su madre, y justo ahí, en plena lluvia, Nina oyó la voz de los cuentos y por primera vez tuvo sentido. Entendió por qué su madre solo narraba la historia en la oscuridad y por qué su voz era tan diferente:

porque tenía que ver con la pérdida. Era la voz que ponía cuando bajaba la guardia.

Se quedaron un buen rato allí hasta que la zarpa de oso cobró forma por completo. Luego se dirigieron finalmente a Creek Street. El antiguo barrio chino se había convertido en un paseo de madera, con tiendas y restaurantes, elevado por encima de un río. Encontraron un pequeño restaurante muy agradable, con vistas, donde ocuparon una de las mesas de pino con nudos que había cerca de la ventana.

La calle estaba llena de turistas pertrechados con bolsas de tiendas, que iban de una a otra como los ñus en la

temporada migratoria, incluso con la lluvia que caía. Las campanillas de las puertas de las tiendas entonaban una cantilena caótica.

—Bienvenidas al Capitán Garfio — las saludó una camarera joven y bonita con uniforme compuesto de peto de color amarillo chillón y blusa roja de cuadros. Encima de sus rizos morenos llevaba encasquetado un gorrito amarillo de pescador. La etiqueta prendida decía que se llamaba Brandi. Entregó a cada una un enorme menú plastificado con forma de anzuelo.

En un abrir y cerrar de ojos, la camarera volvió a aparecer en la mesa para anotar la comanda: tres cestos de

pescado y patatas fritas y sendos tés con hielo. Cuando se fue, Meredith comentó:

—¿Cómo sería el tótem de nuestra familia?

Después de decirlo se hizo un breve silencio durante el cual todas se miraron a los ojos.

—En la base estaría papá —respondió Nina—. Él era nuestro motor.

—Un oso —añadió Meredith—. Nina sería un águila.

Un águila. Un ave solitaria. Siempre dispuesta a alzar el vuelo. Arrugó un tanto la frente, y lamentó no poder disentir. Su vida había ido dejando huella por todo el mundo, pero muy pocas en casa. Ningún tótem la incluiría,

salvo el de esta familia y, aunque era lo que siempre había querido, ser totalmente libre e independiente, en ese preciso instante le causó sensación de soledad.

—Meredith sería una leona que cuida de todos y vela por el orgullo del grupo.

—¿Qué serías tú, mamá? —preguntó Meredith.

Su madre se encogió de hombros.

—Yo no estaría, creo.

—¿Crees que no nos has dejado huella? —preguntó Nina.

—Sí, pero no una huella que clame que la recuerden.

—Papá te amó más de cincuenta años

—dijo Meredith—. No es moco de pavo.

Su madre dio un sorbito a su té con hielo y se quedó mirando la lluvia a través del cristal de la ventana.

La camarera llegó con la comida. Nina se levantó rápidamente y le pidió algo al oído, tras lo cual volvió a sentarse. Mientras comían el delicioso halibut con patatas fritas, charlaron sobre lo que habían visto ese día en Ketchikan: las joyas hechas con pepitas de oro en los escaparates, las ornamentadas obras de arte de los nativos indios, los típicos jerséis Cowichan que llevaban los lugareños y el águila que habían visto posada en un

tótem del centro urbano. Fue una conversación como cualquier otra que hubiera podido mantener una familia de vacaciones en esa población, pero para Nina tuvo un sabor casi mágico. Viendo hablar a su madre sobre las cosas que le interesaban, pensó que se ablandaba. Como si cada una de aquellas palabras comunes aflojaran algo en su interior, hasta que al final de la comida lucía una sonrisa en la cara.

La camarera volvió y se llevó los platos. Y, en vez de dejarles la nota en la mesa de madera, lo que puso fue un trozo de tarta de cumpleaños delante de la señora. La velita encendida titilaba

encima de la cobertura de crema de mantequilla.

—Felicidades, mamá —dijeron a coro Meredith y Nina.

Su madre miró sin pestañear la velita.

—Siempre quisimos darte una fiesta de cumpleaños —explicó Meredith.

Alargó la mano y la apoyó sobre la mano de su madre.

—He cometido tantos errores —dijo ella en voz baja.

—Todos cometemos errores —dijo Meredith.

—No. Nunca... nunca quise portarme así... Yo quería decíroslo... pero ni siquiera podía miraros, de la vergüenza que sentía.

—Ahora nos estás mirando —
intervino Nina, aunque no fuese
rigurosamente cierto. Su madre tenía la
mirada fija en la vela—. Quieres
contarnos tu historia. Siempre has
querido contárnosla. Por eso empezaste
el cuento.

Su madre negó con la cabeza.

—Vera eres tú —dijo Nina en voz
baja.

—No —replicó su madre—, yo no
soy esa niña.

—Pero sí lo fuiste —puntualizó Nina,
y se odió por haberlo dicho pero a la
vez no había podido callarlo.

—Eres como un perro con un hueso,
Nina. —Su madre suspiró—. Sí. Hace

mucho tiempo yo fui Verónika Petrónva Marchenko.

—¿Por qué...?

—Basta —la interrumpió bruscamente su madre—. Este es el primer cumpleaños que celebro con mis hijas. Después habrá tiempo para el resto de la historia.

Veintiuno

Durante la cena conversaron sobre temas corrientes. Bebieron vino y brindaron de nuevo por el octogésimo primer cumpleaños de su madre. Después de saborear unos platos deliciosos se dieron un paseo por el gigantesco barco lleno de brillos y neones como si fuese Las Vegas, hasta que dieron con un salón de actos en el que un tipo disfrazado con un mono naranja de lentejuelas estaba haciendo

trucos de magia. Hizo desaparecer a su ayudante —ligera de ropa—, le dio un ramo de rosas de papel que se transformaron en palomas blancas y salieron volando, y la rebanó en varios trozos para después volver a juntarla.

Su madre aplaudía entusiasmada cada nuevo truco y sonreía como una niña pequeña.

Meredith casi no podía dejar de mirarla. Estaba resplandeciente, casi feliz. Por primera vez, Meredith entendió lo gélida que había sido siempre la belleza de su madre hasta entonces. Esa noche esa misma belleza era diferente: más suave, más cálida.

Cuando terminó el espectáculo

volvieron paseando a los camarotes. Por los pasillos, llenos de gente, entre todo el parloteo de sus compañeros de viaje y el tintineo de las campanillas del casino, ellas iban extrañamente calladas. Ese día algo había cambiado con aquella velita encendida puesta en un trozo de tarta de chocolate. Pero Meredith no terminaba de saber qué era, o cómo iba a afectarlas. Solo sabía que se había quedado ya sin la capacidad para mantenerse a distancia de las cosas. También ella había sujetado su parte del muro durante más de veinticinco años, no queriendo ver de verdad a su madre ni necesitarla. Y en esa distancia había encontrado una

fuerza. O por lo menos un sucedáneo de fuerza. Ahora ya casi no le quedaba nada de ella. En el fondo, se alegraba de que se hubiese hecho demasiado tarde para seguir escuchando la historia esa noche.

Al llegar a la puerta del camarote, Nina se detuvo.

—Ha sido un día genial, mamá. Felicidades. —Se acercó a su madre con movimientos algo torpes y la estrechó en un abrazo que cesó antes de que a su madre le diese tiempo de levantar los brazos para rodearla.

Meredith quiso hacer como ella, pero cuando miró a los ojos azules de su

madre, se sintió demasiado vulnerable para dirigirse hacia ella.

—Sé que... ejem... sé que debes de estar cansada —dijo Meredith, y la miró con una sonrisa nerviosa—. Deberíamos irnos a la cama y levantarnos temprano. Mañana vamos a pasar por la Bahía de los Glaciares. Dicen que es espectacular.

Su madre respondió con un «Gracias por este cumpleaños» dicho con voz tan baja que casi no pudieron oírla. Luego abrió la puerta de su camarote y se metió.

Meredith abrió la de ellas con la llave y entraron.

—¡Me pido la bañera! —exclamó

Nina, y sonrió de oreja a oreja.

Meredith prácticamente no se enteró. Cogió una manta de su cama y salió al balconcito. Desde allí, incluso en medio de la oscuridad, podía distinguir la línea de la costa. Brillaban algunas luces aquí y allá, señalando dónde vivía gente.

Se reclinó en la puerta corredera y se preguntó cómo serían esos paisajes que la oscuridad no le dejaba ver. Allí delante estaba todo, el misterio, la belleza, inaccesibles a su sentido de la vista pero allí igualmente. Lo que las personas veían era solo una cuestión de estar en el momento oportuno y de disponer de la perspectiva necesaria. Como con su madre. Tal vez todo había

estado siempre ahí para ser visto y Meredith había estado en una perspectiva equivocada, o bien no había tenido suficiente luz.

—Supongo que eres tú, Meredith.

La sobresaltó oír la voz de su madre, procedente de la terracita contigua, a oscuras. Eso era otra descarga de realidad: el hecho de que, habiendo cientos de balconcillos, que sobresalían de los costados de ese barco, a oscuras cada uno parecía totalmente separado del resto.

—Hola, mamá —dijo. A duras penas lograba distinguir la silueta tenue de su madre, y ver solo el brillo blanco de sus cabellos.

En eso se parecían ella y su madre. Cuando algo las atribulaba, ambas sentían necesidad de salir al exterior y estar a solas.

—Estás pensando en tu matrimonio — dijo su madre.

Meredith suspiró.

—Imagino que no tendrás ningún consejo que darme...

—Perder el amor es algo espantoso —dijo su madre en voz queda—. Pero darle la espalda es insoportable. ¿Te vas a pasar el resto de tu vida volviendo sobre la misma escena una y otra vez? ¿Preguntándote si te marchaste antes de tiempo o con demasiada facilidad? ¿O si

algún día volverás a querer a alguien con la misma profundidad?

Meredith notaba que la voz de su madre iba suavizándose. Escuchar esa voz era como escuchar un dolor que fuese diluyéndose.

—Tú sabes de pérdidas —dijo en voz baja.

—Todos sabemos de eso.

—Cuando me enamoré de Jeff fue como ver la luz del sol por primera vez. Llevaba fatal estar lejos de él. Pero luego... sí fui capaz. Nos casamos demasiado jóvenes...

—La juventud no tiene nada que ver con el amor. Una mujer puede ser una

niña y aun así saber lo que siente su corazón.

—Dejé de ser feliz. Ni siquiera sé por qué ni cuándo.

—Me acuerdo de cuando siempre sonreías. En los tiempos en que abriste la tienda de regalos. A lo mejor nunca debiste tomar las riendas de la empresa.

A Meredith aquello la sorprendió tanto que no pudo hacer otra cosa que asentir en silencio. Nunca había pensado que su madre se hubiese fijado en ella, para bien o para mal.

—Para papá era importante.

—Sí.

—Cometí el error de vivir para otras personas. Para papá y el huerto, y para

mis hijas. Sobre todo para ellas. Y ahora están tan ocupadas viviendo su propia vida que casi nunca llaman. Tengo que aprenderme de memoria sus horarios y seguirles la pista como si fuese Hércules Poirot. Soy como una cazadora de recompensas con teléfono.

—Jillian y Maddy dejaron el nido porque les disteis alas y las enseñasteis a volar.

—Ojalá yo tuviese alas —dijo Meredith en voz baja.

—Esto es culpa mía —dijo su madre, poniéndose de pie. La terracita crujió con el ademán.

—¿Por qué? —preguntó Meredith, acercándose a la barandilla que dividía

los dos balcones. Notó que su madre se acercaba a ella, hasta que de pronto estuvieron cara a cara, a un palmo de distancia o menos. Finalmente distinguió los ojos de su madre.

—Os estoy contando mi historia para explicároslo.

—Cuando hayas terminado, ¿comprenderé en qué me he equivocado tanto?

Bajo la incierta mezcla de luz y penumbra, la faz de su madre pareció arrugarse como una vieja lámina de papel parafinado.

—Entenderás, cuando haya terminado todo, que no fuiste tú la que se ha

equivocado. Y ahora, entra. Esta noche voy a contaros la parte del Luga.

—¿Estás segura? Es tarde.

—Estoy segura. —Abrió la puerta corredera y se metió en su camarote.

Meredith volvió a la habitación intensamente iluminada y vio que Nina se había sentado en su cama para secarse con una toalla el pelo mojado.

—No se ve nada ahí fuera, ¿eh?

—Mamá quiere contarnos un poco más de la historia.

—¿Esta noche? —Nina se levantó de un brinco, haciendo que la toalla húmeda cayese al suelo, y salió disparada hacia la otra punta del camarote.

Meredith recogió la toalla del suelo y la llevó al cuarto de baño, donde la colgó en su sitio.

—¿Tú estás lista? —preguntó Nina desde la puerta.

Meredith se volvió para mirar a su hermana.

—Tienes alas.

—¿Cómo?

—Igual yo soy como los avestruces o los dodos. Me he quedado tanto tiempo en tierra que ya no puedo volar.

Riéndose, Nina rodeó a Meredith con un brazo y salió con ella del camarote.

—Tú no eres ningún maldito avestruz. Que, por cierto, son unos pajarracos capullos que siempre están solos.

—Entonces ¿qué soy? —preguntó Meredith cuando Nina llamó con los nudillos en la puerta de su madre.

—Pues a lo mejor un cisne. Ya sabes, los cisnes se emparejan de por vida. Creo que no pueden volar si no es con su pareja.

—Qué raro que me lo digas tú, que no eres para nada una romántica.

—Ya —admitió Nina, mirándola—. Pero tú sí.

A Meredith la sorprendió. Nunca se habría considerado una romántica. Eso era para gente como su padre, que quería a todo el mundo incondicionalmente y siempre tenía un gesto de generosidad y abnegación para

con sus seres queridos. O como Jeff, que jamás olvidaba darle un beso por las noches, por muy tarde que fuera o por duro que hubiese sido su día.

O quizá fuese para las niñas que encontraban su alma gemela cuando eran jóvenes y no llegaban a entender lo infrecuente que era.

Se abrió la puerta. Su madre las esperaba con los blancos cabellos sueltos y enfundada en el enorme albornoz azul del crucero. Era un color tan insólito en su madre que Meredith tuvo que mirar dos veces para comprobar que era ella.

Y entonces lo pilló.

—Vera sí ve colores —dijo.

A su lado, Nina contuvo la respiración.

—Es verdad. Entonces, sí que ves en color.

—No —dijo su madre.

—Entonces ¿cómo es que...?

—Nada de preguntas —la cortó su madre con firmeza—. Son las normas. —Fue hasta su cama, se metió entre las sábanas y apoyó la espalda en una montaña de almohadones.

Meredith entró detrás de Nina y tomó asiento al lado de su hermana en el sofá de dos plazas. El silencio que se hizo le permitió oír las olas chocando contra el casco del barco y la serena respiración de las tres.

—Vera no puede creer que tenga que decir adiós a sus hijos otra vez —narró su madre en voz baja, empleado su voz para crear su máximo efecto. Ya no parecía delicada ni anciana. De hecho, casi sonreía y había cerrado totalmente los párpados—. Sobre todo después de haberse esforzado denodadamente para traerlos de nuevo a casa. Pero Leningrado es ahora una ciudad de mujeres y ellas deben defenderse de los alemanes. Así pues, un día luminoso y soleado, Vera da un beso

a sus retoños y se despide de ellos por segunda vez en una semana. Tienen

cuatro y cinco años respectivamente, demasiado pequeños para quedarse sin su madre. Pero la guerra todo lo cambia y, tal como había predicho su madre, Vera está haciendo lo que hace solo unos meses habría considerado inimaginable. En su pequeño piso, con todos mirándola, Vera se arrodilla delante de ellos.

—Tía Olga y mamá tienen que ayudar a proteger Leningrado. Tenéis que ser muy fuertes y muy mayores mientras estemos fuera, ¿entendido? La baba va a necesitar vuestra ayuda.

A Leo se le llenaron los ojos de lágrimas inmediatamente.

—Yo no quiero que te vayas.

Vera no puede mirar directamente los tristes ojos de su pequeño. Por eso, se gira un poco hacia su hija, que ya ha empezado a reflexionar como la fuerte de los dos.

—¿Y qué pasa si no volvéis? — pregunta Anya en voz baja, haciendo grandes esfuerzos para no llorar.

Vera se mete una mano en el bolsillo para sacar el tesoro que había pensado llevarse consigo. Lo saca lentamente. En la palma de su mano aparece la preciosa joya mariposa.

—Toma —le dice a Anya—. Quiero que guardes esto para mamá. Es el objeto más especial que poseo. Cuando lo mires, pensarás en mí y sabrás que

volveré con vosotros y que esté donde esté estoy pensando en ti y en Leo, y queriéndoos a los dos. No es para jugar, y que no se rompa. Esto es lo que somos nosotros, Anya. Es una prueba de que volveré con vosotros. ¿Entendido?

Con gran solemnidad, Anya coge con los dedos la mariposa y la sostiene con mimo en la pequeña palma de su mano.

Vera les da un beso por última vez y se pone de pie.

Su mirada y la de su madre, en la pared de enfrente de la habitación, se cruzan. Y en sus ojos está todo, el adiós, la promesa de que se cuidará y de que volverá, y la preocupación de

que esto sea verdaderamente un adiós. Vera sabe que debería dar un abrazo a su madre. Pero si la abraza, se echará a llorar y no puede derramar una lágrima delante de sus hijos. Por eso, en vez de abrazarla, coge del gancho de al lado de la puerta un pesado abrigo de invierno y se lo echa al hombro. En un periquete Olga y ella están ya sentadas en la trasera de un camión de mercancías, apiñadas junto a un montón de mujeres jóvenes como ellas; muchas llevan faldas de verano, con estampados de flores, y sandalias. En otros tiempos habrían parecido jóvenes dirigiéndose al campo, a los Urales, tal vez, o al mar Negro, pero

hoy nadie se confundiría. Ni una sola de ellas sonríe.

Cuando llegan a la línea del Luga, hay gente (chicas jóvenes y mujeres, principalmente) hasta donde alcanza la vista. Están construyendo las gigantescas trincheras y fortificaciones que impedirán que el enemigo llegue a Leningrado. Estas mujeres se encorvan para abrir la tierra con ayuda de picos y palas, exhaustas. Tienen la cara cubierta de churretones de sudor y polvo y los vestidos destrozados. Pero son rusas, soviéticas, y ninguna osa detenerse ni quejarse. Ni se les pasa

por la imaginación hacer algo así. Vera se queda parada bajo el sol, con el bosque a solo unos kilómetros de distancia, mientras una camarada le dice lo que tiene que hacer.

Olga se acerca a ella y la coge de la mano. Escuchan como soldados y miran como niñas, aunque no lo saben. Es su último rato de paz durante muchas noches. Después de la explicación, cogen sendos picos y se van pesadamente a la línea, en la que ya hay una zanja cavada en la tierra. Saltan dentro de la trinchera y pasan a integrar la interminable hilera de chicas, mujeres y viejos que rascan la tierra hasta que se hacen sangre y

ampollas en las manos, hasta que tosen sangre y derraman lágrimas negras. Cavan y cavan, día tras día.

Por las noches se apelotonan en un granero junto con las demás chicas, cuyos rostros están igual de aturridos, fatigados y sucios como se siente la propia Vera. Todo huele a polvo, a barro, a sudor y a humo.

La séptima noche, Vera encuentra un rincón tranquilo dentro del granero en el que se recogen cada noche y hace un fuego pequeño con ramitas. No durará mucho este fuego de llamas alimentadas con tan poca cosa, por lo que Vera se da prisa en poner a cocer una taza de agua para su hermana y se

la pasa. La sopa aguada de repollo que cenaron ha dado paso, hace ya rato, al hambre. Vera y Olga tienen suerte Pero no pueden hacer nada para remediarlo.

A su lado una mujer recia, mayor que ellas, se mira, apoyada contra las balas de heno, las uñas sucias como si no se hubiese visto las manos nunca. Su cara rellena y sucia les es totalmente desconocida pero hay algo consolador en su mirada.

—Mírame las manos —dice Olga, y deja en el suelo la taza con agua—. Tengo sangre.

Lo dice con una mezcla de extrañeza y confusión, como si el dolor no fuese suyo, y ni siquiera la sangre.

Vera coge la mano de su hermana, ve la sangre coagulada y las ampollas rotas de la palma.

—Debes llevar las manos siempre envueltas. Te lo he dicho.

—Hoy me estaban observando — responde Olga en voz queda—. Las camaradas Slotkov y Pritkin. Sé que saben lo de papá. No podía pararme para arreglarme los trapos de las manos.

Vera frunce las cejas. Esto mismo se lo ha oído decir a su hermana antes, pero ahora se da cuenta de que pasa algo. Olga no la mira a los ojos. Ya han visto a algunas chicas morir a su alrededor. Ayer mismo Olga pasó la

mitad del día ensordecida por una bomba que había caído demasiado cerca.

Afuera, atruena la sirena. Primero, el sonido de los aviones es un runrún lejano, no muy diferente del murmullo de un abejorro a lo lejos durante una comida campestre de verano. Pero el runrún va en aumento y dentro del granero el miedo se vuelve tangible. Las chicas se mueven, cambian de sitio, se tumban muy pegadas al suelo, pero en realidad no hay a donde ir.

Caen las bombas. Los fuegos destellan, rojos, amarillos, negros, a través de las rendijas del revestimiento exterior del granero. En alguna parte

alguien está gritando. El aire se vuelve gris, cargado de arena. A Vera le pican los ojos.

Olga se estremece pero no se mueve. Se queda mirando la palma de la mano herida y comienza a arrancarse metódicamente la piel muerta y llagada. De sus heridas brota la sangre, formando burbujas.

—No hagas eso —dice Vera, apartándole la mano.

—Miel.

Vera oye esa palabra dicha en voz alta. En un primer momento, le parece algo absurdo; lo único que de verdad puede entender son las bombas que caen. Alguien llora cerca de ella.

Entonces oye de nuevo la palabra.

—Miel.

La señora mayor se ha acercado. Unas arrugas profundas enmarcan su boca de fumadora y una bolsas amoratadas flanquean como contrafuertes sus ojos cansados. Del bolsillo del delantal saca un frasquito.

—Aplica miel en las heridas de tu hermana.

Vera se queda atónita ante un gesto de tal generosidad. La miel es más valiosa que el oro en esta línea del Luga. Alimento y medicina en uno.

—¿Por qué lo hace? —le pregunta Vera después de extender una gotita en las llagas de Olga.

La mujer la mira.

—Solo nos tenemos a nosotras ya — responde, y se retira de nuevo a su sitio, entre las balas de heno.

—¿Cómo se llama? —pregunta Vera.

—No tiene importancia —dice la mujer—. Vigila bien a tu hermana. He visto ojos como los suyos. No está bien.

Vera asiente en silencio, con valentía. Pero esas palabras son para ella como un viento gélido. Ha estado diciéndose que este cambio que ha apreciado en Olga es simple falta de sueño y hambre, pero ahora ve lo que ve la mujer mayor: el ápice de locura en los grandes ojos de su hermana. Olga no puede soportar esos días y

esas noches, los gritos, el trabajo interminable, el horror de ver a una niña de tu edad destrozada por una bomba. La naturaleza repentina del peligro, eso es lo peor de todo. Olga está deshaciéndose. Habla consigo misma y casi no pega ojo. Se arranca mechones de pelo.

—Ven aquí, Olgushka —le dice Vera, cogiendo a su hermana entre los brazos. Juntas reptan y se suben en la cama de heno, una cama que no es ni mullida ni perfumada.

—Veo a papá —dice Olga con una voz que suena a somnolienta. Es como si se le hubiera olvidado quiénes son y

dónde están, y de quién no deben hablar.

—Chisss.

—Cuéntame un cuento, Vera. De princesas y chicos que te traen rosas.

Vera está molida, pero aun así acaricia el pelo sucio y apelmazado de su hermana y utiliza lo único que tiene, su voz, para apaciguar su alma, la de ella y la suya.

—El Reino de la Nieve es una ciudad encantada, rodeada por una muralla, en la que nunca se hace de noche y las palomas blancas anidan en los postes del teléfono...

Mucho después de que Olga se haya dormido, Vera todavía está hilando sus

preciosas palabras, cambiando el mundo que las rodea de la única forma que sabe. Cuando los párpados le pesan demasiado para tenerlos abiertos más rato, besa la palma ensangrentada de su hermana. Percibe el sabor metálico de la sangre, mezclado con el sabor dulce de la miel. Tendría que haberse puesto miel ella también en las ampollas de su propia palma, pero no se le ocurrió.

—Duerme.

—¿Veremos a mamá mañana? —pregunta Olga medio dormida.

—No, mañana no —responde Vera, y la aprieta un poco más—. Pero dentro de poco sí.

Hace un día soleado y luminoso. De no ser porque Alemania está bombardeando todo lo que alcanza la vista, y porque sus carros de combate avanzan y avanzan, en este paisaje los pájaros estarían trinando y los pinos serían verdes en vez de negros. Pero tal como están las cosas, la belleza del lugar desapareció hace tiempo. La trinchera es un tajo gigantesco, un boquete abierto en la tierra, una herida mortal de barro. Las jóvenes andan a gatas por toda la zanja, los soldados van y vienen corriendo entre este lugar y la línea del frente, no lejos de allí. Si

esta línea se rompe, si los alemanes logran pasarla, Leningrado caerá. Esto es lo que creen todos, y por eso siguen cavando, aunque las manos les sangren y las bombas sean tan omnipresentes como la luz del sol.

Vera trata de no pensar en nada más que en el cazo que tiene en la mano. El pico se partió la semana pasada. Tuvo suerte de encontrar una pala, que le duró un tiempo. Pero no la escondió bien y una mañana, al despertar, había desaparecido. Por eso ahora excava con un cucharón.

De la mañana a la noche. Clavar, empujar, girar, tirar. Hasta que le duelen el hombro y el cuello y le arden

las manos llenas de ampollas. No hay cantidad suficiente de agua con sal que pueda aliviarse (la miel y la señora mayor desaparecieron hace tiempo). Y ahora tiene la menstruación, además. Es como si su propio cuerpo se pusiese en contra de ella. Aun así, de lo único de lo que puede preocuparse es de Olga. Su hermana cava la tierra sin quejarse, pero no es capaz de dormir ni de comer y, cuando empiezan a caer las bombas, Olga se queda clavada en el sitio con una mano haciendo visera delante de los ojos, mirando fijamente a los aviones.

A lo largo de las últimas semanas, Vera ha podido aprender que todo

puede convertirse en algo normal: dormir en el suelo de tierra, correr a resguardarse, cavar hoyos, ver morir a otras personas, pasar por encima de sus cuerpos, oler a carne quemada. Pero no es capaz de aceptar a la nueva Olga, la que se mueve como los ciegos y se ríe con una risilla nerviosa cuando a su alrededor estallan las bombas.

La sirena de ataque aéreo empieza a sonar. Chicas y mujeres salen corriendo de la trinchera o se meten en ella. Se gritan unas a otras, se empujan.

Olga está parada al lado de la

trinchera, con el vestido hecho harapos, sucio. Sus cabellos largos, rubios rojizos, están muy sucios, encrespados, y un pañuelo que en su día fue azul se los aparta de la cara renegrida. Por encima de su cabeza, los aviones alemanes empiezan a llenar el aire con el zumbido de sus motores.

Vera grita con todas sus fuerzas a su hermana mientras va dando tumbos por la tierra rota, abriéndose camino como puede, echando a un lado los escombros.

—Vamos...

—Suena como la máquina de coser de mamá.

Vera se da la vuelta al oír eso, la

mira. Olga sigue plantada donde antes, demasiado lejos, con la mano por encima de los ojos.

—¡Corre! —chilla Vera justo cuando la bomba toca el suelo.

Olga estaba ahí hace un segundo y ya no está. Ha salido volando hacia un lado como una muñeca de trapo. Se estrella contra el suelo formando un montón descoyuntado al otro lado de la trinchera mientras cae una lluvia de cascotes...

Vera grita, llora; sale reptando de la trinchera y avanza a gatas por la tierra perforada hasta donde su hermana yace debajo de una montaña de tierra y

escombros. Hay un ladrillo encima del pecho de Olga. ¿De dónde ha salido?

De la comisura de su boca mana la sangre a borbotones que resbala entre la suciedad y el barro que le cubren la mejilla. Su respiración es una tos con flemas, borboteante.

—Vera —dice, y tiritita—. Se me olvidó agacharme...

—Se supone que tienes que hacerme caso —la riñe Vera. Estrecha a su hermana contra su pecho, intentando mantenerla con vida a través de su amor—. Soy tu hermana mayor.

—Siempre... mandando...

Vera besa a su hermana en la mejilla, intenta enjugarle la sangre,

pero tiene las manos tan sucias que solo consigue ensuciarla más.

—Olga, te quiero. No me dejes. Por favor...

Olga sonríe y tose. Le brota sangre de la nariz, que se mezcla con la tierra.

—¿Te acuerdas de cuando íbamos...? Y deja de respirar.

Vera permanece sentada allí mucho rato, de rodillas en la tierra. Hasta que vienen los soldados y se llevan a Olga.

Entonces se pone a cavar otra vez. No es que no le importe o que no le duela.

Pero ¿qué otra cosa puede hacer?

Veintidós

En agosto Vera recibe permiso para dejar el trabajo en la línea. Pasa a ser una más de las miles de mujeres que, aturdiditas y solas, regresan a pie a casa, en grupos mudos. Siguen pasando trenes, pero la mayoría van llenos todo el tiempo y solo las más afortunadas encuentran un poco de sitio para sentarse o viajar de pie. Están evacuando otra vez a los niños de Leningrado, ahora con sus madres,

pero Vera no confía ya en su gobierno y no volverá a acatar la orden de evacuar. La semana pasada oyó hablar de un tren lleno de niños que fue bombardeado cerca de Mga. Puede que sea cierto o puede que no. No le importa. Podría ser verdad, y eso le basta.

Se ha vuelto más dura después de pasar dos meses cavando la negra tierra y corriendo para refugiarse. Lo suficientemente dura para regresar a pie a casa por unas regiones que no ha visto en su vida. Cuando está de suerte, un transporte o un camión la recoge y la lleva hasta donde puede, pero la suerte es algo con lo que no ha contado

nunca y recorre andando la mayor parte de los kilómetros que la separan de Leningrado. Cuando por la carretera se encuentra con soldados, les pregunta por Sasha. Pero no obtiene ninguna respuesta. No le sorprende.

Cuando finalmente llega a Leningrado, se encuentra con una ciudad tan cambiada como ella. Las ventanas están tapadas con telas o cartones y cruzadas con cinta adhesiva. Hay trincheras cavadas en los parques, que cortan la hierba y las flores. Mire a donde mire, ve montículos de cemento roto —dientes de dragón, los llaman—, ideados para

detener el paso de los tanques. Unas vigas enormes de hierro, cruzadas formando aspas, recorren los alrededores de la ciudad como si fuesen los feos barrotes de una prisión que no deberían estar ahí. Y por las calles pasan marchando columnas de soldados. Muchos de ellos lucen ya el mismo aspecto roto que ella; han perdido en un frente y se movilizan hacia otro, más cerca de la ciudad. En sus ojos cansados Vera ve el mismo miedo que tiene ella alojado dentro: que Leningrado ha dejado de ser la ciudad intocable que habían imaginado que era. Los alemanes están cada vez más cerca...

Finalmente, Vera llega a su calle. Levanta la cara para mirar su piso. Está como siempre, excepto por las ventanas cegadas. Los árboles de delante tienen las copas floridas, como corresponde al verano, y el cielo está azul como un huevo de petirrojo.

Mientras está ahí, temerosa de seguir andando, un sentimiento la recorre por dentro, poderoso como el hambre o el deseo. La hace estremecerse.

Es un querer darse la vuelta y echar a correr, seguir aferrada un poco más de tiempo a esta verdad atroz. Pero sabe que correr no servirá de nada. Por eso, respira hondo y continúa

adelante, un paso detrás de otro hasta que llega a la puerta de su casa.

Se abre cuando la empuja y de pronto está de nuevo en su hogar, pequeño y abarrotado, pero su hogar. Esos muebles desvencijados y esa pintura desconchada de la pared no le habían parecido nunca tan hermosos.

Y ahí está su madre, de pie delante de los fogones, con un vestido descolorido y los cabellos grises ocultos bajo un pañuelo raído. Está removiendo algo en el fuego. Cuando Vera entra, su madre se vuelve lentamente. Su sonrisa le parte el alma. Pero peor es cómo se diluye y es remplazada por la pena.

—¡Mamá! —grita Leo, que sale corriendo hacia ella como un torbellino, soltando los juguetes que tenía en las manos. Anya se pone a su lado enseguida y los dos se arrojan en brazos de Vera.

Huelen tan bien, tan puros... Las mejillas de Leo son tan suaves y tiernas como dos ciruelas maduras y Vera podría comérselo. El abrazo que les da es prolongado y fuerte, y no se da cuenta de que se ha puesto a temblar y a llorar.

—Mamá, no llores —le dice Anya, y le seca la mejilla—. Todavía tengo la mariposa. No se me ha roto.

Vera afloja el abrazo poco a poco

hasta soltarlos y se pone de pie. Está temblando como una hoja y haciendo esfuerzos para no llorar mientras mira a su madre, en la cocina. En esa mirada Vera siente el punto final de su infancia.

—¿Y tía Olga? —pregunta Leo, buscando con la mirada detrás de su madre.

Vera es incapaz de contestar. Se limita a quedarse quieta donde está.

—Olga se ha ido —dice la madre de Vera con solo un leve temblor de la voz—. Nuestra Olga es una heroína nacional y así es como debemos pensar en ella.

—Pero...

Su madre la toma entre sus brazos y la estrecha con tanta fuerza que ninguna de las dos puede respirar. Entre ellas solo hay silencio; en ese silencio, sus recuerdos van y vienen como el tinte en el agua, moviéndose fluidos, y cuando se separan y se miran una a la otra, Vera comprende.

No volverán a hablar de Olga durante mucho tiempo, hasta que se mitigue el acerado dolor y sea posible manejarlo.

—Necesitas un baño —dice su madre al cabo de un rato—. Y esas vendas que llevas en las manos hay que cambiarlas, conque ven conmigo.

Esos primeros días de vuelta en Leningrado a Vera le parecen un sueño. Por el día trabaja junto a los otros empleados de la biblioteca, embalando los libros más valiosos para su transporte. Ella, que está tan abajo en la jerarquía, se ve sosteniendo en las manos una primera edición de Anna Karénina. Las páginas poseen un peso inesperado, y Vera cierra los ojos unos segundos. En la oscuridad ve a Anna, con sus joyas y sus pieles, corriendo por la nieve para reunirse con el conde Vronski.

Alguien la llama por su nombre con tal brusquedad que casi se le cae el

preciado volumen. Se sobresalta, se ruboriza y baja la mirada al suelo, murmurando un «Perdón», y vuelve a la faena. Al final de la semana han embalado más de trescientas cincuenta mil obras maestras y las han enviado a un lugar seguro. Han llenado la buhardilla de sacos de arena y han bajado al sótano otras obras importantes. Una sala tras otra, la biblioteca entera se vacía, se ciegan las ventanas con tablones y las puertas se cierran, hasta que solo queda abierta a los lectores la sala más reducida de todas.

Al final de su turno de trabajo, a Vera le duelen los hombros de tanto

levantar y arrastrar cajas. Pero le queda mucho por hacer antes de dar por concluida la jornada. En vez de marcharse a casa, se va, avanzando dificultosamente, por las calles ajetreadas y camufladas y se pone en la primera fila que encuentra.

No sabe lo que venden en este mercado ni le importa. Desde el comienzo del racionamiento de pan y las limitaciones impuestas a la retirada de efectivo de las cuentas bancarias, la gente se lleva lo que encuentra. Al igual que la mayoría de sus amigos y vecinos, Vera dispone de muy poco dinero. Sus raciones le permiten obtener cuatrocientos gramos de pan al

día y seiscientos de mantequilla al mes. Con esto pueden vivir. Pero muchas veces reflexiona acerca de una decisión que tomó hace años: si ahora trabajara en la fábrica de pan, su familia estaría mejor alimentada. Ella sería una obrera esencial, lo que le garantizaría raciones mayores.

Permanece durante horas en la fila. Poco después de las diez de la noche llega a la cabeza. Solo quedan a la venta unos tarros de pepinillos; compra tres, la cantidad que puede pagar y que puede cargar.

Cuando llega al piso, su madre y su abuela están sentadas delante de la

mesa de la cocina, pasándose un cigarrillo de una a otra.

Sin decir nada —en estos tiempos hablan poco—, se dirige a las camas de los niños. Se inclina, besa las dos mejillas tiernas. Exhausta y hambrienta, vuelve a la cocina. Su madre le ha puesto un plato de kasha fría.

—Hoy salió el último transporte —informa la baba cuando Vera se sienta. Vera la mira.

—Creí que iban a seguir evacuando la ciudad.

Su madre niega con la cabeza.

—No sabíamos qué hacer y ahora la

decisión ya la han tomado por nosotras.

—Los alemanes han tomado Mga.

Vera sabe lo que quiere decir eso, y aunque no lo supiera, la mirada de desesperación de su madre habría bastado para informarla.

—Por tanto...

—Leningrado es ahora una isla — dice su madre, que da una calada al cigarrillo y se lo pasa a la baba—. Incomunicada por los cuatro costados.

Sin acceso a suministros.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Vera.

—¿Hacer? —dice la baba.

—Ya llega el invierno —dice su madre en el silencio siguiente—.

Necesitamos comida y una burzhuika. Mañana cogeré a los niños y me iré con ellos al mercado.

—¿Qué vas a llevar para intercambiar?

—Mi alianza —responde su madre.

—Entonces, ha empezado... — comenta la baba, apagando la colilla.

Vera ve cómo se miran entre ellas, la tristeza con conocimiento de causa que se transmite de la madre a la hija, y aunque se asusta al verla, también es para ella un consuelo. No será la primera vez que pasen por esto su madre y su babushka. La guerra no es ninguna novedad en la ciudad de Pedro. Sobrevivirán igual que han

sobrevivido antes: yéndose con cuidado y siendo listas.

La ciudad se convierte en una larga fila. Todo está desapareciendo, en especial la buena educación. Las raciones se recortan considerablemente y muchas veces ni siquiera hay comida que poder comprar ni aun con la cartilla de racionamiento. Vera, lo mismo que el resto de la población, está cansada y tiene hambre y miedo. Se despierta a las cuatro de la mañana para ponerse en la fila para el pan y, después de trabajar, hace varios kilómetros a pie,

hasta las afueras de la ciudad, para intercambiar lo que tiene por alimentos de los campesinos (un litro de vodka a cambio de una bolsa de patatas marchitas; un par de valenki, que a los niños se les han quedado pequeñas, a cambio de una libra de manteca) o para desenterrar cualquier verdura olvidada que se encuentra.

Corre peligro y lo sabe, pero no le queda más remedio. Esta búsqueda de comida es lo único que puede hacer. Ya nadie acude a la biblioteca. Sin embargo, Vera debe seguir yendo a trabajar si no quiere perder sus raciones de proletaria. Ahora está volviendo a casa del campo. Va

deprisa, resguardándose entre las sombras, con su preciosa bolsa de patatas escondida debajo del vestido como un bebé no parido.

Está a menos de un kilómetro del piso cuando salta la sirena antiaérea, que resuena atronadora por las calles de la ciudad semivacías. Cuando el sonido cesa, oye que se acerca el zumbido de los aviones.

Oye entonces un silbido fuerte y echa a correr en dirección a una de las trincheras del parque, a su izquierda. Antes de que le dé tiempo a cruzar la calle, se produce una detonación. Del cielo cae un aluvión de tierra y

casco. Un edificio detrás de otro cae destruido.

Ya continuación... el silencio.

Vera se levanta lentamente, las piernas la sostienen a duras penas.

Las patatas están bien.

Sale a gatas de la trinchera. Se sacude la ropa y echa a correr a casa. A su alrededor, la ciudad está en llamas o envuelta en humo. La gente grita y llora.

Dobla la esquina y ve su bloque de pisos. Está intacto.

Pero el edificio de al lado está derruido. Solo queda de pie la mitad, la otra mitad es una montaña de escombros pulverizados y humeantes.

Al acercarse, ve el salón de uno de los pisos, en perfecto estado, con su papel verde de flores en las paredes, la mesa puesta para la cena, un cuadro en la pared. Pero no hay nadie. Mientras lo mira, la lámpara de araña de encima de la mesa titila y se desploma encima de la cubertería.

Encuentra a los suyos en el sótano, acurrucados junto al resto de vecinos. Cuando suena la sirena que avisa de que el bombardeo ha terminado, regresan al piso, arriba, y acuestan a los niños.

Esto es solo el principio. Al día

siguiente Vera va al mercado con su madre y los niños para buscar una burzhuika. Sin estufa, van a verse en apuros cuando llegue el invierno, dice su madre.

Encuentran una en lo más recóndito del mercado, en el puesto de unas personas que pertenecen a la clase de gente en la que Vera no repararía jamás, por lo general. Hombres y mujeres de tez morena y signos de borrachera, que llevan puestas joyas que sin duda no eran suyas hace una semana.

Vera sujeta a los niños muy pegados a ella y trata de no poner ninguna

mueca al notar la vaharada a vodka que despide el hombre.

—Pues es la última —dice el tipo, y le sonríe con lascivia, balanceándose.

La madre de Vera se quita la alianza del dedo. El oro brilla con lustre apagado a la luz de primera hora del día.

—Tengo este anillo de oro —dice.

—¿De qué me sirve a mí el oro? —El hombre sonríe, enseñando los dientes.

—La guerra no va a durar eternamente —replica la madre—. Y tengo más cosas.

Se abre el abrigo y saca un tarro grande lleno de azúcar blanco.

El hombre se queda mirándolo. Hoy

en día el azúcar es como oro en polvo. La baba o su madre han debido de robarlo del almacén en el que trabajan.

El puño del hombre, del tamaño de una pata de jamón, se acerca como una víbora a la presa y sus dedos ciñen el tarro y se lo llevan.

Parece que a la madre de Vera le importa poco haberse quedado sin su alianza, que un sujeto como ese se haya adueñado de ella.

Entre los cuatro se llevan la estufa y el tubo a rastras al piso, y van subiéndolos a trompicones, haciendo mucho ruido. Cuando lo tienen todo arriba y lo instalan, con el conducto de

ventilación saliendo por la ventana, la madre de Vera se agarra las manos.

—Listo —dice, y se pone a toser.

La estufa es un trasto pequeño y feo de hierro forjado, con un par de cajones que sobresalen, escacharrados. De la estufa sale hacia arriba un tubo metálico largo, que recorre toda la pared y sale por un agujero recién perforado. A ella le cuesta creer que haya valido lo que una alianza de matrimonio.

—Era muchísimo azúcar —comenta Vera en voz baja cuando su madre pasa por delante de ella.

—Sí —dice, y se queda callada unos segundos—. Nos lo trajo la baba.

—Podría meterse en un lío —susurra Vera, acercándose—. Los almacenes Badaev están vigilados. Allí se guarda todo el alimento de la ciudad. Y tanto tú como ella sois empleadas de los almacenes. Si una se busca un problema...

—Sí —la interrumpe su madre mirándola con severidad—. Ella todavía está allí ahora, haciendo horas de más. Será la última en marcharse.

—Pero...

—Aún no lo sabes —repite su madre, y vuelve a toser. Es una tos perruna, flemosa que inexplicablemente hace pensar a Vera en ríos con lodo y tiempo caluroso.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. Es el polvo que hay por todas partes por los bombardeos.

Antes de que a Vera le dé tiempo a decir nada más o a pensar siquiera en algo que decir, suena la sirena antiaérea.

—¡Niños! —chilla—. Venid rápido. —Vera descuelga los abrigo de la pared y se los pone a toda prisa a sus hijos.

—Yo no quiero ir al sótano —se queja Leo—. Atufa.

—La que atufa es la señora Nevski —tercia Anya, y su cara de preocupación se transforma con una sonrisa.

Leo se ríe entre dientes.

—Huele a repollo.

—A callar —les dice Vera, y se pregunta cuánto les durará la infancia a sus pequeños. Le abotona el abrigo a Leo y le da la mano.

En el pasillo los vecinos están ya en fila para bajar las escaleras. Todos lucen la misma expresión: una mezcla de miedo y resignación. Ninguno cree de verdad que bajando al sótano vayan a escapar de una bomba que caiga en su edificio, pero en situaciones como esta no hay otra forma de salvar el pellejo, por lo que bajan de todos modos.

Vera da un beso a los niños, los

abraza primero a uno y luego a otro y a continuación se los entrega a su madre.

Mientras su familia y los vecinos bajan a refugiarse, Vera vuelve arriba. Sube jadeando las escaleras oscuras, sucias, y sale a la azotea sembrada de porquería. A lo largo del parapeto han puesto unas tenazas largas de hierro y varios cubos llenos de arena. Desde allí puede ver todo Leningrado hacia el sur. A lo lejos están los aeroplanos. No uno o dos como otras veces, sino decenas de ellos. Al principio son unos puntitos negros, que sorteán los globos aerostáticos cautivos que hay flotando por todo el cielo de la urbe. Pero

enseguida distingue sus hélices brillantes y los detalles de las colas.

Las bombas caen como si fueran gotas de lluvia; a su paso van haciendo brotar nubes de humo y llamaradas.

Uno de los aviones está pasando por encima de la azotea...

Vera levanta la vista, ve que se abre su panza de color plata reluciente. Caen de ella bombas incendiarias. Horrorizada, ve que una va a caer a menos de cinco metros de ella. Corre a por el artefacto, que está emitiendo un sonido silbante. Se le engancha un pie con una madera y se cae de bruces con tal fuerza que nota el sabor de la sangre. Se levanta como puede, saca

los guantes que lleva en un bolsillo y, temblando, se los enfunda haciendo todo lo posible por darse prisa; entonces, coge las tenazas de hierro e intenta coger con ellas la bomba. Es una labor complicada. Tarda demasiado y la viga de madera que hay debajo del explosivo se prende. Empieza a subir humo. Pone las tenazas encima de la bomba; el calor que nota en la cara es aterrador y, como se pone a sudar, casi no ve nada. Aun así, agarra con fuerza las asas y levanta el alargado proyectil para arrojarlo por encima del parapeto. La bomba cae con un sonido amortiguado en la zona de hierba que hay abajo,

donde ya no puede causar daños serios. Suelta las tenazas, corre al pequeño fuego que ha provocado la bomba y pisotea las llamas con las suelas de los zapatos. Luego echa arena por encima.

Cuando termina de apagar el fuego, se pone de rodillas. El corazón le va a mil por hora y nota las mejillas chamuscadas por el calor. Si no hubiese estado ella allí, esa bomba habría quemado el suelo de la azotea y habría podido bajar por el edificio, cayendo de piso en piso, dejando una estela de fuego.

En el sótano es donde habría terminado. En ese reducido espacio

abarroto de personas. Con su familia dentro...

Se queda arrodillada en el suelo duro de la azotea, mientras anochece. La ciudad entera parece en llamas. Las humaredas ascienden al cielo, salen. Incluso cuando ya se han ido los aviones, sigue habiendo humo, cada vez más denso y más rojizo. Entre los edificios titilan llamas brillantes de color amarillo y naranja, lamiendo el vientre hinchado del humo.

Cuando por fin se oye la sirena que indica que el peligro ha pasado, Vera está temblando tanto que no puede ni moverse. Lo único que hace que se levante del suelo es el pensar en sus

hijos, que seguramente estarán asustados y llorando en esos momentos. Dando un tembloroso paso tras otro, cruza la azotea y baja al piso, donde su familia está esperándola ya.

—¿Has visto los fuegos? —pregunta Anya, que se muerde el labio.

—Están muy lejos de aquí — responde Vera, y sonríe con toda la alegría de que es capaz.

—Mamá, ¿nos cuentas un cuento? — pregunta Leo, que se mete el pulgar en la boca. Los párpados se le cierran, somnolientos, y se le vuelven a abrir.

Vera coge en brazos a los dos niños y se los apoya a cada uno en un lado de

la cadera. No se molesta en lavarles los dientes, los lleva sin más a la cama y se acuesta con ellos.

En la mesa de la salita, la madre se sienta y se enciende el único cigarrillo del día. El olor del tabaco se pierde entre el fortísimo olor a quemado de la ciudad. Casi huele dulce en el piso, como a caramelo dejado demasiado rato encima de un fogón caliente.

Vera estrecha con más fuerza a los niños.

—Había una vez una niña campesina —dice, tratando de transmitir calma. Le cuesta. Tiene la mente enredada en lo que habría podido pasar, en lo que habría podido perder. Y juraría que aún

oye el silbido de aquella bomba al descender hacia ella, susurrando de un modo imposible mientras volaba por el aire, y después cayendo con estrépito a su lado.

—Se llama Vera —dice Anya, medio dormida, y se acurruca pegada a su madre—. ¿A que sí?

—Se llama Vera —dice ella, agradeciendo que su hija le haya dado el pie para continuar—. Y es una campesina pobre. Una niña cualquiera. Pero eso ella no lo sabe aún...

—Está bien que les cuentes tu

historia —le dice su madre cuando vuelve a la cocina.

—Es que no se me ocurría nada más. —Se sienta enfrente de su madre, en la mesa desvencijada. Aun estando cerradas y tapadas las ventanas, todavía nota el regusto a cenizas en la lengua, todavía percibe en el humo ese olor extraño a dulzor churruscado. El mundo exterior solo puede verse a trozos, por donde está desprendido el papel de periódico de las ventanas, caído desmayadamente. Lo que se ve no es rojo ya, sino más bien de un apagado tono anaranjado, como dorado mezclado con gris—. Papá me

contaba unos cuentos maravillosos, ¿te acuerdas?

—Prefiero no recordar.

—Pero...

—Tu baba debería haber vuelto ya a casa —señala su madre sin mirarla.

Al oír esto, Vera siente que se le encogen las tripas. Con todo lo que ha ocurrido esa noche, se había olvidado de su abuela.

—Estoy segura de que está bien —dice.

—Sí —replica su madre sin mucho ánimo.

Pero por la mañana la baba sigue sin aparecer; es una de las miles de personas a las que ya nunca más se

volverá a ver. Y la noticia se extiende por la ciudad tan devastadoramente como las llamas de la noche anterior.

Los almacenes Badaev han sido pasto del fuego. Todas las reservas de alimentos de la ciudad han desaparecido.

Leningrado está aislada ahora, sin posibilidad de recibir ningún tipo de ayuda. Los últimos días de septiembre pasan como un goteo que acaba por extinguirse y comienza el mes de octubre. Atrás quedan las belye nochi, y en su lugar se instala un invierno frío y oscuro. Vera sigue trabajando en la

biblioteca, pero es una farsa y solo va por asegurarse las cartillas de racionamiento. Ya casi nadie va a la biblioteca, a los museos y a los teatros, y los que sí acuden, van buscando calor. En esas semanas cada vez más oscuras, en las que el aliento helado del invierno sopla sin cesar en la nuca de la gente, no hay nada que hacer salvo buscar comida.

Cada día Vera se levanta a las cuatro de la madrugada, se arropa bien con su abrigo de lana y sus valenki y se enrolla una bufanda en el cuello, tapándose tanto que solo se le ven los ojos. Y se pone en la primera cola para comida que puede encontrar. Solo

permanecer en una fila no resulta fácil, por no hablar de conseguir alimento. Los fuertes empujan a los débiles para quitarlos de en medio. Hay que andarse siempre con cuidado, estar en guardia. Esa joven tan amable de la esquina podría robarte algo en cualquier momento, lo mismo que el señor mayor de la espalda encorvada.

Cuando termina su jornada laboral, vuelve al frío piso y se sienta a cenar a las seis de la tarde. Pero de cena tiene poco ya. Con suerte, una patata, y un poco de kasha que es más agua que cereal. Los niños se quejan sin cesar, mientras la madre de Vera tose en silencio en un rincón...

En octubre cae la primera nevada. Normalmente es una ocasión de alegría y risas, en que los niños corren con sus padres a los parques a dejar ángeles en la nieve con sus siluetas y a construir castillos. Pero no es así en tiempos de guerra. Ahora es como si cayesen motitas de muerte blanca sobre la ciudad en ruinas. Su bello manto blanco cubre todas las defensas: los dientes de dragón, los barrotes de hierro, las trincheras. De pronto la ciudad recupera su belleza y se transforma en un país de las maravillas, con sus puentes y sus

canales helados y sus jardines blancos. Si no te fijas en los edificios venidos abajo o en los montículos quemados de ladrillos que indican dónde había antes una tienda, casi podrías olvidarte... hasta que dan las siete de la tarde. Esa es la hora a la que los alemanes arrojan las bombas. Cada día, como un reloj.

Y una vez que empieza a nevar, ya no para. Las tuberías se congelan. Los tranvías se paran y se quedan atrapados en la nieve acumulada. Por las carreteras ya no se ven tanques ni camiones, ni tropas marchando. Tan solo mujeres pobres, envueltas en capas de ropa como Vera, atravesando

el paisaje blanco como refugiadas en busca de cualquier cosa que se parezca a comida. Estos días no se ve ni una mascota por Leningrado. Las raciones se recortan casi cada semana.

Vera camina con dificultad. Tiene tanta hambre que le cuesta seguir andando, e incluso a veces hasta querer seguir andando. Trata de no pensar en las siete horas que se ha pasado hoy haciendo cola y pone la atención en el aceite de girasol y en las tortas de prensa que pudo conseguir. A su espalda, el trineo rojo que arrastra se desliza entre los hondos ventisqueros y de vez en cuando se le atasca al topar con cosas escondidas

debajo de la nieve: una rama, una piedra, un cadáver congelado.

Los cadáveres empezaron a aparecer la semana pasada: gente vestida aún con ropa de verano, congelados en los bancos del parque o en las escaleras exteriores de los portales.

Se aprende a no verlos. Vera no se puede creer que esto sea cierto, pero así es. Cuanta más hambre y más frío se tiene, más se enfoca la vista hacia donde no se ve a nadie, salvo a los miembros de la propia familia.

Está a cuatro manzanas de su piso y le duele tanto el pecho que ansía detenerse. Hasta sueña con ello, con sentarse en ese banco de ahí, apoyar la

espalda en el respaldo y cerrar los ojos. A lo mejor pasa alguien con un té caliente y dulce y le ofrece una taza...

Toma aire entrecortadamente, haciendo caso omiso del vacío lacerante de su estómago. Los sueños de ese tipo son los que dan con tus huesos en la tumba. Uno se sienta a descansar y va y se muere. Es lo que pasa estos días en Leningrado. Que tienes algo de tos, o se te infecta un corte, o te sientes apático y solo quieres quedarte en la cama una hora o algo así. Y de pronto te mueres. Por lo que se ve, en la biblioteca todos los días hay alguien que no se presenta. Y ante su ausencia, todos saben lo que

hay: que nunca más volverán a ver a esa persona.

Camina, una pisada tras otra, y poco a poco va avanzando por la nieve con su trineo a rastras. Ha recorrido casi un kilómetro desde el Neva, donde recogió un galón de agua de un agujero en el hielo. Una vez en el edificio de apartamentos, se detiene el tiempo preciso para recobrar el aliento y, a continuación, inicia la larga subida hasta el segundo piso. El galón de agua que había arrastrado con el trineo está frío al contacto con su pecho y el frío hace que le duelan aún más los pulmones.

El piso está caldeado. Repara al

instante en que se ha roto otra silla. Está tirada de lado, le faltan las patas y tiene destrozado el respaldo. Ahora ya no pueden sentarse todos juntos a la mesa, pero qué más da. Casi no tienen qué comer.

Leo lleva puestos el abrigo y las botas. Está despatarrado en el suelo de la cocina, jugando a la guerra con un par de camiones de metal. Cuando la ve entrar, ladea la cabeza y se la queda mirando. Por un instante es como si hubiese estado fuera de casa un mes en vez de un día. Ve que su hijo tiene las mejillas hundidas, los ojos demasiado grandes en su carita huesuda. Ya no tiene el aspecto de un niño pequeño.

—¿Has conseguido comida? —le pregunta.

—Di, mamá —quiere saber Anya, que estaba sentada en la cama y se levanta llevándose la manta consigo.

—Tortas de prensa —responde Vera. Anya frunce las cejas.

—Oh, no, mamá.

Al oír esto, a Vera le duele el corazón, literalmente. Qué no daría ella por traer a casa unas patatas o mantequilla o incluso harina. Pero lo que tienen para hoy son tortas de prensa. Qué más da que antes se usasen para dar de comer al ganado o que sepan a serrín o que estén tan duras que solo se puedan cortar con hacha.

Con virutas preparan tortitas que resultan casi imposibles de digerir. Pero todo eso da igual. Lo que importa es tener algo que llevarse a la boca.

Vera sabe que sus palabras de consuelo no servirán de ayuda con los niños. Es una lección que ha aprendido desde que empezó a nevar en Leningrado. Lo que sus hijos necesitan ahora es fuerza y valor, al igual que todos los demás. De nada sirve llorar o quejarse por lo que no tienen. Se dirige hacia la silla caída y le arranca otra pata. La parte en dos y echa los trozos en la burzhuika, y pone a cocer en una cazuela el agua que ha traído a casa. Dentro echará levadura para llenar el

estómago de la familia. Por supuesto, no será ninguna ayuda, pero se sentirán mejor un rato.

Se agacha, notando cómo le chascan las articulaciones, y toca los rizos de Leo. Tiene el pelo duro de puro sucio, como todos ellos. En estos tiempos darse un baño es un lujo.

—Esta noche os voy a contar un poquito más del cuento —le dice, y espera sus muestras de entusiasmo. Pero el crío solo asiente en silencio, levemente, y se encoge de hombros.

—Vale.

Los están dejando sin fuerzas a todo, el frío y el hambre. Vera suspira y se levanta del suelo, con movimientos

proprios de una vieja. Mira hacia el fondo de la habitación, donde está su madre, metida aún en la cama. Le pregunta a Anya:

—¿Cómo está hoy?

Anya la mira, inmóvil, con su blanca y delgada carita tan chupada que da la sensación de que se le salen los ojos.

—Callada —dice por toda respuesta—. La obligué a beber agua.

Vera se acerca a su hijita, tan seria, y la coge en brazos. La abraza con fuerza. Incluso a través del grueso abrigo, nota que Anya está en los huesos y eso le parte el alma.

—Eres la mejor hija del mundo —susurra—. Qué bien cuidas de todos.

—Lo intento —dice Anya, y la sinceridad de su voz casi hace que Vera se maree.

Vuelve a abrazarla y luego la deja.

Mientras cruza la habitación, siente la mirada de su madre, que no le quita ojo, como un halcón a su presa. Todo en ella es palidez, pequeñez, falta de color, a excepción de sus ojos negros, clavados en Vera como una mano cerrada dispuesta a no soltarla.

Vera se sienta en su cama.

—Hoy he conseguido unas tortas de prensa. Y un poquito de aceite de girasol.

—No tengo hambre. Dales mi parte a tus pequeños.

Es lo mismo que dice cada noche. Las primeras veces Vera discutía con ella, pero luego empezó a ver cómo se le marcaban a Anya los pómulos y a oír a su hijo pidiendo comida en sueños, llorando.

—Voy a hacerte un poco de té.

—Eso sí que me apetece —dice su madre, y deja que se le cierren los párpados.

Vera es consciente del enorme esfuerzo que ha hecho su madre para mantenerse despierta todas las horas que ella está fuera. A pesar de que desde hace semanas solo se ha levantado de la cama unos minutos cada vez, el simple hecho de estar

tumbada vigilando a los niños durante el día le exige hasta el último ápice de voluntad y valor.

—Habrá más de comer la próxima semana —cuenta Vera—. He oído decir que van a mandar un envío por el lago Ládoga en cuanto se hiele el agua. Entonces estaremos bien.

Su madre no dice nada, pero tampoco se calma su respiración.

—¿Te acuerdas de cuando tu padre se paseaba de un lado para otro mientras trabajaba, murmurando para sí y echándose a reír cuando encontraba lo que buscaba?

Vera alarga la mano para tocar la

frente seca de su madre y la acaricia suavemente.

—*A veces, cuando estaba trabajando, me leía sus versos. Decía: «Verushka, cuando seas lo bastante mayor para escribir tus propios cuentos, estarás lista. Ahora, escucha esto...».*

—*Hay veces en que noto que está aquí. Y Olga. Puedo oírlos, hablando, moviéndose. Creo que están bailando. Cuando están ellos, hay un fuego en la estufa y está todo calentito.*

Vera asiente, pero no dice nada. Últimamente, cada vez con más frecuencia, su madre ve fantasmas, en

ocasiones habla con ellos. Solo se calla cuando Leo se pone a llorar.

—Te pondré una gota de miel en el té. Y hoy tienes que comer un poco, ¿de acuerdo? Solo hoy.

Su madre da unas palmaditas en la mano de Vera y suspira en silencio.

Cada día de ese invierno, Vera se despierta pensando una de estas dos cosas: que hoy todo mejorará o que todo habrá terminado dentro de poco. No entiende cómo es posible creer al mismo tiempo que las cosas mejorarán y que ella morirá, pero es lo que hay. Cada fría mañana, se despierta con el

corazón en un puño y alarga la mano para tocar a sus hijos, que duermen con ella en la misma cama. Cuando nota los latidos, lentos, regulares, de sus corazones, vuelve a respirar bien.

Hace falta valor para salir de la cama. Incluso vestida con todas las prendas que posee y tapada bajo todas las mantas de la casa, sigue sintiendo el frío. Y una vez que haya salido de la cama, se helará. Mientras duermen, el agua de las cazuelas de la cocina se congela y a ellos se les pegan las pestañas a la piel, en ocasiones tan fuertemente que cuando abren los ojos se hacen sangre.

Aun así, retira la ropa de la cama y

sale pasando por encima de sus niños, que gimen en sueños. Su madre, al otro lado, no hace ni un ruido, pero se mueve hacia la izquierda casi imperceptiblemente. Ahora duermen todos juntos para darse calor, en la cama que en tiempos había sido la de la abuela.

Vera se acerca a la estufa, con los pies enfundados en las medias. No está lejos, pues han arrimado la cama todo lo posible a la burzhuika. Los demás muebles están apiñados, su único valor el de la madera con la que están hechos. Vera saca un hacha del armario y parte el último trozo que queda de la cama que en su día fue la

suya. Entonces, enciende la lumbre en la pequeña burzhuika y pone agua a hervir.

Mientras espera a que hierva, se arrodilla en el rincón de la cocina y levanta con cuidado uno de los tablones del suelo. Hace recuento de las reservas, que guardan allí, escondidas en la oscuridad. Lo hace a diario, en ocasiones hasta cuatro veces al día. Se ha convertido en una manía.

Una bolsa de cebollas, media botella de aceite de girasol, unas tortas de prensa, un tarro de miel casi vacío, dos botes de encurtidos, tres patatas y el último resto de azúcar. Saca cuidadosamente una cebolla amarilla

de gran tamaño y la miel, y vuelve a colocar el tablón del suelo. Hervirá media cebolla para desayunar y le pondrá una gota de miel al té que tomarán. Acaba de medir una pizca de té cuando alguien llama a la puerta con los nudillos.

En un primer momento no sabe qué es ese sonido, de tan ajeno como le resulta. En Leningrado ya nadie habla con nadie, los vecinos ya no se visitan unos a otros. No aquí, al menos, donde toda su familia está junta.

Pero es peligroso. Hay gente capaz de matar por un gramo de mantequilla o por una cucharada de azúcar.

Vuelve a coger el hacha y se dirige a

la puerta, con la herramienta pegada al pecho. El corazón le late tan rápido y tan fuerte que nota que se aturde. Por primera vez desde hace meses, se olvida del hambre. Alarga la mano, temblorosa, para asir el pomo de la puerta y lo gira.

El hombre que está delante de ella aguarda sin moverse, como un desconocido.

Vera lo mira con los ojos muy abiertos y niega con la cabeza. Se ha vuelto como su madre, de lo hambrienta y enferma que está ve visiones. El hacha se le escapa de las manos y cae con fuerza en el suelo, a sus pies.

—¿Verushka? —dice él, arrugando la frente.

Al oír su voz, Vera nota que empieza a caerse. Las piernas no la sostienen. Si esto es morir, quiere rendirse, y cuando él la rodea con sus brazos y la sujeta, entonces está segura de haber muerto. Nota su aliento caliente rozándole el cuello; la está sosteniendo de pie. Hace tanto tiempo que nadie la sostiene en brazos...

—Verushka —dice de nuevo, y ella detecta la interrogación en su voz, la preocupación. No sabe por qué ella no ha dicho nada.

Vera se echa a reír. Es un sonido

casado, leve y frágil como el papel, oxidado por falta de uso.

—Sasha —dice—. ¿Eres un sueño?

—Estoy aquí —responde él.

Vera se abraza a él, pero cuando va a besarla, se aparta avergonzada. Le apesta el aliento, el hambre ha hecho que huelga a podrido.

Pero él no la deja separarse. La besa como antes y durante un instante perfecto, un dulce instante, vuelve a ser Vera, una joven de veintidós años enamorada de su príncipe...

Cuando finalmente ella puede soportar separarse de él, levanta la mirada, perpleja. No tiene pelo, lo lleva totalmente rapado, y se le marcan

más los pómulos, y hay algo diferente en su mirada, una tristeza, piensa ella, que será ahora una señal distintiva de su generación.

—No me has escrito —le dice.

—Te he escrito. Cada semana. No hay a quien entregarle las cartas.

—¿Has terminado? ¿Vuelves ya?

—Oh, Vera. No. —Cierra la puerta al pasar—. Santo Dios, qué frío hace aquí.

—Y tenemos suerte. Tenemos una burzhuika.

Él se abre el ajado abrigo. Escondidos dentro lleva medio jamón, seis salchichas y un tarro de miel.

Al ver la carne, Vera casi se marea.

Es incapaz de recordar cuándo fue la última vez que la comió.

Él deja la comida encima de la mesa. La coge de la mano y la lleva hasta la cama rodeando los muebles rotos que hay en el suelo. Delante del lecho baja la vista para contemplar a sus hijos dormidos.

Vera ve que los ojos se le llenan de lágrimas y comprende: ya no se parecen a sus bebés. Ahora tienen aspecto de niños que pasan hambre.

Anya se vuelve hacia el otro lado, arrastrando consigo a su hermanito. Chasca la lengua, moviendo los labios, y mastica dormida, en sueños. Entonces, lentamente, abre los ojos.

—¿Papá? —dice. Parece un zorrillo, con su nariz respingona, la barbilla afilada y las mejillas chupadas—. ¿Papá? —dice de nuevo, y se pone a dar codazos a Leo.

Leo se vuelve y abre los ojos. No parece entender, o no reconoce a Sasha.

—Para de darme —protesta.

—¿Son estos mis champiñoncitos? —dice Sasha.

Leo se levanta.

—¿Papá?

Sasha se agacha y coge en brazos a sus hijos como si no pesasen nada. Por primera vez en meses, el sonido de las risas de los niños inunda el piso. Se

pelean por atraer su atención, revolviéndose en sus brazos como un par de cachorros. Mientras los lleva hacia la estufa, Vera oye retazos de su conversación.

—Papá, he aprendido a hacer fuego...

—Y yo a cortar madera...

—¡Jamón! ¡Nos has traído jamón!

Vera se sienta al lado de su madre, que sonríe.

—Ha vuelto —dice la madre.

—Ha traído comida —dice Vera.

Haciendo un gran esfuerzo, su madre intenta incorporarse. Vera la ayuda, le recoloca las almohadas en la espalda.

Cuando está sentada, el aliento

fétido de su madre ensucia el aire entre las dos.

—Ve a pasar el día con tu familia, Vera. Olvídate de las colas. Olvídate de ir a por agua al Neva. Olvídate de la guerra. Vete. —Tose tapándose la boca con un pañuelo gris. Las dos fingen no ver las manchas de sangre.

Vera acaricia la frente de su madre.

—Voy a prepararte una infusión dulce. Y vas a comer un poco de jamón.

Su madre asiente en silencio y cierra los ojos de nuevo.

Vera se queda sentada un rato más, escuchando la extraña mezcla que forman la respiración dificultosa de su madre y las risas de sus hijos y la voz

de su marido. Todo eso provoca que se sienta vagamente fuera de lugar. Aun así, arropa el cuerpo frágil de su madre y se levanta.

—Está muy orgulloso de ti —dice su madre con un suspiro.

—¿Sasha?

—Tu padre.

Vera nota un inesperado nudo en la garganta. Sin decir nada más, da unos pasos al frente y la risa de Leo la reconforta más que lo que podría calentarla ningún fuego hecho con las patas de un viejo escritorio. Saca su sartén de hierro fundido y fríe algo del jamón con una gotita de aceite de

girasol, y en el último minuto agrega cebolla cortada en rodajas.

Un banquete.

La habitación se impregna del olor al sabroso jamón que se fríe en la sartén y a la cebolla caramelizada. Incluso pone más miel en el té y cuando se sientan todos en el viejo colchón a comer (ya no hay sillas), ninguno dice nada. Hasta su madre está absorta en la infrecuente sensación de ingerir alimento.

—¿Puedo tomar más, mamá? —pregunta Leo rebañando la taza vacía con el dedo en busca de restos de miel.

—No, se acabó —responde Vera en voz baja, sabiendo que por muy regio

que sea este desayuno, no es bastante para ninguno de ellos.

—Yo digo que vayamos al parque — propone Sasha.

—Está todo tapado con tablones —le explica Anya—. Como una cárcel. Allí ya no juega nadie.

—Jugaremos nosotros —repite Sasha, y sonríe como si hoy fuese un día cualquiera.

Está nevando. Un velo blanco oculta la ciudad, suaviza sus contornos. Los dientes de dragón y las trincheras son solo montículos de nieve y valles blancos vaciados, respectivamente.

Aquí y allá se ve un bulto blanco en un banco del parque o tendido en la cuneta de una carretera, pero esos bultos son fáciles de obviar. Vera espera que sus hijos no sepan lo que hay debajo de la capa de nieve.

En el parque todo está blanco y con destellos. El Jinete de Bronce, rodeado de sacos de arena, se ve solo a trozos. Los árboles son esqueletos blancos de hielo, decorados con carámbanos. A Vera le asombra ver que aquí en el parque no hayan talado ni un árbol. Pese a que no queda en la ciudad ni una valla, banco o barandilla de madera, no han talado ni un árbol para hacer leña.

Inmediatamente los niños echan a correr y se tumban bocarriba para dibujar ángeles de nieve con los brazos y las piernas, sin poder parar de reír.

Vera se sienta junto a Sasha en un banco negro de hierro. A su lado titila un árbol, del que caen pedacitos de hielo y nieve. Lo coge de la mano y, aunque con el guante no puede sentir su carne, su tacto firme es más que suficiente para ella.

—Están abriendo una ruta en el hielo del lago Ládoga —dice él finalmente, y Vera comprende entonces que esto es lo que ha venido a comunicarle.

—He oído que se han hundido

camiones en el hielo.

—Hasta ahora sí. Pero funcionará. Traerán comida a la ciudad. Y sacarán a la gente.

—¿De verdad?

—Es la única vía de evacuación.

—¿Sí? —Ella desvía la mirada. Decide no contarle lo de la otra evacuación, el día en que estuvo a punto de perder a sus hijos.

—En cuanto sea segura, os conseguiré pases para todos.

Ella no quiere hablar de esto. No tiene importancia. Lo único importante ahora es la comida y el calor. Anhela que él no diga nada, que solo la abrace y la bese.

A lo mejor esta noche hacen el amor, piensa ella con los ojos cerrados. Pero ¿cómo podrá? A veces está tan débil que no puede ni sostenerse sentada...

—Vera —dice él, obligándola a mirarlo.

Ella pestañea. A veces le cuesta mantener la atención, incluso ahora.

—¿Qué? —Lo mira a los ojos, sus ojos verdes brillantes, teñidos de miedo y de preocupación, y de pronto le viene el recuerdo del día que se conocieron. De los versos. Él le dijo algo, un verso sobre unas rosas. Y, después, en la biblioteca, dijo que había esperado a que se hiciese mayor.

—Sobrevive —responde.

Ella arruga la frente, esforzándose para prestarle atención; entonces él rompe a llorar y ella comprende.

—Sobreviviré —dice, llorando también ahora.

—Y cuida de ellos. Encontraré el modo de sacarlos. Te lo prometo. Solo tienes que resistir un poquito más. Prométemelo. —La zarandea—. Prométemelo. Que los tres aguantaréis hasta el final.

Ella se humedece los labios, resecos, agrietados.

—Te lo prometo —dice, convencida, creyendo en ello.

Él la estrecha hacia sí y la besa. Sabe a dulces melocotones de verano. Y

cuando se separa, los dos han dejado de llorar.

—Mañana es tu cumpleaños —dice ella.

—Veintiséis.

Vera se apoya en él y él la rodea con un brazo. Durante un puñado de horas son simplemente una joven familia jugando en el parque. La gente oye las risas infantiles y acude a ver, se quedan en el borde del parque como confusos pacientes de psiquiátrico a los que hubiesen dejado libres de repente. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguno de ellos oyó reír a un niño.

Para Vera, es el mejor día de su

vida, por imposible que parezca. El recuerdo de estas horas es un tesoro. Y mientras regresa a casa cogida de la mano de él, se da cuenta de que está protegiéndolo. Es una luz que va a necesitar durante los próximos meses.

Pero cuando llega a casa, nota inmediatamente que algo va mal.

El piso está oscuro y helado. Ve su propia respiración. Encima de la mesa, la jarra de agua está hecha un bloque de hielo. La estufa metálica está cubierta del brillo de la escarcha. El fuego se ha apagado.

Oye a su madre tosiendo en la cama y corre hacia ella, mientras grita a Sasha que encienda la lumbre.

Su madre respira ruidosamente y con gran dificultad. Suena como cuando se machaca fruta pasa en un colador. Su tez pálida tiene la tonalidad de la nieve sucia. Alrededor de la boca se le está poniendo la piel azulada, oscura.

—Verushka —susurra.

*¿O realmente lo ha dicho en alto?
Vera no sabe.*

—Mamá.

—Esperé a Sasha.

Vera quiere rogarle, suplicarle, decirle que no ha vuelto, que solo está de paso, y que la necesita, necesita a su madre. Pero...

No puedo hablar.

Solo puedo estar ahí, sentada,

mirando a mi madre, sintiendo tanto amor por ella que ni siquiera me acuerdo del hambre que tengo.

—Te quiero —dice mi madre en voz baja—. No lo olvides nunca.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—No lo intentes. A eso me refiero. — Mi madre trata de inclinarse hacia delante pero, como me resulta atroz contemplar el esfuerzo que le requiere, me inclino yo hacia ella y la cojo en mis brazos. Está como una muñeca de palo. La cabeza se le va hacia atrás.

—Mamá, te quiero —le digo. No es suficiente, no bastan esas tres palabritas que de pronto quieren decir adiós, y yo no estoy preparada para

despedirme. Por eso, sigo hablando. La abrazo y le digo—: ¿Te acuerdas de cuando me enseñaste a hacer borscht, mamá? ¿Y de que discutimos sobre si había que cortar menuda la cebolla o no, y por qué había que sofreírla antes que lo demás? Tú hiciste una cazuela y echaste las verduras crudas para que pudiese notar la diferencia de sabor. Y me sonreíste entonces y me acariciaste la mejilla, y dijiste: «No te olvides de que yo sé mucho, Verushka». Todavía no he terminado de aprender de ti...

Al decir esto, noto un nudo en la garganta y ya no puedo decir nada más.

Ha muerto.

Oigo a mi hijo que dice: «Mamá, ¿qué le pasa a la baba?», y tengo que recurrir a todas mis fuerzas para no llorar. Pero ¿de qué serviría llorar?

Las lágrimas no sirven de nada ahora en Leningrado.

Veintitrés

El silencio que se hizo a continuación fue tan denso y plomizo que a Meredith no le habría sorprendido tener sabor a ceniza en la boca.

«No puedo hablar.»

Miró a su madre, que seguía en la cama, con las rodillas dobladas y el embozo tapándole hasta la barbilla como si de alguna manera un pedazo de lana pudiese protegerla.

—¿Te encuentras bien, mamá? —

preguntó Nina levantándose.

—¿Cómo voy a estar bien?

Meredith también se levantó. Aun sin decir nada más y sin mirarse a los ojos, Meredith sintió que por una vez era como si estuviesen perfectamente de acuerdo. Cogió a su hermana de la mano y juntas fueron hacia la cama.

—Tu madre y tu hermana vieron cuánto te esforzaste y cuánto las querías —dijo Meredith.

—No lo hagas —replicó su madre.

Meredith arrugó la frente.

—¿El qué?

—No inventes excusas para mí.

—No son excusas, mamá. Es una observación. Seguro que sabían cuánto

las querías —respondió Meredith con toda la suavidad de que fue capaz.

Nina asintió.

—Pero vosotras no —dijo su madre mirándolas, primero a una y luego a otra.

Meredith habría podido mentirle en ese momento, decirle a su madre de ochenta y un años que sí, que ella se había sentido querida, e incluso una semana antes lo habría dicho en aras de la paz. Pero en ese instante dijo:

—Es cierto. Nunca he creído que me quisieras.

Aguardó la respuesta de su madre, se imaginó que diría algo que lo cambiaría

todo, que las cambiaría, aunque no tenía ni idea de qué podría ser.

Al final la que habló fue Nina.

—Todo este tiempo nos hemos preguntado qué nos pasaba a nosotras. Ni Meredith ni yo podíamos entender que una mujer amase a su marido y, al mismo tiempo, pudiese odiar a sus propias hijas.

Su madre se estremeció al oír la palabra «odiar» y agitó la mano para indicar que debían irse.

—Marchaos ya.

—No nos pasaba nada, ¿verdad, mamá? —continuó Nina—. Tú no odiabas a tus hijas. Te odiabas a ti misma.

Al oír estas palabras, su madre se derrumbó. No podía decirse de otra manera.

—Intenté no amaros... —respondió con un hilo de voz—. Marchaos ahora. Dejadme sola, antes de que digáis cosas de las que os arrepintáis después.

—¿Como cuáles? —quiso saber Nina. Pero todas eran conscientes de qué se trataba.

—Idos. Por favor. No me digáis nada hasta que hayáis oído toda la historia.

Meredith oyó cómo la voz de su madre se trabó en ese «Por favor» y tembló, y se dio cuenta de lo cerca que estaba de desmoronarse.

—Está bien, nos iremos. —Se inclinó

para darle un beso en la mejilla, suave y arrugada, y notó el aroma del champú con fragancia de rosas que utilizaba. Eso era algo que no había sabido antes: que su madre usaba champú perfumado. Por primera vez en su vida, la estrechó en un abrazo y susurró—: Buenas noches, mamá.

Hasta que llegó a la puerta, Meredith estuvo esperando que su madre la llamase, que le dijese «Espera». Pero no se produjo ninguna revelación de última hora. Meredith y Nina regresaron a su camarote. Sumidas en un silencio reflexivo, se movieron en el cuarto de baño sin rozarse casi, se cepillaron los

dientes, se pusieron el pijama y se metieron cada una en su cama.

Todo estaba conectado; Meredith lo supo ahora. Su vida y la vida de su madre. Estaban unidas, no solo por los lazos de sangre. También por sus inclinaciones, incluso tal vez por la personalidad. Cada vez estaba más convencida de que la pérdida que finalmente hubiese roto a su madre por dentro, la que transformó a Vera en Anya, también habría destrozado a Meredith para siempre. Y le daba miedo oír qué había sido.

—¿Qué crees que les pasó a Leo y Anya? —preguntó Nina.

Meredith lamentó que fuese una

pregunta. Hubiese preferido una afirmación a la que habría podido hacer oídos sordos. Antes de ese cruce y de todo lo que había averiguado sobre ellas tres, se habría enfadado o habría cambiado de tema. Cualquiera cosa con tal de ocultar el dolor que sentía. Pero ahora sabía que no era la solución. Que cada cual acarrea consigo su dolor en la vida. No había modo de dejarlo atrás.

—Me da miedo imaginarlo.

—¿Qué le va a pasar cuando llegue al final? —preguntó en voz baja.

Eso mismo había empezado a preocupar también a Meredith.

—No lo sé.

Según la guía turística, Sitka era una de las ciudades más encantadoras de todo Alaska, y sin duda se contaba entre las más históricas. Hacía doscientos años, cuando San Francisco era poco más que un puntito en un mapa de California y Seattle una ladera cubierta de añoso bosque de hoja perenne, esto que ahora era una aletargada población costera había tenido entonces teatros, revistas de variedades y caballeros trajeados, con sombrero de piel de castor en la cabeza y un vaso de vodka ruso en la mano las suaves noches de verano. Después de un incendio que la había arrasado por completo, la habían vuelto

a levantar y en la actualidad la nueva Sitka era rusa, tlingit y americana a partes iguales.

Debido a la poca profundidad de las aguas, los grandes cruceros no podían llegar a su puerto, por lo que Sitka esperaba, como una mujer especialmente hermosa, a que los visitantes llegasen a ella en lanchas motoras. Mientras se acercaban al puerto, Nina estuvo haciendo fotos sin parar. Era uno de los lugares más puros que había visto en su vida. La belleza de la naturaleza resultaba impresionante en un día como aquel, con el cielo azul y la luz dorada del sol, y el agua como un plato, de color zafiro. Por todas partes se veían

islas cubiertas de bosques, que emergían del mar en calma como si formasen una gargantilla de piezas irregulares de jade. Y de fondo, las montañas, todavía cubiertas de nieve.

Una vez en tierra, Nina tapó el objetivo y se dejó la cámara colgada del cuello.

Su madre se puso una mano a modo de visera delante de los ojos y se quedó un rato contemplando la ciudad, extendida delante de ellas. Desde allí divisaban un pináculo altísimo, y en lo alto, una cruz rusa de tres brazos.

Nina agarró instintivamente la cámara de fotos. Mientras miraba a través del visor, observó que el afilado perfil de su

madre se suavizaba al mirar el pináculo de la iglesia.

—¿Qué se siente, mamá? —dijo, acercándose—. Al ver eso.

—Hace tanto tiempo... —respondió su madre, sin apartar la vista—. Me hace pensar... en todo aquello, supongo.

Meredith se acercó también, por el otro lado. Las tres se fueron con el grupito de pasajeros que habían bajado del barco. Llegaron al final del paseo marítimo y vieron por todas partes vestigios del pasado ruso de Sitka: nombres de calles, nombres de comercios, menús de restaurantes. En el centro urbano había hasta un poste de tótems con un emblema de la Rusia

zarista tallado en la madera. El águila bicéfala.

Su madre apenas comentó nada mientras pasaban por delante de todos aquellos recordatorios de su antigua patria, pero cuando empujaron las puertas de la iglesia de San Miguel, dio un traspié y se habría caído al suelo de no haber sido por que la sujetaron rápidamente sus dos hijas.

Por todas partes se veían iconos rusos dorados y brillantes. Unos eran pinturas antiguas sobre madera, otros obras maestras sobre placas de plata o de oro, llenas de piedras preciosas. Las naves estaban divididas por arcos blancos, completamente decorados con

intrincadas volutas doradas. Había expuestos varios trajes de casamiento y vestimentas religiosas, ornamentados con perlas.

Su madre lo miraba todo y tocaba lo que podía. Acabó delante de lo que Nina supuso que debía de ser el altar, un espacio no muy grande tapado con una pesada tela de seda blanca con cruces rusas bordadas con hilo de oro. Había cirios por todos sus lados, y dos biblias antiguas abiertas.

—¿Quieres que recemos contigo? — preguntó Meredith.

—No. — Su madre movió suavemente la cabeza en señal de negación y, aunque Nina no había visto que tuviese

lágrimas, se secó los ojos. A continuación, salió de la iglesia y se distanció un poco de ellas. Nina dedujo que su madre se había fijado bien en el mapa de Sitka. Sabía perfectamente adónde se dirigía. Pasó por delante de un letrero en el que se anunciaban visitas turísticas guiadas sobre el tema de la historia ruso-americana de la población y se metió en un cementerio. Estaba en una pequeña ladera, un cerro verde salpicado de árboles de aspecto frágil y rodales de arbustos pardos. Una cúpula de cobre, coronada por una cruz rusa, identificaba el lugar como terreno sagrado. Las lápidas eran de otra época, muchas hechas a mano. Incluso la que

señalaba la tumba de la princesa Maksutova era una plancha negra sin más. Una valla blanca circundaba el lugar de eterno descanso de la princesa. Las pocas lápidas de cemento estaban cubiertas de musgo. Daba la impresión de que no se hubiese dado sepultura a nadie allí en mucho tiempo y, aun así, su madre fue mirando una a una todas las tumbas, andando por el terreno sembrado de hoyos.

Nina hizo una fotografía de su madre delante de una lápida llena de musgo que alguna tormenta de tiempos remotos había dejado inclinada de lado. La brisa del final de la primavera quería revolverle los cabellos blancos, que

llevaba perfectamente recogidos. Estaba... casi etérea, tan pálida y delgada que no parecía de este mundo. Pero la tristeza de sus ojos azules era tan de verdad como cualquier sentimiento que Nina había visto. Bajó la cámara, la dejó colgar de la correa y se acercó a su madre.

—¿A quién estás buscando?

—A nadie —respondió ella, y entonces añadió—: Fantasmas.

Se quedaron allí unos segundos más, mirando juntas la tumba de Dmitri Petróvich Stolichnaya, fallecido en 1827. Entonces su madre irguió la espalda y dijo:

—Tengo hambre. Vamos a buscar

algún sitio para comer. —Se puso las grandes gafas de sol redondas al estilo de Jackie Kennedy y se enrolló un pañuelo al cuello.

Las tres regresaron paseando al centro de la ciudad, donde encontraron un pequeño restaurante delante del mar que prometía «LA MEJOR COMIDA RUSA DE SITKA».

Nina abrió la puerta del establecimiento y una campanilla tintineó alegre por encima de su cabeza. En el salón, alargado y estrecho, había unas doce mesas; la mayoría estaban ocupadas. Pero los comensales no tenían pinta de turistas. Eran tipos fornidos, corpulentos, de espalda ancha y unas

barbas que parecían hechas de virutas de hierro, mujeres con pañuelos de vivos colores y vestidos de flores pasados de moda, y unos cuantos hombres más con monos amarillos de plástico, típicos de los pescadores.

Una mujer les dio la bienvenida con una sonrisa radiante. Era mayor de lo que sonaba su voz, pues debía de tener unos sesenta años, y su figura entrada en carnes resultaba agradable a la vista. Unos rizos plateados enmarcaban su rostro de pómulos altos y redondeados. Parecía la viva representación de una abuelita.

—Pasen, pasen. Bienvenidas. Me

llamo Stacey y estaré encantada de atenderlas.

Alargó el brazo para coger tres menús plastificados y las llevó a una mesita que había al lado de la ventana. Al otro lado se veía la lámina brillante del mar azul. Estaba entrando una barca de pescadores, a motor, que dejaba una estela de ondas plateadas.

—¿Qué nos recomienda? —preguntó Meredith.

—Pues yo diría que las albóndigas. Y los fideos son caseros. Pero el *borscht* está para chuparse los dedos también.

—¿Y vodka? —dijo su madre.

—¿Su acento es ruso? —preguntó Stacey.

—Hace mucho que ya no vivo allí —
respondió ella.

—Pues será nuestra invitada de honor.
Ni se moleste en mirar la carta. Yo les
traeré algo. —Y se marchó con muchos
bríos, silbando por el camino. Después
de hacer varios altos en algunas mesas,
se metió por una cortina con flecos de
abalorios.

Al poco, apareció con tres vasos
cortos, una botella de vodka de cristal
esmerilado y una bandeja con caviar
negro y tostadas triangulares.

—No se atreva a decir que es
demasiado caro —avisó Stacey—.
Recibimos a demasiados turistas y a

muy pocos rusos. Yo invito. *Vashe zdorovie*.

La madre levantó la vista, sorprendida. Nina se preguntó cuánto tiempo hacía desde la última vez que había escuchado hablar a alguien en su lengua materna.

—*Vashe zdorovie* —respondió, y alargó la mano para coger su vasito.

Las tres entrechocaron los vasos, se bebieron sus respectivos tragos de vodka y comenzaron inmediatamente con el caviar.

—Mis hijas se están haciendo buenas rusas —comentó. Al decirlo, su voz sonó más suave de lo habitual; Nina hubiese deseado poder ver los ojos de

su madre, pero las gafas de sol eran el camuflaje perfecto.

—¿Con un solo trago? —preguntó burlona Stacey—. ¿Cómo es posible?

A lo largo de los siguientes veinte minutos estuvieron conversando sobre cosas corrientes, pero cuando la camarera regresó con la comida, ya ninguna pudo hablar de otra cosa. Desde las diminutas albóndigas, succulentas, bien bañadas en su caldo de azafrán, hasta la crema de champiñones con su costra de gruyere burbujeante, pasando por el jugoso asado de venado relleno de salmón, con salsa de caviar. Y cuando apareció el *strudel* de manzana y nueces, todas se declararon llenas a

reventar. Stacey sonrió al oírlo y se marchó.

Nina fue la primera en cortar un pedazo.

—Madre mía —dijo, saboreando el mantecoso bollo relleno de crema de nueces.

Su madre probó un bocado.

—Es igual que el que hacía mi madre.

—¿En serio? —dijo Meredith.

—Ella siempre decía que el secreto estaba en estampar la masa contra la tabla de amasar. Cuando yo era pequeña discutimos muchas veces sobre este tema. Yo decía que no hacía falta. Por supuesto, me equivocaba. —Negó con la cabeza—. Después, nunca pude hacer

esta masa sin acordarme de mi madre. Un día, cuando se la serví a vuestro padre, dijo que el *strudel* me había quedado salado. Había sido por culpa de mis lágrimas. Por eso, guardé la receta y traté de olvidarla.

—¿Y lo conseguiste?

Su madre miró por la ventana.

—No me olvidé de nada.

—No querías olvidar —dijo Meredith.

—¿Por qué dices eso? —preguntó su madre.

—Por el cuento infantil. Era la única forma que tenías de poder contarnos quién eras.

—Hasta la noche de la función —

añadió su madre—. Te pido perdón por aquello, Meredith.

Meredith se echó para atrás en la silla.

—Llevo esperando esa disculpa toda la vida y, ahora que me la has dado, ya no importa. Me importas tú, mamá. Solo quiero que las tres sigamos hablando.

—¿Por qué? —dijo ella en voz baja—. ¿Cómo puedo importarte? ¿A ninguna de las dos?

—Nosotras también tratamos de no quererte —dijo Nina.

—Diría que os lo puse fácil —dijo su madre.

—No, fácil nunca —añadió Meredith. Su madre alargó el brazo para servir

otros tres vodkas. Luego, levantó su vasito y miró a sus hijas.

—¿Por qué brindamos?

—¿Qué tal por la familia? —sugirió Stacey, que había aparecido justo a tiempo para servir un cuarto vaso—. Por los que están aquí, por los que se han ido y por los que se perdieron. —Entrechocó su vaso con el de la madre.

—¿Era un antiguo brindis ruso? —preguntó Nina después de apurar su vaso.

—No lo había oído en mi vida —respondió su madre.

—Es lo que decimos en casa —explicó Stacey—. Está bien, ¿no creen?

—*Da* —respondió su madre, y sonrió

de verdad—. Está muy bien.

En el paseo de vuelta por la ciudad su madre parecía más alta. Sonreía por cualquier cosa y señalaba alegremente tal o cual chuchería de los escaparates.

Meredith la miraba sin poder evitarlo. Era como ver salir a una mariposa de su crisálida. Y por alguna razón ver a su nueva madre, o ver a su madre bajo esta luz nueva, la hacía a ella sentirse diferente respecto de sí misma. Al igual que su madre, Meredith también sonreía con más facilidad y se rio más. Ni una sola vez se preocupó por la oficina, por las niñas, por perder el barco. Estaba

feliz de existir, nada más, de dejarse llevar en este viaje con su madre y su hermana. Por una vez, las tres tuvieron la sensación de ser como las tres hebras de una misma cuerda; donde iba una, las otras también hallaban su sitio.

—Mirad —dijo su madre cuando llegaron al final de la calle.

En un primer momento Meredith solo vio las pintorescas tiendas con sus fachadas de madera pintada de azul y el lejano pico nevado del Edgecumbe.

—¿Qué?

—Allí.

Meredith siguió con la vista el hilo invisible que salía del dedo índice de su madre.

En un parque al otro lado de la calle, al pie de una farola con unas flores rosas brillantes enroscadas alrededor, una familia muy risueña estaba poniendo poses graciosas para hacerse unas fotos. La madre era una mujer castaña, con melena larga, vaqueros perfectamente planchados y jersey de cuello vuelto; el padre, un hombre rubio y guapo al que casi no le cabía la sonrisa en la cara, y dos niñas rubias con el pelo algo revuelto que no paraban de reír mientras se daban empujones para sacarse una a otra del encuadre.

—Así erais antes Jeff y tú —comentó su madre en voz baja.

Meredith sintió una especie de

tristeza. No era como lo que había experimentado otras veces, esa decepción cuando sus hijas no la llamaban por teléfono, o el temor de que Jeff no la quisiese, o incluso la preocupación por haberse abandonado demasiado a sí misma. Ese sentimiento nuevo era la constatación de que había dejado de ser joven. Que los días de juegos con sus chiquitinas habían pasado. Que sus hijas vivían ya su vida y Meredith tenía que aceptarlo. Siempre serían una familia, pero si algo había aprendido en las últimas semanas era que las familias no eran entes estáticos. Siempre estaban produciéndose cambios. Lo mismo que pasa con los

continentes, unas veces los cambios eran invisibles, subterráneos, y otras eran explosivos y mortíferos. La idea era mantener el equilibrio. No era posible controlar la dirección de la propia familia, del mismo modo que no era posible impedir que la plataforma continental se resquebrajase. Solo podía uno prepararse para las curvas.

Estando allí paradas, mirando a aquellos desconocidos, Meredith vio su propio matrimonio en fragmentos. Jeff y ella en el baile de fin de curso bailando debajo de una bola de espejitos mientras sonaba «Stairway to Heaven» y se daban besos de tornillo; ella en pleno parto, gritándole que no se le ocurriera

acercarse a ella con esa puta bolsa de hielos; él entregándole las primeras páginas de su primera novela para pedirle la opinión; y él a su lado en los días en que su padre se moría, diciéndole: «¿Quién te cuida a ti, Mere?», y haciendo ademán de abrazarla.

—Qué idiota he sido —dijo, sin dirigirse a nadie más que a sí misma, olvidando por un momento que se hallaba en mitad de una acera llena de gente, rodeada de personas que podrían oírla.

—Ya era hora —respondió Nina, sonriendo—. Estoy harta de ser la única nulidad de esta familia.

—Yo quiero a Jeff —dijo Meredith, sintiéndose de pena y, al mismo tiempo, entusiasmada.

—Pues claro que sí —dijo su madre.

Meredith se volvió hacia ellas.

—¿Y si es demasiado tarde?

Su madre sonrió y a Meredith le impactaron tanto la belleza como la novedad de una cara que había observado atentamente desde hacía decenios.

—Tengo ochenta y un años y estoy contándoles la historia de mi vida a mis hijas. Año tras año pensaba que era demasiado tarde para empezar, que había esperado demasiado tiempo. Pero

aquí nuestra Nina no iba a aceptar un no por respuesta.

—¡Por fin! Ser una cochina egoísta al final ha compensado. —Nina rebuscó dentro de la bolsa de la cámara y sacó un móvil grande y aparatoso—. Llámale.

—Oh. Nos lo estábamos pasando genial. Lo haré luego.

—No —dijo su madre, tajante—. Nunca lo dejes para después.

—¿Y si...?

Su madre apoyó una mano en su antebrazo.

—Mírame, Meredith. Soy lo que el miedo hace de una mujer. ¿Quieres acabar como yo?

Meredith alargó lentamente la mano

para quitarle a su madre las gafas de sol. Entonces, al contemplar esos ojos de color aguamarina que siempre la habían fascinado, sonrió.

—¿Sabes una cosa, mamá? A mí me enorgullecería tener tu fuerza. Por lo que has pasado... y no sabemos lo peor, me parece... A una mujer cualquiera la habría matado. Solo alguien fuera de lo común podía haber sobrevivido. Así que, sí, quiero acabar como tú.

Su madre tragó saliva.

—Pero no quiero tener miedo. En eso te doy la razón. Conque pásame ese trasto, Neener Beaner. Tengo una llamada pendiente de hacer desde hace más de la cuenta.

—Nos vemos luego en el barco —
dijo Nina.

—¿Dónde?

Su madre se rio con ganas.

—En el bar, por supuesto. El que
tiene vistas.

Meredith se quedó mirando a su
hermana y a su madre mientras se
alejaban por la acera. Soplaban un viento
suave, que movía un móvil de conchas
marinas colgado del alerón de al lado, y
en alguna parte un barco hizo sonar su
bocina. Aun así, lo único que ella oía en
esos momentos era el eco de la risa de
su madre. Era un sonido que atesoraría
el resto de su vida, para sacarlo cada
vez que dejase de creer en los milagros.

Cruzó la calle deteniendo el tráfico con una sonrisa y la palma de la mano levantada. Pasó por delante de la familia, que seguía haciéndose fotos, y fue a un banquito de madera en el que una placa decía: EN RECUERDO DE MYRNA, QUE ADORABA ESTAS VISTAS.

Se sentó en el banco de Myrna y desde allí contempló la bandada de barcos pesqueros y de turistas del puerto marítimo. Los mástiles se mecían y se balanceaban con cada movimiento invisible del agua. Las gaviotas graznaban a los turistas o se lanzaban en picado a por los dorados alevines.

Echó un vistazo a su reloj, calculó

mentalmente qué estaría haciendo Jeff en esos instantes y marcó su número.

El tono de llamada sonó tantas veces que estuvo a punto de rendirse.

Entonces, por fin, contestó. Jadeaba.

—¿Hola?

—¿Jeff? —dijo, notando que los ojos se le llenaban de lágrimas. A duras penas pudo contenerlas—. Soy yo.

—Meredith...

No estaba muy segura de qué le transmitió su tono de voz, y eso le dio rabia. En tiempos había reconocido en él hasta el más pequeño matiz.

—Estoy en Sitka —le dijo para ganar tiempo.

—¿Y es tan bonito como dicen?

—No —optó por decir. No pensaba tener miedo y no iba a perder tiempo con otra de esas conversaciones intrascendentes gracias a las cuales se había metido en este lío—. O sea, sí, esto es precioso, pero no era de eso de lo que quería hablarte. Tampoco quería hablarte de nuestras hijas, ni de nuestros trabajos, ni de mi madre. Quería pedirte perdón, Jeff. Me preguntaste si te quería y yo frené en seco. Todavía no sé a ciencia cierta por qué. Pero me equivoqué y me comporté como una estúpida. Claro que te quiero. Te quiero y te echo de menos y espero con todas mis fuerzas que no sea demasiado tarde porque quiero hacerme vieja junto al

hombre con el que fui joven. Contigo. —
Tomó aire. Tenía la impresión de haber estado una eternidad hablando, o más bien vomitando todo aquello, y ahora la pelota estaba en el tejado de Jeff. ¿Le habría hecho demasiado daño? ¿Habría esperado demasiado tiempo? Al ver que el silencio se prolongaba (oyó el chirrido de un muelle, cuando él se sentó en un sofá malo, y a continuación un suspiro suyo), añadió—: Di algo.

—Diciembre de 1974.

—¿Qué?

—Yo estaba en la cola del CUB. Karie Dovre me dio un codazo y, cuando me di la vuelta, te vi al lado del palo de *tetherball*. Habías estado dándome

esquinazo, ¿te acuerdas? Después de la función navideña. Te tiraste dos años sin mirarme siquiera. Yo intenté acercarme a ti un montón de veces, pero al final siempre me acojonaba. Hasta aquel día de diciembre. Estaba nevando y tú estabas allí sola, tiritando. Y antes de que me diese tiempo a quitármelo de la cabeza, me acerqué. Karie se puso a gritarme que me iba a quedar sin mi sitio en la fila del comedor, pero me importó un pito. Cuando levantaste la cara y me viste, recuerdo cuánto me costó que no se me cortara la respiración. Pensé que te irías corriendo, pero te quedaste ahí y te solté: «¿Te gusta el banana split?». — Se echó a reír—. Menudo tonto.

Debíamos de estar a 5 grados bajo cero y yo preguntándote por helados. Pero tú respondiste que sí.

—Me acuerdo —dijo ella en voz baja.

—Tenemos miles de recuerdos así.

—Sí.

—He intentado dejar de amarte, Mere. Yo no he podido, pero estoy seguro de que tú sí.

—Yo tampoco he podido dejar de quererte. Solo fue... un bache. ¿Podemos volver a empezar?

—Y un cuerno. Yo no quiero volver a empezar. Me gusta ir por la mitad.

Meredith se rio. Ella tampoco quería retroceder en el tiempo y ser joven otra

vez, con todas las incertidumbres y angustias que llevaba aparejadas. Solo quería sentirse joven de nuevo. Y cambiar.

—Me desnudaré más. Te lo prometo.

—Y yo te haré reír más. Dios, te he echado de menos. ¿Puedes venir a casa ahora mismo? Iré calentando la cama.

—Casi. —Se recostó en el banco, cuya madera calentaba el sol.

Durante la siguiente media hora estuvieron hablando como hablaban antes, de todo y de nada. Jeff le contó que tenía casi lista la novela y Meredith le contó a él parte de la historia de su madre. Él escuchó con un asombro evidente, y rememoró anécdotas que de

pronto encajaban en el puzle, situaciones en las que el comportamiento de su suegra les había resultado inexplicable. «Siempre tanta comida... Y las cosas que decía...», comentó.

Hablaron de las niñas y de cómo les iban los estudios y de cómo sería el verano cuando la casa volviese a llenarse de vida.

—¿Has averiguado lo que quieres? —preguntó Jeff finalmente—. Aparte de a mí, claro está.

—Estoy en ello. Creo que quiero ampliar la tienda de regalos. A lo mejor dejo que Daisy se encargue de Belye Nochi. O hasta lo vendo. —Ella misma se sorprendió de sus propias palabras.

No recordaba haberlo pensado antes, pero de pronto tenía sentido—. Y quiero ir a Rusia. A Leningrado.

—Quieres decir San Petersburgo. Pero...

—Para mí siempre será Leningrado. Quiero ver el Jardín de Verano y el Neva y el puente del Fontanka. A decir verdad, nunca nos fuimos de luna de miel...

Él se rio.

—¿Estás segura de que quien me está hablando es Meredith Cooper?

—Meredith Ivánovna Cooper. Así sería mi nombre en ruso. Y sí. Soy yo. ¿Podemos ir?

Meredith oyó la risa en la voz de Jeff,

y el amor, cuando él respondió:

—Nena, nuestras niñas han dejado el nido. Podemos ir a donde nos dé la gana.

Veinticuatro

Juneau era el arquetipo del espíritu alaskaño: una capital de estado sin ninguna carretera ni de salida ni de entrada. Solo se podía llegar o por mar o por aire. Estaba rodeada de montañas altísimas, cubiertas totalmente de nieve, entre extensiones heladas más grandes que algunos estados. Una ciudad fragmentada, que se aferraba con ahínco a sus raíces: las de los pioneros y los pueblos indígenas.

Si el objeto de la visita no hubiese sido dar con el profesor, o si no hubiese estado lloviendo a mares, habrían hecho una excursión para ver el glaciar Mendenhall; Nina no tenía la menor duda. Pero no. Donde estaban en esos momentos no era de excursión, sino en el vestíbulo de la residencia de ancianos Vistas del Glaciar.

—¿Tienes miedo, mamá? —preguntó Meredith.

—Me había parecido entender que no había accedido a verme —respondió ella.

—No expresamente —aclaró Nina—. Pero, tarde o temprano, la gente acaba hablando conmigo.

—Bien sabe el Señor que eso es verdad.

—Entonces ¿tienes miedo? — preguntó Nina.

—No. Tendría que haberlo hecho hace años. A lo mejor si hubiese... No. No me da miedo contarle la historia a un hombre que está recopilando semejantes recuerdos.

—A lo mejor si no hubieses ¿qué? — quiso saber Meredith.

Su madre se volvió para mirarlas. Tenía la cara en sombra por la capucha de lana negra que llevaba.

—Quiero que las dos sepáis lo que ha significado para mí este viaje.

—¿Por qué lo dices como si te

estuvieras despidiendo? —preguntó Nina.

—Hoy vais a oír las atrocidades que cometí —respondió su madre.

—Todos cometemos atrocidades, mamá —dijo Meredith—. No tienes que preocuparte.

—¿Tú crees? ¿Cometemos atrocidades todos? —Su madre hizo un sonido de desagrado—. Esa es la cháchara televisiva que habla vuestra generación. Escuchad lo que quiero deciros antes de que entremos. Os quiero. —La voz se le quebró, se le volvió ronca, pero la mirada se le dulcificó—. Mi Ninochka... Mi Merushka...

Antes de que pudieran reaccionar a la dulzura de sus apelativos rusos, su madre dio media vuelta y entró en la residencia.

Nina se apresuró para dar alcance a su octogenaria madre.

En el mostrador de la entrada sonrió a la recepcionista, una mujer morena con cara de pan, con un jersey rojo adornado con abalorios.

—Somos la familia Whitson — anunció Nina—. Escribí al profesor Adámovich para avisarle de que íbamos a acercarnos a verlo hoy.

La recepcionista frunció las cejas y hojeó un calendario.

—Ah. Sí. Su hijo Max va a venir a

mediodía para encontrarse con ustedes.
¿Quieren un café mientras esperan?

—Claro —respondió Nina.

Siguiendo las indicaciones de la recepcionista, llegaron a una sala de espera llena de imágenes en blanco y negro del pintoresco pasado de Juneau.

Nina se sentó en un sillón sorprendentemente cómodo, cerca del enorme ventanal con vistas a un bosque verde perforado por la lluvia.

Los minutos pasaron volando. Entraba y salía gente, unos por su propio pie, otros en silla de ruedas. El sonido de sus voces era como una onda que acompañaba su aparición y volvía a acallarse cuando se marchaban.

—Me gustaría saber cómo serán aquí las *belye nochi* —comentó su madre en voz baja, mirando por el ventanal.

—Cuanto más al norte vas, más espectacular —respondió Nina—. O eso dice lo que he leído. Pero si estás de suerte, desde aquí también se puede ver a veces la aurora boreal.

—La aurora boreal —dijo su madre, reclinándose en su sillón naranja—. A veces mi padre me sacaba de casa en plena noche, mientras todos dormían. Susurraba: «Verushka, mi pequeña escritora», y me cogía de la mano, me envolvía en una manta y nos íbamos los dos, por las calles de Leningrado, a pararnos en algún punto para mirar el

cielo. Era precioso. «El espectáculo de luces de Dios», decía mi padre, aunque lo decía en bajito. Todo lo que él decía era peligroso en aquel entonces. Pero nosotros no lo sabíamos. —Suspiró—. Creo que es la primera vez en mi vida que hablo de él. Y ha sido al recordar un momento sencillo.

—¿Duele? —preguntó Meredith.

Su madre meditó la respuesta y dijo:

—En un sentido positivo. Siempre nos dio miedo mencionarlo. Era el efecto de Stalin en nosotras. Cuando llegué a Estados Unidos, no podía creer lo libre que era la gente, lo prestos que estaban todos a dar su opinión sobre lo que fuera. Y en los sesenta y setenta...

—Meneó la cabeza, sonriendo—. A mi padre le hubiera encantado ver una sentada o a los estudiantes universitarios manifestándose. Él era como ellos, como... Sasha y como vuestro padre. Soñadores.

—Vera era soñadora —dijo Nina con delicadeza.

Su madre movió la cabeza afirmativamente.

—Durante un tiempo.

Un hombre con camisa de franela y pantalones vaqueros descoloridos entró en la sala. Tenía una poblada barba negra que le tapaba la mitad de su anguloso rostro, por lo que no era fácil calcular su edad.

—¿Señora Whitson? —dijo.

Su madre se puso de pie lentamente.

El hombre se acercó con la mano extendida.

—Soy Maksim. Mi padre, Vasili Adámovich, es el hombre al que han venido a ver desde tan lejos.

Nina y Meredith se levantaron a la vez.

—Han pasado muchos años desde que su padre me escribió —dijo su madre.

Maksim asintió.

—Y me entristece informarlas de que entretanto sufrió una embolia. Casi no puede hablar y tiene totalmente paralizado el lado izquierdo del cuerpo.

—Entonces estamos haciéndoles

perder el tiempo —dijo la madre.

—No. En absoluto. Estoy encargándome yo de algunos de los proyectos de mi padre y el sitio de Leningrado es uno de ellos. Es una labor importantísima, el reunir estos relatos de personas que sobrevivieron al asedio. La verdad ha empezado a salir a la luz en los últimos veinte años nada más. Los soviéticos fueron hábiles a la hora de ocultar secretos.

—Sin duda —dijo la madre.

—Entonces, si desea venir a la habitación de mi padre, yo grabaré su narración para su estudio. Aunque le parezca que no reacciona a sus palabras, puedo asegurarle que está dichoso de

poder incluir finalmente su historia. Será la quincuagésima tercera crónica de primera mano que habrá recabado. Este año voy a viajar a San Petersburgo para solicitar más archivos. Su relato, señora Whitson, marcará la diferencia. Se lo aseguro.

Su madre se limitó a mover afirmativamente la cabeza y Nina se preguntó, sin poder evitarlo, qué se le estaría pasando por la cabeza ahora que quedaba poco para el final del relato.

—Vengan conmigo, por favor —dijo Maksim. Se dio la vuelta y las llevó por el pasillo intensamente iluminado. Por el camino se cruzaron con ancianas encorvadas agarradas a andadores y con

viejitos menguados en silla de ruedas, hasta que llegaron a la habitación del final del pasillo.

En el centro había una cama estrecha como las de hospital, con dos sillas que evidentemente habían arrimado a la cama para esta reunión. En la cama había un hombre también empequeñecido, de rostro huesudo y brazos esqueléticos. El pelo le formaba mechones blancos que le salían disparados de la cabeza calva, cubierta de manchas de vejez, y de detrás de las arrugadas orejas rosas. Tenía la nariz como el pico de un ave de presa y prácticamente no se le distinguían los labios, de tan finos. Cuando las vio

entrar, empezó a temblarle la mano derecha y la mitad derecha de su boca amagó una sonrisa.

Maksim se inclinó a su lado para susurrarle algo al oído.

El anciano respondió, pero Nina no entendió ni una sola palabra.

—Dice que se alegra de verla, Anya Whitson. Ha esperado mucho tiempo. Les presento a mi padre, Vasili Adámovich, que les da la bienvenida a las tres.

Su madre asintió.

—Tomen asiento, por favor —dijo Maksim señalando las sillas. En una mesa, cerca de la ventana, había un samovar de cobre y varios platos con

pierogi, *strudel*, queso cortado y galletitas saladas.

Vasili habló, la voz resquebrajada como una hoja seca.

Maksim escuchó con atención y a continuación negó con la cabeza.

—Perdona, papá. No te entiendo. Está diciendo algo de la lluvia, creo. No estoy seguro. Señora Whitson, voy a grabar su relato. Anya. ¿Me permite que la llame Anya? ¿Está de acuerdo con la grabación?

Ella estaba mirando el reluciente samovar de cobre y la hilera de tazas de cristal con baño de plata.

—*Da* —respondió en voz queda, al

tiempo que agitaba levemente una mano indicando que le daba su permiso.

Nina no se había dado cuenta de que era la única de los presentes que estaba de pie. Fue hacia la silla que había al lado de Meredith y se sentó.

La habitación quedó envuelta en un silencio sepulcral durante unos segundos. El único ruido que se oía era el golpeteo de las gotas de lluvia en el tejado.

Entonces, su madre aspiró hondo, despacio, y soltó el aire de los pulmones.

—Llevo tanto tiempo contando mi historia de una sola forma, que casi no

sé cómo empezar ahora. Casi no sé cómo empezar.

Maksim pulsó la tecla para grabar, que emitió un chasquido fuerte, y la cinta empezó a pasar.

—No soy Anya Petróvna Whitson. Ese el nombre que adopté, la mujer en la que me convertí. —Respiró hondo de nuevo—. Me llamo Verónika Petróvna Marchenko Whitson y vengo de Leningrado. Forma parte de mí. Hace mucho tiempo, conocía sus calles como conozco las plantas de mis pies o las palmas de mis manos. Pero no son mis años de juventud lo que le interesa a usted. Tampoco es que tuviese mucha, si me paro a pensarlo. Empecé a hacerme

mayor con quince años, cuando se llevaron a mi padre, y al final de la guerra ya era vieja...

»Pero eso fue hacia la mitad de mi vida. En realidad, el comienzo es junio de 1941. Estoy volviendo del campo, donde he estado recogiendo hortalizas para hacer conservas para el invierno...

Nina cerró los ojos y, recostándose en el respaldo, dejó que las palabras formasen fotos en su imaginación. Oyó las mismas cosas que había oído contar antes en forma de cuento, solo que esta vez eran reales. No había ni Caballeros Negros, ni príncipes, ni trasgos. Solo estaba Vera, primero una muchacha joven que se enamoraba y tenía a sus

niños... y después una mujer asustada, cavando la tierra en la línea del Luga y caminando por parajes bombardeados. Nina tuvo que enjugarse las lágrimas cuando murió Olga, y nuevamente cuando murió la madre de Vera.

—Ha muerto —dice su madre con atroz simplicidad—. Oigo a mi hijo que pregunta: «¿Qué le pasa a la baba?», y tengo que echar mano de todas mis fuerzas para

no llorar.

Subo la manta para tapar el pecho de mi madre, procurando no fijarme en lo huesuda que se le ha puesto la cara

en el último mes. ¿Debería haberla obligado a comer? Es una pregunta que me rondará el resto de mi vida. Si lo hubiese hecho, habría estado tapando con la manta a uno de mis hijos y ¿cómo habría podido hacer eso?

—Mamá —dice Leo otra vez.

—La baba se ha ido con Olga — respondo, y, por mucho que esté luchando por ser fuerte, la voz se me quiebra y entonces mis hijos se echan a llorar.

Sasha es el que los consuela. A mí no me queda dentro más consuelo. Estoy helada hasta los huesos, y me da miedo romperme como se casca un huevo si uno de ellos me toca.

Me quedo largo rato sentada al lado de mi difunta madre, en nuestra habitación fría y oscura, con la cabeza inclinada, rezando una oración que llega demasiado tarde. Entonces recuerdo una cosa que me dijo hace mucho tiempo, cuando yo era esa niña que necesitaba consuelo: «No volveremos a hablar de él».

En su día, pensé que era porque suponía un peligro para nosotras, por sus delitos, pero ahora, sentada con mi madre, siento que se mueve, de verdad, lo juro, que alarga la mano para tocar la mía y, por primera vez en meses, siento calor. Y comprendo lo que me quería decir.

*Sigue adelante. Olvida si puedes.
Vive.*

Ese consejo no era tanto sobre la persona de mi padre, sino sobre la vida misma. Sobre el efecto de la muerte en las personas. Bajo la vista y, por supuesto, ella está inmóvil, fría, y sé que en realidad no me ha hablado. Pero sí me habló. Por eso, hago lo que debo. Me pongo de pie, sintiendo mi nuevo papel. Ahora soy una hija sin madre, una hermana sin hermana. Ya no queda nadie de la familia en la que nací; está solo la familia que he formado.

Mi madre está en todos nosotros, aunque especialmente en mí. Anya posee la fuerza solemne de mi madre.

Leo tiene la risa fácil de Olga. Y yo... yo tengo lo mejor de las dos en mi interior, y también los sueños de mi padre. Por eso, mi función ahora es ser todos nosotros.

Sasha se acerca a mi lado de pronto.

Me envuelve en un abrazo y yo pego mi cara al hueco frío de su cuello.

—Un día estaremos lejos de aquí — me promete—. Iremos a Alaska, como hablamos. Las cosas no van a ser siempre así.

—Alaska —digo, recordando ese sueño suyo, ese sueño de los dos—. La tierra del sol de medianoche. Sí...

Pero en estos momentos un sueño

así, o cualquier sueño, queda muy lejos y solo sirve para acrecentar mi dolor.

Lo miro y, aunque dice unas palabras, yo veo en sus ojos verdes lo que está pensando. O quizá sean mis propios pensamientos reflejados. Sea como sea, nos separamos y Sasha dice a nuestros hijos, derrotados y con los ojos enrojecidos:

—Mamá y yo tenemos que salir para ocuparnos de la baba.

Leo, sentado en el suelo de la cocina, empieza a llorar. Pero es una débil imitación de la tristeza de mi hijo, de sus lágrimas. Lo sé. Le he visto llorar cuando está lleno de vitalidad. Ahora solo... derrama agua de los ojos

y se queda quieto donde está, en el suelo, tan famélico y cansado que ya no puede hacer otra cosa.

—Nos quedaremos aquí, papá —dice Anya, solemne—. Yo cuidaré de Leo.

—Qué buenos sois, hijos míos —dice Sasha. Los entretiene mientras yo lavo a mi madre y la visto con su mejor vestido. Intento no reparar en lo pequeña y delgada que se ha quedado... En realidad no es mi madre, para nada, pero...

Es cierto eso que dicen de que los niños se convierten en adultos y luego en niños otra vez. No puedo evitar pensar en este ciclo de la existencia mientras lavo el cuerpo de mi madre y

le abrocho los botones y le sujeto el pelo con unas horquillas. Cuando termino, parece que está dormida. Me inclino para darle un beso en la mejilla fría, tan fría, y susurrarle mi adiós.

Ha llegado la hora.

Sasha y yo nos abrigamos para salir. Yo me pongo encima todo lo que tengo: cuatro pares de calcetines, las valenki enormes de mi madre, pantalones, vestidos, jerséis. Casi no me cabe el abrigo con tanta ropa, y cuando me envuelvo la cabeza con una bufanda, mi cara parece una cara de niña.

Salimos al exterior, donde hace un día frío y oscuro. En algunos sitios hay farolas encendidas, pero la nieve

difumina su luz. Atamos a mi madre en el pequeño trineo rojo que en tiempos fue un juguete de casa y que ahora es, tal vez, nuestra posesión más importante. Gracias a Dios, Sasha está lo bastante fuerte para tirar de él bajo la intensa nevada.

Estoy débil. Trato de que mi marido no lo vea, pero no sé cómo. Cada paso que doy por la gruesa capa de nieve en la que me hundo hasta las rodillas es un suplicio. Respiro ahora a bocanadas que me abrasan por dentro. Siento deseos de sentarme. Pero sé que no debo.

Delante de nosotros un hombre camina dando tumbos, como borracho,

se agarra a una farola y se dobla hacia delante, jadeando.

Pasamos por su lado. Es lo que hacemos ahora, en esto nos hemos convertido. Cuando echo la vista atrás, jadeando yo misma, el hombre se ha caído en la nieve. Sé que cuando volvamos a casa veremos su cuerpo azul, helado...

—No mires —dice Sasha.

—Veo las cosas igualmente —replico yo, y sigo adelante a duras penas. ¿Cómo no voy a ver? Se dice que están muriendo tres mil personas al día, la mayoría ancianos y niños pequeños. Por alguna razón, las mujeres somos más fuertes.

Afortunadamente Sasha está en el ejército, por lo que solo tenemos que esperar pocas horas en una fila a que nos den el certificado de defunción. Nos quedaremos sin la ración de comida de mi madre, pero mentir sobre su fallecimiento es más peligroso que no comer.

Cuando nos despedimos del calor que proporcionaba la fila, estoy completamente extenuada. Siento calambres en el estómago y estoy tan mareada que a veces lloro sin motivo. Las lágrimas se me congelan en las mejillas inmediatamente.

Al lado del cementerio hay algunas farolas encendidas, pero ojalá no lo

estuviesen. La nevada oculta los muertos, los cubre de un manto blanco, pero no cabe duda de qué son: cadáveres apilados como los leños de una hoguera a la puerta del cementerio.

La tierra está tan helada que es imposible darles sepultura. Tendría que haberlo sabido. Si la cabeza me funcionase, tendría que haberlo sabido. Pero el hambre me ha vuelto estúpida y lenta.

Sasha me mira. La tristeza de su mirada me resulta insoportable. Quiero darme por vencida en ese momento, dejarme caer como un guiñapo en la nieve, dejar de preocuparme.

—No puedo dejarla aquí —digo, incapaz siquiera de contar los cadáveres. Tampoco puedo llevármela a casa. Es lo que han hecho tantos y tantos vecinos, reservar un rincón del piso para el muerto. Pero yo no puedo hacerlo.

Sasha asiente sin decir nada y sigue adelante con el trineo a rastras; sortea los montículos cubiertos de nieve y entra en el cementerio oscuro y silencioso.

Nos cogemos de la mano. Es la única forma de saber dónde está el otro. Encontramos un espacio despejado, al pie de un árbol en el que la nieve y la escarcha han dejado su filigrana de

encaje. Mi esperanza es que este árbol haga de protector con ella como yo no he podido.

Nos decimos que este es el sitio, y nuestras voces hacen eco en mitad de la nieve que continúa cayendo. Siempre reconoceré este árbol, y aquí la encontraré de nuevo algún día. O por lo menos vendré aquí y la recordaré. De ahora en adelante, siempre, allá donde esté, la recordaré cada 14 de diciembre. No es gran cosa, pero algo es algo.

Me pongo de rodillas en la nieve. Hasta con los guantes puestos, me tiemblan los dedos de frío mientras

desato las cuerdas para soltar el cuerpo congelado de mi madre.

—Perdóname, mamá —susurro. Los dientes me castañetean. Toco su cara sin poder ver nada, como una ciega, tratando de recordar cómo es—. Volveré en primavera.

—Vamos —dice Sasha, que tira de mí para levantarme. Sé que no debo quedarme arrodillada en la nieve, ni siquiera para algo así. Las rodillas ya están más frías. Pronto no podré sentir las piernas.

La dejamos allí. Sola.

—No podemos hacer nada más —dice Sasha después, mientras

regresamos trabajosamente a casa, sin resuello los dos.

Solo deseo tumbarme. Tengo tanta hambre y estoy tan cansada, y tan triste... Incluso me da igual si me muero.

—Sí —respondo yo. Me da igual. Solo quiero parar.

Pero Sasha está ahí, apremiándome para que continúe, y cuando llegamos a casa y nuestros hijos se meten en la cama con nosotros, yo doy gracias a Dios por que esté mi marido.

—No te rindas —me susurra esa noche, en la cama—. Encontraré la manera de sacaros de aquí.

Se lo prometo.

Le digo que no me rendiré. Pero en ese momento ni siquiera sé lo que quiere decir eso.

Por la mañana me da un beso en la mejilla, me susurra que me ama y se marcha.

A finales de diciembre la ciudad se congela lentamente, exhalando su último aliento. Está oscuro prácticamente a todas horas. Las aves caen del cielo como piedras. Primero se mueren los cuervos, lo recuerdo. Hace un frío inimaginable. Que haya 28 grados bajo cero se convierte en algo normal. Los tranvías se quedan

parados en las vías como juguetes infantiles caídos en desgracia. Las cañerías estallan.

Se ven trineos por todas partes estos días. Los llevan las mujeres por las calles para llevar cosas a casa: madera cogida en edificios derruidos, cubos de agua del Neva, cualquier cosa susceptible de utilizarse como leña o comida.

Te sorprendería lo que eres capaz de ingerir. Se rumorea que las salchichas que se venden en los mercados están hechas de carne humana. Ya no voy nunca a los mercados. ¿Para qué? Veo preciosos abrigos de piel y joyas en venta a cambio de nada, y pastas

hechas con desperdicios y serrín de los almacenes por precios desorbitados.

Mis hijos y yo hacemos lo menos posible. Estos días nuestro piso está siempre oscuro; la luz del día apenas dura un rato y quedan muy pocas velas para alumbrarse en la oscuridad. Nuestra pequeña burzhuika es todo lo que tenemos ahora. Es calor y luz. Vida. Hemos quemado casi todos los muebles del piso, pero todavía nos quedan algunas cosas.

Pasamos la noche entera pegados los tres en la cama, y por la mañana nos despertamos lentamente. Nos tapamos con todas las mantas que tenemos, con la cama arrimada a la

estufa, y aun así al despertar tenemos el pelo congelado y escarcha en la cara. Leo tiene una tos que me preocupa. Qué culpa tiene él... El agua, incluso después de haberla hervido, sabe a los muertos que flotan en la superficie congelada del río.

Salgo de la cama al frío reinante y me tomo todo el tiempo necesario para partir una silla o destrozar un cajón, y hago lumbre con ello en la estufa. Me pitan los oídos y tengo una especie de vértigos que muchas veces provocan que me desmaye al menor paso que doy. Ahora conozco mi cuerpo por sus huesos. Con todo, sonrío al despertar a mis pequeños con un beso.

Anya gime cuando la toco, lo cual es mejor que lo que hace Leo, que está tumbado inmóvil.

Lo zarandeo, lo llamo a gritos; cuando él abre los ojos, no puedo evitar hincarme de rodillas en el suelo. «Niño tonto», digo enjugándome las lágrimas. No oigo nada más que un rugido en mis oídos y los latidos de mi corazón.

Daría lo que fuera por oírle decir que tiene hambre.

Preparo sendas tazas de agua caliente con un pellizco de levadura. No sirve para nutrirnos, pero nos llenará. Cuidadosamente, cojo un pedazo de pan, un pan negro y

apelmazado, lo último que nos queda de las raciones de la semana, y lo corto en tres. Quiero dárselo todo a ellos, pero sé que no debo. Sin mí están perdidos, así que he de comer.

Cada cual desmenuza en trocitos su tercio de pan y nos lo comemos lo más despacio posible. Yo me guardo la mitad del mío en el bolsillo para más tarde. Me levanto y me pongo toda la ropa encima.

Mis hijos se tumban en la cama, se arrebujan, muy juntos. Incluso desde donde estoy, al otro lado de la habitación, me doy cuenta de lo escuálidos que están. La última vez que bañé a Leo, no era más que un saquito

de huesos finos y un montón de pellejo sin carne.

Me acerco a la cama y me siento con ellos. Acaricio las mejillas de Leo, le bajo la gorra de punto para poder taparle bien las orejas.

—No te vayas, mamá —dice.

—Tengo que irme.

Es la misma conversación de todas las mañanas y, sinceramente, ya no tienen fuerzas ni para discutir.

—Hoy buscaré caramelos para los tres, ¿quieres?

—Caramelos —dice él con aire soñador, y se vuelve a hundir en su almohada aplanada.

Anya levanta la vista para mirarme.

A diferencia de su hermano, ella no está malita. Solo está consumida, como yo.

—No deberías decirle que traerás caramelos.

—Oh, Anya —replico, y la cojo entre mis brazos y la estrecho con todas mis fuerzas. Le doy un beso en los labios agrietados. Nuestro aliento es fétido, pero ya ninguna de las dos nos fijamos en eso.

—Mamá, no quiero morir —dice.

—Y no te vas a morir, moya dusha. Nos aseguraremos de eso.

«Alma mía.»

Ella es mi alma. Los dos lo son. Y

por eso mismo, me levanto, me visto y me voy a trabajar.

Afuera, en la oscuridad gélida de primera hora del día, echo a andar con el trineo auestas por las calles. Cuando llego a la biblioteca, me dirijo a la única sala de lectura que está abierta. Los candiles crean círculos luminosos. Muchos de los empleados de la biblioteca están tan enfermos que no pueden moverse, por eso los que aún podemos trasladamos libros o respondemos a las preguntas de los investigadores del gobierno y del ejército. También salimos a buscar libros, para salvar lo que podemos de los edificios bombardeados. Y cuando

ya no queda nada más que hacer, me pongo en alguna cola para conseguir las raciones de comida que pueda encontrar. Hoy estoy de suerte: hay un bote de chucrut y una ración de pan.

El camino a casa es espantoso. Las piernas casi no me sostienen, no puedo respirar y estoy mareada. Hay muertos por todas partes. Ya ni siquiera doy un rodeo para esquivarlos. No tengo las fuerzas necesarias.

A medio camino meto la mano en el bolsillo para sacar el pedacito de pan que me guardé del desayuno. Me lo meto en la boca y dejo que se me deshaga en la lengua.

Noto que me estoy bamboleando.

Vuelve a mis oídos ese rugido blanco; a lo largo de estas últimas semanas he llegado a habituarme a él.

Veo un banco a poca distancia.

«Siéntate. Cierra los ojos un momento nada más...»

Estoy tan cansada. Ya no me duele la tripa de hambre, ahora solo siento extenuación. El mero acto de respirar me supone un esfuerzo tremendo.

Entonces, para mi asombro, veo a Sasha de pie delante de mí en la calle. Está exactamente igual que el día que lo conocí, hace años, hace una vida entera; ni siquiera lleva abrigo puesto, y tiene el pelo largo y dorado.

—Sasha —digo, oyendo mi propia

voz resquebrajada. Quiero correr a sus brazos, pero las piernas no me responden. En vez de eso, me derrumbo de rodillas en la gruesa capa de nieve.

Puedo sentirlo a mi lado, rodeándome con un brazo. Su aliento es cálido y huele a cerezas.

Cerezas. Como las que nos traía papá...

Y miel.

Cierro los ojos, hambrienta del sabor de él y de su dulce aliento.

Puedo oler el borscht de mi madre.

—Vera, levanta.

Al principio es la voz de Sasha, su voz profunda, tan conocida. Luego es mi propia voz. Gritando.

—*Vera, levanta.*

Estoy sola. No hay nadie a mi lado, ningún aliento de mi amor que huele a cerezas con miel. Solo estoy yo, arrodillada en la gruesa nieve, congelándome poco a poco hasta morir.

Pienso en la risa de Leo y en la mirada severa de Anya y en los besos de Sasha.

Y me levanto del suelo, despacio, agónicamente.

Tardo horas en llegar a casa, y eso que no está lejos. Cuando por fin llego y, tambaleándome, penetro en el calor relativo del piso, me caigo otra vez de hinojos.

Anya está allí. Me rodea con sus

brazos y me aprieta.

No tengo noción de cuánto tiempo pasamos así, abrazadas. Probablemente hasta que el frío del suelo nos fuerza a meternos otra vez en la cama.

Esa noche, después de una cena de chucrut caliente y una patata cocida (una gloria), nos sentamos alrededor de la pequeña burzhuika.

—Cuéntanos un cuento, mamá —dice Anya—. Leo, ¿no quieres que nos cuente un cuento?

Cojo a Leo en brazos y me quedo mirando su carita pálida, que la luz de la lumbre vuelve hermosa. Quiero contarle una historia, un cuento de

hadas que le dé dulces sueños. Pero tengo un nudo en la garganta y los labios tan agrietados que me duele hablar. Por eso, abrazo fuerte a mis pequeños, en silencio, y el silencio helado nos mece con su nana callada hasta que nos dormimos.

Una piensa que las cosas no pueden ir peor. Pero sí pueden. Y empeoran.

Es el invierno más frío de los anales de Leningrado. Las raciones se recortan una y otra vez. Página a página voy quemando los amados libros de mi padre para poder calentarnos. Estoy sentada en la

heladora oscuridad, abrazando a mis escuálidos hijos mientras les cuento las historias. Anna Karénina. Guerra y paz. Eugenio Oneguin. Tantas veces les cuento cómo nos conocimos Sasha y yo que enseguida me sé las palabras de memoria.

Pero cada vez lo siento más lejano. Hay días en que ni siquiera recuerdo mis propias facciones, y mucho menos las de mi marido. Me resulta imposible rememorar el pasado, pero sí veo el futuro: está en las caritas tensas de mis hijos, en los forúnculos azulados que han empezado a llagar la tez blanca de Leo.

El escorbuto.

Por suerte para mí, trabajo en la biblioteca. Los libros me dicen que las agujas de pino contienen vitamina C, por lo que arranco unas ramas y me las llevo a casa en el trineo. La infusión que hago con ellas es amarga, pero Leo ya solo se queja.

Ojalá protestara.

Oscuridad. Frío.

Oigo la respiración de mis hijos, a mi lado en la cama. Leo respira incesantemente con flemas. Le toco la frente. No está caliente, gracias a Dios.

Sé qué me ha despertado. El fuego se ha apagado.

No quiero hacer nada al respecto.

Este pensamiento aflora antes de que pueda guardarme de él. Podría no hacer nada, tan solo quedarme tumbada aquí, abrazada a mis hijos, y cerrar los ojos para siempre.

Hay formas peores de morir.

Entonces noto las piernecillas de Anya rozando las mías. En sueños murmura «Papá» y yo recuerdo mi promesa.

Tardo una eternidad en levantarme. Me duele todo. Me pitan los oídos y pierdo el equilibrio. A medio camino hacia la estufa, noto que desfallezco.

Cuando recobro el conocimiento, estoy desorientada. Por un instante,

oigo a mi padre trabajando en su mesa, escribiendo. La punta de su pluma traza palabras en el papel grumoso de lino.

«No.»

Voy a la estantería. Solo queda el último tesoro: los poemas de mi padre.

No puedo quemarlos.

Mañana, tal vez, pero hoy no. En su lugar, cojo el hacha (cuánto pesa) y parto un trozo del costado de la librería. Es madera gruesa, vieja, dura como el hierro y cuando arde, da mucho calor.

Me quedo al lado de la cama, delante del fuego, y percibo que estoy meciéndome.

Sé, de pronto, que si me tumbo, moriré. ¿Fue mi madre quien me lo dijo? ¿Mi hermana? No sé. Solo recuerdo la verdad que es.

—No moriré en mi cama —digo, a nadie en particular. Por eso, me dirijo al único mueble que queda en la habitación, aparte de la cama. Al escritorio de mi padre. Me arropo con una manta y me siento.

¿Lo estoy oliendo, o vuelven a ser alucinaciones mías? No lo sé. Cojo su pluma y veo que la tinta del depósito está hecha un bloque congelado. El pequeño tintero metálico está helado, pero me lo llevo a la estufa y allí ambos nos calentamos rápidamente.

Me preparo una taza de agua caliente para beber y regreso al escritorio.

Prendo la lámpara que tengo al lado. Es absurdo, lo sé. Debería reservar el aceite, pero no puedo sentarme aquí sin más, en mitad de la oscuridad glacial. Tengo que hacer algo para mantenerme con vida.

Así pues, escribiré.

No es demasiado tarde. Todavía no me he muerto.

«Me llamo Vera Petrónna y soy una mujer cualquiera...»

Escribo sin cesar, en papel que sé que pronto tendré que quemar, con una mano que tiembla con tanta violencia que las letras semejan antílopes

saltando por la hoja. Aun así, escribo y la noche se disipa.

Unas horas después, una luz tenue, grisácea, se filtra por el papel de periódico y sé que lo he logrado.

Me dispongo a dejar la pluma cuando oigo que alguien llama con los nudillos a la puerta. Obligo a mis piernas a levantarse, a mis pies a moverse.

Abro la puerta y me encuentro a un desconocido. Un hombre con un gran abrigo negro de lana y gorra militar.

—¿Vera Petróvna Marchenko?

Su voz me suena, pero no termino de ver su cara con nitidez. Tengo problemas de visión.

—Soy yo. Dima Nevski, de la puerta de al lado. —Me tiende una botella de vino tinto, una bolsa de caramelos y un saco de patatas—. Mi madre está tan enferma que no puede comer. No pasará de hoy. Me ha pedido que les traiga esto. Para las criaturas, ha dicho.

—Dima —le digo, pero aún no sé quién es. Tampoco recuerdo a su madre, mi vecina.

Pero acepto la comida. No finjo que no la quiero. Hasta estaría dispuesta a matarlo por ella. Quién sabe.

—Gracias —le digo, o eso creo, o al menos es mi intención.

—¿Cómo está Aleksandr?

—¿Cómo estamos cualquiera de nosotros? ¿Quiere entrar? Se está un poco mejor...

—No. He de volver con mi madre. No me quedo mucho tiempo. Mañana vuelvo al frente.

Cuando se marcha, bajo la vista y miro la comida, asombrada. Estoy sonriendo cuando esa mañana despierto a Leo y le digo:

—Tenemos caramelos...

En enero sujeto a Leo al trineo con las correas. Está tan débil que ni siquiera se revuelve; su cuerpecillo está todo negro azulado y cubierto de forúnculos.

Anya tiene demasiado frío para salir de la cama. Le digo que se quede metida, que nos espere.

Tardo tres horas en llegar andando al hospital y cuando llego...

Hay gente que ha muerto en la fila, esperando para ver a un médico. Hay muertos por todas partes. El olor.

Me agacho hacia Leo, que de alguna manera está a la vez esquelético e hinchado. Su carita es como la de un gato famélico.

—Estoy aquí, mi león —le digo, porque no se me ocurre nada más.

Nos ve una enfermera.

A pesar de que somos solo dos entre cientos de personas, se acerca a

nosotros y mira a Leo. Cuando después me mira a mí, veo la conmisericordia de su mirada.

—Venga —dice, entregándome un papel—. Con esto le darán sopa de mijo y mantequilla para el niño. En el dispensario hay aspirina.

—Gracias —respondo.

Nos miramos otra vez, sabiendo las dos que con eso no bastará.

—Se llama Leo.

—Mi hijo se llamaba Yuri.

Bajo la cabeza, comprendiendo. A veces un nombre es todo lo que te queda.

Cuando vuelvo a casa del hospital, cocino todo lo que puedo encontrar. Arranco el papel de las paredes y lo pongo a hervir. La pasta está hecha de harina y agua, y se espesa hasta formar una especie de sopa. Pues la cola de carpintero tendrá que hacer lo mismo. Son las recetas que le enseñó a mi hija. Que Dios nos ampare.

Hiervo un cinturón de cuero de Sasha y con él elaboro una gelatina. Tiene un sabor que da náuseas, pero consigo que Leo coma un poquito...

A mediados de enero llega a nuestro piso un amigo de Sasha. Me doy cuenta

*de la cara de susto que pone al verme.
Me entrega una caja que manda Sasha.*

*Tan pronto como se marcha, nos
apiñamos alrededor para mirarla.
Hasta Leo sonríe.*

*Dentro están los documentos para la
evacuación. Tenemos que partir el día
20.*

*Debajo de los papeles hay una
salchicha fresca y una bolsa de frutos
secos.*

*En la más absoluta oscuridad, meto mi
vida en una maleta. Tampoco es que me
quede mucho de ella. Francamente, no
s  qué cosas cojo y qué dejo atrás. La*

mayor parte de nuestras pertenencias están o congeladas o calcinadas, pero me acuerdo de coger mis escritos y los de mi padre y mi último libro de poemas de Anna Ajmátova. Cojo toda la comida que tenemos: la salchicha, media bolsa de cebollas, cuatro panes, un puñado de tortas de prensa, un cuarto de botella de aceite de girasol y lo que queda del chucrut.

Tengo que cargar con Leo. Con los pies hinchados como los tiene y los brazos cubiertos de forúnculos, casi no puede moverse y yo no tengo valor para despertarlo estando dormido.

Salimos los tres a la oscuridad de media mañana. La pequeña Anya

acarrea nuestra única maleta, que llevamos atiborrada de comida. La ropa la llevamos toda encima.

Hace un frío que corta y está cayendo una nevada copiosa. La cojo de la mano para recorrer la larga caminata hasta la estación de ferrocarril y, una vez allí, estamos las dos exhaustas.

Dentro del tren, nos apelotonamos todos juntos. Somos tres pasajeros más de los muchos que hay, pero todo el mundo guarda silencio. Huele a moho, a humanidad, a mal aliento y a muerte. Un olor que todos identificamos.

Arrimo a mis hijos hacia mí. Doy a Leo y a Anya un poco de vino, pero Leo

no se contenta con eso. No puedo sacar mi comida en este vagón de tren atestado de gente. Me matarían por las tortas de prensa, por no hablar de la salchicha.

Rebusco dentro del bolsillo de mi abrigo, que llevo repleto de tierra de los alrededores de los almacenes de comida Badaev.

Leo come ávidamente la arena mezclada con azúcar y llora porque quiere más. Yo hago lo único que se me ocurre: me corto en un dedo y se lo meto en la boca. Como un bebé recién nacido, succiona mi dedo para beber mi sangre caliente. Me duele, pero no tanto como oír sus pulmones

congestionados o notar su frente ardiendo.

En voz baja, les cuento anécdotas de su padre y mías, les cuento una historia de amor que parece lejanísima. En algún punto de aquel viaje traqueteante, en un momento en que Leo tose de un modo espantoso y Anya no para de preguntarme cuándo veremos a papá, empiezo a llamar «príncipe» a mi marido y «Caballero Negro» al camarada Stalin, y el río Neva adquiere propiedades mágicas.

El viaje en tren parece prolongarse mucho tiempo. Me duelen las entrañas después de tantas horas zarandeada. Mi cuento infantil es lo único que nos

mantiene lúcidos a los tres. Sin el cuento, creo que podría ponerme a llorar, o a gritar, y no parar nunca.

Por fin llegamos al borde del lago Ládoga. Hasta donde me alcanza la vista, todo es hielo; prácticamente no hay ninguna diferencia entre lo que vería por una ventana limpia y lo que veo a través de la bruma de mi aliento.

Nos hallamos en el principio de la pista de hielo.

Veinticinco

El ejército lleva meses trabajando para tender una carretera que cruce el lago Ládoga. Aquí está ahora esa carretera, y todo el mundo la llama «el camino de la vida». Dentro de nada, dicen, cruzarán el hielo con gran estruendo camiones cargados con comida con destino a Leningrado. Hasta ahora, esos mismos camiones estaban hundiéndose en las aguas negras,

heladas, de debajo. Y, por supuesto, Alemania bombardea incesantemente.

Compruebo la ropa de mis hijos. Toda sigue como estaba cuando salimos de Leningrado. Leo y Anya van envueltos con papel de periódico y, por encima, con sus prendas de vestir. Nos tapamos la cabeza y el cuello con bufandas. Yo trato de taparlo todo, hasta la naricilla roja de Leo.

Afuera hace tanto frío que me duele respirar. Me duelen los pulmones. A mi lado, Leo se pone a toser.

Una luna llena asciende por el cielo negro, volviendo azul la nieve. Nos agrupamos, de pie, apelotonados como ganado. Muchos tosen; en algún lugar

llora un niño. Se me ocurre pensar que ojalá fuese Leo. Su silencio me asusta.

—¿Qué hacemos, mamá? —pregunta Anya.

—Buscar un camión. Ven, dame la mano.

Cuando arranco a andar, los ojos me lagrimean y me pinchan. Tengo a Leo en brazos y, aun estando escuálido, me pesa tanto que casi no puedo moverme. Cada paso que doy requiere de toda mi concentración y fuerza de voluntad. Tengo que inclinarme hacia delante contra el viento ululante. Lo único real de todo este universo helado negriazul es la mano de mi hija en mi mano. Oigo a lo lejos un runrún de motor que luego

se convierte en un rugido. Es un convoy, espero.

—¡Ven! —grito en medio del viento, o eso pretendo. Tengo tanto frío que me duelen las rodillas. Me duelen hasta los dedos para poder sostener la mano de Anya.

Camino

y camino

y camino

y no hay nada. Solo hielo y cielo negro y el chisporroteo lejano de los cañones antiaéreos.

Pienso: «Tengo que darme prisa» y «Mis pequeños», y entonces Sasha aparece a mi lado. Siento su aliento cálido. Me habla en susurros, de amor,

de la casa que nos haremos en Alaska, y me dice que no pasa nada si ahora descanso.

—Solo un momentito —digo, y antes siquiera de que salgan esas palabras de mis labios, me hinco de rodillas.

Entonces el mundo entero está en silencio. En alguna parte alguien se ríe y su risa suena exactamente igual que la de Olga. Iré a buscarla en cuanto me haya echado una siestecita. Esa es la idea que tengo en la cabeza.

Y cierro los ojos.

—¡Mamá!

—¡Mamá!

«Mamá.»

Me está gritando a la cara.

Abro lentamente los ojos y veo a Anya. Mi hija se ha quitado la bufanda y me la ha enrollado alrededor del cuello.

—Mamá, tienes que levantarte — dice, dándome tirones.

Miro mis brazos. Leo yace en ellos desmadejado, con la cabeza hacia atrás. Pero noto que respira.

Desenrollo la bufanda de mi cuello y envuelvo con ella la carita de Anya.

—No vuelvas a quitarte la bufanda nunca. No se la des a nadie. Ni siquiera a mí.

—Pero, mamá, yo te quiero.

Y ahí encuentro mi fuerza. Apretando los dientes para prepararme para el

dolor que voy a sentir, me pongo de pie a duras penas y reanudo la marcha.

Un paso detrás de otro. Hasta que un gran camión se materializa delante de mí.

Un hombre con ropa amplia de camuflaje, blanca, está al lado de la puerta fumándose un cigarrillo. El olor a tabaco me recuerda a mi madre.

—¿Nos lleva por el hielo? — pregunto, y oigo lo cascada y frágil que me suena la voz.

El individuo no tiene la cara ni demacrada ni enjuta. Eso significa que es alguien, o al menos que está en el Partido, y noto que se vienen abajo mis esperanzas.

Se inclina hacia delante y mira a Leo.

—¿Muerto?

Meneo la cabeza.

—No. Solo está dormido. Por favor —imploro, desesperada. A mi alrededor los camiones empiezan a irse y sé que moriremos esta noche, aquí, si no conseguimos que alguien nos lleve pronto. Saco la mariposa esmaltada que hizo mi padre—. Tenga.

—No, mamá —dice Anya, alargando la mano para cogerla.

El hombre se limita a arrugar la frente.

—¿De qué sirve una baratija?

Me quito un guante y le entrego en

su lugar mi alianza de matrimonio.

—Es de oro. Por favor...

Me mira de hito en hito mientras da una última calada al cigarrillo y a continuación lo tira a la nieve.

—De acuerdo, baba —dice, metiéndose mi anillo en un bolsillo—. Monta. Te llevaré a ti y a tus nietos.

Me siento tan agradecida que ni siquiera me doy cuenta de lo que ha dicho, hasta más tarde, cuando vamos todos apiñados en la cabina de su camión.

«Baba.»

El tipo piensa que soy una vieja. Me quito la bufanda y lanzo una ojeada al retrovisor del parabrisas.

Tengo el pelo blanco como el cutis.

Es de día cuando llegamos a la orilla del lago congelado. La luz no es fuerte, por supuesto, pero suficiente. Ahora de verdad puedo ver dónde estamos.

Una extensión infinita de nieve. Una hilera de camiones, cargados de alimentos para mi pobre Leningrado. Soldados de blanco. No lejos de aquí, a unos trescientos metros, tal vez, está la estación de ferrocarril que es nuestro siguiente destino.

El bombardeo comienza casi de inmediato. Nuestro conductor detiene el camión y se baja.

Con franqueza, no quiero bajarme del camión, aun a sabiendas de lo peligroso que es quedarse aquí. Hay gasolina en el tanque y el camión no está camuflado de ningún modo. Constituye un blanco fácil desde el cielo. Pero estamos calientes y hace tanto tiempo que no sentíamos este calor... Entonces, miro a Leo, en mis brazos, y toda noción de peligro se borra de mi mente.

No respira.

Lo zarandeo con fuerza, le abro el abrigo desgarrándole los botones y levanto las hojas de periódico. Su pecho no es más que una armazón

hecha de huesos, piel azulada y forúnculos.

—Leo, despierta. Respira. Vamos, mi león. —Pego mi boca a la suya, respiro para él.

Finalmente se estremece en mis brazos y noto que se cuela dentro de mi boca un pequeño aliento agrio.

Rompe a llorar.

Lo estrecho contra mí, llorando también, y le digo:

—Leo, no me abandones. No podría soportarlo.

—Mamá, tiene las manos ardiendo —dice Anya, y veo lo asustada que está por lo repentino de mis gritos.

Le toco la frente a Leo.

Está ardiendo. Con las manos temblando, vuelvo a ponerle las hojas de periódico y lo arropo con el jersey y el abrigo.

Salimos de nuevo al frío.

Anya es la primera en salir del camión. Estoy tan concentrada en Leo que casi no advierto las bombas y los cañonazos que suenan a mi alrededor. No lejos de nosotros explota un camión.

Es como estar en el ojo de un huracán. A nuestro alrededor pasan camiones a toda velocidad, caballos tirando de carretas, soldados que corren y nosotros, los pobres

habitantes famélicos de Leningrado, buscamos quien nos lleve.

Al fin encuentro la enfermería. Está formada por unas tiendas de sucia lona blanca que bate al viento, repartidas por un campo nevado.

Lo que hay dentro no es ningún hospital. Es un sitio para los moribundos y los muertos. Nada más. El olor es nauseabundo. La gente yace, gimiendo, encima de sus propios excrementos, que se están congelando.

No me atrevo a dejar a Leo en el suelo por temor a que se ponga peor. Vamos de un lado a otro sin rumbo, tanto tiempo que a mí me parece que

pasamos horas así, buscando a alguien que nos ayude.

Finalmente encuentro a un viejo encorvado sobre un bastón, con la mirada fija en algún punto indeterminado. Solo por el hecho de ver que va vestido de blanco, me acerco a él.

—Por favor —le digo, tendiéndole una mano—. Mi hijo está ardiendo.

El hombre se vuelve hacia mí. Parece tan agotado como me siento yo. Extiende hacia Leo las manos, que le tiemblan ligeramente. Puedo ver los forúnculos de sus dedos.

Toca la frente de Leo y a continuación me mira.

Es una mirada que no olvidaré jamás. Gracias a Dios no va acompañada de palabras.

—Llévelo al hospital de Cherepovéts. —Se encoge de hombros—. Quizá.

No le pido que me diga nada más. De hecho, no quiero que me diga nada más.

Me da cuatro píldoras blancas.

—Dos al día —dice—. Con agua limpia. ¿Cuándo fue la última vez que comió algo?

Yo muevo la cabeza en señal de negación. ¿Cómo voy a decirlo, cómo puedo decir la verdad? Que no hay modo de hacerle comer.

—Cherepovéts —repite, y entonces se da la vuelta y se va. A cada paso que da, la gente extiende las manos hacia él, suplicándole ayuda.

—Vamos.

Cojo a Anya de la mano e iniciamos nuestra marcha, lenta y dolorosa, por el campamento y después por el campo nevado en dirección a la estación de ferrocarril. Nuestros papeles están en orden y nos subimos a un vagón, donde nuevamente tenemos que apelotonarnos entre la gente. No hay ningún sitio libre ni para mí ni para mis hijos, por lo que nos sentamos en el frío suelo. Me pongo a Leo en el regazo y a Anya a mi lado. Cuando oscurece, saco mi bolsita

de frutos secos. Le doy a Anya todos los que me atrevo a darle y me como yo un puñadito. Consigo que Leo se tome una de las píldoras, con un buche del agua que he traído.

Es una noche larga y espantosa.

Una y otra vez me inclino sobre Leo para comprobar si sigue respirando.

Recuerdo una parada del tren. Las puertas se abrieron y alguien gritó: «¿Algún muerto? ¿Muertos? Pásennoslos».

Varias manos tratan de coger a Leo, de arrancármelo de los brazos.

Yo me aferro a él, gritando:

—¡Respira! ¡Respira!

Cuando la puerta se cierra y vuelve a quedar todo a oscuras, Anya se pega a mí. Puedo oír su llanto.

En Cherepovéts las cosas no están mejor. Disponemos de un día allí. Al principio pienso que es una bendición, que nos dará tiempo a salvar a Leo antes de que subamos al siguiente tren. Pero está debilitándose. Yo trato de no ver esta verdad, pero está ahí, entre mis brazos. Tose sin cesar. Ahora con sangre. Tiene una fiebre altísima y tirita. No quiere ni comer ni beber.

El hospital de la localidad es una

vergüenza. Todo el mundo tiene disentería y escorbuto. Es imposible pasar más de un minuto o dos sin ver a otro recién llegado de Leningrado entrando tambaleándose a pedir ayuda. Cada hora, camiones cargados de cadáveres parten del hospital y luego vuelven vacíos. La gente se muere de pie.

Es bueno que me encuentre débil y hambrienta, así no tengo fuerzas para correr de un lado para otro en busca de auxilio. Me quedo en el pasillo helado, blanco, con mi hijo en brazos. Si pasa alguien, susurro:

—Ayúdelo. Por favor.

Anya está tumbada en el suelo frío,

chupándose el dedo, cuando una enfermera se detiene.

—Ayúdelo —le digo, tendiéndole a Leo.

Ella lo coge con delicadeza. Yo intento no fijarme en cómo se le descuelga la cabecita hacia atrás.

—Tiene distrofia. De tercer grado. No hay un cuarto. —Al ver mi cara de incomprensión, añade—: Se está muriendo. Pero si pudiésemos hacerle ingerir líquido... tal vez. Podría llevarlo a que lo vea el médico. Pero serían unos cuantos días complicados, quizá.

Es tan joven esta enfermera. Como

yo antes de que estallara la guerra. No sé si creerla o no.

—Tengo papeles de evacuación. En teoría, mañana tenemos que estar en el tren a Vólogda.

—No le dejarán subir a su hijo a ese tren. No estando tan enfermo.

—Si nos quedamos, será imposible conseguir otros billetes. Moriremos aquí.

La enfermera no responde. Mentir es una pérdida de tiempo.

—Podríamos empezar por ayudar a Leo ahora, ¿no? —digo yo—. A lo mejor mañana ha mejorado.

La enfermera no puede ocultar la lástima que le doy.

—Por supuesto. A lo mejor mañana ha mejorado.

Y así es.

Mejora.

Después de una noche que Anya y yo pasamos hechas un ovillo en el suelo al lado del sucio camastro de Leo, me despierto como si me hubiesen dado una paliza, y helada. Pero cuando me pongo de rodillas para mirar a Leo, está despierto. Por primera vez en mucho tiempo, sus ojos azules están limpios.

—Hola, mamá —dice con una voz rasposa, gutural, que me llega directa

al corazón—. ¿Dónde estamos? ¿Y papá?

Despierto a Anya y la acerco.

—Estamos aquí contigo, chiquitín. Estamos viajando para reunirnos con vuestro papá. Nos espera en Vólogda.

Sonrío y lloro a la vez, mirando a mi hijo, a mi pequeño. No sé si son las lágrimas lo que me emborrona la vista, o si más bien es la esperanza. Aunque ya no me engaño, por edad, lo cierto es que al oír su voz se esfuma dentro de mí todo atisbo de sentido común. Ya no veo lo azul que tiene la piel, ni que los forúnculos del pecho le han explotado y se supuran un líquido amarillo; no oigo su tos cavernosa. Veo a Leo, nada

más. A mi león. A mi pequeño, con los ojos más azules del mundo y la risa más pura.

Por eso, cuando la enfermera viene y me dice que debería irme al tren, me quedo confusa.

—Ya está mejor —le digo, mirando al niño.

El silencio se estira. Solo lo rompe la tos de Leo y el ratatata lejano de las ametralladoras. La mujer mira a Anya con una expresión pensada para que me fije en ella.

Por primera vez veo lo pálida que está mi hija, lo grisáceos que tiene los labios cortados, los forúnculos

rabiosos de su cuello. El pelo le cae a mechones apelmazados.

¿Cómo es que no he visto todo esto hasta ahora?

—Pero... —Miro a mi alrededor—. Usted dijo que no dejarían montar a mi hijo en el tren.

—Hay demasiados evacuados. A los moribundos no los quieren llevar. Usted tiene los papeles de usted y de su hija, ¿verdad?

¿Cómo puede ser que no haya entendido lo que me está diciendo hasta este momento? ¿Y cómo puedo explicar lo que siento al comprender finalmente? Un cuchillo clavado en el corazón dolería menos.

—¿Me está diciendo que tengo que dejarlo aquí para que se muera? ¿Solo?

—Le estoy diciendo que va a morir.
—La enfermera mira a Anya—. A ella puede salvarla. —Me toca el brazo—. Lo siento.

Me quedo paralizada, mirándola mientras ella se aleja. No sé cuánto tiempo paso así, de pie, petrificada, pero cuando oigo el pitido del tren, miro al suelo, a la hija a la que amo más que a mi vida y a mi hijo que se está muriendo.

—¿Mamá? —me dice Anya, ceñuda.
La cojo de la mano y salgo del

hospital con ella. Al llegar al tren, me arrodillo delante de ella.

Es tan pequeña, envuelta como va en su abrigo de color rojo intenso y con las valenki que le quedan enormes.

—¿Mamá?

—No puedo abandonar a Leo aquí — le digo, y oigo perfectamente mi voz rota. Lo que quiero decir es: «No puede morir solo», pero ¿cómo puedo decir semejante barbaridad a mi hija de cinco años? ¿Sabe que estoy frente a una elección que ninguna madre debería tener que hacer? ¿Me odiará un día por esto?

La cara se le arruga entera con un mohín que conozco tan bien que me

parte el alma. Por un instante la veo como era antes.

—Pero...

—Tú eres la más fuerte de mis niños. Estarás bien sola.

Ella menea la cabeza, empieza a llorar.

—No, mamá. Yo quiero quedarme contigo.

Meto la mano en el bolsillo y saco un trozo de papel. Todavía huele a salchicha y mis tripas rugen al notar el olor. Escribo su nombre en el papel y se lo prendo en la solapa.

—P-papá está esperándote en Vólogda. Encuéntralo. Dile que llegaré

el miércoles. Los dos podéis recogernos a Leo y a mí.

Suena como una mentira. Sabe a mentira. Pero ella se fía de mí.

No la dejo abrazarme. Veo que me tiende los brazos, los extiende hacia mí, y yo la empujo hacia la multitud que ha formado una cola a nuestro alrededor.

Cerca de nosotras hay una mujer. Anya choca con ella y la mujer se desplaza de lado, con el golpe, maldiciendo en voz baja.

—Mamá...

Empujo a mi hija hacia la desconocida, quien me mira con ojos vidriosos.

—Coja a mi hija —le digo—. Lleva sus papeles. Su padre estará en Vólogda. Aleksandr Ivánovich Marchenko.

—¡Mamá, no! —Anya llora y me tiende los brazos.

Quiero empujarla con fuerza, tan fuerte que se caiga, pero no soy capaz. En el último momento tiro de ella y la abrazo con todas mis fuerzas.

El silbato del tren pita. Alguien grita:

—¿La niña sube?

Desenrollo el brazo de Anya de mi cuello.

—Anya, sé fuerte. Te quiero, moya dusha.

¿Cómo puedo decirle que es mi alma y a continuación apartarla de mí? Pero es lo que hago. Lo hago.

En el último instante le entrego la mariposa.

—Toma. Guárdamela. Volveré a por ella. A por ti.

—No, mamá...

—Te lo prometo —le digo, aupándola, dándosela a un extraño.

Ella sigue llorando, llamándome a gritos, luchando para zafarse, cuando la puerta del tren se cierra de golpe.

Me quedo allí mucho rato, viendo cómo el tren va haciéndose pequeñito hasta

desaparecer del todo. Los alemanes están bombardeando de nuevo. Oigo los obuses a mi alrededor, los gritos de la gente, los cascotes que caen con ruido sordo en los tejados metálicos.

Poco me importa.

Me doy la vuelta para volver al hospital y de pronto noto que se me cae algo. Pero no miro abajo, no quiero ver lo que se me ha caído. En vez de eso, atravieso el aluvión de polvo, arena y nieve para volver con mi hijo.

La pérdida es un dolor sordo dentro de mi pecho, un temblor de mi respiración, pero me digo que he hecho lo correcto.

Mantendré a Leo con vida a base

nada más que de fuerza de voluntad, y Sasha encontrará a Anya en Vólogda y los cuatro nos reuniremos el miércoles.

Es un sueño precioso. Cuido de que no se apague, con sumo cuidado, como si fuese una llamita que tuviera cogida con las manos.

Cuando llego al hospital, ya se ha hecho de noche otra vez. El hedor es insoportable. Y hace frío. Noto el viento rondando fuera, probando cada grieta y cada resquicio, buscando el modo de colarse dentro.

Dormido en su camastro angosto y hundido, Leo succiona en sueños,

mastica comida inexistente. Tose ahora de manera casi constante, con unos espasmos que arrojan sobre las mantas de lana dibujos de sangre que parecen de encaje.

Cuando ya no puedo soportarlo más, me meto en el camastro y lo cojo en brazos. Él se arrebujá contra mi pecho como el bebé que un día fue, y me llama en sueños, murmurando. Escuchar su respiración me encoge el corazón.

Acaricio su frente caliente, húmeda. Tengo la mano helada, pero merece la pena tocarlo, transmitirle que estoy aquí, a su lado, envolviéndolo. Le canto sus canciones favoritas y le

cuento sus cuentos preferidos. De tanto en tanto, se despierta, me sonríe con una sonrisa desmayada y me pide caramelos.

—No hay caramelos —le digo, besándole la mejilla sin carne. Me corto el dedo nuevamente y le dejo que me lo chupe hasta que el dolor me hace retirarlo.

Estoy cantándole, casi incapaz de recordar la letra de la canción, cuando me doy cuenta de que ya no respira.

Beso su mejilla, tan fría, y sus labios, y me parece que le oigo decir: «Te quiero, mamá», pero por supuesto solo me lo he figurado. ¿Cómo podré olvidar alguna vez cómo ha sido esto,

cómo murió un poquito cada día? Cómo yo le dejé. Tal vez nunca debimos marcharnos de Leningrado.

Me parece que no voy a ser capaz de soportar este dolor. Pero lo soporto. Durante todo ese día y parte del siguiente, permanezco a su lado, tumbada con él, abrazándolo mientras él se enfría. Quizá en circunstancias normales no me lo habrían permitido, pero estos tiempos son cualquier cosa menos normales. Finalmente, me separo de su cuerpo menudo y me levanto.

Por mucho que desee quedarme tumbada con él eternamente, dejarme morir lentamente de inanición junto a

él, no puedo hacerlo. Le di mi palabra a Sasha.

«Vive», me había dicho él, y yo había accedido.

Así pues, con los brazos vacíos y el corazón convertido en una roca, dejo allí a mi hijo, solo, muerto en un catre al lado de la puerta, y una vez más empiezo a caminar. Sé que lo único que me quedará ya de mi hijo es una fecha en el calendario y el conejo de peluche que llevo en la maleta.

No os contaré lo que hice para conseguir un asiento en el tren que iba al este. De todos modos, tampoco

importa. En realidad, no soy yo. Soy este cuerpo, con este pelo blanco, que es incapaz de descansar a pesar de que ansío poder tumbarme, cerrar los ojos y claudicar. El dolor de la pérdida me acompaña en todo momento, tentándome a cerrar los párpados.

«Anya.»

«Sasha.»

Son las dos palabras a las que me aferro, aun cuando en ocasiones se me olvide hasta quiénes son esos dos seres con los que sueño. Desde mi asiento en el tren veo el campo destrozado. Cadáveres amontonados. Cicatrices dejadas en la tierra por las bombas. Se oye en todo momento el runrún de los

bombarderos y los disparos de las ametralladoras.

El tren avanza despacio, se detiene en un sinfín de pequeñas poblaciones. En cada parada, la gente famélica se pelea por subir, por ser uno más de la muchedumbre mugrienta, de ojos vidriosos, que viaja rumbo al este. Oigo hablar a otros, a mi alrededor, en voz baja, de que un poco más allá hay un combate encarnizado. Pero yo no escucho. En el fondo, me da igual. Estoy demasiado vacía para que las cosas me importen realmente.

Entonces, milagrosamente, llegamos a Vólogda. Cuando se abren las

puertas del tren, me doy cuenta de que no esperaba llegar aquí.

Recuerdo que sonreí.

Sonreí, sí.

Incluso me remetí el pelo por el pañuelo, bien metido, para que Sasha no viese lo vieja que me había vuelto. Agarro la maletita en la que llevo todas mis pertenencias, nuestras pertenencias, y me abro paso entre la multitud para llegar a la puerta.

Una vez fuera, en el frío, nos dispersamos rápidamente; la gente se va para todos lados, probablemente en busca de comida o amigos.

Yo me quedo parada, notando que los demás me empujan al pasar. A lo lejos

oigo el zumbido de los aviones y sé lo que significa eso. Todos sabemos lo que significa. Suena la sirena antiaérea y mis compañeros de viaje corren a resguardarse. Veo a la gente tirarse de cabeza a unas zanjas.

Pero Sasha está allí, a menos de cien metros de mí. Distingo que tiene a Anya de la mano. En contraste con la nieve, su abrigo rojo brillante parece un pajarillo rechoncho, rebosante de salud.

Estoy llorando antes de haber dado el primer paso. Tengo los pies hinchados y cubiertos de forúnculos, pero ni siquiera me fijo. Solo pienso: «Mi familia», y echo a correr. Anheló

tanto sentir los brazos de Sasha a mi alrededor que no pienso.

«Estúpida.»

Oigo caer la bomba demasiado tarde. ¿Creía yo que ese silbido era mi corazón o era mi respiración?

Todo explota de golpe: el tren, el árbol que hay a mi lado, un camión detenido en la cuneta.

Veo una fracción de segundo a Sasha y a Anya y a continuación están volando por los aires, de lado, con fuego a sus espaldas...

Cuando me despierto estoy en un hospital de campaña. Me quedo allí

tendida hasta que recupero la memoria y entonces me levanto.

Estoy rodeada de un mar de cuerpos quemados, rotos. La gente llora, gime.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que no distingo colores. Lo oigo todo amortiguado, como si tuviese algodones en los oídos. Aunque tengo la mitad de la cara cubierta de rasguños, cortes y sangre, casi no lo noto.

Las llamas naranjas rojizas fueron el último color que habré visto en mi vida.

—No debería estar de pie —me dice un hombre. Se le ve extenuado como quien ha contemplado demasiada

guerra. Tiene la guerrera desgarrada aquí y allá.

—Mi marido —le digo, gritando a pleno pulmón para poder oír mi propia voz en medio del estruendo. Además, tengo también un pitido en los oídos—. Mi hija. Una niña pequeña con un abrigo rojo y un hombre. Estaban de pie en... El tren fue bombardeado... Tengo que encontrarlos.

—Lo siento —dice él, y el corazón me late tan fuerte que ya no oigo nada más después de «ningún superviviente... solo usted... Aquí».

Lo empujo para poder pasar y voy de cama en cama, dando tumbos. Pero solo encuentro desconocidos.

Afuera está cayendo una intensa nevada y hace un frío helador. No reconozco este lugar. Es un campo infinito de nieve. Los daños causados por la detonación están ahora cubiertos de un manto blanco, pero sí puedo ver un montón que debe de ser de cadáveres.

Entonces lo veo: una manchita oscura encima de la nieve, plegada y arrimada a la tienda más próxima.

Me gustaría decir que corro hacia allí, pero solo camino; ni siquiera veo que voy descalza, hasta que el frío me abrasa la carne.

Es su abrigo. El abrigo de mi Anya. O lo que ha quedado de él. Ya no puedo

ver su color rojo vivo, pero ahí está su nombre, escrito de mi puño y letra en un trozo de papel prendido en la solapa. El papel está mojado y la tinta se ha emborronado, pero ahí está. Falta la mitad del abrigo, no quiero imaginar cómo ha pasado, simplemente la mitad está arrancada.

Distingo también manchas negras de sangre en el forro de color claro.

Me lo llevo a la nariz y aspiro profundamente su olor. Puedo olerla en la tela.

Dentro del bolsillo encuentro la fotografía de ella y Leo que había cosido dentro del forro. «¿Ves?», le había dicho el día que la habíamos

escondido (eso fue cuando habían empezado a evacuar a los niños, y me parece que han pasado siglos), «así tu hermano estará siempre contigo».

Cojo el trocito de papel con su nombre escrito y lo sostengo en la mano. ¿Cuánto tiempo me quedo allí, en la nieve, acariciando el abrigo de mi pequeña, recordando su sonrisa?

Eternamente.

No quieren darme una pistola. Todos los hombres a los que se la pido me dicen que me tranquilice, que mañana me sentiré mejor.

Debería habérsela pedido a una

mujer, a otra mujer que hubiese matado a un hijo suyo por sacarlo de casa y a otro por dejarlo marchar.

O a lo mejor soy la única que...

Sea como sea, el dolor es insoportable. Y no deseo sentirme mejor. Merezco ser lo desdichada que soy. Por eso, vuelvo a mi cama, cojo las botas y el abrigo y echo a andar.

Me voy como un fantasma por el campo nevado. Hay tantos otros muertos vivientes por la carretera que nadie intenta detenerme. Cuando oigo disparos o bombas, me doy la vuelta hacia allí. Si me doliesen menos los pies, habría echado a correr.

El octavo día encuentro lo que estoy

buscando.

La línea del frente.

Paso entre los rusos, mis compatriotas, que me dan voces e intentan detenerme.

Me zafo de ellos, a la fuerza si hace falta, a puñetazos, a patadas, y sigo andando.

Llego hasta los alemanes y me quedo parada delante de sus cañones.

—Disparadme —digo, y cierro los ojos. Sé lo que están viendo, sé lo que parezco, una vieja chiflada, medio muerta, con una maleta maltrecha y un sucio conejo gris de peluche.

Veintiséis

—Pero soy una mujer sin suerte —
dijo su madre dando un suspiro.

Después de esa última frase, dicha en voz baja, vino el silencio.

Nina se secó las lágrimas de los ojos y miró a su madre con cara de asombro.

¿Cómo había podido llevar dentro ese dolor tanto tiempo? ¿Cómo alguien había podido sobrevivir a todo aquello?

Su madre se levantó rápidamente de la silla. Dio un paso a un lado y se

detuvo, entonces se volvió a la derecha y otra vez se quedó quieta. Era como si se hubiese despertado de repente y se viese en una habitación extraña de la que no hay modo de escapar. Al final, bajó levemente los hombros y, acercándose a la ventana, se quedó mirando el exterior.

Nina miró a Meredith, que parecía tan trastornada como se sentía ella.

—Dios mío —dijo finalmente Maksim, apagando la grabadora. El chasquido del aparato sonó fuerte en medio del silencio reinante, lo que le recordó a Nina que la historia que acababan de escuchar era importante no solo para su familia.

Su madre no se movió de donde estaba. Se había llevado la mano al pecho, como si pensase que tal vez dejaría de latirle el corazón o se le saldría directamente del cuerpo.

¿Qué estaba viendo en ese preciso instante? ¿Su Leningrado antaño rutilante, transformado en un erial congelado y bombardeado, donde la gente moría en plena calle y los pájaros caían muertos del cielo?

¿O tal vez la cara de Sasha? ¿O el rostro risueño de Anya? ¿O la última sonrisa desgarradora de Leo?

Nina observó a la mujer que la había criado y vio al fin la verdad.

Su madre era una leona. Una guerrera.

Una mujer que había escogido para sí una vida en el infierno porque deseaba rendirse y no sabía cómo.

Y con esa pequeña epifanía llegó otra, mayor que la anterior. Nina de pronto vio toda su vida en perspectiva. Todos esos años había estado recorriendo el planeta buscando su propia verdad en la vida de otras mujeres.

Pero esa verdad había estado aquí desde el principio, en su casa, con la única mujer a la que nunca había siquiera intentado entender. No era de extrañar que Nina nunca hubiese sentido que la labor estaba terminada, que nunca hubiese querido publicar sus fotografías de las mujeres. Toda su búsqueda había

estado encaminada a culminar en ese instante, en esa epifanía. Ella había estado escondiéndose detrás de la cámara, mirando a través del visor, intentando encontrarse a sí misma. Pero ¿cómo podía encontrarse? ¿Cómo podía una mujer entender su propia historia sin haber conocido antes la de su madre?

—En vez de eso, me hacen prisionera —dijo su madre, sin dejar de mirar fijamente por la ventana.

Nina casi arrugó el ceño. Le daba la sensación de que desde la última frase de su madre había transcurrido media hora, cuando en realidad solo habían sido unos minutos. Unos minutos en los

que Nina había vislumbrado la verdad de su propia vida.

—Prisionera —murmuró su madre, sacudiendo la cabeza—. Yo intento morir. Lo intento... Y, cada vez, soy demasiado débil para quitarme la vida... —Se volvió de espaldas a la ventana, finalmente, y las miró—. Vuestro padre fue uno de los soldados americanos que liberó el campo de trabajo. En aquel entonces estábamos en Alemania. Era el final de la guerra. Habían pasado años. La primera vez que habló conmigo, yo ni siquiera le escuché; estaba pensando que si hubiese sido más fuerte, mis hijos habrían estado conmigo ese día en que se abrió la verja

del campo. Por eso, cuando Evan me preguntó cómo me llamaba, yo susurré «Anya». Podría haberlo arreglado después, pero me gustó oír su nombre cada vez que alguien se dirigía a mí. Me hacía daño, y yo acogía ese dolor con gusto. Era lo menos que me merecía. Me fui con vuestro padre, me casé con él, pero quería desaparecer, y él fue la única vía de salida que encontré. Nunca pensé realmente en empezar de nuevo, estaba muy enferma. Creí que iba a morirme, era mi esperanza. Pero eso no pasó. Y, en fin... cómo se puede no querer a Evan. Y eso es todo. Ahora ya lo sabéis. —Se inclinó para recoger el bolso del suelo y se tambaleó

ligeramente como si el narrar su historia la hubiese dejado sin equilibrio. Y se fue hacia la puerta.

Nina se levantó rápidamente. Ella y Meredith se movieron al unísono sin decirse una palabra ni cruzarse una mirada. Cada una sujetó a su madre cogiéndola de un brazo, sosteniéndola.

Al sentir su contacto, su madre pareció tambalearse aún más, casi como si fuera a caerse.

—No deberíais...

—Mamá, se acabó decirnos cómo tenemos que sentirnos —dijo Nina suavemente.

—Se acabó apartarnos de tu lado —añadió Meredith, tocando la cara de su

madre, acariciándole la mejilla—. Has perdido tanto...

Su madre hizo un ruido, como tragando saliva.

—Pero a nosotras no —dijo Nina, notando que los ojos le escocían por las lágrimas—. A nosotras no nos perderás nunca.

A su madre le cedieron las piernas. Empezó a desmoronarse como una tienda rota. Pero Nina y Meredith estaban allí, sosteniéndola de pie. La llevaron hasta la silla para sentarla.

Entonces, las dos se arrodillaron delante de ella, en el suelo, y la miraron como tantas veces habían hecho a lo largo de su vida. Solo que ahora el

cuento había terminado, o se había contado casi en su totalidad, y además, de todos modos, la historia ya sería diferente desde ese momento en adelante. Sería la historia de ellas tres.

A lo largo de toda su vida, cada vez que Nina había mirado el bello rostro de su madre, lo que veía era una cara huesuda, una mirada acerada y unos labios que no sonreían jamás.

Ahora Nina veía más allá de todo eso. Esas facciones duras se las había ganado a pulso, le habían sido impuestas, eran como una máscara que tapaba la dulzura existente debajo.

—Deberíais odiarme —dijo su madre, negando con la cabeza.

Meredith se incorporó un poco, lo justo para apoyar las manos en las de su madre.

—Te queremos.

Su madre se estremeció como si acabase de cruzar una ráfaga de viento gélido. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, al verlos, al contemplar las primeras lágrimas que veía en los ojos de su madre, Nina notó que los suyos se inundaban también.

—Los echo tanto de menos... —dijo su madre, y entonces rompió a llorar. ¿Cuánto tiempo había retenido esta sencilla frase, por pura fuerza de voluntad, y cómo debía de ser pronunciarla de viva voz finalmente?

«Los echo de menos.»

Un puñadito de palabras.

Todo.

Nina y Meredith se levantaron del suelo y, abrazando las dos a la vez a su madre, la dejaron llorar.

Nina conoció entonces el tacto de su madre. Y se dio cuenta de todo lo que se había perdido al no haber sido nunca abrazada por esta mujer extraordinaria.

Cuando finalmente su madre se apartó un poco, el llanto le había hinchado la cara, tenía el pelo un tanto despeinado, con algunos mechones encima de los ojos enrojecidos y anegados, pero nunca había estado más hermosa. Sonreía.

Apoyó cada mano en la cara de sus hijas.

—*Moya dusha* —les dijo a cada una en voz baja.

Maksim, que estaba junto a la cama de Vasili, se levantó y carraspeó, recordándoles que no estaban a solas.

—Es una de las crónicas más asombrosas del sitio de Leningrado que he escuchado en mi vida —dijo, sacando la cinta de la grabadora—. Stalin mantuvo todo esto tapado durante tanto tiempo, que es ahora cuando empiezan a aparecer este tipo de historias como la suya. Esto supondrá un antes y un después para muchas personas, señora Whitson.

—Lo he hecho por mis hijas —dijo ella, irguiendo de nuevo la espalda.

Nina observó a su madre recobrando la fuerza y se preguntó de pronto si todos los supervivientes de Leningrado habían aprendido a endurecerse igual que ella. Supuso que sí.

—No es fácil conocer cifras, desde luego, viniendo del gobierno, pero se puede decir, tirando por lo bajo, que en el asedio murió más de un millón de personas. Más de setecientas mil murieron de inanición. Su testimonio es el de toda esa gente también. —Maksim fue a añadir algo, pero entonces Vasili desde la cama hizo un ruido gutural, una especie de gorjeo.

Maksim se acercó a su padre, frunciendo las cejas.

—¿Qué? —Se inclinó aún más—. No entiendo...

—Gracias —dijo Nina en voz baja a su madre.

Ella se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—Mi Ninochka —susurró—. Gracias a ti. Has sido tú la que se ha empeñado.

Nina debería haberse sentido orgullosa, sobre todo al ver a Meredith asintiendo en silencio, compartiendo esa misma opinión. Sin embargo, lo que sintió fue una punzada de dolor.

—En realidad solo estaba pensando en mí. Como de costumbre. Yo quería tu

historia y por eso te hice hablar. En ningún momento se me pasó por la mente el dolor que podría causarte.

La sonrisa de su madre iluminó su mirada todavía bañada en lágrimas.

—Por eso es por lo que eres importante para este mundo, Ninochka. Debería haberos contado todo esto hace tiempo, pero dejé que vuestro padre hiciese de vuestra voz y de la mía. Otra más de mis decisiones erradas. Lo que tú haces es encender una luz que alumbra los momentos duros. Es lo que hacen tus fotografías. Impides que la gente mire para otro lado, desvíe la mirada de lo que duele. Me haces sentir

tremendamente orgullosa. Tú nos has salvado.

—Es verdad —corroboró Meredith—. Yo habría interrumpido el relato. Tú eres la que ha hecho que llegemos aquí.

Nina no entendió hasta ese momento cómo una frase como «Me haces sentir orgullosa» podía poner su mundo patas arriba. Y eso fue lo que pasó. Y entendió el amor como no lo había entendido nunca hasta entonces, de un modo absoluto.

Sabía que esta forma nueva de entender el amor iba a cambiarle la vida. Le parecía inconcebible vivir ya sin eso, sin ellas. Y supo también que había más amor esperándola, en Atlanta,

y que solo tenía que saber cómo tenderle los brazos. Quizá al día siguiente mandaría un telegrama que dijese: «¿Qué dirías si te dijera que no quiero irme a vivir Atlanta? ¿Qué pasaría si te dijera que quiero otra vida, una vida diferente de esa, diferente de la vida de todo el mundo, pero que la quiero vivir contigo? ¿Vendrías conmigo? ¿Te quedarías? ¿Qué dirías si te dijera que te quiero?».».

Pero eso sería al día siguiente.

—¿Cómo voy a poder marcharme otra vez? —dijo, mirando a Meredith y a su madre—. ¿Cómo voy a poder dejaros?

—Para estar juntas no hace falta que estemos juntas —respondió Meredith.

—Tu profesión eres tú —añadió su madre—. El amor deja espacio para eso. Simplemente, vendrás a casa más a menudo, espero.

Mientras Nina trataba de pensar qué decir, Maksim intervino:

—Siento ser grosero, pero mi padre no se encuentra bien.

Su madre se separó de Meredith y Nina y se acercó a la cama.

Nina fue con ella.

Su madre miró a Vasili, un lado de su cara deformado por el ictus; tenía lágrimas en las sienes y se le había mojado la almohada donde habían goteado. Alargó la mano y le tocó la cara, diciéndole unas palabras en ruso.

Nina vio que el profesor intentaba sonreír y, sin darse cuenta, le hizo pensar en su padre. Cerró los ojos y, seguramente por primera vez en su vida, rezó. O quizá no fuese un rezo. En realidad solo pensó: «Gracias, papá», y lo dejó ahí. Lo demás, él lo sabía; había estado escuchando atentamente.

—Tenga —dijo Maksim, y las arrugas de su frente se acentuaron aún más al tender a la mujer un mazo de cintas magnetofónicas negras—. Estoy seguro de que mi padre quiere que le entregue estas grabaciones a su antiguo alumno Phillip Kiselev. Hace muchos años que no trabaja en este proyecto, pero tiene en su poder gran parte del material

original. Y no vive lejos de aquí. En Sitka, cruzando el mar.

—¿Sitka? —dijo ella—. Acabamos de estar allí. Pero el crucero no pasará otra vez por allí.

—A decir verdad —intervino Meredith, mirando la hora en su reloj de pulsera—, el barco zarpó de Juneau hace cuarenta minutos. Y no hará ninguna escala en todo el día de mañana.

Vasili hizo un ruido. Nina se dio cuenta de que el hombre estaba agitado y frustrado por su incapacidad para hacerse entender.

—¿Y no puede mandarle directamente las cintas por correo postal? —preguntó

la madre. Nina se planteó si es que a su madre le daba miedo tocarlas.

—Phillip fue su mano derecha durante muchos años en este trabajo de investigación. Su madre y mi padre se conocían de Minsk.

Nina bajó la cara para mirar a Vasili y pensó de nuevo en su padre y en que una pequeña cosa podía tener mucha importancia.

—Claro que le llevaremos las cintas —dijo—. Iremos ahora mismo. Y tendremos tiempo de sobra para volver al barco en Skagway.

Meredith cogió la pila de cintas y el papel en el que había anotado la dirección.

—Gracias, profesor Adámovich. Y Maksim.

—No —dijo Maksim con aire solemne—. Gracias a ustedes. Ha sido un honor haberla conocido en persona, Verónika Petrónna Marchenko Whitson.

Ella asintió. Lanzó una mirada fugaz al montón de cintas negras que Meredith tenía en las manos y entonces se agachó para susurrarle algo al oído a Vasili. Cuando se levantó, el viejo tenía los ojos llenos de lágrimas. El hombre estaba intentando sonreír.

Nina cogió a su madre del brazo y fue con ella hasta la puerta. Cuando llegaron a la entrada del edificio, Meredith ya estaba al otro lado de su madre.

Salieron las tres juntas, en hilera, cogidas del brazo, a la pálida luz azulada de un día de finales de primavera. La lluvia había cesado, dejando a su paso un mundo de posibilidades brillantes.

El hidroavión amerizó en Sitka a las siete y media.

—En estos momentos podría estar en Los Ángeles —dijo Nina mientras salía del avión detrás de Meredith.

—Para ser una trotamundos, eres una quejica —dijo Meredith, encabezando la marcha por el embarcadero.

—¿Te acuerdas de cuando era

pequeña? —le preguntó su madre—. Si se le habían arrugado los calcetines dentro de los zapatos, se sentaba y se ponía a chillar. Y si le echabas demasiado kétchup en los huevos, o demasiado poco, se armaba una buena.

—Pero qué embusteras sois —repuso Nina—. Si yo era la hija buena. Te estás liando con Meredith. ¿No te acuerdas del berrinche que le dio cuando no la dejasteis ir a la fiesta de pijamas de Karie Dovre?

—Pues no fue nada, comparado con cómo nos las hacías pagar a todos porque mamá no te dijo adiós con la mano antes de aquel campeonato de sófbol —dijo Meredith.

Nina se paró en mitad del embarcadero y miró a su madre.

—Fue por el tren —dijo—. Para ti era imposible subirme a un tren y quedarte viendo cómo se alejaba, era eso, ¿verdad?

—Traté de hacer de tripas corazón —respondió su madre en voz baja—. Pero no podía verlo... Y me daba cuenta de que te dolía a ti. Perdóname.

Meredith comprendió que iban a producirse infinidad de situaciones como aquella. Ahora que habían iniciado el proceso de reparación, tendrían que someter constantemente a revisión sus recuerdos. Como el día en que había desmantelado elpreciado

jardín de invierno de su madre. Fue como si hubiese arrancado unas lápidas y las hubiese tirado a un lado. Que su madre se hubiese alterado un poco no había tenido nada de raro. Y tampoco era de extrañar que los inviernos hubiesen sido siempre difíciles.

Y la función navideña. Meredith lo vio todo a través del prisma de su nueva visión de las cosas. Por supuesto que su madre les había impedido continuar. Jeff y ella habían estado representando alegremente la historia de amor de su madre... El dolor que le habrían causado debía de haber sido espantoso.

—Basta de disculpas —zanjó Meredith—. Digamos ya, de una vez,

perdón por todas las veces que nos hicimos daño unas a otras porque no entendíamos. Y luego lo dejamos estar. ¿Vale? —Miró a su madre, que asintió en silencio, y a continuación a Nina, que también movió la cabeza en señal de afirmación.

Entraron en Sitka a pie y encontraron sitio en un hostalito casi al final del pueblo. Desde las terrazas de las habitaciones tenían vistas a la apacible bahía, a los montículos verdes que eran los islotes cercanos y a toda la panorámica hasta la cima nevada del pico Edgecumbe. Mientras Nina se daba una ducha, Meredith se sentó fuera, en la terraza, con los pies apoyados en la

barandilla. Un águila solitaria volaba en suaves círculos por encima del agua, sus negras alas extendidas transformadas en una rodajita que daba vueltas y más vueltas sobre las aguas de color azul medianoche.

Meredith cerró los ojos y se recostó en la silla. Al igual que todo ese día, tenía la cabeza repleta de pensamientos, recuerdos y constataciones, todo mezclado. Estaba reevaluando toda su niñez, descomponiendo las diferentes piezas, reexaminándolas a la luz de esta visión nueva de su madre. Curiosamente, la fuerza que veía ahora en su madre estaba también empezando a formar parte de ella. El comentario de Jeff

(«Eres igual que ella, lo sabes») adquirió un sentido distinto, y le infundió una seguridad nueva. Si algo había aprendido de todo esto, era que la vida, y el amor, podían acabar en un abrir y cerrar de ojos. Si estabas con vida, tenías que aferrarte a ella con todas tus fuerzas y saborear cada instante.

A su espalda, la puerta de la terraza se deslizó y se cerró con un leve chasquido. En un primer momento creyó que era Nina, que entraba para decirle que el cuarto de baño estaba libre, pero entonces olió el dulce perfume a rosas del champú de su madre.

—Hola —dijo Meredith, sonriendo

— Creí que te habrías acostado.

—No puedo dormir.

—A lo mejor es por el color de la noche.

—No puedo dormir teniendo las cintas en mi habitación —aclaró su madre, sentándose en la silla al lado de su hija.

—Las puedes dejar en la nuestra.

Su madre se cogió las manos en un gesto nervioso.

—Necesito deshacerme de ellas esta noche.

—¿Esta noche? Mamá, son las nueve y cuarto.

—*Da.* He preguntado abajo. La

dirección queda a solo tres calles de aquí.

Meredith se volvió, sin levantarse.

—Lo dices en serio. ¿Qué pasa?

—¿Sinceramente? No lo sé. Me estoy comportando como una tonta y como una vieja. Hasta ahí sí sé. Pero quiero acabar con esta tarea.

—Lo telefonaré.

—No está en la guía. Llamé a información desde mi habitación. Vamos a tener que presentarnos de improviso. Esta noche es lo mejor. Mañana tal vez se haya ido a trabajar y nos tocará esperarlo.

—Con las cintas.

Su madre la miró.

—Con las cintas —repitió en voz baja, y Meredith percibió la vulnerabilidad que su madre estaba tratando de disimular. Y el miedo; eso también lo vio. Después de todo lo que su madre había tenido que pasar, conservar las pruebas físicas de su existencia era, por alguna razón, lo que finalmente la había asustado.

—Está bien —dijo Meredith—. Voy a por Nina. Iremos las tres juntas. —Se levantó de su silla y fue a entrar en la habitación. Al pasar por delante de su madre, se detuvo para apoyar una mano en su hombro. A través de los ojos de punto del jersey de lana, notó la dureza angulosa de sus huesos.

En los últimos tiempos le era imposible pasar al lado de su madre sin tocarla. Después de tantos años yermos, tantos años de distancia, eso constituía un milagro en sí mismo. Abrió la puerta corredera de cristal y entró en la habitación. Dentro había dos camas individuales, las dos con su colcha escocesa roja y verde y con sus cojines negros con forma de alce. En las paredes había láminas en blanco y negro con imágenes del pasado tlingit de Sitka. La cama de Nina estaba ya revuelta y con una pila de ropa y cachivaches de fotografía encima.

Meredith llamó con los nudillos a la

puerta del baño, pero al no obtener respuesta, entró.

Nina se estaba secando el pelo, mientras cantaba a pleno pulmón el «Crazy for You» de Madonna. Con sus cabellos negros cortitos y su cutis perfecto, parecía una veinteañera.

Meredith le dio unos toques en el hombro. Nina pegó un brinco, sorprendida, y casi se le cayó el secador de la mano. Sonriendo de oreja a oreja, apagó el aparato y se dio la vuelta.

—Vaya manera de darme un susto de muerte. Necesito cortarme el pelo. Con urgencia. Empiezo a parecerme a Eduardo Manostijeras.

—Mamá quiere que vayamos a

entregar las cintas esta noche.

—Ah. Vale.

Al oír su respuesta, Meredith no pudo por menos de sonreír. Ahí, en esas pocas palabras, residía la diferencia entre ellas dos. A Nina le traía al fresco la hora que era, o que fuese de mala educación presentarse en casa de alguien si avisar, o que su madre hubiese pasado un día brutal y debiera estar descansando.

Para Nina solo era una llamada a la aventura, y a esa llamada siempre respondía.

Era un rasgo que Meredith estaba decidida a cultivar.

En menos de diez minutos estaban en

camino, andando por la acera en la dirección que les había indicado el responsable del hostel. Aún no había anochecido del todo; el cielo estaba de un tono ciruela oscuro, salpicado de estrellas por todas partes. Desde allí, daban la impresión de estar tan cerca que podían tocarse con la mano. Una brisa suave susurraba entre el follaje, el único sonido real aparte de sus pisadas contra el cemento. A lo lejos, en algún lugar, sonó la sirena de un barco.

Las casas de esta calle tenían un aire de otra época, con sus porches delanteros y sus cubiertas pronunciadas. Los jardines estaban cuidados. Todo

olía intensamente a rosas, que dulcificaban el olor del mar cercano.

—Es aquí —dijo Meredith. Ella se había encargado del mapa.

—Las luces están encendidas. Guay —dijo Nina.

Su madre se quedó parada, mirando la coqueta casita blanca. La barandilla del porche tenía exactamente el mismo motivo de arabescos que el que tenían en casa, y por el alero había aún más elementos decorativos. Esos adornos otorgaban a la vivienda un aspecto de cuento de hadas.

—Se parece a la dacha de mi abuelo —dijo su madre—. Muy rusa, y aun así americana también.

Nina se acercó a ella, la cogió del brazo.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto ahora?

La respuesta de su madre fue adelantarse hacia la casa con gesto resuelto.

Al llegar a la puerta, respiró hondo, se irguió y llamó con fuerza. Dos golpes de nudillos.

Abrió un hombre de corta estatura y complexión fuerte, cejas negras pobladas y bigote gris. Si se sorprendió de ver a tres desconocidas llamando a su puerta a las nueve y media de la noche, no dio muestras de ello.

—Hola —saludó.

—¿Phillip Kiselev? —preguntó la madre, y alargó el brazo para coger la bolsa de cintas magnetofónicas de manos de Nina.

—Un nombre que no oía desde hace bastante tiempo —dijo el hombre.

Ella retiró la mano.

—¿No es Phillip Kiselev?

—No. No. Soy Gerald Koontz. Phillip era mi primo. Falleció ya.

—Oh. —Ella frunció las cejas—. Siento haberlo molestado. Nos han dado mal el dato.

Meredith miró el papel que su hermana tenía en la mano. Lo decía bien claro. Esa era la dirección que les habían facilitado.

—El profesor Adámovich ha debido de...

—¿Vasya? —El bigote de Gerald se curvó por encima de una enorme sonrisa llena de dientes. Se volvió y dijo a voces—: Cariño, unas amigas de Vasya.

—No somos amigas tuyas, en realidad —aclaró la madre—. Perdona que le hayamos molestado. Comprobaremos otra vez la información que nos dieron.

Justo en ese momento apareció afanosamente por el pasillo una mujer con unos pantalones negros sedosos y un blusón vaporoso. Su melena de rizos grises estaba recogida en una coleta floja.

—¿Stacey? —dijo Nina, sorprendida. Un segundo después, Meredith reconoció a la camarera que las había atendido en el restaurante ruso.

—Pero bueno —dijo Stacey, sonriendo encantada—. Si son mis nuevas amigas rusas. Pasen, pasen. —Y a Gerald le aclaró—: Estuvieron en el restaurante el otro día. Les puse caviar.

Gerald sonrió.

—Debieron de caerle simpáticas nada más verlas.

Nina fue la primera en moverse, y tiró de su madre para que la acompañase.

—Vengan, vengan —decía Stacey—. Siéntense. Voy a preparar té y entonces me cuentan cómo han dado conmigo. —

Las llevó a un salón agradablemente amueblado, en el que no faltaban la otomana y el Rincón Sagrado, en el que ardían tres cirios. Una vez que se aseguró de que las tres estaban cómodas, dijo—: ¿Ha dicho Gere que son amigas de Vasili?

—Amigas no —respondió la madre, sentada con la espalda muy recta.

Se oyó un estrépito proveniente de algún lugar de la casa.

—Ay, estos nietos... —dijo Gerald, y salió corriendo del salón.

—Esta semana estamos con los niños de nuestro hijo. Se me había olvidado lo movidos que son a estas edades. —

Stacey sonrió—. Enseguida vuelvo con el té. —Y salió apresuradamente.

—¿Creéis que el profesor Adámovich estaba confuso? ¿O que Maksim apuntó mal la dirección? —preguntó Meredith en cuanto se quedaron solas.

—Pues ya es casualidad que estas personas sean rusas y que conozcan al profesor —comentó Nina.

Su madre se levantó tan repentinamente que golpeó con la pierna la mesita de centro, aunque no pareció notarlo. Rodeó la mesa y fue hasta el otro lado del salón, para detenerse en el Rincón Sagrado. Meredith distinguía desde donde estaba los adornos habituales: la mesa que hacía las veces

de altar, un par de iconos, una o dos fotos de la familia y varias velas votivas encendidas.

Stacey regresó al salón y depositó la bandeja en la mesa de centro. Sirvió el té y ofreció una taza a Meredith.

—Aquí tiene.

—¿Conoce al profesor Adámovich?

—preguntó Nina.

—Sí —respondió Stacey—. Mi padre y él fueron muy amigos. Yo lo ayudé muchos años con un trabajo de investigación. No ayuda académica, claro. Le pasaba a máquina los escritos, le hacía copias. Ese tipo de cosas.

—¿La investigación sobre el asedio?

—preguntó Meredith.

—Correcto —respondió Stacey.

—Esto son cintas grabadas —explicó Nina, señalando la bolsa de papel arrugada que tenía al lado de los pies—. Nuestra madre acaba de contarle su historia al profesor Adámovich y él nos ha mandado aquí.

Stacey pensó unos segundos.

—¿Qué quiere decir con «su historia»?

—Ella estaba en Leningrado en esos tiempos. Cuando la guerra —explicó Meredith.

—¿Y las ha mandado aquí? —Stacey se volvió para mirar a la madre, que se había quedado tan quieta y recta que

parecía una estatua de mármol—. ¿Por qué lo habrá hecho?

Stacey fue con ella y se detuvo a su lado. Una vez más, la taza de té tintineó en el platillo.

—¿Té? —le ofreció, mirando el severo perfil de la mujer.

Sin saber por qué, Meredith se levantó sillón. A su lado, Nina la imitó.

Las dos fueron con su madre.

Meredith vio lo que había llamado su atención. En la mesa de esquina había dos retratos enmarcados. Uno era una fotografía en blanco y negro de una pareja joven. La mujer era alta y esbelta, con cabellos de color azabache y una sonrisa radiante. El hombre era rubio y

guapísimo. Unas tenues arrugas blancas dividían en cuatro la fotografía, como si hubiese estado doblada muchos años.

—Son mis padres —dijo Stacey lentamente—. El día de su boda. Mi madre era muy guapa. Tenía el pelo suavísimo y muy negro, y sus ojos... Todavía recuerdo sus ojos. ¿No le parece curioso? Eran tan azules, con unos puntitos dorados...

La madre de las Whitson se dio la vuelta despacio.

Stacey miró sus ojos y la taza de té que tenía en las manos cayó al suelo de madera, derramando todo el contenido y haciéndose añicos.

La mano regordeta de Stacey

temblaba de forma incontrolable cuando quiso coger algo de la mesa, pero en ningún momento apartó la mirada.

Y entonces le tendió un pequeño objeto: una mariposita de bisutería.

Su madre cayó de rodillas en el suelo, al tiempo que decía:

—Dios mío...

Meredith quiso estirar las manos para ayudarla, pero tanto ella como Nina permanecieron en su sitio.

Fue Stacey la que se arrodilló delante de ella.

—Me llamo Anastasia Aleksóvna Marchenko Koontz, soy de Leningrado. ¿Mamá? ¿Eres tú realmente?

Su madre tomó aire rápidamente y

rompió a llorar.

—Mi Anya...

Meredith sintió que el corazón se le partía en dos y se le hinchaba y se le desbordaba, todo a la vez. Las lágrimas le rodaron por la cara. Pensó en todo lo que habían sufrido esas dos mujeres, en todos los años perdidos y en que el milagro de este reencuentro casi superaba lo que era capaz de creer. Se acercó a ellas con Nina. Se rodearon mutuamente con los brazos y contemplaron el renacimiento de su madre. Porque no había otra forma de expresarlo. Fue como si todas esas lágrimas, probablemente de gozo por

primera vez en decenios, regasen su alma cuarteada.

—¿Cómo? —preguntó su madre.

—Papá y yo nos despertamos en un tren hospital que se dirigía al sur. Él estaba muy malherido... En fin, cuando quisimos regresar a Vólogda... esperamos —contó Stacey, enjugándose las lágrimas—. Jamás dejamos de buscar.

Su madre tragó saliva. Meredith vio cómo se armaba de valor para preguntar:

—¿Dejamos?

Stacey levantó una mano.

Su madre la tomó, la agarró con fuerza, aferrándose realmente a ella.

Stacey la llevó fuera del salón por unas puertas cristaleras. Al otro lado había un jardín privado perfectamente cuidado. La fragancia de las flores endulzaba el aire: lila, madreselva, jazmín. Stacey tocó un interruptor y el jardín se iluminó con una ristra de luces.

Fue entonces cuando Meredith vio el jardincito cuadrado dentro del jardín, en un rincón del fondo. Incluso desde donde estaba en ese momento, y con la luz tan débil, distinguió perfectamente un tramo de valla con arabescos.

Oyó que su madre decía algo en ruso y entonces todas se pusieron otra vez en movimiento, ahora para recorrer un sendero de piedra que terminaba en un

jardín que resultó ser casi idéntico al que había creado su madre en casa. Una valla blanca de hierro forjado con motivos ornamentales de arabescos y con remates en punta cercaba un trozo de terreno. Dentro había un banco de cobre bruñido, colocado de tal manera que delante tenía tres lápidas de granito. Las lápidas estaban rodeadas de hileras de flores. En lo alto el cielo se tornó de pronto en una lámina de colores increíbles, mágicos. Trazos de color violeta, rosa y naranja pintaron el firmamento sembrado de infinidad de estrellas. Era la aurora boreal.

Su madre se sentó, o más bien se

derrumbó, en el banco de cobre y Stacey se sentó a su lado y la cogió de la mano.

Meredith y Nina se quedaron de pie, detrás de ella; cada una apoyó una mano en un hombro de su madre.

VERÓNKA PETRÓVNA MARCHENKO
1919-

Recuerda nuestro tilo del Jardín de
Verano.

Allí me reuniré contigo, amor mío.

LEO ALÉKOSOVICH MARCHNEKO 1938-
1942

Nuestro León

Desaparecido prematuramente

Pero fue la última de las lápidas la que

hizo que Meredith estrechara suavemente el hombro de su madre.

ALKESANDR ANDREIÉVICH MARCHENKO
1917-2000

Amado esposo y padre

—¿El año pasado? —preguntó su madre volviéndose hacia Stacey, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Te esperó toda su vida —dijo—. Pero el invierno pasado... su corazón no pudo más.

Su madre cerró los ojos e inclinó la cabeza.

Meredith no podía imaginar el dolor que debía de sentir, cómo tenía que ser

enterarse de que el amor de tu vida había sobrevivido y había estado buscándote todos esos años, y que no había llegado a reencontrarse con él por unos meses. Aun así, de alguna manera él estaba aquí, en este jardín tan parecido al que su madre había creado. —Siempre decía que te había estado esperando en el Jardín de Verano.

Su madre abrió lentamente los ojos.

—Nuestro árbol —dijo, y se quedó contemplando largo rato la lápida. Entonces, poco a poco, hizo lo que hacía siempre, eso que ella hacía tan bien, pero que poca gente sabía hacer: irguió la espalda, levantó el mentón y logró

esbozar una sonrisa, por temblorosa e incierta que fuera.

—Vamos —dijo con esa voz mágica, la voz que había cambiado la vida de todas ellas a lo largo de esas últimas semanas—. Tomemos ese té. Hay mucho de que hablar. Anya, me gustaría presentarte a tus hermanas. Meredith era antes la organizada y Nina la que estaba un poquito chiflada, pero ahora estamos cambiando, las tres, y tú nos cambiarás aún más. —Su madre sonrió, y si hubo una sombra de tristeza en su mirada, un recuerdo de la frase «Allí me reuniré contigo», no podía ser de otro modo, pero la alegría de su voz la atenuó. Y quizá era así como debía ser, como la

vida se abría como una flor, si la vivías el tiempo suficiente. La alegría y la tristeza formaban parte del lote; la cuestión, quizá, era permitirnos sentir las plenamente, pero agarrándonos un poquito más fuertemente a la primera, porque nunca se sabía cuándo un corazón fuerte ya no podría más.

Meredith cogió de la mano a su nueva hermana y dijo:

—Cuánto me alegro de conocerte, Anya. Hemos oído hablar tanto de ti...

No me amparaba ningún cielo
extranjero,
no, alas extranjeras no me protegían.
Estaba entonces entre mi pueblo
y con él compartía su desgracia.

ANNA AJMÁTOVA, EXTRAÍDO DE
POEMS OF AKHMATOVA,
traducción inglesa de STANLEY
KUNITZ, con MAX HAYWARD[3]

Epílogo

2010

*Se llama Vera, y es una chica pobre.
Una chica cualquiera.*

En América nadie puede entender de verdad a esta joven ni el lugar en el que vive. Su amada Leningrado, la famosa Ventana al Oeste de Pedro, es como una flor marchita, todavía

hermosa por fuera pero pudriéndose por dentro.

Pero esto Vera no lo sabe aún. Ella solo es una chiquilla, llena de grandes sueños.

Muchas veces, en verano, se despierta en mitad de la noche por culpa de algún sonido que luego es incapaz de recordar. Se apoya en el alféizar de la ventana para mirar y desde allí ve toda la ciudad hasta el puente. En junio, cuando el aire se llena de la fragancia de los tilos y de las flores recién brotadas, y la noche es tan corta como el aleteo de una mariposa, casi no puede pegar ojo de la emoción.

Son las belye nochi. La época de las noches blancas del verano, cuando nunca anochece del todo y las calles nunca duermen...

No puedo evitar sonreír al cerrar este libro. Mi libro. Después de tantos años, he terminado mi diario. No es ningún cuento infantil ni una fabulación, es la historia de mi vida, tan veraz como soy capaz de contarla. Mi padre estaría orgulloso de mí. Al final me he hecho escritora.

Es mi regalo a mis hijas, aunque ellas me han dado a mí mucho más, y sin ellas, sin duda, estas palabras seguirían atrapadas en mi interior, emponzoñándome por dentro.

Meredith está en su casa con Jeff; están preparando la boda de Jillian y la planificación los tiene totalmente absorbidos. Maddy todavía está trabajando, gestionando las cuatro tiendas de regalos que dirige su madre. Nunca había visto a Meredith tan feliz. Estos días tiene la agenda repleta de cosas que le encanta hacer, y Jeff y ella viajan con frecuencia. Ellos dicen que es para que él se documente para sus novelas, que tienen mucho éxito, pero a mí me parece que simplemente les encanta estar juntos.

Nina está arriba, con su Daniel, con el que no se ha casado, pero al que quiere más de lo que ella misma sabe. Han ido

uno detrás del otro por todo el mundo, encadenando aventuras asombrosas. Se supone que en estos momentos están haciendo las maletas para marcharse otra vez, pero yo sospecho que están juntos en la cama. Bien por ellos.

Y Anya (me importa un pimiento que se americanizase el nombre; para mí siempre será Anya) está en la iglesia con su familia. Viajan varias veces al año para estar conmigo y me llenan la casa de risas. Mi hija mayor y yo pasamos horas en la cocina, hablando en ruso, recordando a los difuntos. De palabra y con nuestras miradas y sonrisas, al fin podemos honrar a nuestros muertos.

Abro el diario por última vez y anoto: para mis hijos, con la letra más fuerte de que soy capaz a mi edad. Luego, lo cierro y lo dejo a un lado.

No puedo evitar cerrar los ojos. En este tiempo me resulta fácil quedarme dormida y este día de finales de diciembre el salón está agradablemente caldeado...

Me parece oír unas risas de niños.

O tal vez sea una reminiscencia del pasado, un recuerdo de nuestra cena de Navidad. Este año estamos juntos otra vez, la familia al completo, esta nueva versión de mi familia.

Soy una mujer con suerte. No siempre fui consciente de ello, pero ahora lo sé.

Con todos los errores que he cometido, con todas las decisiones malas y terribles, sigo recibiendo amor a mi avanzada edad y, lo que quizá sea más importante, sigo dando amor.

Abro los ojos, sobresaltada por algo. Por un ruido. Por un instante, me siento confusa, no estoy segura de dónde estoy. Entonces, veo la conocida chimenea encendida, el árbol de Navidad aún en su sitio, en el rincón, y mi retrato encima de la repisa de la chimenea.

Ocupa el lugar que en su día ocupó un cuadro con una troika. Al principio esta foto que me hizo Nina me desagradaba. Mi cara transmite una tristeza infinita.

Pero ha acabado por gustarme.

Representa el principio de esta vida nueva, esta etapa en la que finalmente he aprendido que con el amor llega el perdón. Hoy esta fotografía es famosa, gentes del mundo entero la han visto y han dicho que soy una heroína. Qué disparate. No es más que la imagen de una mujer que tiró por la borda demasiados años de su vida y que tuvo la gran fortuna de poder recuperar un puñado de ella.

En un sitio del salón sigue estando mi Rincón Sagrado. De la mañana a la noche hay velas encendidas; mis dos fotografías de matrimonio están apoyadas de pie, para recordarme día tras día lo afortunada que he sido. Al

lado de la foto de Anya y Leo, un sucio conejo gris de peluche está sentado, hundido y ladeado. El camarada Orejitas. Tiene apelmazado el pelo de mentira y le falta un ojito, y a veces lo llevo conmigo por la casa para consolarme.

Me levanto. Me duelen las rodillas y tengo los pies hinchados, pero no me importa. Nunca me han importado esas cosas. Soy de Leningrado. Cruzo la cocina en silencio y entro en el comedor. Desde aquí puedo ver mi jardín de invierno, donde todo está cubierto de nieve. El cielo está del color del cobre bruñido. El hielo y la escarcha cuelgan del alero del porche como pendientes de

brillantes. Y pienso en mi dulce Evan, que me salvó cuando necesité que me salvaran y que me dio tanto. Él es el que tantas veces me decía que el perdón podía ser mío si tendía las manos. Daría lo que fuera por haberle hecho caso antes, pero sé que me está escuchando ahora.

Estoy descalza y solo llevo puesto un camisón de franela. Si salgo al jardín, Meredith y Nina temerán que me haya vuelto loca otra vez, que se me esté yendo la cabeza. Solo Anya lo entenderá.

Aun así, abro la puerta. El pomo gira con facilidad entre mis dedos y el aire frío me da tan fuerte en la cara que por

un instante hermoso y trágico estoy de vuelta en mi amada ciudad a orillas del Neva.

Cruzo por la nieve recién caída, notando que me abrasa y me hiela las plantas de los pies.

Casi he llegado al jardín cuando él aparece. Un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies, con una mata de pelo rubio que la luz del sol enciende como una llama.

No puede ser él. Lo sé.

Me acerco al banco, me agarro a su estructura negra y fría.

Él se dirige hacia mí, se desliza prácticamente por encima de la nieve, con una elegancia que es desconocida o

que yo no recordaba. Cuando lo tengo cerca, levanto la cara y clavo mis ojos en los ojos verdes del hombre al que he amado desde hace más de setenta años.

Verdes.

Ver ese color me corta la respiración y hace que me sienta joven otra vez.

Es real. Y está aquí. Puedo notar su cálida presencia y cuando me toca, me estremezco y me siento.

Hay tanto que decir... Pero solo puedo pronunciar su nombre:

—Sasha...

—Hemos esperado —dice, y al escuchar su voz, de la negrura de su abrigo se desprende una tira de sombra

y cobra forma propia. Una versión menuda del hombre.

—Leo —digo, incapaz de decir nada más. Mis brazos ansían tenderse hacia mi pequeño, estrecharlo. Tiene un aspecto tan lozano, tan robusto, con las mejillas sonrosadas de vida. Entonces veo esa misma mejilla chupada, gris azulada, escarchada y brillante. Le oigo decir: «Mamá, tengo hambre... no me abandones...».

Al escuchar esto, el dolor se despliega dentro de mi pecho, obligándome a boquear con fuerza. Pero Sasha está ahí, cogiéndome de la mano y diciendo:

—Ven, amor mío. Vamos al Jardín de

Verano...

Ya no siento dolor.

Levanto la vista a los ojos verdes, tan verdes, de mi Sasha y recuerdo la hierba en la que estábamos arrodillados hace tantísimo tiempo. Fue allí donde me enamoré. Leo se agarra a mí como hacía siempre, y yo lo aúpo, riendo, olvidando que un día no tuve fuerzas para sostenerlo en mis brazos.

—Vamos —repite Sasha, besándome, y voy con él.

Sé que si miro atrás veré mi cuerpo, viejo y marchito, encorvado en ese banco en medio de la nieve, que si espero oiré a mis hijas descubrir lo que ha pasado y romper a llorar.

Por eso, no miro atrás. Me abrazo a mi Sasha y beso el cuello de mi león.

Hace tanto tiempo que he esperado esto, que he esperado para volver a verlos. Para sentirme así. Y sé que ahora mis hijas estarán bien. Son hermanas, son una familia. Este es el regalo de su padre. Esto es lo que mi relato les ha dado, y estos últimos diez años de vida nos hemos amado tanto como una vida entera.

Pienso: «Adiós, hijas mías. Os quiero. Siempre os he querido».

Y me voy.

Agradecimientos

Escribir una novela puede ser una tarea solitaria. Pero que quede como tiene que quedar y publicarla bien es otro cantar. Para este libro en concreto conté con la ayuda de muchas manos. En primer lugar y más importante, quisiera dar las gracias a mi brillante editora, Jennifer Enderlin, y a todo el equipo de St. Martin's, en especial a Matthew Shear, Sally Richardson, George Witte, Matt Baldacci, Nancy Trypuc, Anne Marie

Tallberg, Lisa Senz, Sarah Goldstein, Kim Ludlum, Mike Storrings, Kathryn Parice Alison Lazarus, Jeff Capshew, Ken Holland, Tom Siino, Martin Quinn, Steve Kleckner, Merrill Bergenfeld, Astra Berzinskas, John Edwards, Brian Heller, Christine Jaeger, Rob Renzler, a todo el departamento de ventas de Broadway, a todo el departamento de ventas de Fifth Avenue, a Sara Goodman, Tahsha Hernandez y Stephen Lee. Gracias por un año fabuloso.

Mi agradecimiento también a Tom Hallman por su trabajo con las preciosas portadas de mis libros.

Gracias a la periodista Sally Sara por

su valiosa ayuda. Los errores que pueda haber son míos.

Gracias a Mary Moro por su ayuda con todo lo relativo a las manzanas y al valle de Wenatchee.

Gracias a Tom Adams por mencionar Rusia una noche...

Y a Megan Chance y Kim Fisk por saber siempre cuándo reírse y cuándo llorar, y por estar siempre prestas a decirme que vuelva a intentarlo.

Kristin Hannah en digital



El baile de las luciérnagas

<http://www.megustaleer.com/libro/el-baile-de-lasluciernagas/ES0144799>



El ruiseñor

<http://www.megustaleer.com/libro/el-ruisenor/ES0142871>



Jardín de invierno

<http://www.megustaleer.com/libro/jai>

[deinvierno/ES0150966](#)

**Una gran historia de amor ambientada
en la Segunda Guerra Mundial de
Kristin Hannah, la autora de *El
Ruiseñor*.**

**Una ciudad sitiada. Una madre. Dos
hijas. Y un secreto que cambiará sus
vidas para siempre.**

URSS, 1941. Leningrado es una ciudad sitiada, aislada de toda posibilidad de ayuda por la guerra y la nieve que entierra los edificios con su blancura. Pero en Leningrado también hay mujeres sumidas en la desesperación, capaces de

cualquier cosa para salvar a sus hijos y a sí mismas de un final trágico.

Estados Unidos, 2000. La pérdida y los años han causado estragos en Anya Whitson. Finalmente ha conseguido contactar con sus hijas, Nina y Meredith. Y con una voz vacilante e insegura, empieza a entretejer la historia de una bella y joven rusa que vivió en Leningrado hace mucho tiempo...

En una cruzada en busca de la verdad oculta tras la historia, las dos hermanas se enfrentarán a un secreto que hará tambalear los cimientos de su familia y

cambiará para siempre la imagen de quiénes creían ser.

«Una lectura apasionante.»

Booklist

«La mejor y más profunda novela que ha escrito Hannah hasta la fecha.»

The Huffington Post

«Una poderosa historia de amor, familia y mujeres supervivientes. Un relato fascinante que cose la realidad y los cuentos de hadas que no siempre acaban como uno espera.»

The Herald News

«A los lectores les va a costar no reír un poco y llorar un poco más cuando la madre y las hijas se encuentren unas a otras justo a tiempo.»

Publishers Weekly

Kristin Hannah nació en 1960 en el sur de California. Después de una infancia pasada junto al mar, su padre trasladó a la familia al oeste de Washington cuando Kristin tenía ocho años. Durante el último año en la universidad, tuvo que enfrentarse a la enfermedad de su madre, que padecía un cáncer terminal y con quien escribía a cuatro manos. Años después, Kristin retomó sus escritos, de los que surgió su primer libro en 1990. Desde entonces, la autora ha ganado numerosos premios y ha publicado más de veinte novelas de gran éxito en Estados Unidos, entre los que destacan *Firefly Lane* (2008), *Jardín de invierno* (2010) y muy especialmente *El Ruiseñor*

(2015), con más de un millón y medio de ejemplares vendidos y por la que recibió el Premio Goodreads a la mejor novela de ficción histórica. Vive con su marido y su hijo en la región del Pacífico Noroeste y Hawái.

Título original: *Winter Garden*

Edición en formato digital: febrero de 2017

© 2010, Kristin Hannah. Todos los derechos reservados

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Inés Beláustegui Trías, por la traducción

Diseño de la portada: Adaptación del diseño original de Michael Storrings / Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Rebecca Murphy

Fotografía de portada: © Masterfile

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la

protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4020-5

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Notas

[1] Anna Ajmátova, Marina Tsvetáieva: *El canto y la ceniza. Antología poética*, selección y traducción de Monika Zgustova y Olvido García Valdés, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2005, pp. 37-50. (*N. de la T.*)

[2] Anna Ajmátova, Marina Tsvetáieva: *El canto y la ceniza. Antología poética*, selección y traducción de Monika Zgustova y Olvido

García Valdés, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2005, pp. 37-50. (*N. de la T.*)

[3] Anna Ajmátova, Marina Tsvetáieva: *El canto y la ceniza. Antología poética*, selección y traducción de Monika Zgustova y Olvido García Valdés, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2005, pp. 37-50. (*N. de la T.*)

Índice

Jardín de invierno

Prólogo. 1972

Uno. 2000

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Epílogo. 2010

Agradecimientos

Si te ha gustado este libro, no te pierdas...

[Sobre este libro](#)

[Sobre Kristin Hannah](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)